

SOR MARÍA CELINA DE LA DOLOROSA, F.M.I.



**MADRE
CARIDAD BRADER Z.**

LA MADRE CARIDAD

SOR M. CELINA DE LA DOLOROSA, F. M. I.

LA MADRE CARIDAD

SEGUNDA EDICION

Revisada y corregida

LA MADRE CARIDAD BRADER

Segunda Edición

Hermanas Franciscanas de María Inmaculada

Diseño y diagramación: Angela Marcela Pérez Caicedo

anllelagraphiste@gmail.com

Impreso en Publicaciones Unimar, dependencia de la Universidad Mariana

Pasto, Nariño, Colombia 2011

DECLARACIÓN

En un todo sumisas a la Santa Iglesia Romana y conforme a lo dispuesto por la Santidad del Papa Urbano VIII, declaramos que con las apreciaciones y calificativos que hemos dado a la Madre Caridad, no intentamos prevenir el juicio de la Santa Iglesia, antes bien, aceptamos de antemano, los criterios que Ella pudiera formar sobre los hechos relatados y sobre todo lo escrito en estos apuntes. Reflejados únicamente la opinión popular o el concepto de personas ilustres, y a veces también traducimos nuestras propias convicciones.

PROLOGO

La entrega de este libro titulado "LA MADRE CARIDAD", que viene a llenar un anhelo y una necesidad de la Congregación, responde a la urgencia del estudio de nuestro pasado, para lección del futuro.

Al iluminar el pretérito, con la reconstrucción de los hechos, arroja también un destello de luz sobre el presente, ya que se refiere a los días en que termina una época y comienza otra; pues todos volvemos hacia atrás la mirada cuando estamos a punto de iniciar algo nuevo.

Este libro es solamente un anhelo de servicio; al estudiarlo debemos percatarnos de que estamos contemplando la flor de 100 años de creación histórica franciscana, bien difícil de recopilar.

Todo ha sido escrito bajo la influencia forzosa de circunstancias que hacían y deshacían en continuo tejer y destejer de ideas, siempre en persecución de la verdad.

Solamente la sinceridad y el deseo de acertar han podido guiar este ingente trabajo; pero queda abierta la encuesta a cuanto aclarar lo escrito. A todo artífice le gusta la obra bien hecha, y este libro es la obra de toda la Congregación. Es un tema candente que se puede discutir con objetividad y perfeccionar con una consagración intensa, futuro de una voluntad decidida y de un grande amor.

He querido sembrar esta inquietud de estudio en bien de la historia de la Congregación, porque la idea es semilla que no muere. Pueden pasar los años sin que dé muestras de fecundidad, pero el día que cae en terreno propicio, germina con plenitud.

Recordar es vivir matemáticamente los hechos, y aunque es verdad que ellos son inmutables, cuando los evocamos, nos sucede lo mismo que con la contemplación de una obra de arte. Cada vez que la miramos se nos presenta algo nuevo: una gracia, un rasgo, un enigma o un defecto que no habíamos advertido hasta entonces. Este libro que es el recuerdo de una vida, se abre a toda suerte de apreciaciones. Pero para una mejor comprensión del papel que desempeñó la Madre Caridad, cumpliendo los designios de Dios; y por eso, descubriremos una vena de alegría en las más penosas cuestiones.

Quisiera que este libro nos enseñe a todas, a comprender el hondo significado del momento eclesial que estamos viviendo en este tiempo extraordinario de renovación postconciliar, del mismo modo que la Madre Caridad comprendió el suyo, a la

luz del Espíritu Santo que incansablemente imploraba. Sobre todo, que nos muestre el punto clave que nuestra Congregación tiene dentro de la Iglesia, para cumplir ese apostolado concreto con la entrega total, pues queremos vivir en plan auténtico nuestro franciscanismo, que es sencillamente el Evangelio.

Recorriendo sus páginas, podemos apreciar como el Divino Forjador golpeó el alma de nuestra Madre Fundadora en el yunque del dolor, para templarla y modelarla para la eternidad, y cómo ella correspondió al trabajo de tan exquisito Orfebre, tomando la forma de la cruz.

La vida de la Madre Caridad que empezó como una llama inquieta, y se ha convertido en luminaria viva, sea para la Congregación un nuevo signo de los tiempos, que nos impulse a tener presente sus enseñanzas y sentencias como guías infaltables de santidad.

Recibamos este libro como un lazo de unión. Al leerlo hemos de sentirnos entrañablemente solidarias con esta Familia Franciscana de que somos miembros, esparcida por tiempos y países diversos.

Solidarias, como Hermanas que se quieren, que se saben vinculadas por la caridad carismática de la Congregación, aunque no se conozcan y aunque jamás se crucen en el camino de la vida.

Solidarias, no solamente porque defendemos intereses comunes, si no porque nos duelen mutuamente todos los dolores y nos sostiene una común esperanza.

Aprendamos en el libro "LA MADRE CARIDAD", la profunda devoción eucarística de nuestra Fundadora, y así la Congregación que fundó será una célula viva de la Iglesia, que dará testimonio constante de la "buena nueva".

Tenemos contraída una obligación de fidelidad histórica, para valorizar con amplitud de miras y con devota y firme voluntad el ideal franciscano de nuestro apostolado a la luz meridiana del Vaticano II.

La renovación espiritual que el Concilio nos exige a las Religiosas, se logrará solamente en la medida en que vivamos el ministerio de la iglesia, como lo vivió María Santísima, que obrando con pleno conocimiento y amor, realizó una entrega responsable para la redención del mundo.

"María ocupa en la Iglesia el lugar más alto después de Cristo y el más cercano a nosotros", (L. G. 54) por eso, Ella es el modelo y la Madre de la renovación.

Y en fin, la vida de la Madre Caridad, perdida en Cristo, nos está probando

hasta la evidencia, que la semilla que no muere en el surco, no fructifica. El alma que no muere a sí misma por la renuncia y el dolor no dará fruto.

Si nuestra Congregación vive el espíritu de su Fundadora, en un amplio y bien entendido sentido eclesial, por donde pase dejará una estela de claridad, un clamor de bendiciones y una semilla de bondad.

Sor M. Georgina
Superiora General

Roma, 25 de marzo de 1979



Reverenda **MADRE CARIDAD BRADER**

Fundadora de la Congregación de
Franciscanas de María Inmaculada

PRIMERA PARTE

*El Señor escribirá en el registro
de los pueblos: "Este ha nacido allí",
y cantarán mientras danzan:
"Todas mis fuentes están en ti"*

-Salmo 86-

Tauf - und Firmausweis

Am 14 August 1860 wurde in Kalbrunn SG geboren und am 15, August 1860 in der Plarrkirche zu Kaltbrunn nach rom. Kath. Ritus getauf:

Ma. Jos. Karolina Brader

Tochter des Sebastian Brader und der Karolin geb. Zahner Bürgerlich von Kaltbrunn, wohnhaft in Kalbrunn, Unterdorf.

Als Taufpaten wirkten: Jakob Zahner und Josefa Brader.

Als Taufpriester amtete: HH Pfarrer C. J. Fah, Kaltbrunn.

Die 1te Firmung

Empling Mar. Jos. Karolina Brader am 9 August 1871 in Kalbrunn durch
den hochwst. Bischof Dr. Carl Johann Greith, St. Gallen.

Als Firmpatin wird aufgeführt: Karol, Glaus, ehl. Brader, Glarus.

Für getreuen Auszug aus den Pfarrbüchern Kaltbrunn.

Kaltbrunn, den 23 März 1960



Rob. Fehrer, Pf.

Fe de Bautismo y de Confirmación

TRADUCCIÓN

El 14 de agosto de 1860, nació en Kaltbrunn -San Gall- y el 15 de agosto de 1860, en la Iglesia Parroquial de Kaltbrunn, según el rito Católico romano, fue bautizada.

María Josefa Carolina Brader

Hija legítima de Sebastián Brader y Carolina Zahner, oriundos de Kaltbrunn y residentes en Kaltbrunn, Urterdorf.

Fueron Padrinos de Bautismo: Jacobo Zahner y Josefa Brader.

El Sacerdote, Ministro del Bautismo fue el Rvdo. Padre C. J. Fah, Cura Párroco de Kaltbrunn.

Santa Confirmación

María Josefa Carolina Brader, recibió la confirmación el 9 de agosto de 1871 en Kaltbrunn, de manos del Excmo. y Rvmo. Dr. Carlos Juan Greith, Obispo de San Gall.

Fue Madrina de Confirmación: Carolina Glaus de Brader. Canton Glarus.

Es copia fiel de los Libros Parroquiales de Kaltbrunn
Rob. Peterer, Párroco.

La Madre caridad

1. Su Silueta de Niña

¡Suiza!... ¡Perdida en los repliegues de los imponentes Alpes, mirándose en los bruñidos espejos de sus lagos y sorprendiéndose ella misma del horizonte inmenso, el cielo inconmensurable, la tierra generosa y el paisaje augusto!... He aquí la patria que en risueño rincón guardó el hogar de la **Madre Caridad**.

Fue único vástago del opulento matrimonio formado por Sebastián Brader y Carolina Zahner, radicado en Kaltbrunn, cantón San Gall, y que el día 15 de agosto de 1860, la recibió del cielo, como una hija predestinada, bajo la sonrisa de María Santísima.

Su madre, mujer inteligente y enérgica, supo encausar su amor maternal, inculcándole la rectitud de espíritu en el santo temor de Dios, que siempre la distinguió.

Jamás madre alguna, puso tanto ardor en legar a su hija todo lo bue-



La Madre Caridad "ha nacido allí"

no y virtuoso que llevaba en sí; ella sola modeló en excepcionales circunstancias, aquel carácter espontáneo y travieso.

Pues siguiendo la fiebre de emigración que era el signo de la época, el Sr. Brader con su esposa y su hijita, se embarcó hacia la América del Norte, en donde tras breve lapso, se radicó definitivamente.

Pero, Doña Carolina, mujer sumamente práctica, sopesó las posibilidades de bienestar que allí se les brindaba, y hallándolas mejores en su solar nativo, resolvió su viaje de retorno, urgida por el acicate de una nostalgia invencible. Transcurrido un año de peripecias en América, regresó a Suiza, con su pequeñuela, de espíritu despierto y magníficos ojos color de miel.

Entonces la madre y la hija en la soledad del hogar, se compenetraron plenamente, y juntas trazaron para el futuro un solo camino divinamente humano.

El Sr. Sebastián Brader murió en la primavera de 1888, dejando a su hija, la fortuna que había amasado en el extranjero, a fuerza de inteligencia y trabajo.

Carolina hizo frente a la vida, considerándola como una perpetua lucha. La ausencia de su padre fue la cuña pertinaz que mantendría para siempre desgarrado y sangrante su corazón, pero el sufrimiento nunca se le convirtió en amargura resentida, gracias a su conformidad forjada en criterios sobrenaturales; y el dolor silencioso la hizo valiente en los azares aciagos; serena en los peligros, resignada en la cruz y apta para todo lo bueno.

Destinada a derrochar heroísmo por muchos años, selló con un mudo respeto los pesares hogareños, aunque el gesto de bondad que subrayaba su boca, se reemplazaba a veces por una expresión de amargura; y la pesadumbre ensombrecía sus pupilas.

Sin embargo, había nacido con el don supremo de la alegría, que ya se sintió aflorar en algunos episodios de su niñez, con el franco gracejo de su genio y el firme temple de la madre.

Ella misma recordaba, de vez en cuando alegremente:

- "¡Mí madre, solía repetir, nadie tiene una hija peor que yo!..." y aunque yo ponía en tela de duda este criterio, hacía esfuerzos para dar

gusto a mi buena mamá, pero sin conseguirlo muchas veces".

La inocencia de su tranquila infancia salpicada de originales ocurrencias, muestra a la niña despierta y bulliciosa.

En cierta ocasión, habiendo oído ponderar las penitencias de los santos que dormían en el suelo por puro amor a Dios, su alma infantil se conmovió sobremanera e hizo el firme propósito de imitarlos.

Llegada la noche, muy compungida bajó de la cama su blando edredón de plumas, lo tendió en el suelo y se acostó sobre él, para dormir el mortificado sueño de los santos.

Pasados unos momentos, llegó su excelente madre, con el propósito de hacerle la postrera visita nocturna; pero al mirar tan extraño cuadro, le preguntó asombrada:

"¿Qué haces allí?..."

"¿Yo?... ¡Imitar a los santos, pues hoy me han dicho que ellos dormían en el suelo!".

"Ahí... Si eso es lo que quieres, duerme en el suelo limpio, y no me dañes el edredón arrastrándolo por el piso".

Y... Patitas a la cama, se acabaron estas originales penitencias.

Su alma infantil propicia a consumirse en la llama y en el entusiasmo del sacrificio, no podía compaginar una quietud obligada con su sorprendente actividad, y frecuentemente ante el diario empeño que ponía su madre, para inculcarle la devoción del santo rosario, pero con una prolongación de plegarias, la pequeña exclamaba:

"¡Oh mama!...¿No pudiéramos rezar el rosario sin padrenuestros?..."

Comprendiendo la Señora, que tales palabras eran una protesta inconsciente contra lo largo de sus preces, le explicaba con amable sencillez, las riquezas que encierra el rosario con padrenuestros; y no lo hizo en vano, pues nadie tanto como ella, supo explotar tan asiduamente esos tesoros marianos hasta su muerte.



2. Alborada Eucarística

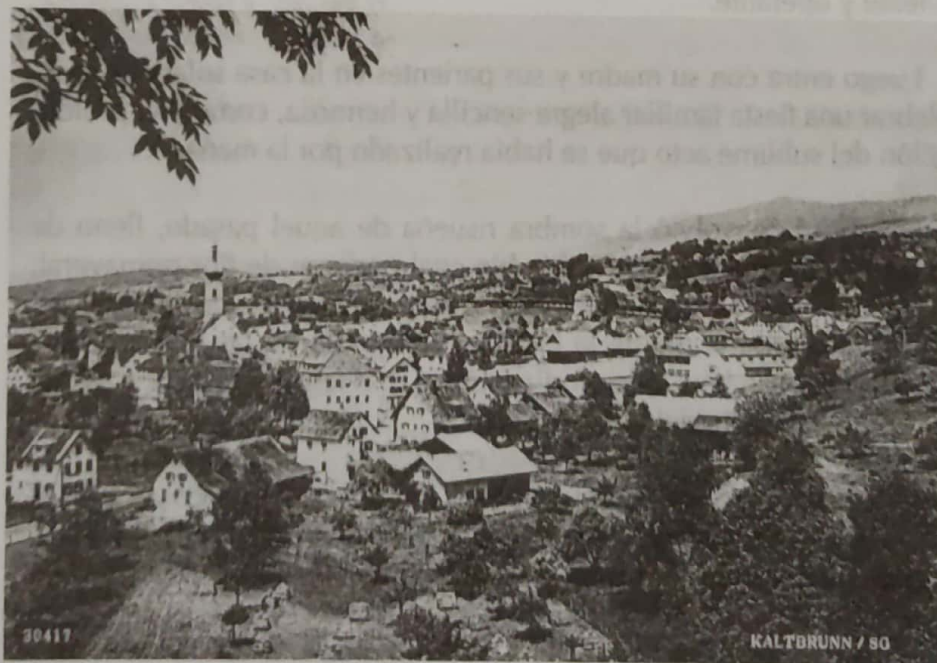
Abarca un período poco más o menos de dos años

En un Domingo *in albis*, cuando Suiza celebraba cada año por legendaria tradición su día blanco, hizo Carolina, la Primera Comuni3n.

¡Primavera en los campos y primavera en las almas!...

La mañana constituía un milagro de cielo y luz, y mientras la campana desgranaba las notas vibrantes y sonoras del Angelus, la pequeña se engalanó de blanco, con el ferviente anhelo de volar hacia el Sagrario.

Su madre la condujo hasta el atrio del templo parroquial, para que se reuniera con sus compañeras de felicidad. De pronto pareció que había brotado un haz maravilloso de azucenas humanas, y el silencio empezó a llenarse de leves rumores de plegaria.



Kaltbrunn

El párroco con capa pluvial da principio al ceremonioso ritual e inicia hacia el templo la procesión de las neocomulgantes, cuyas almas inocentes, se inclinan bajo el aliento de Dios.

Recogidas y ansiosas asisten a la Santa Misa, uniendo sus argentinas voces al canto popular con que los fieles en masa solemnizan el augusto Sacrificio.

El Sacerdote, con los cristalinos raudales de su doctrina que se desata en bienaventuranzas, exhorta a las niñas a entregarse sin reservas al amor divino en su primer abrazo eucarístico.

Se sigue la oblación de Dios en manos del Sacerdote.

Carolina se acerca al comulgatorio y la dicha entra a raudales en su alma; comulga la Hostia Santa y su vida se funde para siempre en Cristo.

Se consagra a María Santísima, Reina de Kaltbrunn, e inundada de ternura pide el abrigo de su manto azul para todos los que ama y para el mundo entero.

Cuando sale del templo está absorta, siente el amor fructuoso de santas irradiaciones; para ella todo esto es una cosa ideal, una realidad viviente y operante.

Luego entra con su madre y sus parientes en la casa solariega, para celebrar una fiesta familiar alegre sencilla y hermosa, como una prolongación del sublime acto que se había realizado por la mañana.

Siempre la envolvió la sombra risueña de aquel pasado, lleno de ventura y añoranzas, dulce y amable cual perfume de flor primaveral; y lo supo revivir a través de los años, procurando por todos los medios a su alcance que el día de la Primera Comunión de las niñas, que la Providencia puso bajo su custodia fuera el más feliz de la vida, y dejara en las almas el sello del beso de Dios.

Anohecía... Ya se desdibujaban los contornos de las cosas y en la oscuridad del firmamento principiaba el parpadear eterno de los soles, cuando Carolina en su oración de la noche renovaba sus propósitos de estrecharse cada vez más con Jesús Sacramentado.

Así, bajo la salvaguardia maternal, aprendió a amar intensamente a Jesucristo, acendró su devoción a María Santísima, comprendió la uti-

lidad del trabajo y se sintió cautivada por la pureza, virtud que brilló en ella con extraordinaria luminosidad, y fue acrisolando los valores espirituales que dieron calor y contenido a su vida.

La niñez de Carolina Brader Zahner, se deslizó serenamente en su valle natal, abierto en un abanico de panoramas, y vigilado por los picos alpinos, relucientes al sol bajo sus manteletas de nieve.



3. Estudiando

Los primeros años estudiantiles de Carolina, transcurrieron apaciblemente en su población nativa, donde la agricultura es fuente de bienestar. El escenario no pudo ser más propicio para su educación.

Kaltbrunn, situada pintorescamente en el valle que fertiliza la Linth, con un marco majestuoso de incomparables montañas y pardas sierras con sus grupos de pinos redondos de prietas copas; las casas con geranios floridos, junto a las puertas y ventanas; y lozanas enredaderas en las empalizadas y en los brocales de los pozos; rodeada de bosques milenarios y campos de árboles frutales, cuyos habitantes netamente católicos conviven en familiar vecindad, le ofreció no solamente los tesoros de su armoniosa naturaleza, sino también los de su vieja cultura.

A pesar de que nuestra Madre rehuía hablar de sí misma, se han podido espigar algunos rasgos de aquel entonces.

La Señora Brader, estimó con inteligente criterio que la educación valorizaría las privilegiadas dotes de su hija, y no escatimó nada para dársela muy esmerada, ya que la fortuna les sonreía. Terminados los estudios de la escuela primaria, la internó en el Instituto María Hilf de Altstätten, imponiéndose el gran sacrificio de la ausencia, pues el éxito sólo germina en los surcos que abre el dolor.

En el internado se resintió su naturaleza con el cambio total de ambiente; tuvo que contrariarse y aprender a sufrir, pero nunca se apagó la chispa de su genio. Veamos un apunte:

Repugnábale sobremanera comer las zanahorias, y cada vez en el refectorio, para librarse de ellas las guardaba cautelosamente en el pañuelo, con la intención de volverlas a sembrar cocidas en la huerta de donde las cosechaban crudas.

Su madre se percató de las manchas con que iban marcados todos sus pañuelos, y llamándole la atención le dijo en un día de visita:

-“Pero... ¿Por qué manchas tú, tan raramente de color amarillo todos

los pañuelos?"- A lo que contestó ella rápidamente:

- "¿Yo?...Yo no, mamá, las zanahorias".

Terminados sus estudios en María Hílf, siguió su carrera pedagógica en Sernen, con las Benedictinas de San Andrés y más tarde en la Visitación de Friburgo. Luego estuvo en Francia para su perfeccionamiento en el aprendizaje de idiomas.

Mediante esta sólida preparación optó con lucimiento los Grados de Institutora para enseñanza primaria y superior. El brillante éxito alcanzado por la joven, era el legítimo orgullo de la madre.

Cuando alguien le mencionaba los triunfos alcanzados y la fama que había dejado en los lugares donde se educó, repetía sencillamente: - "Yo no me hubiera atrevido a enviar a mi madre un mal certificado, la amaba demasiado"-

El mundo se abría ante ella atrayéndola, y un brillante porvenir la esperaba con magníficos auspicios; pero los caminos del Señor son impenetrables.



4. *Aprendiz de arte*

El amor al arte es una señal de predestinación de las razas selectas, y no en vano con tradicional esmero se lo cultivaba en el Instituto de Altstätten.

Por eso, entre los valores estéticos que aquilataron los años escolares de Carolina, además de la especialización en labores manuales, el estudio de la música fue uno de los mejores y de proyecciones duraderas.

No solamente la teoría formó su criterio artístico, dándole la capacidad de opinar certeramente ante cualquiera creación del pentagrama, sino que como profesora de piano y conocedora de la cítara, entrenó a sus alumnas en la más grande exactitud de ejecución. Nunca pudo sufrir que se estropeará ningún instrumento musical, y en todo caso exigía una pulsación precisa y delicada.

Amaba el canto, especialmente el litúrgico y lo enseñaba con especiales dotes de apreciación y buen gusto. Sin embargo, siempre recta en sus juicios, desvanecía como pompas de jabón las alabanzas vanas.

En cierta ocasión, alguien ponderó en su presencia su hermosa voz de segunda soprano, ella replicó en seguida con gracia y sencillez:

"No es cierto que yo tenga, lo que se llama voz hermosa, simplemente no desafino los tonos".

Durante toda su vida, hasta su muerte, demostró predilección por este arte incomparable y promovió su desarrollo con inquebrantable constancia, recordando al mundo que la música, llena de claridad y equilibrio, es un remanso al margen de la prosa cotidiana de la vida, y forma la antesala en los dominios de la Eterna Belleza.



5. *Sígueme*

La vocación religiosa, misterio de la misericordia divina, tan impenetrable como la predestinación, despuntaba en el alma de Carolina, semejante a la aurora de un día eterno.

Siguiendo este íntimo impulso arrollador, durante los últimos años de su carrera pedagógica, observaba perspicazmente el espíritu de aquellas Comunidades en las cuales cursó estudios. Admiraba su perfecta observancia, pero dispuesta a abandonarlo todo, por seguir pobre, a Jesús pobre, no encontraba plenamente el ideal de pobreza que la tenía cautivada.

Su corazón sencillo y piadoso se volvió hacia el cielo, y en demanda de auxilio llamó con súplica ferviente al Corazón de Dios. Surgió entonces diáfana ante sus ojos la severa silueta de las pobres Franciscanas de Altstätten y su resolución de ingresar allí, fue el prólogo de su historia de amor.

En los años de su infancia, viendo el carácter festivo y alegre de su hija, solía repetirle la Señora Brader: "Qué feliz sería yo, si Dios te llamara al estado religioso..." - pensando eso sí, en que esto jamás se realizaría.

La niña contestaba enérgica: "Nunca, mamá, nunca..."

Pasa el tiempo, y he aquí invertidos los papeles: la joven pide la madre niega.

Carolina ama a su madre, en ella concentra todos los cariños humanos de su joven vida, pero es más fuerte el llamamiento de Cristo. La madre no tiene más tesoro que esta hija única, alegría de su presente, esperanza de su futuro, pero siempre el amor divino es renunciamiento en ubérrimo y generoso desprendimiento.

En cierta oportuna ocasión de excepcional buen humor, cree Carolina llegado el momento cumbre que había estado aguardando y se dispone a hablar, mientras el corazón le da locos golpes en el pecho.

- "Mamá", dice, "yo quisiera..."



INSTITUTO DE MARIA HILF EN ALTSTÄTTEN



Se le quiebra la voz en la garganta y sigue una pausa...

- "¿Qué quisieras tú?..."

- "Recuerdo que cuando me tenías en las faldas solías decirme: ¡Quisiera verte monjita!. "Pues bien, estoy resuelta a ingresar lo más pronto posible en María Hilf".

La Señora Brader se queda estupefacta. Le parece ayer no más cuando su niña replicaba: "¡En el convento nunca mamá, nunca!..." Pero el capullo de su corazón se ha abierto como una rosa que quiere deshojarse en manos de su Dueño; el polluelo tiene alas de águila, ¿quién podrá retener su vuelo?.

No halla palabras para responder; se priva de todo comentario; y durante tres semanas se encierra en una reserva absoluta, en una reserva de expectativa; su frente se levanta con altivez, ceñuda, pálida como cargada de tempestades, mientras su pecho hierve en sollozos.

Carolina esconde heroicamente la pena que la roe y el ansia que la consume, espiando el momento de gracia en estas tres semanas de silencioso combate y rudo sufrimiento para madre e hija.

Hay en la vida circunstancias mínimas, capaces de producir consecuencias inmensas; momentos que tienen más valor que un cortejo de años, y hechos al parecer triviales que se resuelven en acontecimientos de trascendental importancia.

Esto vino a ocurrir en un domingo radiante. Sentadas frente a frente se disponen a cenar. Afuera, una canción inefable bulle por doquiera, está hecha de trinos de los pájaros, murmullos de las aguas, rumores de los árboles, en tanto que una claridad rubia se posa sobre la región. Adentro, un silencio grávido de interrogantes que no se expresan y una atmósfera de tirantez. Sobre la mesa un provocativo plato de morcillas suizas.

De pronto, en un arranque de espontaneidad, la madre hace saltar la morcilla del plato, que da un bote en el aire yendo a caer fuera de la puerta, cuando felinamente el gato se lanza y caza el riquísimo bocado.

"¡Lástima por la morcilla!..." Piensa Carolina; amenaza al gato con el gesto de su mano gordezuela y firme que revela dominio del sentido común, mientras su carcajada como un repicar de campanillas de plata, resuena por la habitación.

Está deshecho el hielo, la madre empieza a hablar. Se siguen las confidencias; queda resuelto el porvenir de Carolina con el permiso maternal de partir, y consumado ante Dios el doble sacrificio.

Esta alma tan bien dotada, ha salido de la lucha, fortalecida, templada y firme, para subir las cuestas de la vida, en tanto que en su casa solarieta y en aras de su felicidad, la madre solitaria removerá con cada recuerdo el estilete del dolor en el fondo de su corazón.



Sor M. Celina de la Dolorosa, F. M. I.

6. Carolina querida

Se cierra un período de 20 años

El 1o. de octubre de 1880 ingresa Carolina, en el Convento de María Hilf; cierra tras de sí la puerta, con ese adiós que desgarró el alma y santifica. El corazón de la Señora Brader al entregarla, experimenta una sensación de vacío, como si se hubiera hundido de repente el mundo.

Aquella criatura está enraizada en su propia carne, en lo más profundo de su ser, su vida misma está apegada a la de su hija y por eso se niega a aceptar esta separación, pero como cristiana recia y creyente no se atreve a torcer la ruta trazada por el llamamiento divino.

En el tiempo de prueba, le sobreviene a Carolina una amarga prueba espiritual: la terrible nostalgia y la punzante pena por la soledad en que queda su madre. Es tan completo su doloroso desasosiego, que un día tiene ya un pie fuera del claustro, dispuesta a regresar a los nativos lares, pero súbitamente avergonzada de su intento, corre a postrarse a los pies de Jesús Sacramentado en demanda de perdón y fortaleza.

La lucha se apacigua, torna la serenidad y fulge en sus horas la bienandanza; tanto así, que algo más tarde, cuando su madre llega a visitarla puede responder con verdad que es feliz y que nunca volverá a la casa paterna.

La Señora Brader regresa entonces, presa de un complejo sentimiento: de contento maternal ante la dicha de su hija, pues todos los sacrificios se dan por bien empleados con tal de lograr la felicidad de un ser querido; y de amargo desconsuelo, porque la oprime penosamente su frustrada seguridad de no volver sola a Kaltbrunn.

Apenas la madre sale del locutorio, y se pierde el rumor de sus pisadas familiares, vuelve Carolina a padecer la terrible tortura de sus vacilaciones, conturbada bajo la garra de una nostalgia invencible. Pues, por habituada que esté el alma a la lucha y por prevenida que se encuentra para el sufrimiento, conoce en el momento supremo, la diferencia que existe entre el sueño y la realidad, entre el proyecto y la ejecución.

La Madre Caridad

Sin embargo, la vocación es una llama que arde sin consumirse y le señala el camino de una conducta rectilínea.

No son las glorias deleznales de la tierra bastantes para su espíritu fogoso tan lleno de ansias celestiales; busca en la oración el valor moral que ha menester; rechaza varonilmente la tentación de volver atrás una vez puestas las manos en el arado de Cristo; y se entrega valiente y generosa a su Dios con un amor inmenso que marcha sonriente ante todo lo que es penoso en la vida.

La pobre madre contribuye a este triunfo, con la grandeza de ánimo de quien ha sufrido mucho y se ha resignado por fin a la Voluntad del Altísimo; se recluye para trabajar a solas reanudando el curso ordinario de la vida, mientras sube ante el Dueño Celestial su jaculatoria perpetua convertida en sollozos: Carolina querida.



7. En el Claustro

Abarca unos dos años

El 10. de marzo de 1881 se celebró en María Hilf una fiesta de alto contenido espiritual con deleites de eternidad.

Carolina Brader Zahner, vistió el Santo Hábito de Franciscana, trocando su nombre de mundo por el simbólico de

SOR MARÍA CARIDAD DEL ESPÍRITU SANTO, que fue la síntesis de toda su vida y el más puro ideal de su santificación.

Realizados sus anhelos, la joven se entregó de lleno a las prácticas de la Vida Religiosa, procurando empaparse en el espíritu de su Orden.

Era Maestra de Novicias por aquel entonces, la Rvda. Madre Bernarda Bütler, quien por excepcionales disposiciones del cielo y con la aprobación eclesiástica, ejercía al mismo tiempo el cargo de Superiora.

- "Su ideal fue formar almas fuertes, esposas de Cristo, que tomaran sobre sí el yugo del Señor con generosidad, aun cuando se sienta su peso y se experimenten sus punzadas. Encinas firmes a toda prueba debían ser, y no débiles planticas de invernadero".- (1)

- "Introdujo en su convento la Reforma, basada en la observancia plena y absoluta de la Santa Regla". "Oración y mortificación también nocturnas; ayuno y disciplinas eran su pan cotidiano".- (2)

Su simiente cayó en buena tierra. Floreció espléndido el espíritu franciscano y rindió su cosecha: la práctica de las sólidas virtudes.

Según comentario de sus cohermanas, la Novicia Caridad se acendró en la piedad; la distinguió su amor sin medida a Jesús Sacramentado y su tierna veneración a María Santísima. Sin faltar nunca a las obligaciones impuestas por las Superiores, era la primera en el Coro, cumpliendo siempre asidua y con gran reverencia las prácticas devotas. Particular y ferviente celo tenía por el rezo del Oficio Divino, y tanto

(1 y 2) Un alma victima, por el R. P. Beda Mayer, O. M. C. Pág. 86



CONVENTO DE ALTSTÄTTEN



por la unción con que lo recitaba, como por la claridad sonora de su voz, las Religiosas la llamaban: ***"la campana del Coro"***.

Todo dejaba traslucir de un modo silencioso la calidad de su carácter; la perfecta salud de su cuerpo joven, y el sensible vigor de su mente.

La ola de la gracia bañó su corazón por la fe sin desmayos ni mengua; la posesión de una felicidad inesperada se exteriorizó en brotes de ingenua alegría prodigando sus sonoras carcajadas, pretexto de que se echó mano para imponerle prácticas penitenciales de humildad.

Estimando justamente el claro talento de la joven novicia, las Superiores pusieron especial empaño en que siguiera perfeccionándose por el estudio, y ella correspondiendo a esta disposición, añadió brillantemente a sus títulos, los diplomas cantonales de Profesora y experta en labores manuales.

No vaya a creerse sin embargo, que estos deberes intelectuales la eximían de los humildes trabajos domésticos, pues acudió siempre alegre y generosamente al lavado de ropa, limpieza de la casa, y demás faenas. No había privilegios de categoría. Norma que más tarde se impuso como Fundadora.

Con verdadero espíritu religioso, fue cera blanda en manos de la Obediencia, adueñándose del ideal que persiguió hasta su muerte, por el cual: ***"la Religiosa dedicada a la enseñanza debe profundizar cuanto más pueda en la ciencia, para dar gloria a Dios y exaltar a la Iglesia"***.

En 1881, el 22 de agosto, octava de la Asunción, emitió los Votos Religiosos, y con el triple vínculo nupcial se consagró como esposa de Cristo y propiedad inviolable de la Divinidad; clavada en la cruz de la observancia, perseveraría fidelísima hasta la muerte con su Señor Crucificado, y el Calvario fue desde entonces, para su alma sedienta de inmolación, un pináculo de luz.



8. Testimonio de una alumna

La joven profesora fue destinada a la enseñanza, apostolado que ejerció con el sano interés que ponía en todos sus actos, imitando al Divino Maestro. Amar y hacer don de sí misma fue la clave de su vida.

Una discípula suya de aquellos dichosos días, consignó estos recuerdos en 1958:

Sor M. Caridad fue mi amada Profesora de Grupo en la Primaria. Una institutora extraordinariamente comprensiva, inteligente y alegre.

Entraba al salón con paso liviano pero a la vez firme; era de temperamento vivo y fuerte; y como maestra, enérgica y resuelta. Dominaba la clase haciendo interesantísima la enseñanza.

En la primavera de 1888 nos pidió cierta vez que voluntariamente nos comprometiéramos a rezar diariamente un Padrenuestro con una especial intención, para alcanzar algo importante y a la vez hermoso que no nos podía revelar.

Catorce días más tarde nos comunicó resplandeciente de emoción que había sido escuchada, y que por lo mismo podía ir con Mutter M. Bernarda a las Misiones de América.

Yo conservo de esta maestra cariñoso recuerdo. (1)



(1) Sra. Rosa Burri-Schlumpf, viuda, vecina de Berna Polygostrasse 33. Alumna de Primaria y Secundaria en María Hilft Altstätten en los años 1884-88. Nacida el 25 de Diciembre 1875.

9. Caminos de Dios

El viejo Convento de Altstätten había entrado en una era de paz y gozaba de la protección del Obispo de San Gall y la dirección espiritual de los Capuchinos.

Fundado en 1516, la historia de sus tres centurias era agitada y compleja. Recontaba en sus páginas heroísmos y abnegaciones innumerables, resistiendo a revoluciones, saqueos, destierros, carestías, pillajes de las tropas francesas a quienes se vió obligado a dar asilo; embestidas de la reforma protestante, y el peligro de extinción subsiguiente a la prohibición del Gobierno que les vedaba admitir nuevas novicias, pero que en buena hora se levantó en 1816.

Dura había sido la labor de hacerlo entrar en normas de sosiego y observancia religiosa, después de tan violentas sacudidas que habían desquiciado su existencia; sin embargo, de generación en generación aquellas valientes Franciscanas, habían tenido fe y confianza, habían descansado en Dios y Dios las había sostenido.

En 1880 y bajo el gobierno de la Rvda. Madre Bernard Bütler, nueva vida de fervor remozó la savia del árbol centenario. "Comenzó a arder en los corazones de las Hermanas, un santo entusiasmo, una feliz disposición para el sacrificio, para observar la santa Regla en toda su extensión y su origen". (1)

El 5 de diciembre de 1886, el Señor Obispo Agustín Egger inauguró la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento de día y de noche. Este privilegio fue la recompensa magna concedida a la Comunidad, que privadamente ya la había sostenido desde hacía un siglo entre vicisitudes sin cuento; y fue el crisol divino de Sor M. Caridad; allí se purificó y adquirió temple de heroísmo su corazón de oro.

El Convento de María Hilf, en buenas condiciones de vida, pensó expandirse y fundar filiales para la gloria de Dios.

Las cosas así, el 7 de marzo de 1887, el Provincial de los Capuchinos Rvdo. Padre Buenaventura Frey de Herdern, Thurgau visitó a las

(1) Un alma victima Rvdo. Padre Beda Mayer pag. 95

Franciscanas de Altstätten, y aprovechó la ocasión para abrirles amplias perspectivas sobre el mundo de las misiones.

La palabra enardecida del misionero fue la voz del Espíritu Santo, que prendiendo la chispa del apostolado encendió en el viejo convento el ideal de fundar una filial misionera americana. Fijaron sus miradas en Dakota, América del Norte, mas el proyecto fracasó.

Pero el Señor que escribe derecho con renglones torcidos, trazó en el Convento de Capuchinos de Nueva York, las misteriosas líneas del destino. Allí se encontraron el Obispo de Portoviejo, Ilmo. Sr. Pedro Schumacher y el Padre Buenaventura Frey.

El Obispo desahoga el dolor de su alma de pastor, dolida por la necesidad espiritual de su diócesis, formada por dos provincias muy extensas: Manabí y Esmeraldas. El pastoreo de 77.000 almas disgregadas en distancias enormes entre estepas ilímites y selvas vírgenes, sólo cuenta con seis Sacerdotes; la niñez y la juventud se hallan ayunas de educación cristiana, por falta de Comunidades Religiosas docentes. El pueblo en masa, sin la doctrina salvadora que da normas de equidad, para extirpar la lucha de clases que siembra cizaña de odio en la mente de los hombres.

El Capuchino le señala entonces, el Convento de María Hilf, como la realización de sus esperanzas, pues es capaz de proporcionarle misioneras franciscanas, fervorosas y animadas del espíritu de Cristo.

Ni tardo, ni corto, estuvo el Obispo en dirigir su petición que fue acogida con entusiasmo por la Rvda. Madre Bernarda Bütler y su Comunidad. La promesa de enviar siete Hermanas a la misión fue la consoladora respuesta.

Monseñor Agustín Egger, Obispo de San Gall, dio los pasos necesarios para alcanzar de Roma las dispensas y autorizaciones del caso. "El documento respectivo llegó el 23 de abril de 1888, fiesta del patrocinio de San José".

"Según sus prescripciones, las siete Hermanas misioneras quedaban desligadas de la Comunidad de María Hilf y agregadas a la diócesis de Portoviejo. Las misioneras, por su parte, debían renunciar a todos derechos y obligaciones para con el convento". (1)

Heroico arranque el de las siete primeras Franciscanas, que se lanzan hacia lo desconocido persiguiendo una conquista espiritual. Todo

(1) Un alma victima Rvdo. Padre Beda Mayer pag. 120

lo sacrifican sin vacilación: la Casa Madre que las acogió como a Esposas de Cristo; la patria querida; su familia según la sangre y su familia religiosa; no les queda más para poner en el altar de los sacrificios, pero Dios acendra en amor a quien elige, y sus corazones se han tornado en chispas sagradas capaces de incendiar al mundo.

Como superiora de la fundación americana destinan a la Rvda. Madre Bernarda, quien en aras de la sublime vocación misionera, renuncia al Superiorato de María Hilf. Como asistenta es designada Sor M. Caridad, quien lleva el bagaje de sus valores espirituales, evidenciando la diafanidad en todos sus actos, el olvido de sí misma, su voluntad de renuncia y el viril empeño que singulariza sus acciones.

NOMINA DE LAS SIETE PRIMERAS MISIONERAS FRANCISCANAS EN AMERICA:

Rvda. Madre Bernarda Bütler, de Auw

Sor María Caridad Brader, de Kaltbrunn

Sor María Isabel Huber, de Teggen

Novicia María Lorenza Sutter, de Mouthhatal

Novicia María Dominica Spirig, de Wídnau

Novicia Maria Otmara Haltmeier, de Klaus-Vorarlberg.

Postulante Micaela Rhomberg, de Dornbirn.

El viaje se fijó para el 19 de junio de 1888. Enamoradas del ideal de absoluta pobreza evangélica, recibieron en calidad de limosna cuanto la Casa Madre les donó; de allí en adelante serían mendigas, por amor a Cristo mendigo.



10. " Toda despedida es Morir un poco "

19 DE JUNIO DE 1888

Es media noche. Las monjas salmodian por última vez los Maitines en coro, despidiéndose así de la Capilla, relicario de sus recuerdos.

A continuación el R. P. Keller, Capuchino, celebra el sacrificio de la Misa, supremo holocausto de las divinas despedidas; les reparte la Sagrada Comunión, secreto de todas las fortalezas; y de cara al largo viaje, preludio del eterno sin regreso, les imparte la Absolución General. Se congregan ante el Tabernáculo, amor de sus entrañas, piden la bendición al Amigo único de todos los momentos, y al salir llevan el corazón crucificado.

Frugal desayuno animado por unos minutos de recreo, excepción inaudita concedida al severo silencio claustral nocturno, en honor de la fundación en el Nuevo Mundo, es el ágape de la caridad franciscana que, desde ese rincón suizo, se despliega en un manto universal.

A las 3 y media del último amanecer pasado en la patria, arranca el ómnibus hacia la estación de Santa Margarita. Ya no les queda a las viajeras sino esperar en las dificultades, privaciones y peligros de las misiones, la hora de la reunión suprema.

Ahora los paisajes huyen en un sueño..., las características casas suizas; planicies cuajadas de trigales, lomas escalonadas de vides; valles vestidos de huertas joyantes; solanas pobladas de pinares. Pueblos, ciudades y fronteras pasan en un film delirante.

Un poderoso trasatlántico el "LABRADOR", las recibe en el Havre, y zarpa hacia la inmensidad del mar el 22 de junio. Semana tras semana a viento en popa, se aleja por el Atlántico, ora arremetiendo tempestades, ora en la bonanza gozando de un reflejo de la armonía de Dios;

ora bajo la impávida vigilancia de las estrellas, hasta arribar en Colón, puerto colombiano en ese entonces, el 17 de julio.

Gozan allí de la hospitalidad caritativa de las Hermanas Vicentinas; cruzan en tren el istmo, y en el puerto de Panamá se embarcan en un vapor inglés que, surcando el majestuoso Océano Pacífico; ancla en Manta, pequeña ciudad ecuatoriana de las costas de Manabí, el 4 de agosto de 1888.

¡Por fin han llegado! ¡Mil emociones les saltan del pecho en tumulto incontenible, con el pensamiento fijo en lo que acaban de dejar atrás y en el misterio de lo que les espera. Una nueva patria les brinda su regazo. Ya pueden mirar con los ojos agrandados por el estupor, los bosques vírgenes cruzados por ríos gigantes; murallones de sierras, imponentes desfiladeros, valles deliciosos, lugares de maravilla, sorprendentes, llenos de majestad y grandeza!

Y sin embargo, cuan cierto es: "que toda despedida es morir un poco".



11. Misioneras en el Ecuador

Abarca un período de cinco años

La intensa labor pastoral en Rocafuerte, impidió a Monseñor Schumacher hacer el recibimiento a las viajeras de ultramar; pero cumplió paternalmente con el saludo de bienvenida, enviándoles un Sacerdote como guía y portador de su bendición y de su vivo deseo de entrevistarlas.

Dura fue la jornada. Dejaron pasar la canícula ecuatorial que calcina, y viajaron toda la noche, bajo el cielo tropical "en donde se conjugan los astros de ambos hemisferios".

Las Benedictinas norteamericanas de pura cepa misionera, que tenían su centro de acción en Rocafuerte, las acogieron con evangélica hospitalidad; y mientras las Franciscanas se radicaban en su nueva patria, pusieron a su disposición cuanto tenían.

Con celo apostólico, el Obispo Schumacher les presentó un programa pleno de trabajo que fue ampliamente aceptado por las Franciscanas; y el 8 de agosto salió el santo prelado en compañía de la Rvda. Madre Bernarda y de la Madre Caridad, con una escolta de caballeros hacia Chone, el lugar de su destino; primer surco en donde regarían la simiente de caridad, preparando una prodigiosa cosecha de almas para el cielo.

Chone las recibió entre hosannas. La casa cural, una choza de dos habitaciones, que se hallaba desocupada fue destinada como convento-cuna de las Franciscanas.

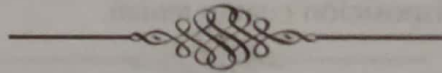
Con el método y acierto que siempre distinguió a la Madre Caridad, ayudó en un todo a su Superiora en el arreglo de lo indispensable; y una vez que se les unieron las otras cinco Hermanas, se inició allí la vida de comunidad en la más austera pobreza. Almas reparadoras por excelencia, para dar a su trabajo un germen de eternidad, lo avaloraron con la oración continua.

Buscaron la compañía de Jesús Sacramentado, pero la Iglesia Parroquial presentaba el cuadro más desolador de abandono; no se desalen-

taron y su primer empeño fue arreglarla y hacerla brillar por la limpieza extraordinaria en su extraordinaria pobreza.

Proveyeron el altar de un tabernáculo que afortunadamente habían traído de su Casa Madre en Suiza; y resolvieron ser ellas mismas las lámparas votivas, pasando los domingos en adoración ante el Santísimo, y consagrándole en los días de faena sus horas de recreo.

Mientras tanto, el santo Obispo les hizo construir una morada, en la selva regada por el río Chone, que se llamó el Convento de Santa Clara, humildísimo en verdad, pues "ganó en pobreza al más pobre de toda Europa". (1) pero que tuvo la gloria de ser la Casa Madre Franciscana en tierras americanas. Allí sirvieron a Dios y a la humanidad las primeras misioneras con su estudio, con su trabajo, con su observancia, con su dolor, con su retiro, con su humildad, y con su penitencia.



(1) Un alma victima Rvdo. Padre Beda Mayer

12. *Apuntes de un testigo*

Contemporáneo Santo

En cartas escritas por el Ilmo. Sr. Obispo Pedro Schumacher en los años de 1888 a 1893, se hallan entre otros muchos, los siguientes apartes: (1)

"Las Franciscanas venidas de Suiza son mujeres heroicas a quienes no las puedo admirar lo bastante. Son jóvenes, a excepción: de la Superiora que es ya de algunos años; pero están llenas de celo por la gloria de Dios; andan con el pie desnudo sobre sandalias, duermen en el duro suelo, trabajan mucho y rezan más aún".

"El pueblo admira su espíritu de sacrificio, antes en Manabí desconocido, y envía gustoso los niños a su escuela. Estamos por levantarles un convento que les sirva de vivienda y para la enseñanza".

"La región donde las Madres ejercen su apostolado es rico en productos naturales, diríase que el amoroso Dios ha derramado en ellas sus dones con larga mano". "Las gentes traen a las Religiosas más de lo que ellas necesitan para la vida".

"El método de vida de las Madres es extraordinariamente severo, tan severo que aquí es imposible poder cumplir; ayuno casi cada día; hasta las once de la mañana no toman alimento alguno; nunca comen carne; duermen sobre el duro suelo; trabajan rudamente en la casa y en el jardín; andan sobre sandalias con el pie desnudo sin medias".

"En estos países tropicales no se puede vivir en tal forma, y así les hice ver, pero fueron vanos mis ruegos para dulcificar sus rigores; se empeñaban hasta lo indecible en seguir a su modelo: Santa Clara".

"Las funestas consecuencias no se dejaron esperar, todas cayeron enfermas y varias gravemente. Creí entonces de mi obligación intervenir y les ordené, en nombre de su voto de obediencia, variasen el mé-

(1) Ilmo. Sr. Pedro Schumacher, Obispo de Portoviejo Por Leonardo Dautzenberg C. M.

- Págs. 270-274-276-277-284-292

todo de vida. Variaron; pero es admirable, el cómo tan débiles mujeres sean tan firmes y perseverantes en el espíritu de sacrificio".

"Como en el mes de permanencia que, dirigiendo los trabajos de construcción tengo en Chone, las Madres se enfermaban día a día cada vez más gravemente y hubo frecuentes desmayos en la Santa Misa; les ordené tomasen una taza de café después del santo sacrificio, y prohibí los trabajos al sol o a la humedad".

"Traje a Bahía, un pueblito a orillas del mar donde la temperatura es más fresca, a dos de ellas en grave peligro de su salud y a poco ordené que viniese una tercera". "Los rayos solares al reflejarse en el húmedo suelo producen tal bochorno que rinden al extranjero a lo sumo en quince minutos".

"Las Franciscanas se han convencido al fin de que por aquí se debe comer, beber y vivir como la naturaleza lo exige; que la mejor mortificación es soportar alegres y tranquilos las inclemencias de esa misma naturaleza".

"En Chone el calor es fuerte; el ejercicio de trabajos materiales rudos baña al poco tiempo de sudor y empapa los vestidos; si se anda con los pies húmedos, las fiebres no tardan en presentarse, si se come frutas sin la debida discreción, la disentería hace estragos y también las fiebres".

"Por la tarde y por la noche, plagas nocturnas atormentan sin descanso al hombre y a los animales sacándoles la sangre; no hablaré de las plagas diurnas en que cabe más defensa". "Nuestras Religiosas con los pies desnudos se llenaron pronto de pequeñísimos bichos, que se les introducen en la carne... Por este motivo ordené a las Madres, que usasen medias y zapatos".

"Estas fiebreccitas principian por lo común, con escalofríos que hacen temblar de la cabeza a los pies, les acompañan vómitos, calor en los miembros e intranquilidad en el espíritu. Cuando vuelve la salud se queda tan decaído, que para nada hay ánimo".

"Las lluvias han hecho la vida muy penosa en este año; llueve a cada momento y doquiera no hay sino agua y lodo; los viajes son casi imposibles. Los campos están verdes, abunda el pasto; pero el calor es insufrible y se suda día y noche. A consecuencia de la humedad y de las emanaciones pantanosas, los males corporales no escasean".

"No obstante las inclemencias de la estación, construimos una casita

13. *Primera Víctima*

"Acabo de venir de una fundación en Chone de pobres hijas de San Francisco, de la Suiza alemana, del conventito de María Hilf en Altstätten".

"Estas nobles doncellas vinieron a este rico país a desafiar peligros y trabajos para dedicarse a la educación de la juventud y a toda obra de caridad y misericordia. No puedo pensar en la abnegación de estas mujeres sin conmoverme hondamente. Casi podemos decir, que en la selva, pues Chone está en los linderos de los terrenos vírgenes; les hemos levantado casa, capilla y escuela en las que con infatigable celo se consagran a su misión de enseñar a toda clase de personas, costumbres morales, trabajo y religiosidad".(1)



"Estoy con ellas, las pobres, las piadosas Madres, en su nueva casa. Hay árboles por todos los contornos". "Algunos pasos frente a la ventana se alza una cruz sobre la tierra, como señal de que allí descansa ya en paz una compañera en la vida de sacrificio. Murió en Cristo dichosamente. Estuvo enferma desde su arribo a estas playas, y parece que en el viaje de Panamá recibió la fiebre que la llevó al sepulcro".

"No obstante la enfermedad vivía sujeta a un régimen severo de vida y trabajos pesados, que acabaron por postrarla en el lecho del que ya no se levantó". "La última vez que vine a Chone me dijo alegre: Ya puedo morir". "La visitaba a menudo y cada vez se desbordaba en agradecimiento y no sabía cómo manifestármelo. Expiró dulcemente en el Señor, en mi presencia y en la de sus Hermanas".

"El día de la muerte era el señalado por las Madres para pasarse al nuevo convento; pero la muerte hizo que se prorrogase para el día siguiente, y así se hizo llevando el cadáver de manera muy edificante".

"Muy junto a la nueva capilla estaba el cementerio, un pequeño terreno cercado para tal fin. Concluida la Misa de Difuntos, las Franciscanas tomaron la caja mortuoria y en medio de numeroso concurso la llevaron a través del pueblo desde la vieja vivienda al cementerio. Era

(1) Ilmo. Sr. Pedro Schumacher, obispo de Portoviejo. Por Leonardo Dautzenbeg C. M. - Pág. 273 -274 - 284

triste, el contemplar a estas vírgenes, que venidas de tan lejos, acababan de perder una compañera apenas pisaban tierra extraña; su tristeza no era mundana, inconsolable era la pena de quedar aún en el destierro cuando la amiga entraba victoriosa a la eterna patria".

"En el pueblo la impresión era profunda; cuantas veces llegaban las Madres a parajes dificultosos, por el fango o por otros motivos, las gentes se ofrecían espontáneamente a tomar sobre sí el ataúd".

"Al momento del entierro dije cuatro palabras, para dar franca salida a la pena indefinible que estaba en el alma de todos y no se la comprendía. Entregados a la tierra los restos mortales de la primera Religiosa fallecida en Chone, las Madres, sus compañeras, se dirigieron a la nueva vivienda".

"Día a día y hasta tarde en las noches tuvimos que trabajar para terminar esta habitación, que está aún inconclusa y donde hay mucho que hacer".

"De las siete Religiosas que llegaron, una cayó víctima del clima. Su sepulcro, sencillo y siempre con flores, lo adorna una cruz con esta inscripción: "Hermana Otmara, nacida en Suiza y muerta a los 22 años. El Señor será mi herencia por toda la eternidad".



14. *Y la Vida Siguio....*

Y la vida siguió su ruta fecunda, porque el sufrimiento es un escollo que las olas, al estrellarse contra él, cubren de tesoros.

Las Franciscanas tomaron posesión de su Convento de Santa Clara, el 30 de noviembre de 1888.

No estaba vacío el puesto de la Hermana Otmara Haltmeier, porque las acompañaba espiritualmente en todas partes y con ellas subía el nostálgico calvario de las recordaciones.

No contentas con la enseñanza, abrieron hospital para pobres en una ala del convento, y allí acendrarón su compasión con los enfermos y necesitados, probando que la caridad es el medio civilizador de alcance extraordinario.

Las gentes de Chone y sus alrededores, al sentirse objeto de la bondad de las Franciscanas, empezaron a darles el nombre de MADRES, que conservaron luego como un título oficial religioso.

Además, se echa de ver por las comunicaciones recibidas desde antaño, que en América daban el título de MADRES a todas las Religiosas; las Franciscanas pues, respetaron a su vez la costumbre y aceptaron el tratamiento ya establecido.

Allí vivían agobiadas por el deber, sin descansar un punto, sin hacer alto en la ruta, sin derecho al reposo ni tiempo para pensar en ellas mismas, teniendo como único remanso refrigerador para las ardentías del espíritu, a Jesús Eucaristía.

Aunque en Manabí se respiraba un ambiente de bochorno que agotaba las fuerzas, la Madre Caridad conservó su sano optimismo, demostrando con su conformidad que el dolor y la dicha son igualmente mensajeros de Dios.

Buena parte de ello son sus castas, empapadas de esa animosa paciencia, con ayuda de la cual se soporta todo lo desagradable sin excesivo pesar y se triunfa de todos los obstáculos.

La Madre Caridad

15. Cartas de la Madre Caridad a María Hilf. ⁽¹⁾

FRAGMENTOS (1)

Chone, es una población bastante extensa, pero la ciudad misma no es más grande que una de las dos Lüchingen. Nuestro convento queda en las afueras y dista unos ocho minutos de la ciudad; está ubicado en una calle nueva, frecuentada y ruidosa y por eso lo resguarda un bosquecillo que tiene algunos pasos de anchura. Probablemente estará terminado cuando reciban esta carta, pues todavía no lo ocupamos. Consta de la habitación para las Religiosas; en frente la Capilla y en ambos lados los edificios para las alumnas, que se unen al cuerpo principal por corredores cubiertos.

El lote del nuevo convento mide 100 pasos de ancho por 150 de largo poco más o menos, y se lo cercará con una tapia. (Un paso equivale en nuestras medidas a una Elle)

Ha tenido el Ilmo. Sr. Obispo en tan concienzuda consideración la Santa Regla y las Constituciones, que ahora podemos guardar la clausura interior mejor que Sus Caridades en Suiza; además dispondremos de un Coro separado y recibiremos la santa Comunión según las costumbres de la clausura.

Los planos del edificio fueron elaborados por el mismo Sr. Obispo, quien nos lo presentó, y naturalmente estuvimos satisfechas con el esquema. Hemos de tener un pequeño paraíso con abundancia de cacao, bananos, café, legumbres y flores, que rodeará graciosamente nuestra querida habitación y donde podremos sudar, lo que suele ser saludable en las horas mañaneras. Resaltarán las eras grandes y pequeñas con buenos caminos; la huerta bien tenida será una gran novedad para los habitantes de Chone, y esperamos que nos imiten en estos cultivos.

La mayoría de la gente por aquí es muy rica, porque la comarca es buena y fértil, y se consigue además suficiente leche, cosa que no puede afirmarse de otros lugares, por ejemplo Portoviejo.

Sor M. Celina de la Dolorosa, F. M. I.

Casi olvidé contarles lo mejor de todo, y es que nuestro Convento queda a orillas de un río, y por lo tanto no debemos temer la escasez de agua.

¡Oh!.. Si nuestras jovencitas supieran en Suiza, cuan necesaria es la labor que nos espera, y cómo el Todopoderoso da valor y fuerza, nadie sería capaz de detener a aquellas que no están ligadas por la santa obediencia.

¡Oh!... ¡Que se nos enviara muchas Religiosas ávidas de trabajar en la viña del Señor!... Pues hay urgencia de multiplicar las fundaciones para remediar en algo la miseria y el abandono espiritual que reina en estas regiones. Sin Religiosas que enseñen en las escuelas, no hay Sacerdote que consiga algo. Pero... "Religiosas firmes y constantes en su vocación, que no dejen caer las alas por nonadas", repite con frecuencia nuestro Prelado.

Que Dios nos ayude a nosotras jóvenes Religiosas, es siempre mi primer pensamiento al escuchar tales exhortaciones.

Hoy se nos indicó que el Ordo para el año entrante, todavía tendríamos que pedirlo a María Hilf, en Suiza.

En un sermón nos manifestó el Sr. Obispo que el nuevo Colegio sería puesto bajo la protección de Santa Clara y que también llevaría su nombre.

Hoy es la fiesta de Santa Clara y mientras le escribo esta carta, las demás Hermanas se solazan en el recreo de la tarde. ¡Cuánto diera por poder conversar con SS. CC. una horita! Tendría tanto que contarles.

Nuestro proyecto "María Hilf" fue suplantado por nuestra santa "Madre Clara". Aquí abajo en América no teníamos noticia de tal desafío de honor, pero Ellas en el cielo celebrarán sin duda un acuerdo.

Así el secreto deseo tanto tiempo abrigado por nuestra amada Madre Superiora se ha cumplido inesperadamente.

Con la ayuda de Dios seremos verdaderamente Clarisas. Es sorprendente como el Sr. Obispo nos procura la más concienzuda observancia

de la Santa Regla y de las Constituciones; es el mejor de los padres y para nuestra amada Madre un ilustre, prudente y discreto consejero.

Mil cordiales saludos para todas las queridas Hermanas, lo mismo para el Rvdo. Padre Capellán, las colegialas y su Profesor Sr. Augusto; y para mi amada mamá saludos de todo corazón.



Por insinuación de la querida Madre Superiora, les hago descripción de la catedral de Chone.

Una casa cuya construcción es de bahareque, material que fabrican semejante a los aros de madera para los barriles. Le sirven de ventanas grandes aberturas protegidas con tela blanca, pero muy sucia. El piso es de madera y tiene la limpieza de una escuela que no se ha barrido en toda la semana.

El altar es provisional y sin tabernáculo; los bancos y sillas brillan por su ausencia. La bóveda de este templo es un pobre techo, y las decoraciones para sus paredes son polvo y telarañas.

¡Oh queridas Hermanas!... Si vieran la miseria de esta Casa de Dios, llorarían y nos ayudarían con una limosna.

Dos cajones sin cubierta alguna, sirven de gradas para subir al coro; no existen reclinatorios para que las personas se arrodillen al confesarse y comulgar, y todos se sientan directamente en el suelo, así como lo hacen los sastres sobre la mesa.

Los altares arreglados con un telón, como a veces se preparan en Suiza para las procesiones, son una belleza incomparable en parangón con esta iglesia.

La Rvda. Madre Superiora les pide humildemente la donación de la pequeña Custodia que tiene allá.

Nos arrepentimos cada día más por no haber traído más enseres para la Iglesia y la escuela y también para aprovisionar nuestra casa porque aquí no hay nada; y muchísimas cosas de primera necesidad e indispensables como el jabón, no se consiguen.

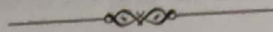
Las gentes aquí no trabajan, por eso no necesitan nada tampoco.

Les suplicamos que cuando envíen más Religiosas, tengan también la bondad de mandarnos muchas cosas; todo nos sirve porque todo nos falta, sin olvidarse de algunos apagadores de velas.

Ahora sí que duerman bien, y no olviden a las Hermanas que se hallan tan lejos en tierra extraña; y recen mucho, mucho, pues necesitamos valor y fortaleza para tan ardua misión.

Un saludo especial para el Profesor Benz, él pudiera ayudar a nuestro Prelado mucho más que diez Religiosas y celosos Sacerdotes juntos. ¡Oh! ¡Si solamente se conociera la lamentable situación de esta tierra!

Aquí falta todo, excepto diversiones y pecado; y si no llega una pronta ayuda, humanamente hablando, todo está perdido.



Aquí no tañen sonoramente las campanas en las iglesias; para que suenen las golpean con una piedra o con una barra de hierro.

Las casas se levantan sobre estacas o postes de tres, cuatro y hasta cinco metros de altura; tienen un solo piso y las habitaciones se separan con caña brava o carrizo. La madera tiene el color de nuestros cerezos, y también la hay totalmente amarilla, pero a pesar de su consistencia, no es duradera porque la destruye el comején que es inevitable.

La piedra y la arena son tan escasas, como en Suiza los cafetales; pero aquellas serían muy beneficiosas, ahora mismo necesitamos unos cuantos metros cúbicos para construir andenes.

La región tiene un panorama muy semejante a Suiza con sus montañas y valles; bosques y potreros en donde pacen los animales. Pero... no hay nieve, ni se oye el alegre Yodel de los Alpes; no se ven carros ni ferrocarriles, solamente se monta a caballo.

Todo crece en abundancia; en tiempo de sequía, el rocío es tan abundante que provee a la naturaleza de la humedad necesaria.

No es preciso mucho cultivo, basta sembrar para luego cosechar. Si mediara el debido cuidado, las cosechas triplicarían su abundancia y rendimiento.

En nuestras huertas se produce cacao, yuca, plantas de coco, plátano.

nos, naranjas, café, ají y caucho. Vamos a sembrar también toda clase de legumbres y hortalizas como en Europa, así mismo árboles frutales, apenas nos lleguen las semillas y los arbolitos.

¿Qué pudiera decir de los habitantes?... En cuanto a la civilización hay mucho que fomenta el orgullo y el egoísmo, pero nada que pudiera llamarse verdaderamente religión y cristianismo.

El progreso industrial y comercial está atrasado, porque la gente no quiere colaborar para fines de provecho común, a no ser que vea una empresa ya en su desarrollo; y es imposible conseguir algo grande, si todos no contribuyen de antemano.

Nadie se fía de la palabra ajena porque el engaño abunda en todas partes.

El arreglo interior de las casas es muy primitivo. Las mesas trabajadas con tabla sin cepillar; las camas provistas de toldillos para protegerse contra los mosquitos y zancudos, y la imprescindible hamaca completan el mobiliario.

Los ricos y de sociedad usan sillas, pero la gente del pueblo acostumbra sentarse en el suelo.

Es llamativo, cómo las basuras y desperdicios diarios son devorados por los gallinazos (grandes aves negras).

La manera de vestir es desaliñada, pues dentro de casa no les preocupa ni la decencia ni la limpieza, pero las niñas vienen a la escuela más aseadas y apuestas que en Altstätten.

Son una rareza los relojes y paisajes, pero en cambio nunca faltan los espejos.

El encuentro de bichos y sabandijas, no es tanto como se temía; tal vez aparezcan en tiempo de lluvia, y no hay ni vestigios de las mortificantes pulgas suizas.

Hasta ahora, las noches han sido frescas y muy propicias para dormir bien; nos hemos levantado con frecuencia andando de un lado a otro sin experimentar daño en la salud; tampoco nos perjudican las frutas de toda clase que comemos con gran apetito. Somos sin duda, de una constitución más fuerte que otra gente.

Aunque al levantarnos por la mañana, nos bañamos muy bien, con bastante agua fría, podemos dormir en la meditación lo mismo que en María Hilf.

Hasta el cielo es idéntico como allá, ni más oscuro ni más claro y las estrellas resplandecen lo mismo, aunque observándolas me parecen que aquí se distinguen más planetas. Los crepúsculos duran solamente media hora; en la madrugada comienzan a las 5 a.m. y al anochecer a las 6 p.m.

Es costumbre general hacer las visitas por la noche prolongándolas hasta muy tarde, pero nosotras hemos advertido desde un principio que después de las 6 p.m. no recibiremos ninguna visita.

La Rvda. Madre Superiora me ordena suplicarles que nos envíen cuatro o cinco cuchillos de acero inoxidable para la cocina, y además pedirles muchos utensilios para el trabajo y material de enseñanza.

Más tarde, cuando hayamos abierto el Colegio, escribiré al profesor de Pedagogía sobre la escuela y el modo de enseñar.

Nos espera mucho trabajo, duro y constante, pero confiamos en que sus oraciones nos alcancen la ayuda y fortaleza necesaria para cumplir la santísima voluntad de Dios, y así preparar los corazones de las niñas para recibir su santa gracia.

Ninguna de las Hermanas han tenido todavía nostalgia de Suiza; nos sentimos aquí como en la casa, y conocemos que esto es una señal de que el llamamiento que nos trajo a América vino de Dios.

Mil saludos a todas las carísimas Hermanas y a todos los conocidos.

De la íntima de las pobres hijas de Santa Clara:

Sor. M. Cuidado

(1) Cartas fechadas el 26 de agosto y el 20 de septiembre de 1888, autenticadas el 26 de enero de 1959,

16. *Nuevas Obras en la Mies*

Se había terminado un capítulo en la vida de las Franciscanas y otro se iniciaba.

Una grande alegría vino a coronar tantas abnegaciones; tal fue la llegada de un grupo de misioneras del Convento de María Hilf, siete novicias bajo el cuidado de la Madre Rafaela Benz.

El pobre Convento de Santa Clara explayó su espíritu apostólico con la fundación de dos filiales similares, la de Santa Ana y la de Canoa en la costa del Pacífico, y creciendo de día en día la actividad en las misiones, se buscó un refuerzo en las vocaciones europeas.

A fines de 1891, dispuso la Rvda. Madre Bernarda que su asistente la Madre Caridad, regresara a la patria en busca de las tan anheladas misioneras, con la recomendación de que sondeara las posibilidades de realizar una función en Norte América, pues la situación política del Ecuador se presentaba amenazadora y más erizada de dificultades cada día.

Con la fe inquebrantable y tozudo esfuerzo, logró reunir la Madre Caridad un selecto grupo de nueve valerosas jovencitas, resueltas a "dejar su tierra, su parentela y la casa de sus padres", por obedecer al llamamiento divino. En octubre de 1892 se detuvo en Nueva York ya de regreso.

Cuatro semanas demoró obligatoriamente en la Casa de San Leo; logró entrevistarse con el Provincial de los Capuchinos R.P. Buena-ventura Frey, y planear la función pedida por su Superiora, pero también esta vez se tropezó con dificultades insuperables que frustraron las halagadoras esperanzas. No había llegado aun la hora señalada por la Providencia.

Lenitivo para el fracaso, fueron quizás las preocupaciones del largo viaje, cruzando nuevamente el Pacífico hasta llegar a Bahía; luego la sorpresa de navegar en canoa río abajo hasta parar en Dos Aguas, en donde las esperaba el R. P. Gaspar de Cebrones, Capuchino, con los caballos listos para que se entrenaran en la equitación.

Las jóvenes Hermanas, vigiladas por la mirada atenta y maternal de la Madre Caridad, hicieron su entreno como amazonas en una jornada nocturna, y el 12 de enero de 1893, a media noche, fueron recibidas con religiosa fraternidad y desbordante júbilo en su Convento de Chone.

La Madre Caridad presentó a su Superiora la más sentida disculpa por no haber podido realizar sus deseos de fundación en Norte América, y atribuyó humildemente el fracaso a sus pecados; pero la Rvda. Madre Bernarda la consoló con estas razones: "¡Gracias a Dios! Hice celebrar noventa Santas Misas para que no encuentre nada allá, porque tengo prometida otra fundación a Túquerres en Colombia. Y Ud. Madre Caridad, debe realizar esta nueva fundación". (1)

Este viaje marcó a la Madre Caridad con el sello de la cruz en carne viva.

Al llegar a Suiza y darse cuenta de la tremenda soledad de su madre, con un sentido enorme de las responsabilidades, y la venia de la Rvda. Madre Bernarda, se la trajo al Ecuador con las nueve misioneras, para velar por ella.

Aquí se presentó un dilema que hizo sangrar nuevamente a estos dos corazones amantes.

La salud de la Señora Brader se resintió en Chone a consecuencia del clima; enferma y a su edad no podía quedarse en la misión.

Ante la perspectiva del penoso viaje a Túquerres, y presintiendo las dificultades del futuro, tampoco le era dable acompañar a su hija. Entonces resolvió regresar a la patria, bajo la custodia de un Sacerdote que seguía para Alemania.

En tan duras circunstancias, madre e hija, se despidieron para siempre en la tierra.

Más tarde, la Señora Brader buscó la sombra de las Franciscanas, hija de su hija, y murió en la casa de San José en Tübach.

Dios solo exige estas abnegaciones a sus elegidos.

La Madre Caridad siguió cumpliendo sus arriesgadas obligaciones con la despreocupada humildad de los héroes. Ya se había acostumbrado a retorcer su corazón, obligándolo a plegarse siempre al deber.

(1) Mutter Cháritas Brader. Regents Karl Boxler, pag. 17.

"Gott sei Danck! liess neunzin heilige Messen lesen, damit Sei nichts finden, denn ich habe schon einse Gründung zu Túquerres in Columbien vesprochen. Und Sie, Sr. Cháritas, sollen diese Neugründung ausführen".

17. *Hacia lo Desconocido*

La Madre Caridad estaba destinada a ser "la viajera de Dios".

El 10 de marzo de 1893, y sin más brújula que la Santa Obediencia, salieron las siete Misioneras de Chone con rumbo a Colombia, pero teniendo a todo el mundo por patria.

El santo Obispo Schumacher, antes de partir para su último viaje a Europa, había designado como guía de la caravana y nervio de la nueva fundación franciscana a aquel gran caballero de Cristo: Fray Gaspar de Cebrones.

Una canoa hecha con el tronco de un árbol ahuecándolo, fue la embarcación que las condujo al anochecer, aguas abajo, sobre el rugiente lomo del río Chone. Dos remeros la impulsaban y un timonel la dirigía.

Tranquila seguía la canoa rompiendo la oscuridad, pues la luna apenas aparecía en el cielo como una cimitarra de luz.

Súbitamente se detuvieron los remos, y los bogas ordenaron completo silencio, interrumpiendo los cánticos de las viajeras. ¿Que sucedía?... Un enorme cocodrilo cebado con carne humana chapoteaba cerca de la frágil canoa.

Después de media hora de angustiosa espera, invocando la protección divina en un silencio mortal, vieron como el peligroso anfibio se sumergía en el agua y desaparecía en las tinieblas.

Con mucha preocupación se animaron los bogas a proseguir el viaje hacia la desembocadura del Chone en el mar, que se extendía inmenso, y relajante como un espejo.

Felizmente llegaron a Bahía, en donde remozaron los ánimos con la acogida hospitalaria de las Benedictinas.

Pasajeras en el "Manabí", arribaron al puerto de Esmeraldas en donde demoraron ocho horas. Debido a los peligros de la entrada al reflujo de las olas, les fue preciso zarpar en pequeñas lanchas.

La vida de la misionera es una cadena de despedidas, por eso ellas también dieron su adiós empapado en llanto, al Ecuador.

Nuevamente a bordo, cruzaron el Pacífico, inmensa faja azul que recortaba todo el horizonte como si fuera el comienzo de lo infinito,

Después de un día de navegación, pisaron en Tumaco tierra colombiana. Ante su majestuosa belleza pasaban de la sorpresa al asombro y del asombro al estupor.

La Madre Caridad repetía: "Lo que Dios quiere es mi ideal "...

En Tumaco fueron recibidas atentamente por los RR. PP. Agustinos, quienes tenían a su cargo esa región, y se hospedaron en la Casa Cural. La misma tarde pudieron proseguir el viaje.

Salieron a borde del "República", pequeño y mísero vapor fluvial, por Salahonda, imponente desembocadura del Patía, en donde el oleaje jugaba con el barco como una cáscara de nuez.

Continuaron navegando por el Telembí, caudaloso, profundo y traidor, para arribar a Barbacoas, en donde pasaron el Domingo de Ramos, y cantaron la Santa Misa que fue celebrada por Fray Gaspar de Cebrones.

Siguieron luego, cinco días eternos a lomo de mula, orillando desfiladeros, trepando senderos de montañas abruptas y cerros que permanecen en acecho de la tormenta, y bajando hacia hondonadas y valles por caminos casi intransitables a causa del invierno.

Hicieron alto el Jueves Santo en Piedrancha; y dejaron atrás pueblos y caseríos incipientes, con una variación increíble de alturas y climas, hasta avistar la sabana de Túquerres, fin de su jornada.

Entonces, animosas contemplan la región que cifra nuevas esperanzas en su magisterio.

Túquerres situada en la más hermosa altiplanicie colombiana a 3.100 metros sobre el nivel del mar; con sus espléndidos paisajes, la salubridad de su clima frío, y la riqueza de sus aguas, es una ciudad privilegiada.

En la sabana tuquerreña, la belleza se muestra sugestiva y augusta. Ponen su nota azul, montes remotos, que hacen resaltar la diafanidad del cielo purísimo.

La Madre Caridad

Cerca bordan un tapiz de verduras las huertas y las extensas praderas en donde pade el ganado; mientras el oro tornasolado de los cebadales se salpican con la sangre de las amapolas.

En toda la extensión se mira campos de cultivos, de trazado geométrico y limitados por setos; y mieses de cobrizos reflejos donde el trigo rubión, seco e inmóvil, inclina sus gruesas y grávidas espigas.

Y dentro de este vasto panorama de planicies risueñas y gradánimes, la silueta de la vieja ciudad destacándose con sus calles estrechas pero bien trazadas, y sus casas coloniales agrupadas en torno de las torres de sus templos.

Tierra abierta, buena para el esfuerzo y para la hazaña; toda horizontes.



Túquerres, primera Casa Madre Colombiana

Sor M. Celina de la Dolorosa, F. M. I.

SEGUNDA PARTE

*"Dichosos los que viven en tu casa alabándote siempre.
Dichosos los que encuentran en ti su fuerza
al preparar su peregrinación..."*

-Salmo 83, I-

1. Entrada a Colombia

Abarca dos días

El 31 de marzo 1893, Sábado Santo, llegaron a Túquerres las siete Franciscanas Fundadoras.

Todavía quema las entrañas, como sagrado rescoldo, el recuerdo de sus nombres:

Mutter Cháritas Brader, de Kaltbrunn.

Sor M. Domínica Spirig, de Widnau.

Sor M. Francisca Bilberg, de Allenwinden

Novicia M. Inés Danner, de Balgach.

Novicia M. Águeda Zündt, de Altstätten.

Novicia M. Buenaventura Beck, de München.

Novicia M. Coleta Holenstein, de Libingen.

La ciudad se colmó de un regocijo que estallaba en emoción irrefrenable, para darles la bienvenida. Ovacionadas por un gentío inmenso, hicieron su entrada a caballo.

Conquistadoras del ideal, llegaron festivas, aunque inconscientes, de su grandiosa misión de fundar una nueva familia religiosa, para la mayor gloria de Dios y de su Iglesia. No faltó el cortejo de jinetes que les rindieron honores, ni el júbilo de las flores deshojadas al pasar las misioneras.

Las autoridades, tanto la eclesiástica, representada por el Sr. Cura Párrroco Pbro. Sixto Rodríguez y la Venerable Comunidad de Capuchinos; como la civil, con el Prefecto Sr. José María Benavides y el Concejo Municipal al frente, les presentaron sus saludos. Luego fueron conducidas a la casa que les tenían preparada, y donde la mujer tuquerreña, le dio el tributo de su acogedora hidalguía con un banquete.

Por fin quedaron solas. Empezaron sus aventuras con la pobreza; el equipaje que por cierto era sumamente escaso venía retrasado, y al día siguiente se celebraba la Pascua de Resurrección.

"Nosotros sólo teníamos un Dios y un sayal. Después de cinco días a caballo y en tiempo de lluvia, nos encontrábamos impresentables para tan grande festividad, cuando todos se visten de gala".

"No nos amilanamos por eso; cada cual dobló su hábito y todo el indumento monacal, lo mejor que pudo para que se planchara un poco; tendimos a secar nuestra ropa y la desarrugamos con el mayor cuidado; limpiamos con esmero el pobre calzado; y confiadas en la Providencia esperamos el amanecer". (1)

Allí en la primera Santa Misa que oyeron en la iglesia de San Francisco, pensamientos demasiado íntimos, emociones demasiado sagradas para ser expresadas con palabras acudían a sus corazones.

Y como los grandes acontecimientos se originan por una reunión de pequeños detalles, en ese día: Pascua de Resurrección, se definió la historia franciscana de los siglos venideros para nuestra Congregación.



(1) Apuntes de la Rvda. Madre Ines Danner

2. Nueva Porciúncula

Las siete Franciscanas buscaron el éxito de su trabajo, con la movilización de todas las fuerzas disponibles, puestas al servicio del ideal divino de caridad, que iban conquistando con abnegación y entereza.

Apenas llegadas, el primer empeño de la Madre Caridad fue arreglar un oratorio. Seguían fidelísimamente las costumbres de Altstätten y Chone, y necesitaban de un lugar piadoso en el claustro para el rezo del Oficio Divino y demás devociones prescritas.

No demoraron en tenerlo con su correspondiente altarcito, transformado el mejor cuarto de que disponían, tan decorosamente como se lo permitió su absoluta pobreza.

Los Padres Capuchinos les dispensaron el inestimable favor de celebrar allí diariamente la Santa Misa, haciéndolas partícipes del banquete de las misericordias divinas, único que da valor para la vida.

Sentíanse consumidas por el deseo de tener bajo su techo al Santísimo Sacramento después del augusto sacrificio, pero les retardaron don tan codiciado, hasta que se reparara la ruinosa capilla del viejo caserón.

Apenas el 2 de agosto, fiesta de la PORCIUNCULA, se celebró la Santa Misa en la Capilla restaurada. El Oficiante fue el Rvdo. Padre Angel de Villava, años más tarde, Definidor General de la Orden.

Mucho tiempo después, hablando de los caminos de la Divina Providencia, la Madre Caridad le contaba a una de sus Religiosas:

"Estando en Manabí, cierta noche soñé, que rezaba ante un altar desconocido, mientras tanto, por un estrecho corredor salía un Sacerdote, para celebrar el Santo Sacrificio".

Cuando asistimos por primera vez a la Santa Misa en la Capilla vieja de Túquerres, un súbito recuerdo iluminó mi mente y dije, reconociéndolo:

"Este es el altar de mi sueño: porque en efecto era el mismo".

"Dios es muy bueno, y tal vez permitió ésto, para darme un consuelo un indicio de su voluntad santísima".

La Madre Caridad era una de esas naturalezas, para quienes la vida y el deber se confunden y que por eso están dotadas de una constante voluntad. Viviendo del instante presente también preveía oportunamente lo que era preciso hacer. Al tiempo que restauraba el templo material para el Dios de su corazón, trabajaba sin interrupción en edificar el templo espiritual cuyas piedras sillares eran las almas que se le habían confiado.

Con la debida anticipación escribió al Prelado Diocesano, dándole cuenta de la Profesión Religiosa que se aproximaba, para las cuatro novicias que la habían acompañado desde Chone.

Monseñor, se apresuró a contestarle a ella; y además el 12 del agosto llegó la siguiente comunicación:

M. R. P. Fray Agustín de Artesa - Guardián del Convento de Capuchinos. Túquerres:

"Por la presente facultamos a V.R. o al Rvdo. Padre que haga de Superior en ese Convento, para que reciba la Profesión a las Religiosas siguientes: Madre Buenaventura, Madre Inés, Madre Coleta y Madre Águeda que, habiendo vestido el hábito de religión el 24 de mayo de 1892, han cumplido el año de noviciado prevenido por sus Reglas y las Constituciones Apostólicas.

También facultamos a V. R., para dar el hábito como novicia a... que ha estado de postulante desde el principio de mayo.

V. R. se servirá hacer el examen que previene la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares en su Decreto de "Regulan disciplinae" de 25 de enero de 1848 tanto para las novicias como a la postulante.

Dios guarde a V. R.

Manuel José, Obispo de Pasto. (1)

En la hermosísima fiesta de la Asunción, 15 de agosto de 1893, hicieron su Profesión Religiosa, las cuatro novicias, primicias de la fundación franciscana, emitiendo los Santos Votos ante el Rvdo. Padre Agustín de Artesa, delegado por el Sr. Obispo para presidir la solemne ceremonia.

Las jóvenes abrazaron denodadamente su vocación a una tarea sin

(1) Libro de la Diócesis de Pasto No. 4

fronteras; y la humilde Capilla quedó perfumada con la unción del amor probado en el sacrificio.

La pequeña Comunidad tuvo un paréntesis de dicha inefable, de una felicidad amasada con lágrimas y sufrimientos y por eso intensa y duradera. Olvidadas del mundo celebraron la fiesta de un holocausto agradable a Dios como ninguno; pues las extraordinarias circunstancias de pobreza, destierro y soledad en que las elegidas hicieron su entrega total, aquilataba en todo su alcance, la magnitud de la renuncia.

En septiembre el Ilmo. y Rvmo. Sr. Caycedo, visitó el convento de Túquerres. ¡Cuál no fue su admiración al enterarse de la penuria en que vivían las Religiosas! Las animó a seguir adelante y les prometió su protección.

La Madre Caridad no tuvo otra súplica que presentar al Prelado, si no la gracia mil veces deseada por ella y por todas, de tener al Santísimo en casa. Alma eucarística por excelencia, anhelaba entrañablemente vivir bajo la sombra de su Divino Esposo.

La altísima merced les fue concedida; y la Madre Caridad organizó una Adoración Perpetua ante el Sagrario. Nunca estaba solo el Dios Hostia. Ordenó de tal manera su Horario, que siempre día y noche turnándose, alguna de ellas lo acompañaba. Cristo era la solución de todos sus problemas, porque Cristo es la verdad.

Muy propiamente podemos llamar a ese rinconcito la PORCIUNCULA de nuestra Congregación.



3. Primera Fundación

Abarca tres años

La fundación del establecimiento educacional franciscano en Túquerres, fue pedida oficialmente por el Gobierno de la Provincia Surcaucana, a la Rvda. Madre Bernarda Büttler, quien acogió la solicitud como un designio providencial de Dios.

Monseñor Schumacher, de quien dependía la Comunidad Franciscana manabita, de acuerdo con los Capuchinos españoles, conocedores como nadie de la región en todos sus aspectos, y oteando el peligro destructor y cruel que amenazaba al país, auspició decididamente esta fundación.

Túquerres se presentaba como un lugar de refugio, ante el mal cariz que tomaba la revolución en el Ecuador, a manera de un monstruo dispuesto a ahogar todo ideal santo con sus dos alas mortíferas: ateísmo y materialismo.

Indudablemente Monseñor, sabía con quién estaba tratando al confiar a Fray Gaspar María de Cebrones, Sacerdote intrépido, avezado a la lucha y carácter desafiador de las inclemencias, la difícil empresa de introducir en Colombia al grupo de misioneras que carecían de todo, y cuya única garantía era su voluntad de trabajar por el reinado de Cristo.

La bendición de la Rvda. Madre Bernarda les abrió el camino, sus enseñanzas iluminaron sus pasos, y la profecía del Obispo mártir: "Dios les ayudará",...fue el viático de fortaleza para cumplir su misión de amor y civilización en el destierro.

La Madre Caridad verificó su primera fundación en Colombia con el asentimiento del Excmo. y Rvmo. Sr. Manuel José de Caycedo, Obispo de Pasto, y autorizada por el Gobernador de Popayán Dr. Primitivo Crespo, pues todavía no se había desmembrado el Gran Cauca.

Se urgieron inmediatamente las actividades en favor de la enseñanza. Con fecha 3 de abril de 1893, el Presidente del Concejo Municipal de Túquerres, Sr. Peregrino Cerón, ya contesta en nombre de dicha

entidad, un manifiesto a Fray Gaspar María de Cebrones, Misionero Apostólico, sobre medidas relacionadas para facilitar el trabajo de las Franciscanas y expone que:

"El Concejo tiene dispuesto de antemano se les entregue totalmente la casa, para que allí se establezcan, mientras se funda la escuela con instrucciones solicitadas al Gobierno del Cauca".

"Como dicha casa esta notoriamente deteriorada, se empezarán trabajos de refacción para hacerla habitable, y esto en la forma que las Rvdas. Madres lo deseen".

"El Concejo no sólo quiere sino que anhela vehementemente aprovechar para el pueblo los servicios instruccionistas de las Rvdas. Madres, puesto que en ese sentido ha venido trabajando desde hace mucho tiempo".

La casa aludida, era el alojamiento de las Franciscanas; Se trataba de una construcción vieja e inadecuada, con su capilla derruida desocupada hacia un año por los Capuchinos, quienes a la sazón residían en el Convento nuevo con Iglesia, edificada por su propio esfuerzo y la cooperación de los fieles.

El 26 de agosto, en virtud del telegrama oficial No. 47 de Popayán, ejecutándose las disposiciones de "Su Señoría el Gobernador del departamento", y firmando como Secretario de Instrucción Pública el Sr. Idelfonso Díaz del Castillo, llegaron los nombramientos que acreditaban a la Madre Caridad como "Directora General de las Escuelas reunidas de niñas en la cabecera de esta Provincia", y a las demás como subdirectoras en los respectivos cursos, para que comenzaran su apostolado.

Al pie de la primera nómina de institutoras Franciscanas, y queriendo encabezar un memorándum de sus bienhechores, hay una nota y letra de la Madre Caridad que reza: "El viaje de Manabí a Túquerres, fue costeadado por el Sr. Ángel León".

El 1º de septiembre, el Inspector Escolar Sr. Joaquín García Quiñones, en compañía del Prefecto del lugar, las posesionó de sus puestos y empezaron a ejercer el magisterio.

Las matrículas se cerraron con 236 niñas y 129 muchachos. Al mismo tiempo se abrió el colegio con 40 internas y otras tantas externas y el 21 de septiembre se iniciaron las tareas escolares.

El edificio acondicionado para escuela mixta, estaba ubicado al noroeste de la ciudad, distante varias cuadras del convento, y para establecer el internado se alquilaron unos cuartos vecinos al domicilio de las Religiosas. Esto constituía un grave inconveniente para la pequeña Comunidad, obligadamente dividida durante el día, entre las dos casas, colegio y escuela respectivamente, porque las fuerzas se restaban y los trabajos se sumaban.

Así pasaron los primeros años, sin que se hubieran promovido quejas ni reclamos entre las Religiosas, que acrisolaban su vocación en el sacrificio, atraían bendiciones del cielo sobre su obra, y probaban que sin el leño de la cruz, el fuego del amor divino se extingue.

La Madre Caridad apreciaba las realidades vividas, medía las reservas de acción que acumulaba el presente y sondeaba las arcanas posibilidades del futuro, pero toda su confianza la cifraba en Dios, y el éxito del trabajo lo esperaba de las manos de la Virgen Santísima.

Convencida de que Dios ha querido que todas las gracias nos vengan por María, puso su primera fundación bajo la protección de tan excelsa Madre en su advocación de NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO SOCORRO.

Y Colombia, desde este rincón sureño, empezó a gozar de los infinitos recursos de la educación que hace el bien mismo, y por donde pasa deja un rastro de luz que el tiempo no puede borrar.



4. *La Gloria de una Mitra*

Antes de seguir adelante, como el nombre venerado de Monseñor Schumacher, se entrelaza en la historia franciscana, a la manera de un hilo de oro, señalando en ella fechas vitales; es de justicia delinear a grandes rasgos su silueta.

Monseñor Pedro Schumacher y Niessen, pasó por el mundo haciendo el bien y demostrando la caridad más pura y la santidad más sólida. En la hora áspera que le tocó vivir, cuando la vorágine de las pasiones desatadas y la violencia desalmada arrastraban todos los valores puros, para hacerlos desaparecer, Monseñor Schumacher, como un faro de claridades evangélicas, orientó la conciencia del hombre, señaló el rumbo a los pueblos y les ofreció el milagro de su salvación.

Alemán de nacimiento, oriundo de Kerpen, pueblo del Rhin, perteneciente al Arzobispado de Colonia, tuvo depuradas las grandes cualidades y excepcionales aptitudes de su raza y puestas al servicio de la humanidad.

Nació el 14 de septiembre de 1839. Al cumplir sus 18 primaveras vistió la sotana Lazarista en la Casa Madre de París, y fue ordenado Sacerdote el 15 de junio de 1857, fiesta de la Santísima Trinidad.

Misionero en Chile, destacó su personalidad de hombre apostólico; no conoció imposibles en la faena de glorificar a Dios; pero agotada su salud después de cinco años de inaudito trabajo, los superiores dispusieron su regreso a Europa, destinándolo como Profesor al Seminario de Montpellier.

El presidente del Ecuador Don Gabriel García Moreno, mártir del derecho cristiano, pidió por ese entonces, operarios evangélicos para su nación, y la llegada del Rvdo Sr. Schumacher a Quito, el 19 de septiembre de 1872, fue la generosa respuesta que le dieron los Lazaristas. Allí dejó como huellas, los seminarios Mayor y Menor. Esos edificios con la pátina gris que les ha puesto más de una centuria, pregonando con lenguaje justiciero las heroicas virtudes de su Rector.

Preconizado Obispo por S. S. El Papa León XIII, fue consagrado en la fiesta de la Santísima Trinidad, el 31 de mayo de 1885.

La Madre Caridad

Al tomar posesión de su Diócesis de Portoviejo, escribió al Superior General de los Lazaristas Sr. A. Fiat, implorándole, como un hijo, auxilio para la tierra de misiones, que pastoreaba su cayado.

Su asombrosa actividad, apenas si se puede diseñar con el lenguaje de las cifras.

Cuando llegó a Portoviejo para administrar las 23 parroquias de su inmensa diócesis, solamente contaba con nueve Sacerdotes; cuando salió desterrado, porque la furia del averno se estrelló contra este atleta del cristianismo, trabajaba para el bien de la familia humana, todo un equipo salvador, llevado por Monseñor Schumacher.

Capuchinos españoles; Benedictinos de Norte América; Padres Oblatos franceses; Padres del Divino Salvador; más un núcleo de Sacerdotes del clero secular, formados por él, y estudiados en el Seminario de Quito.

Todas las parroquias tenían la necesaria dirección espiritual; y además funcionaban con todas las de la ley, diez colegios y siete escuelas regentadas por:

Las Hermanas de la Caridad de Francia, en Portoviejo; las Franciscanas de Suiza, en Santa Ana, Canoa y Chone; las Benedictinas estadounidenses en Calceta y Bahía; las Benedictinas inglesas en Rocafuerte; y las savatorianas de Roma en Montecristo.

Este resultado obtenido en diez años, con las tremendas dificultades para viajar con que se tropezaba en aquel tiempo, claramente prueban que su amor a Dios y a las almas hacía milagros.

Recorrió dos veces las principales naciones de Europa, lo mismo que América del Norte, buscando limosnas para remediar las necesidades de su diócesis, aunque en la intimidad confesó que cada vez al pedir "se le caía la cara de vergüenza..."

Y sin embargo... "Es imposible ponderar la vida pobre, atribulada y laboriosa de este Obispo misionero en Manabí. Una estrecha y desmantelada celda en que apenas cabía la desvencijada tarima, la mesa tosca y dos silletas duras, era el lugar de estudio y descanso nocturnos de Mons. Schumacher. Durante el día, él era el maestro de sus escuelas, el capellán de su hospital, el catequista de los niños y el predicador semanal de su desamparada Catedral".



Monseñor Pedro Schumacher

"Era el artesano de sus obras; el confesor de sus enfermos del campo, donde andaba siempre consolando al triste, socorriendo al necesitado, fortificando al débil, conquistando al culpable y perdonando al delincuente".

"El visitaba su diócesis, redactaba sus pastorales y escribía en defensa de la región, luchando sin tregua contra el espiritismo y masonismo, pestíferas gangrenas que habíanse inoculado con facilidad en esos países tan vecinos al mar y abandonados de la vigilancia eclesiástica y civil".(1)

Mientras el santo Obispo así derramaba el bien a manos llenas, porque todo lo hacía personalmente, desde elaborar planos hasta cocer ladrillos; y desde levantar puentes hasta trazar caminos; la revolución rugía en el Ecuador.

La francmasonería y el liberalismo radical, cuyas doctrinas y manejos había rebatido Monseñor Schumacher con palabra encendida y pluma de fuego, azuzaron al pueblo contra el Clero. A los Sacerdotes no les quedaba sino dos caminos: la muerte o el exilio.

Monseñor Schumacher, hubiera querido derramar su sangre en bien de su diócesis "Mí sangre será semilla de misioneros..." Pero los Sacerdotes, las comunidades y los fieles le urgieron en nombre de Cristo, a salir a Quito; avivándole la esperanza de poder servir a su diócesis desde la Capital.



La penosísima marcha de treinta días, atravesando la Selva de Santo Domingo de los Colorados, fue una jornada dantesca. En Calceta, a la salida de la diócesis, se hospedó con sus Sacerdotes en el Colegio de las Benedictinas. Los revolucionarios lo tomaron por asalto y se siguió una escena macabra de muerte y destrucción.

Las Religiosas, después de haber sido maltratadas cruelmente, huyeron despavoridas, para tomar la vía hacia el exterior; varios Sacerdotes y acompañantes fueron heridos y quedaron imposibilitados de seguir con su Obispo; y solamente un prodigio de la Divina Providencia los sacó con vida de aquel infierno.

En Quito se recibió a los fugitivos con alegría indecible. Nunca vio el Pichincha, a cuyos pies yace la ciudad, manifestación tan grandiosa y espontánea como ésta del 20 de julio de 1895.

(1) Dr. Wilfrido Loor, ecuatoriano

Monseñor se hospedó en el Seminario de los Lazaristas; pero cundió la noticia de que Alfaro al frente de 2.500 revolucionarios tomaría la ciudad y que estaba decretada la muerte del Arzobispo de Quito y del Obispo de Portoviejo. Nuevamente ante sus ojos el tremendo dilema: morir asesinado o huir desterrado. Los Sacerdotes del seminario le urgieron que escogiera lo segundo para el bien de diócesis, que la tenía metida en las entrañas, como una cruz candente.

Dios dispuso que en esos precisos momentos, llegara del Norte Fray Gaspar de Cebrones, con ánimo de llevárselo, y con lo necesario para el viaje.

- "¿A dónde iremos?" - preguntó indeciso, pero él mismo se dio la respuesta: "-A Túquerres, donde la Madre Caridad".

Empezó nuevamente su viacrucis, durante el cual se le fueron uniendo los Sacerdotes de su diócesis, que no habían partido ya el mar, huyendo del país, revuelto por el odio a Dios y las pasiones políticas sin freno. Cuando al pasar el puente de piedra de Rumichaca, oyó que le decían: "¡Ya estamos en Colombia!" Se arrodillo y coreado por los Sacerdotes desterrados, rezó el MAGNÍFICAT, y allí resplandeció como nunca la gloria de su mitra.



5. *Vínculo de Amor en Cristo*

Lo primero que hizo el ilustre perseguido en Colombia, fue acogerse al amparo de la Virgen Santísima de Las Lajas, en su Santuario.

Mientras él la visitaba con veneración profunda, sus Seminaristas alemanes desterrados también, cantaron las Letanías Lauretanas, saludando a tan Excelsa Reina. Al día siguiente, antes de proseguir su exilio, celebró la Santa Misa en la Capilla del milagro y reconfortado pasó a Ipiales, en donde se le tributaron muestras de respetuoso aprecio, y luego partió para Túquerres. El recibimiento que le hizo la ciudad fue un apoteosis.

Las grandes dichas como los grandes dolores son mudos; por eso es imposible describir la alegría de la Madre Caridad y sus Franciscanas al encontrarse nuevamente con su Padre en tan excepcionales circunstancias. Desde ese momento empezaron a servirle con abnegación y gratitud, reconociendo que la felicidad de su presencia era un privilegio de Dios.

Seis meses se hospedó en el convento de Capuchinos, conviviendo en todo con ellos, y cuando resolvió separarse, escribió a su hermano Enrique, un panegírico de la vida capuchina.

El primordial empeño de Monseñor Schumacher, fue ponerse a las ordenes del Obispo diocesano, Monseñor Manuel José de Caycedo, quien acogió al ilustre proscrito con nobles y caritativos sentimientos. Le brindó la hospitalidad que merecía, como Príncipe de la Iglesia, confesor de la fe y pobre desterrado, dejándole amplia libertad que escogiera el lugar de su residencia, estrechándose así el vínculo de amor en Cristo que los unía.

Radicado en Samaniego con pleno agrado de Monseñor Caycedo, desplegó su sorprendente actividad pastoral, para enlazar a los hombres con cadenas de amor.

Era un pastor multifaceta, que ponía al servicio del pueblo el enciclopédico acervo de sus conocimientos. En medicina, curando con acierto increíble a miles de enfermos, sin retroceder ante la valentía de lavar cuidadosamente las llagas de los leprosos; como ingeniero,



SAMANIEGO.

Casa del Obispo desterrado y actual residencia de las Franciscanas

proporcionó a la población agua potable, trayéndola desde el río San Juan a la plaza de Samaniego, por medio de cañerías, cuyos trabajos dirigió personalmente. Trazó e hizo posible la apertura de caminos, entre otros, los que van de Samaniego a Yascual; y de Briceño a Maranguay.

Como arquitecto construyó la casa de San José, para residencia suya y de sus Sacerdotes; y la de Santa Filomena para albergar a las Franciscanas, que impulsadas por la Madre Caridad se desvivían por servirlo.

Mientras tanto, ocupó la Silla Pastopolitana el Ilmo. y Rvmo. Sr. Fray Ezequiel Moreno, quien llegó a Pasto el 10 de junio de 1896.

"Las relaciones entre los Sres. Schumacher y Moreno fueron más íntimas y frecuentes". (1)

El Padre Angel de Aviñonet, que acompañó tanto al Sr. Schumacher como al Sr. Moreno escribe: "Para reparar tantas injurias y dar algún lenitivo al ilustre Obispo perseguido y atribulado, y en atención a las virtudes, ciencias y demás buenas cualidades que le adornaban, el Ilmo. Sr. Moreno, le dijo un día, en nuestra presencia: Ilustrísimo y Reverendísimo Señor: Yo descargo en adelante mis cuidados pastorales en Vuestra Señoría, respecto a los pueblos del valle de Samaniego y limítrofes; Vuestra Señoría es el Obispo propio de aquellos lugares..."

"Rehusaba aceptar el humilde prelado este honor, -porque- decía, -estoy espantado de tantas responsabilidades-, pero al fin aceptó el cargo con sumisión al propio Obispo, con jurisdicción ordinaria. Así es que son muchos los miles a quienes confirió el sacramento de la confirmación, y varios a quienes dio las órdenes sagradas, incluso el sacerdocio, ya en su propia capilla ya en la iglesia parroquial de Samaniego". (2)

Siete años vivió el humilde Príncipe de la Iglesia en Samaniego, convirtiéndose de día en día en una copia cada vez más exacta de Jesucristo, el gran amor de su vida.

Murió víctima de la caridad que lo abrasaba. Fué llamado a una casa de personas postrísimas, en donde había cuatro enfermos de tifo, los cuales yacían en una misma pieza muy reducida, sin ventanas ni ventilación alguna.

Oyó la confesión de todos, los consoló, les prescribió el tratamiento que deberán seguir para curarse, pero salió contagiado del mismo mal, y no hubo potencia humana capaz de contrarrestarlo. Cinco días duro la mortal tifoidea cerebral, que sufrió con admirable paciencia y absoluta entrega a la Voluntad de Dios, y reconfortado con todos los auxilios de la Santa Madre Iglesia, que le administraron sus seis Sacerdotes compañeros de destierro, quienes acudieron desolados al lecho mortuario.

Las Franciscanas tuvieron el consuelo de asistirle día y noche con gratitud profunda y veneración filial.

Descansó en el ósculo del Señor, perdonando heroicamente a sus enemigos, y a su vez, pidiendo perdón a los que de alguna manera hubiera ofendido, el día 15 de julio de 1902, a los 63 años de edad.

(1) Biografía del Ilmo. Sr. Fray Ezequiel Moreno, por Fray Toribio Minguella y Arnedo, Obispo de Sigüenza. (2) Idem

El vínculo de amor en Cristo que le había unido con las Franciscanas, se estrechó con lazos de eternidad, más allá de la muerte. Hasta la pontifical que llevó a la sepultura y con que había celebrado las funciones episcopales y conferido órdenes, era obra de las Franciscanas; y un obsequio de la Madre Caridad, el pequeño crucifijo que estrechaba entre las manos yertas, el cadáver de aquel atleta de la fe y gran caballero de María Santísima.

Monseñor Moreno sintió el alma traspasada de dolor por la muerte de su gran amigo, y en la Oración Fúnebre que pronunció en la Catedral, testifica: "Las virtudes Pastorales del Ilmo. Sr. D. Pedro Schumacher, y en especial su fortaleza en defender la integridad de la fe, hicieron de él un Obispo tal como lo necesita la Iglesia en estos tiempos". (3)

Este, el gran Príncipe de la Iglesia que amparó a nuestra Congregación en su nacimiento.

La nota dominante de su vida es el heroísmo; su única pasión, el amor divino; su ideal supremo, salvar las almas; su devoción predilecta, el santísimo rosario; su descanso, socorrer a los pobres y necesitados; por eso cada letra de su historia es un sacrificio, y seguirá siendo por eternidad de eternidades vínculo de amor en Cristo.



(3) Idem...

6. Obras son Amores

Los cimientos de la Congregación estaban puestos: Pobreza suma y obediencia heroica.

Cuando las siete misioneras Franciscanas se enfrentaron con su nueva vida, se hallaron en la más precaria situación, sin más recursos que confiar en la paternal Providencia de Dios y trabajar sin tregua.

Al cumplir la obediencia de viaje, observaron literalmente el consejo evangélico: "No llevéis alforjas ni dinero..." Debido a las críticas circunstancias en que salieron del Ecuador, que se hallaba a las puertas de la revolución. Al deshacer su pobre equipaje, constataron que únicamente se habían preocupado de lo necesario para el servicio de la Capilla.

La Madre Caridad y sus compañeras escribieron dando cuenta de todo a su Superiora la Rvda. Madre Bernarda; pero acudir a Chone en demanda de ayuda era inútil, pues en Chone tampoco tenían bienes materiales que compartir.

Monseñor Schumacher que las hubiera socorrido, se encontraba en Europa, y que pensaba en ellas nos lo prueba una de sus cartas. En ella después de proyectar mejoras para sus Religiosas, con una limosna recibida en Lyon, añade:

"Ayer me preguntó una monja francesa, qué era lo que más deseaba para mis monjas de Portoviejo, y le dije: la pobreza. Tengo ya casa y escuela, pero vivo convencido que la mejor bendición es la pobreza"...

Las franciscanas en su primera fundación colombiana, gozaban ampliamente de esta bendición; pero pusieron valientemente un cerco de absoluto silencio en torno a la realidad, de tal modo que el mundo nunca llegó a justipreciarla. Sin la caridad previsora de los tuquerreños, la Congregación hubiera sucumbido en su nacimiento. La Madre Caridad guardó siempre entrañable gratitud para esos bienhechores que, adivinando su necesidad, la socorrieron.

Las principales Señoras, con la cooperación del Párroco Rvdo. Padre

Sixto Rodríguez, hicieron una colecta entre las familias del pueblo y reunieron 227 pesos, gran ayuda en aquel entonces; la Madre Caridad al recibirla agradeció tan noble gesto de generosidad y bendijo a Dios por sus bondades.

El 18 de abril, la Prefectura envió así mismo a la Madre Caridad la suma de 184 pesos con 9 reales y medio, ofrenda de los buenos tuque-reños, y así reza el Oficio No. 45:

"Reciba, R. M., ese pequeño auxilio como una demostración del entusiasmo de los hijos de este suelo por la venida de las RR. MM. Y por los beneficios que con sobrada justicia esperan de la instrucción cristiana que van a establecer".

Con estas sumas pudo acudir a las más perentorias necesidades de sus hijas que carecían hasta del abrigo indispensable, y eran tanto más sensibles al frío, cuanto que venían del ardiente clima de Chone.

Un rasgo conmovedor que recordaban más tarde con picaresca alegrías, prueba lo que el frío de las noches las hizo padecer.

Por la estrechez del local, se acondicionó para dormitorio un corredor, que a pesar de los arreglos verificados, no se libró de la intemperie. Allí durmieron las jovencitas europeas su sueño turbado por la mortificación. Y era tal el frío, que cuando una se levantaba a su hora de Adoración ante el Santísimo, las otras se disputaban la frazada para calentarse, hasta que la dueña defraudaba su intento, reclamando el cobertor.

Pobrísimos era el vestuario. Haciendo milagros de economía podían presentarse decente y dignamente, como siempre lo exigió la Madre Caridad; y a falta del calzado necesario, tuvieron que acudir a las alpar-gatas, con gran regocijo de todas.

Pobre era su comida, con el invariable menú de arroz de cebada y papas; y tan escasa la vajilla, que las siete personas debían arreglar su refección por turno.

Dentro de casa, carecían de los muebles indispensables; dos o tres bancos iban en constante peregrinación, llevados de un lugar a otro oportunamente.

Múltiples preocupaciones agobiaban a la Madre Caridad; pues desde su llegada en marzo, hasta la apertura del año escolar en septiem-

bre, quedaban cinco meses por delante sin ninguna entrada pecuniaria, pero, el socorro divino nunca se hizo esperar en vano; movía a las gentes para que les dieran generosa limosna, y así poco a poco se proveyeron de camas, colchones de paja, frazadas, algunos muebles, y de lo necesario para vivir con religioso decoro.

En espíritu de pobreza y sacrificio, y también con miras a un mejor abrigo, la Madre Caridad proveyó a su joven Comunidad de camisas de bayeta, que sus hijas imitándola, usaban con simplicidad franciscana.

Ocurrió año, más tarde que una novicia suiza de familia acomodada, al verlas por primera vez, cuando se secaban después de la lavada, se acercó a la Madre, Caridad y con acento afrancesado le preguntó espantada: "Madre, ¿qué falta se debe haber cometido, para recibir una de esas camisas de penitencia, para evitarla?..."

Y la Madre, con toda naturalidad le contestó: "No se debe haber cometido ninguna falta; todo lo contrario, se debe tener alguna virtud para recibirla". Y acto seguido le dio una para su uso.

Una jovencita colombiana en la primavera de sus quince años, iba a celebrar su Toma de Hábito en el austero conventito de la Madre Caridad.

Listas estaban en su humilde celda las galas nupciales con que se adornaría para su compromiso con el Rey del cielo; el largo y fino vestido blanco, el velo sutil, la intocada corona de azahares que luciría como un adiós perpetuo a las fiestas terrenales.

Antes de acostarse repasó con júbilo sus aderezos, pero sorprendida, miró que sobre su lecho, la Madre Caridad le había puesto delicadamente otro atavío: la camisa de bayeta.

Con esa alegría inefable que nace del propio renunciamiento, reflexionó: "Ya me creen digna del sacrificio, ya es verdad que me han aceptado entre las elegidas de Jesús, ya me han dado la camisa de bayeta". Y se durmió radiante, soñando con la gloria y con la cruz que habían enamorado su blanca adolescencia.

A la voz de la campana, despertó, y vistióse feliz el atavío de la pobreza, pero se turbó su dicha infantil al notar afligida que a causa de la camisa, el níveo traje ya no le quedaba bien; era imposible entrar en las delgadas mangas, era imposible vestirlo.

¿Renunciaría a la camisa de bayeta?... ¡Imposible!... Era la prenda

de su desposorio, pero... ¿Cómo salir sin sus impolutas galas, cuando todo el mundo la esperaba?... De estas perplejidades vino a sacarlas la Maestra de Novicias, enviada por la Madre Caridad, admirada de su tardanza; y como punto final, ese último vestido blanco le quedó para aquel día, y para toda una vida su primera camisa de bayeta.



7. *Se Necesitan Vocaciones Valientes*

Lentamente, con la paciencia que exige el madurar de un fruto, fueron sembrando las Franciscanas, sin preocuparse de acumular a su favor la cosecha que pertenece sólo a Dios.

Así se terminó con éxito el primer año lectivo a satisfacción de todos. La enseñanza franciscana, como la levadura en la masa, que ha de producir generosas hornadas, fermentó inquietudes en las poblaciones vecinas, que empezaron a pedir en beneficio de la educación, Religiosas a la pequeña Comunidad.

Para comprobar este temprano movimiento de adhesión a las Franciscanas, basta echar un vistazo, a la correspondencia oficial de Monseñor Caycedo, tan copiosa en sus variadísimos tópicos, y entresacar aunque sólo sea unos brevísimos apuntes:

El 15 de julio de 1893, ya escribe al Presidente del Concejo de Barbacoas: "He leído con mucho gusto la nota en que Ud. me comunica la proposición que aprobó el Concejo Municipal, relativa al establecimiento de Institutoras Religiosas Terciarias de San Francisco. No sólo concedo el permiso que solicita, sino que veré como una bendición del cielo, el que las escuelas de esa importante ciudad se entreguen a tan hábiles Institutoras..."

El tercer párrafo de la carta, que el 7 de octubre de 1893, escribe al R.P. Luis Gutiérrez, Cura de Ipiales, es como sigue: "Para la escuela de mujeres podrán entenderse con las MM. Franciscanas que están en Túquerres, en cuyas manos quedaría muy bien la enseñanza de las niñas y aún podrían abrir un Colegio de internas como tienen ya en esa población. El permiso que debo dar yo como Obispo de esta Diócesis para el establecimiento de la Comunidad, lo solicitarían al estar lo demás arreglado..."

El 14 de marzo de 1895, la Prefectura de la Provincia de Núñez, pide fundaciones franciscanas en Tumaco y Barbacoas, y por este motivo, se quiere cerrar un contrato entre el Gobernador del Cauca y la Madre Caridad, representada por el Sr. Ildefonso Díaz del Castillo.

En esta ocasión, escribe Monseñor Caycedo al Secretario de Instrucción Pública del Departamento: "Bien comprende Ud. para que me detengo yo en probarlo, cuán útil será el que estas Religiosas que son hábiles Institutoras, se encarguen de la juventud de aquellas dos poblaciones tan importantes y en donde se riega constantemente la mala semilla de la impiedad, que cae en terreno preparado por el indiferentismo religioso..." (1)

Pero, el trabajo era excesivo para tan pocas Religiosas, y al comprobar la Madre Caridad que su Superiora la Rvda. Madre Bernarda, no le ayudaría, se dirigió al convento de María Hilf, en demanda de auxilio. De allá le enviaron tres aspirantes a la Vida Religiosa y un socorro material, con grandísimo consuelo de todas. Pero las jóvenes no tenían vocación de misioneras, y al compulsar esa vida de privaciones, dos regresaron a la patria, y la tercera ejerció con la Comunidad su apostolado seglar hasta la muerte.

El Señor retrasaba las vocaciones en Colombia. Las jovencitas que solicitaron su admisión en la Congregación, al ver de cerca la austeridad que reinaba en ella, se desanimaron y tornaron al hogar paterno.

La Madre Isabel Cifuentes, fue la primera Franciscana colombiana, que arriesgando el todo por el Todo, emitió sus santos Votos, ante el delegado del Obispo, R. P. Fray Melchor de Trivisa, el 29 de septiembre de 1895.

Entonces la Madre Caridad, que siempre miraba las cosas con algún atisbo de esperanza, concibió el atrevido proyecto de buscar vocaciones en Europa, y venciendo los obstáculos que de todas partes se levantaban, se embarcó con rumbo a Suiza, en compañía de Sor M. Buenaventura, el 12 de julio de 1894.

No resultó vano el viaje de la Madre Caridad, Dios le había reservado un grupo de almas escogidas, cuyo sólo recuerdo hace vibrar las cuerdas del cariño y de la gratitud. Estaban destinadas para ser columnas del edificio y gloria de la Fundadora.

Sor M. Galusina Rohner de "María Hilf" de Altstätten

Novicia Salesia Reidhaar de Baar

Novicia Agustina Hiebeler de Lautrech

Novicia Jacinta Spetter	de	Langenegg
Novicia Rufina Frei	de	Au
Novicia Margarita Glosser	de	Eitenshein
Novicia Filomena Winter	de	Weiden
Novicia Josefa Schmidt	de	Munich
Novicia Celestina Auer	de	Munich
Novicia Herminia Nothaft	de	Rettembach
Novicia Egidia Stieger	de	Oberried
Postulante Beatriz Zanolari	de	Brusio

Todas perseveraron. El 3 de febrero de 1896 profesaron, con una retribución de infinitas gracias, teniendo el inefable privilegio de que fuera el delegado episcopal, para recibir sus votos, Monseñor Pedro Schumacher.

Dios había puesto imán en el llamamiento de la Madre Caridad, porque la fe era la armazón de su vida.

Sin una sobreabundancia de gracias, no es posible comprender, como esas jovencitas provenientes de la Suiza Alemana e Italiana, Alemania y Austria, volcaron hacia el sublime ideal religioso toda su capacidad de ilusión y entusiasmo, y todo el anhelo y la pasión de su alma, para entregarse a Cristo en una Comunidad desconocida y en un mundo más desconocido aún, pues desde ese momento dejaban su familia por la familia humana.

Llegadas a Túquerres, dieron nueva vida a los programas proyectados y empezados, y la energía latente de la Comunidad, se desbordó en bien de la juventud y de la sociedad entera; su trabajo no encontró jamás descanso, y sin rendirse a la fatiga la llenaron de méritos estas vocaciones valientes.

Y es que el corazón humano impulsado por la fe, puede luchar de la manera más asombrosa contra las circunstancias más adversas, porque Dios prepara las espaldas para el peso que han de llevar.

(1) Archivo de la Diócesis de Pasto

8. Queridos Días que se fueron

La Madre Caridad infundió en la Comunidad un espíritu abnegado de mutua ayuda. "Todas para cada una y cada una para todas"; les repetía constantemente y esta solidaridad cristiana y religiosa salvó a la naciente Comunidad.

El aprendizaje del castellano con todas las pruebas que trae consigo el itinerario del magisterio en un idioma extranjero, fue una gran dificultad, aumentada por el poco tiempo de que disponían para su estudio: pero la vencieron con esa firmeza que sólo el amor puede dar a la voluntad.

Las confusiones y enredos que resultaron hasta que pudieron asimilar el habla del país, forma una tradición conservada entre chisporroteos de chistes y de risas. En ellas mismas se despertaba la jovialidad y celebraban sus desatinos lingüísticos, con esa amplia virtud de la adaptabilidad, que además de difícil y meritoria es simpatiquísima como verdadera irradiación de amor.

El aprovechamiento de las alumnas prometía óptimos frutos, conforme avanzaban los días; pero en cambio todo el trabajo de la casa: lavado de ropa, remiendo, aplanchado y demás quehaceres, se les quedaban invariablemente para la noche. Entre ocho y once de la noche, subían al huerto del convento, a la luz de una vela de cebo, con grandes canastas de ropa para colgarla y dejar que la secase el sol del día siguiente. Estas escenas provocaban la hilaridad de las Religiosas. Todas eran jóvenes y sanas, la Madre Caridad misma, apenas rayaba en los 33 años y tenía el don de una alegría inagotable.

No pocas veces aconteció que en aquellas escenas nocturnas, la lluvia se entrometía a cooperar con el lavado, entonces las más jovencitas corrían en busca de algún paraguas mal encubierto para proteger por lo menos la vacilante llama que las alumbraba. Pues por espíritu franciscano de servicio al Santísimo, y para ayudarse pecuniariamente, se habían comprometido también a lavar y arreglar la ropa de las iglesias. De aquí que en años posteriores, si alguna Religiosa encontraba duro el trabajo, le decían sentenciosamente: "Es que a Su Caridad no le ha tocado colgar la ropa con cabo de vela..."

La Madre Caridad al ver a sus hijas tan jóvenes y tan recargadas, repetía infinidad de veces, llena de compasión: "Arme Schwester" "¡Pobres Hermanas!..." Y olvidándose de sí misma, les preparaba agua de panela caliente, para que se abrigaran el resto de la noche, hasta las cuatro y media de la madrugada, hora en que empezaba nuevamente la jornada de aquella familia que comía el pan del dolor.

Pero, llevaban su pobreza con elegancia; y la alegría fue la atmósfera de sus almas heroicas y el aire que respiraban sus corazones puros.

Perseveraron a pesar de los pesares, por la rectitud de miras, la paz del alma y la unión de voluntades, que hizo de ellas un solo cuerpo místico.

La Madre Caridad acudió a sus conocimientos de artes manuales, para sacarles provecho, e introdujo la costumbre que ha perdurado a través de los años, de confeccionar ornamentos sagrados. Todas ayudaban como abejas que trabajan sin sosiego por la conservación de la colmena; hasta la Hermana cocinera, quien poseyendo también habilidades de costurera, nunca arguyó cansancio, ni que sus manos se ponían ásperas por el rudo trabajo, sino que después de fregar ollas y limpiar tiznes, acudía gozosa a bordar con seda y oro los hermosos paramentos.

La Madre Caridad tenía una actividad llena de poderes que se comunicaba con cuanto la rodeaba; pero sólo de la oración le provenía esa capacidad para afrontar todas las situaciones que le planteaba la vida.

En cierta ocasión, una Novicia hacía su hora de adoración, acompañando a Nuestro Amo, mientras que arrodillada atrás en su reclinatorio, rezaba fervorosamente la Madre Caridad. De pronto, completamente absorta en su oración, murmuró casi en voz alta: "¡Si, si!. ¡Así es! ¡Gracias, Dios mío!..." y salió de la capilla. Luego, estaba consultando algo con Dios, y sintió la respuesta que le daba; y por eso, porque su oración nunca era un monólogo, su fe maduró en obras cada vez con mejor rendimiento.

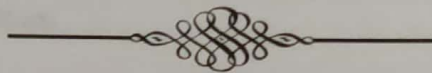
El buen ejemplo fue el eje de su enseñanza; si las primeras misioneras sobrellevaron con grandeza de alma su vida trabajosa, en un medio tan distinto al europeo, fue porque la Madre Caridad siempre estuvo a la cabeza.

En el coro, ella presidía, fijándose hasta en los mínimos detalles; en el día de colada madrugaba, escogiendo para sí lo más pesado y aliviando a las más débiles; en la preparación de las clases, allí se la en-

contraba otra vez, como pedagoga insuperable, explicando y haciendo ameno el trabajo; en el recreo, ella era la más alegre, la que entonaba las canciones de la patria lejana; la del chiste sano y la carcajada amplia y sonora, que sale del centro del alma sin fingimientos melindrosos.

No hay que presumir, que por estos trabajos, el espíritu y la Vida Religiosa sufrieran menoscabo. Como maestra de vida interior, también aparecía la Madre Caridad celosa y vigilante por la Santa Regla que nutría su alma, siempre hambrienta de fe y santidad; y poniendo a la Sagrada Eucaristía como centro de gravedad en la existencia, las acostumbraba asimismo a mirar a María Santísima como su primera Superiora.

La observancia de aquella Comunidad fue proverbial y un ejemplo palpitante para el futuro; allí se forjaron esas almas con una educación viril, fuertes en la prosperidad para no envanecerse, y fuertes en la adversidad para no amilanarse.



Por conducto de la Madre Superiora, que ejercía el cargo de Abadesa de la Orden, Madre Bernarda se hacía presente en voluntad de "que cada una de las tres comunidades (Claret y Franciscanas, y la Vida Religiosa) por su propia independencia, formando el círculo que mayor le convenga", porque así le parecía ser la voluntad de Dios. (1)

Esta demanda de independencia total, aunque la Madre Caridad se quería entender así, y por eso "los cuatro monjes y las profesas, como hermanos a la Regla, Madre Bernarda, como a su legítima superiora, porque hacia personas que eran" (2).

Ante el silencio que se siguió, la idea que en un principio le pareció a la Madre Caridad, que cuando desapareciera sus hermanos, para cumplir un fin de sus deseos.

Aunque ella de la fe, no estaba preparada naturalmente para este golpe, pues de ella se le había ido, y en medio de sus esfuerzos, que había pasado el tiempo pensando, le parecía un imposible por su falta de fe.

En la noche dijo: "Yo me hubiera resignado a mi aislamiento, si hubiera sabido de la vida que Dios me dio".

9. Desmembración de la Comunidad

En medio de aquella laboriosa armonía tan minuciosamente dispuesta, el recuerdo de las Hermanas volaba constantemente a Chone.

La Madre Caridad en su correspondencia, procuraba interesar a Rvda. Madre Bernarda, en todo lo concerniente a la filial de Túquerres, temiendo salirse de los rieles de la Obediencia; y recelosa de obrar por sí sola, se abstenía en varias circunstancias de ejecutar aún lo que juzgaba ventajoso para sus Religiosas.

Al poco tiempo, en agosto de 1893, recibió una contestación inesperada a sus cartas de consulta que menudeaban sobre diversos asuntos, porque el trabajo y el *modus vivendi* de las dos familias se desemejaban por dos factores poderosos: el clima y el criterio para enfocar los problemas.

Por conducto de la Madre Rosa Hollenstein, que ejercía el cargo de Asistente, la Rvda. Madre Bernarda le hacía conocer su voluntad de: "que cada una de las dos comunidades Chone y Túquerres, siguiera la Vida Religiosa por su propia responsabilidad, tomando el camino que mejor le conviniera", porque así le parecía ser la voluntad de Dios. (1)

Esto denotaba un desmembramiento formal, aunque la Madre Caridad no quería entenderlo así; y por eso "las cuatro novicias y las profesas, escribieron a la Rvda. Madre Bernarda, como a su legítima Superiora, porque nunca pensaron otra cosa". (2)

Ante el silencio que se siguió, la idea que en un principio le pareció a la Madre Caridad, que carecía de posibilidades fue tomando cuerpo, para sumirla en un caos de cavilaciones.

Aunque vivía de la fe, no estaba preparada humanamente para este golpe: pasar de súbdita fiel a fundadora, y en condiciones tan hostiles, sin haberlo pensado ni nunca pretendido; le parecía un imposible por no decir absurdo.

Más tarde diría: "Yo me hubiera regresado a mi conventito de

(1)Y (2) Apuntes de la Madre Inés Danner, F. M. I.

Altstätten... Pero, ¿qué hubiera sido de las jovencitas que se habían confiado a mí?..". Pues para su mayor angustia no caminaba sola en la oscuridad, sino que guiaba en plena noche a una caravana, temerosa de verla despeñarse a cada instante.

Además, como siempre había sido concienzudamente sumisa, sufría la incertidumbre moral de no saber si estaba cumpliendo la Voluntad de Dios, y se mantenía perpleja ante esta ruta enteramente desconocida, que ponía una piedra de toque a su obediencia.

Solamente ante el Sagrario sopesaba sus problemas:

1o. Su Comunidad era una rama desprendida y totalmente separada de Altstätten, según el Rescripto recibido de Roma, el 23 de abril de 1888.

2o. La Comunidad que dirigía, era una filial fundada por la Rvda. Madre Bernarda, con el consentimiento del propio Obispo. Desde el momento en que ella se desentendía del gobierno de esa filial, según lo testificaba en su carta, quedaba también separada de la Comunidad de Chone.

3o. Por el mismo Rescripto, las Franciscanas Misioneras, estaban agregadas a la Diócesis de Portoviejo, y la Comunidad de Túquerres quedaba enclavada en otra Diócesis de una tierra extranjera.

4o. El Ilmo. Sr. Schumacher, Obispo de Portoviejo, que las había traído, y las hubiera dirigido pronta y eficazmente, se encontraba en Europa.

5o. Fray Gaspar María de Cebrones, su guía desde Chone, cuyo sabio consejo las hubiera orientado, como conocedor de muchos detalles influyentes, una vez que las dejó instaladas en Túquerres, regresó a Manabí, en donde tenía su campo de acción.

La Madre Caridad discurría intensamente sobre las dificultades que la abrumaban, y ella que llevaba la alegría a todas partes, lloraba como nunca había llorado en su vida; pero siempre prudente, ante este problema inmediato y de inmediata solución, se cuidaba de obrar precipitadamente.

Con una conciencia clara de la gravedad de su situación, que no pudo ser ni más crítica, ni más angustiosa, ni más difícil, se refugió en el parecer de su superior eclesiástico y escribió inmediatamente a Monseñor Schumacher, en busca de consejo. A vuelta de correo, el prudente Prelado explicaba a la Madre Caridad, que estando Túquerres fuera de su jurisdicción, él no podía decidir nada sobre el asunto de una manera formal, y que debía confiarse al propio Obispo diocesano.

La Madre Caridad obedeció ciegamente, y su obediencia fue recompensada.

Viajó a Pasto con premura, y se presentó al Ilmo. y Rvmo. Sr. Obispo Manuel José de Caycedo, quien la acogió con benevolencia paternal. Una vez conocido el verdadero objetivo de su visita y atendidas las razones que ella le presentó, este gran Prelado le manifestó el deseo abrigado por su corazón de Pastor, de que alguna Congregación Religiosa tuviera la Casa Madre en su Diócesis; reconoció a la incipiente Comunidad Franciscana con carácter de diocesana y le dijo: "A Ud. Madre Caridad, la nombro como Primera Superiora"; y terminó la audiencia con la bendición para ella y sus hijas. (3)

Al salir de esta entrevista, una luz estelar brillaba en los ojos de la Madre Caridad, y la alegría con que regresó a Túquerres, al sentirse amparada por la Autoridad Eclesiástica, y unida con nuevo vínculo de amor y sufrimiento a la Santa Iglesia Católica, solamente es comparable al mar de amargura en que la había sumido la más cruel de las incertidumbres.

El 1o de septiembre de 1893, ya Monseñor Caycedo visitó el convento de Túquerres, y el 6 de septiembre confirmó a la Madre Caridad en su cargo de Superiora.



(3) Apuntes de la Madre Jhoana Koch, Secretaria de la Madre Caridad

10. "Callemos, para que Dios nos defienda"

Fue preciso que el martillo de la adversidad cayera con todo su peso sobre el alma de la futura Fundadora. Se presentó en mala hora un grave prejuicio en su contra, y tropezó por todas partes con dudosos recelos y problemáticas sospechas.

Las habladurías criticonas de un mundo que no la comprendía, hicieron más apurada la situación de aislamiento a que se veía reducida la pequeña familia franciscana.

"Al lado de las muchas simpatías que las rodearon en Túquerres también hubo otros elementos contrarios que regaron la fatal noticia de que no eran Religiosas, y cundió tanto entre los Sacerdotes como entre el pueblo, restándoles la estimación que necesitaban para su magisterio".

"Ellas no tenían para justificarse sino sus obras y su oración, pues como en aquel tiempo se viajaba sin documentación, carecían de una prueba eficiente que corroborara sus afirmaciones".(1)

La Madre Caridad, repetía a sus hijas: "Callemos, para que Dios nos defienda": porque el espíritu de fe fue la fuerza motriz e inspiración de toda su vida.

"Horas sumamente amargas pasó en los tres primeros años de su fundación, pero ocultó a sus jóvenes hijas de un modo heroico sus amarguras, sólo se dieron cuenta de que con frecuencia, hasta la media noche se dedicaba a rezar e implorar el auxilio divino por medio de la Santísima Virgen, pues el rosario se deslizaba entre sus dedos una y otra vez".

"La acometían a veces agudos dolores de muela y con este pretexto daba rienda suelta su llanto; pero ellas que siempre la habían visto recia y fuerte para soportar los males físicos, presumían que les ocultaba la verdadera causa de sus lágrimas; sobre todo cuando urgía de lo íntimo de su alma: "Ayúdenme a rezar".(2)

(1) Y (2) Apuntes de la Rvda. Madre Inés Danner.

Pasaban los días, y a pesar de sus esfuerzos por mostrarse serena se hallaba presa en una red de dolorosas y extrañas emociones. Sus hijas comprendieron más tarde que todas aquellas penas interiores y exteriores, debían formar la piedra angular de la Congregación.

Sin embargo, el Padre Celestial había vigilado para que este momento crucial, la encontrara en espléndida madurez espiritual. La tribulación fertilizó su alma y su llanto se convirtió en oración.

Fue entonces, cuando balbucearon sus Religiosas el nombre de MUTTER CHARITAS, que han seguido repitiendo a través de los tiempos, infinitas voces, sin distinción de idiomas, ni países; tanto los propios como los extraños; tanto las hijas que compartían su pan, como los menesterosos que han saciado su hambre con las migajas que caían abundantes del banquete de su caridad.

¿Reconoció la Rvda. Madre Bernarda en la Madre Caridad un alma superior, a quien Dios destinaba para una obra grande?... Ella la había forjado en el noviciado y pudo sondearla muy bien, porque la Madre Caridad por su sencillez tuvo siempre la limpidez de un cristal.

Hay un rasgo muy decidor: Algunas Comunidades Religiosas, en determinadas fiestas, suele preparar papeletas para sacar por suerte un Patrono Celestial, cuya especial protección recaban; y un pensamiento como ramillete espiritual para rumiarlo en su provecho, del mismo modo que las abejas liban el néctar a fuerza de volver sobre las mismas flores.

Una de las Hermanas retiró su papeleta con el nombre de San Pedro, y la leyenda: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia..." Radiante se lo mostró a la Rvda. Madre Bernarda, quien se lo arrebató de la mano, diciendo sentenciosamente: "Esto pertenece a la Madre Caridad, entrégueselo".

Con la desmembración de la Comunidad entre Chone y Túquerres, la Madre Caridad sufrió una sacudida profunda. Como Superiora y guía tuvo que afrontar riesgos tremendos y peligros ignotos, y cargar ante Dios y ante los hombres, con la responsabilidad del porvenir de las almas que se le entregaban sin vacilación.

Se vio sometida a un terrible dilema: no podía retroceder ni dejar desamparadas a sus Religiosas, ni tampoco fallar en ese momento en

que Dios contaba con ella. Tuvo que abrazarse con una cruz cuyo peso aumentaría a cada momento, pero aquella aceptación humilde y valiente, fue el acto que la constituyó FUNDADORA.

Ella sufrió toda la angustia de este momento crucial, pero estaba hecha al sacrificio y acostumbrada a ver con espíritu de fe, las disposiciones de la Providencia en lo imprevisto. Se estremeció porque era humilde y conocía sus propias limitaciones; lloró porque era débil como mujer y comprendía la magnitud de la empresa, pero no flaqueó, porque confiaba ciegamente en Dios que regula todos los detalles de la vida con amor infinito.

Cuando Dios le confió la institución de una nueva familia en la Iglesia, ella tuvo concepto claro y completo de lo que había de ser su Congregación. La intuyó en su conjunto y en sus partes; en su espíritu y en su apostolado. No tuvo vacilaciones ni dio un paso en falso, caminando por los rieles de los cánones con admirable tino, y cumpliendo el deber por encima de toda conveniencia humana.



Desde el 19 de junio de 1885, día en que salió por primera vez de España, Mercedes Schumacher, las enseñanzas de los distintos Congregados que él había tenido a su cargo en las parroquias de Madrid y Coruña, enseñanzas por el sentido común y según las enseñanzas de los Congregados, enseñanzas por el sentido común y según las enseñanzas de los Congregados, enseñanzas por el sentido común y según las enseñanzas de los Congregados.

Los Congregados de la Congregación de la Santa Cruz, en la que se dio a conocer el Sr. Mariano Díaz, en la que se dio a conocer el Sr. Mariano Díaz, en la que se dio a conocer el Sr. Mariano Díaz.

El Sr. Pedro Diego Gómez, nacido en Madrid, en la que se dio a conocer el Sr. Pedro Diego Gómez, en la que se dio a conocer el Sr. Pedro Diego Gómez, en la que se dio a conocer el Sr. Pedro Diego Gómez.

Como la Santa Cruz, en la que se dio a conocer el Sr. Pedro Diego Gómez, en la que se dio a conocer el Sr. Pedro Diego Gómez, en la que se dio a conocer el Sr. Pedro Diego Gómez.

11. *Aurora en las tinieblas*

Mientras tanto estalló la revolución en el Ecuador. Días de inacabable espera en Túquerres, buscando noticias. Cada mañana, la misma pregunta: ¿Qué será de nuestras Hermanas en Chone?... Cada noche la misma plegaria implorando para ellas la protección del cielo.

Las infaustas nuevas de persecución, destierro, sacrilegios y asesinatos, no tardaron en llegar. Renació la esperanza en el alma de la Madre Caridad, que seguía esperando contra toda esperanza, la unión de las dos Comunidades, hijas de María Hilf.

Supuso con entera razón, que las franciscanas de Chone se refugiarían en Túquerres, puesto que uno de los motivos de esta fundación fue darles amparo cuando lo necesitaran. Había llegado el momento de abrirles las puertas y entregar las riendas del gobierno a la Rvda. Madre Bernarda, formando una sola Comunidad.

Desde el 19 de junio de 1895, día en que salió perseguida para Quito, Monseñor Schumacher, las monjas de las distintas Comunidades que él había traído a trabajar en las provincias diocesanas de Manabí y Esmeraldas, aconsejadas por el sentido común y urgidas por expertos Sacerdotes, resolvieron huir, para evitar mayores males, puesto que ya habían sido víctimas de crueles desmanes.

Las Salvatorianas de procedencia italiana, bajo la dirección del R. P. Macario Dicks, se dirigían a Panamá, en aquel entonces departamento colombiano.

El Rvdo. Padre Enrique Disselkampff, afamado arquitecto y Cura de Japijapa, hizo ver a la Rvda. Madre Bernarda que lo único factible era unirse a ellas y salir del país. Entonces decididamente reunió a sus quince Religiosas en Canoa, y al frente de ellas se dirigió a Bahía, para seguir el viaje del destierro. Este grupo de misioneras tomó el barco hasta Tumaco.

"Cuando la Madre Caridad supo la decisión de la Rvda. Madre Bernarda, puso todo el empeño de su alma para atraerla a Túquerres. Fueron días de extrema actividad, ya preparando el hospedaje, dichas

de recibir a sus Hermanas, ya contratando los caballos para su transporte desde Barbacoas". (1)

"En Tumaco hubo momentos de vacilación entre seguir a Panamá o quedarse en Túquerres" (2); al fin las Franciscanas y Salvatorianas, arrancaron con rumbo al Norte, guiadas por el Padre Dicks.

La Rvda. Madre Bernarda hizo su primera fundación colombiana en Cartagena, el 2 de agosto de 1895, bajo la protección de Monseñor Eugenio Biffi, Dgmo. Obispo de aquella Diócesis, y sus Religiosas optaron el título de Franciscanas Misioneras de María Auxiliadora.

La Madre Caridad, no se sintió derrotada por el desengaño recibido, sacó fuerzas de su humildad y por el bien de su Comunidad, volvió a instar a la Rvda. Madre Bernarda, reclamando la unión de las dos familias, puesto que Túquerres se seguía considerando solamente como una filial.

Su actitud era abnegada y objetiva al volver continuamente el rostro hacia la Rvda. Madre Bernarda, lo hacía por la paz y el buen sentido, pero la respuesta final fue descorazonadora.

En misiva, fechada el 21 de noviembre de 1895, ella le decía implícitamente: Que la Comunidad de Túquerres era autónoma y podía proceder en adelante sin requerir su parecer; y que en virtud de esta separación, cesaran los escritos reclamando que se fusionaran nuevamente, pues cada una debía perseguir su finalidad propia y peculiar.(1)

Esto era pues, lo que la Rvda. Madre Bernarda reconocía ser la Voluntad de Dios.

Entonces la Madre Caridad, se enfrentó de lleno con el problema de una separación definitiva, mirando los acontecimientos con mirada sobrenatural, para que no quedaran desenfocados de la órbita del amor.

Esperaba una ayuda manifiesta de Dios que la sacara de este mar de confusiones; y Dios que siempre y a todas horas es Padre, no la dejó defraudada; pues cuando parece que el corazón estalla de dolor, suele tener la revelación de un ideal que significa todo un universo.

El 28 de agosto de 1895, ya estaba Monseñor Schumacher en Túquerres, librado milagrosamente de la tempestad infernal que la francmasonería había desatado en el Ecuador. La Madre Caridad pudo desahogar su corazón, y esperó que tan insigne Prelado le señalara el camino por seguir.

(1) Apuntes de la Madre Johana Koch, Secretaria de la Madre Caridad

Monseñor Schumacher le dijo: "Esté tranquila, usted ha hecho todo lo que estaba en su mano. No escriba más. Por ahora siga su obra; si tiene la bendición de Dios prosperará, y si no, se acabará". Le reiteró asimismo el consejo de entenderse constantemente con el propio Obispo de la Diócesis.

Además, como él conocía muy bien la trayectoria de las Franciscanas desde Altstätten, su misión en Chone y la legitimidad de la fundación de Túquerres, dio el más convincente testimonio, deshaciendo la injusta acusación de que no eran Religiosas, al demostrar que verdaderamente estaban consagradas por la Iglesia al servicio de Dios y del prójimo, y que procedían de una Orden de antiquísima ejecutoria.

La confianza de la Madre Caridad en el Prelado diocesano, se vio correspondida con una protección paternal. Monseñor Manuel José de Caicedo, con la profundidad de su observación, la madurez de su criterio y esa inteligencia que lo distinguía, capaz de darse cuenta de cualquier situación y de comprender el grado de lealtad de las almas, estudió el problema de las Franciscanas en época tan difícil, y les escogió como Capellán un Sacerdote único: el Rvdo. Padre Reinaldo Herbrand.

Pasto, 31 de octubre de 1895

Sr. Pbro.
Reinaldo Herbrand
Túquerres.

Muy estimado Padre mío:

Agradezco cordialmente a Ud. La aceptación del nombramiento de Capellán de las MM. Franciscanas, que le envié en la semana pasada, y ruego a Dios que conceda a Ud. su gracia para trabajar en favor de esas buenas Madres. Mucho espero del celo y prudencia de Ud.

Me encomiendo a sus oraciones y soy su afmo. En Xto:

Manuel José, Obispo de Pasto. (2)

(2) Correspondencia del Rvdo. Padre Reinaldo Herbrand. Consulta: Apuntes de la Madre Inés Danner, F. M. I.

La luz había brotado, pero no de un cielo sereno y sonriente, sino en las tinieblas, a la claridad de los relámpagos y en el seno tenebroso de las tempestades.

Ahora la vida tenía para la Madre Caridad, un sentido cuya existencia jamás había sospechado antes; comprendió la responsabilidad del momento, pero ese dolor tan íntimamente sufrido, era uno de los clavos que cerrarían su ataúd.



En la noche del día 21 de noviembre de 1894, ella se levantó de su cama y se dirigió a la Compañía de Hermanas de la Caridad, para decirles que ella se iba a casa y que no volvería más.

Después de esto, la Madre Caridad se retiró a su habitación y se acostó.

Al día siguiente, el 22 de noviembre, se levantó de su cama y se dirigió a la Compañía de Hermanas de la Caridad, para decirles que ella se iba a casa y que no volvería más.

Después de esto, la Madre Caridad se retiró a su habitación y se acostó.

Al día siguiente, el 23 de noviembre, se levantó de su cama y se dirigió a la Compañía de Hermanas de la Caridad, para decirles que ella se iba a casa y que no volvería más.

Después de esto, la Madre Caridad se retiró a su habitación y se acostó.

La Madre Caridad

12. El Padre Reinaldo Herbrand

En la Prusia renana, empapada con el caudal de historia y leyenda, conflictos y glorias de las regiones bañadas por el Rhin; en tierras de Aquisgrán y entre las masas oscuras de montes bellamente accidentadas, la serranía agreste y todo el paisaje bravío, demora la ciudad Gemund, patria chica del Rvdo. Padre Herbrand.

Fué hijo legítimo de Pedro Herbrand y María Catalina Kloesgen, católico matrimonio qué gozaba de gran respeto y consideración social. Vio la luz el 24 de enero de 1863. Su Fe de Bautismo testifica que fue bautizado según el rito de la Iglesia Católica Romana, por el Párroco del lugar, al día siguiente de su nacimiento, con el nombre de Guillermo Reinaldo Huberto Herbrand.

Todos cuantos trataron al Padre Herbrand, pudieron admirar tanto la inteligencia excepcionalmente fina que poseía, como su vastísima ilustración, fruto de una sólida educación.

Al terminar los cursos del ciclo básico, encaminó sus ideales hacia el magisterio. El Seminario Real de Boppard, destinado exclusivamente a la formación de maestros, vio pasar año tras año al joven Reinaldo por sus aulas, destacando cada vez más su silueta de pensador.

Al mismo tiempo tomaba clases de música, de tal manera que llegó a ser un virtuoso en piano y compositor de gusto delicado y clásico; además se las entendía gallardamente con cualquier otro instrumento.



Rvdo. Padre Reinaldo Herbrand

Sor M. Celina de la Dolorosa, F. M. I.

El 6 de agosto de 1884, la Comisión Real de Exámenes de Coblenz, capital de la Prusia renana, le expidió el Certificado de Competencia ejercer el magisterio. Cumplida la exigencia de dos años de práctica, obtuvo el Sr. Herbrand, un Segundo Certificado con el título correspondiente y la autorización para ejercer definitivamente su profesión.

En sus correrías, buscando auxilios para la Diócesis de Portoviejo, Monseñor Schumacher se encontró con el joven maestro Reinaldo Herbrand, en un pueblo de Colonia. Atraído por su radiante personalidad espiritual, el Obispo misionero le habló largamente del tremendo problema que significa la carencia de Sacerdotes, y del sufrimiento que por ello le agobiaba, en las inmensas tierras tropicales que gobernaba, una sola de cuyas Provincias era más extensa que Colonia entera.

La palabra concedida del Prelado, hizo profunda mella en aquel corazón pletórico de generosidades.

Consciente el Sr. Herbrand, de que esa vida misionera solamente podían vivirla aquellos que aman a Dios y a su prójimo, con un amor capaz de hacerles olvidarse de ellos mismos, meditó seriamente y luchó con valentía afrontando las dificultades.

En 1890 consumó su sacrificio en el altar de las resoluciones heroicas, abandonando por su Dios, la patria, la familia y el porvenir lleno de promesas que el mundo ponía a sus plantas.

Valiente y práctico, resistente al trabajo y resuelto en la adversidad, se embarcó con rumbo a Manabí, en compañía del Pbro. Sr. Luis R. Escalante, Sacerdote ecuatoriano quien regresaba a su patria después de una jornada de estudios en Europa, del Sr. Nobis, profesor en Deutz y de dos estudiantes alemanes que iban como él a engrosar las filas de los misioneros, héroes de infatigable paciencia y profunda religiosidad.

Hizo escala en Nueva York durante cinco días, en donde trabó mi amistad con el Padre Buenaventura Frey, Guardián de los Capuchinos, y disfrutó de grato hospedaje en su convento.

En todas estas circunstancias que parecen casuales, se ve como la Providencia va trazando de antemano, hasta en sus más significantes detalles, la futura misión del Sr. Herbrand.

El mismo anota con especial interés, que a su llegada, "ya encontró establecidas en Manabí, a las RR. MM. Franciscanas bajo la dirección

de la Madre Bernarda Büttler"; sin sospechar el papel trascendental que debía representar en la Congregación.

Inmediatamente se puso a las órdenes de Monseñor Schumacher quien encausó sus ideales hacia el Sacerdocio.

El Profesor Herbrand hizo sus estudios de Teología en el Seminario Mayor de Quito, y el 15 de abril de 1894 fue consagrado Sacerdote en la Catedral de Portoviejo, por su Obispo Monseñor Pedro Schumacher.

El 5 de diciembre del mismo año, fue nombrado Cura de Machalilla, y en la fiesta de María Inmaculada empezó a trabajar en su extensa y abandonada Parroquia.

"Machalilla, a orillas del mar, goza de clima muy sano y de extraordinaria hermosura, pero asimismo hay mucho descuido en lo religioso. Al Sr. Herbrand le toca laborar duramente".

"La gente de esos alrededores vive y muere sin instrucción religiosa y sin sacramentos". (1)

Al asomarse el año 95, la francmasonería desencadenó aquella que fue una de las más sangrientas revoluciones en la historia del Ecuador.

Como menudearon las noticias de que iba a ser tomada la plaza de Portoviejo por las fuerzas liberales, Monseñor Schumacher, llamó de Machalilla al Padre Herbrand para que se encargara de la dirección y defensa del Seminario en tiempo tan difícil.

Allí probó su lealtad, refinada en la alquitara de los trabajos y los días. Siempre con peligro de la vida, iba y venía sin poner reparos, a donde lo llamaba su arduo deber, corriendo las más espinosas aventuras.

Los cabecillas subterráneos de la revolución que desde la oscuridad de las logias tiraban de los hilos del tablado público, sembraron el terror; y la persecución religiosa avanzó triunfante y cruel.

Monseñor Schumacher, sus Sacerdotes y demás coadjutores en el trabajo, tuvieron que huir de Portoviejo; pensaron pasar inadvertidos por el pueblo de Calceta, e internarse sin ser molestados en la selva de Santo Domingo de los Colorados, que los conduciría a Quito.

Pero Dios, en sus adorables, designios había dispuesto las cosas de

(1) L. Dautzenberg C. M. Ilmo. Sr. Pedro Schumacher

otro modo. Una serie de aventuras, sustos, sorpresas, contrariedades, dificultades y peligros les estaban reservados.

En Calceta se hospedaron en el convento de las Benedictinas, pero los radicales al darse cuenta de su salida de Portoviejo, enviaron gente por todas partes para cerrarles el paso.

Monseñor quiso evitar el combate que iba a darse en las afueras de Calceta, entre las fuerzas del Gobierno y las fuerzas radicales, y salió con un guía que portaba una bandera blanca, para apaciguar los ánimos encontrados e impedir el derramamiento de sangre, pero todo intento fue en vano.

Se vio obligado a ocupar el puesto que le indicaron en la retaguardia del ejército, y ser testigo del cruel abaleo entre hermanos; aunque tuvo el consuelo de auxiliar a heridos y moribundos sin distingo de políticas.

"Mientras se libraba el combate, los radicales habían roto las puertas de la casa de las benedictinas en Calceta y penetrado a la capilla para asesinar a los Sacerdotes allí reunidos".

"Cuando ya rompían los revolucionarios la última puerta del oratorio, todos se postraron de rodillas para recibir la ablución de manos del Padre Ángel de Aviñonet, quien a su vez la recibió del Padre Pedro Hecker".

"Mientras cometían todos los desafueros imaginables mantenían a los Sacerdotes inmovilizados, de rodillas, y con la boca del rifle puesta sobre el pecho de sus víctimas".

"Uno de los revolucionarios iba a descargar un tiro al Rvdo. Padre Herbrand, pero una de las Religiosas benedictinas impidió su muerte, desviando el cañón del rifle; otro entonces blandió una daga con que le iba atravesar la garganta; pero otra benedictina con un valor superior, al ver al padre indefenso, interceptó el golpe mortal".

"Apenas tuvo un respiro el Padre Herbrand preguntó a otro implacable revolucionario: "¿Qué mal le he hecho a Ud?... ¿Por qué me quiere matar, pues ni siquiera me conoce"?... "No te conozco, rugió el feroz soldado, pero me basta saber que eres Sacerdote de Cristo, para acabar con tu vida..."

"Luego los encerraron traidoramente en una tienda de caña, diciéndoles: "Entren ustedes, aquí, no corren ningún peligro..." "Pero, el propio inicuo jefe que allí los condujo, disparó contra el Padre Angel de Aviñonet y lo dejó por muerto".

"La salida del jefe, fue la señal para que se empezara un terrible tiroteo, del que únicamente los salvó la presencia de ánimo del Padre Herbrand, que les ordenó tirarse todos al suelo". "Cuando iban a ultimarles, llegó la tropa vencedora, a los gritos de: ¡Viva la Religión!.." (3)

Así quedaron a salvo los prisioneros; pero como su regreso a Manabí era nada menos que imposible, se internaron en la selva, sin más bagaje que el ánimo hecho al sufrimiento, para seguir el camino del destierro que los condujo a Quito.

El Padre Herbrand, después de haber compartido todas las penalidades que les deparó la revolución, entró a Colombia con Monseñor Schumacher.



(3) Padre Angel de Aviñonet. Vida de Monseñor Schumacher

13. Camino escondido

El espíritu germano tiene propiedades creadoras y el carácter del pueblo alemán es de una solidez sin complicaciones, por eso los Sacerdotes desterrados, con su Obispo a la cabeza, una vez que se vieron en tierra colombiana, planearon el progreso que en todo sentido les era factible promover.

Un inmenso campo de acción se extendía a su vista. También en estas regiones escaseaban los Sacerdotes, y estaban esperándolos un mundo de almas que carecían del pan evangélico, y una tierra capaz de conquistar para siempre a sus conquistadores.

Sin embargo, el Padre Herbrand tenía otras miras. Había fijado atención en Norte América que le ofrecía mejores perspectivas para su ministerio, no sólo por convicción, sino en vista del éxito que allá estaban reportando en el apostolado, sus compañeros de exilio. En Consecuencia, arreglo su documentación para viajar.

Monseñor Schumacher no se opuso a la partida de su noble amigo, aunque sentía en su corazón un dolor de desgarramiento por esta separación. Le dio la mejor garantía de trabajo en la excelente hoja de vida que le expidió.

Pero he aquí como las cosas oscuras para los ojos humanos, están en realidad dispuestas por Dios como una límpida ecuación en las matemáticas naturales. Lo que ninguna fuerza humana hubiera podido conseguir de la férrea voluntad del Padre Herbrand, lo alcanzó con creces la obediencia a su Obispo diocesano.

Fué entonces, cuando Monseñor Manuel José de Caycedo lo nombró Capellán y Director Espiritual de las pobres Franciscanas, y él aceptó este camino escondido para dar la mayor gloria a Dios y salvar almas, pues lo que importa en el trabajo que se realiza es la huella de luz que se deja en otras vidas.

Durante 30 años, ejerció el Padre Reinaldo Herbrand su abnegada misión con singular energía, competencia e integridad; pero su radio

de acción se extendía a toda la ciudad; no hubo en Túquerres quien no conociera la bondad del **Padre Capellán**, como lo llamaban todos sin excepción.

Dios le deparó a la Madre Caridad, el guía que necesitaba en su camino desconocido, cuando la serie de días venideros se le abría oscura y abismática y cuyo fondo ni se veía ni se adivinaba.

El Padre Herbrand con la prestancia de que gozaba, como Sacerdote según el Corazón de Cristo, misionero probado en el sacrificio, gran pedagogo, músico y compositor exquisito, fue el cofundador insustituible de la naciente Congregación dedicada al apostolado de la enseñanza. Con su acopio de conocimientos ayudó grandemente a la formación de las profesoras; conocedor de todos los métodos modernos, no descansaba hasta que las Religiosas destinadas al magisterio los conocieran a fondo, y bajo su gestión experta de luchador incansable se desarrollaron los primeros establecimientos franciscanos con las sólidas bases de una metodología sapiente, estudiada con esmero y aplicada con prudencia y constancia.

..."Ante todo, ser verdaderas Religiosas, buscando la gloria de Dios por la propia santificación y luego ser buenas profesoras. Las Franciscanas jamás pueden descuidar la labor de la Escuela..". Este era un consejo que repetía con frecuencia, recalcando el radio inmenso de acción que tiene una maestra, y el bien infinito que se puede obtener desde una escuela convertida en centro de apostolado múltiple.

La empresa tesonera a la cual consagró su vida, fue la obra paciente y silenciosa que llevó a cabo en la Congregación Franciscana.

Poseía una fuerza moral tan grande como para poder inculcarla a los demás, porque el amor a Dios era poder y energía en su carácter de diamante, que no cedía ante las pérdidas ni las dificultades. Esto, unido al delicadísimo instinto con que supo estimar y discernir las vocaciones y a su gran experiencia extraída de la cantera de la vida, hicieron del Padre Herbrand, un seguro Director Espiritual, para cuantas almas buscaron su dirección.

Fué el educador competente, cuya enseñanza se alzó a la altura de este siglo, como cátedra de todo cuanto puede enaltecer y ennoblecer la vida humana. A la alegría innata en él, unía un matiz de severa elegancia; y cuando componía, sentado al piano, las melodías que luego enseñaba, poniendo en ellas pedazos de su misma alma, su genio

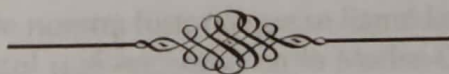
resplandecía como una luz, y tenía la potencia de un talismán para la juventud estudiosa.

Se apoyaba siempre en el consejo de Monseñor Schumacher, hasta que llegó el luctuoso día, en que se vio precisado a cumplir con el doloroso deber de comunicar la muerte del santo Prelado a su patria y a sus familiares.

El Padre Herbrand, le sobrevivió y siguió siendo para la Congregación un verdadero Padre, que sintió sus reveses con más intensidad si cabe que ella misma; la sostuvo en las dificultades; y gozó con su prosperidad.

La Comunidad le estuvo siempre vinculada con la adhesión íntima, que se merece, quien en todo actúa noblemente con benigna comprensión y con la más estricta aplicación de la justicia. A través de la vida de la Madre Caridad y su Congregación, se seguirá palpando la influencia del Padre Reinaldo Herbrand, porque el cielo le concedió el tacto y la inspiración para misión tan delicada.

Su muerte, acaecida el 29 de diciembre de 1925, fue una de las tribulaciones más grandes de la Congregación, que él había considerado siempre como suya, pues con el soplo inmortal de las predestinaciones divinas vigiló la historia del granillo de mostaza que, germinando lentamente en la secreta entraña de la tierra, se convierte, al fin, en espléndido árbol de frondoso ramaje.



La Madre Caridad

14. *No hay amor más grande que...*

"Entraba por la posta el año de 1900. Gobernaba en Colombia el partido conservador. Los liberales se alzaron en armas contra él, apoyados oficialmente por los gobiernos de Venezuela y Ecuador. El 25 de diciembre de 1899 se abrieron los fuegos en el Departamento de Santander y el 23 de enero de 1900 se peleó en Cascajal y Simancas".

"El punto neurálgico de la contienda estaba en la frontera sur, donde el gobierno Ecuatoriano había concentrado a favor de los revolucionarios colombianos un gran número de soldados rurales, convirtiendo así el alzamiento colombiano en una especie de guerra interno-internacional, con la añadidura de que entre los mismos ecuatorianos había un fuerte núcleo de simpatizantes efectivos del gobierno de Colombia".

"Para el Señor MORENO DÍAZ la guerra tenía el carácter de religioso. Estigmatizó de enemigos de Jesucristo a los revoltosos colombianos y pidió a sus fieles el apoyo sin tasa ni reserva a las armas del gobierno..."

"La guerra civil colombiana siguió su curso. Duró tres años con su cortejo de lágrimas, sangre y muerte: hogares vacíos, corazones enlutados, pobreza y desolación. Los revolucionarios fueron vencidos. Se sosegaron las plumas, se apagaron los gritos, enmudeció el fusil y la paz empezó a dibujarse en el horizonte con la luz pálida de los soles de invierno..." (1)

Esta hora crítica de nuestra historia que se llamó la GUERRA DE LOS MIL DÍAS, fue el crisol que encendió en la Madre Caridad impetuoso anhelo de hacer el bien, al propio tiempo que refinó su espíritu en el sufrimiento.

La Casa Madre de Túquerres contaba en ese entonces con dos filiales: BARBACOAS, fundada en 1895 por convenio entre las autoridades de la Provincia de Núñez y la Madre Caridad con aprobación de Monseñor Manuel José de Caycedo; y la Casa de IPIALES en donde funcionaban el Colegio "Nuestra Señora de Las Lajas", y la Escuela Oficial de Niñas No.1 fundada con todas las legalidades del caso, el 17 de diciembre de 1897, merced a la iniciativa del preclaro Sacerdote Filipense, R. P. José María Cabrera, y el espíritu evangélico de la Madre Caridad.

(1) Monseñor Justino C. Mejía y Mejía: *Pasto. Pastores y Pastorales*

Una esperanza de prosperidad alboreaba sobre la naciente Congregación, cuando estalló el conflicto político, y la lucha de los partidos destruyendo los más fuertes lazos, ensangrentó la tierra colombiana.

Ante la guerra que es una insensata interrupción de la vida, y una de las más crueles obsesiones del hombre, se suspendieron las tareas educacionales en todas partes y se clausuraron escuelas y colegios. Consciente la Madre Caridad de la gravedad del momento, ofreció al Gobierno las casas de Túquerres e Ipiales para la instalación de hospitales, y ella y sus Religiosas se constituyeron enfermeras, cumpliendo la ley del amor que es la plenitud del Evangelio.

Las Franciscanas tendieron el manto de su caridad sobre las humeantes devastaciones del odio; todo cuanto tenían, hasta la vida, lo pusieron al servicio de Cristo en los soldados heridos y enfermos de toda clase que pronto llenaron sus conventos.

El tifo, la viruela y otras terribles epidemias empezaron a diezmar la población, y el hambre y la miseria hacían su agosto mientras las Religiosas olvidándose de sí mismas restañaban heridas, apaciguaban penas, repartían su pan, curaban enfermedades, acompañaban las duras agonías de los moribundos y les cerraban las yertas pupilas, prodigando sin descanso los divinos consuelos de la religión.

Sabedora la Madre Caridad de que el trabajo era agotador en el hospital de Ipiales, debido a los combates que se sucedían en los alrededores, envió un refuerzo de varias Religiosas, entre ellas a Sor M. Josefa, enfermera de renombre.

¡Cuántas veces expusieron su vida en aras del deber, estas heroínas de la caridad! Las balas pasaban silbando sobre sus cabezas, y en más de una ocasión hasta les perforaron el hábito, pero nunca abandonaron su puesto.

Lentos pasaban así, para las Franciscanas, los mil días que formaron la trágica aventura de la guerra; y para la Madre Caridad, llenos de penosas experiencias y de inescrutables sorpresas.

La noticia de que sus hijas habían caído víctimas del contagio, conmovió penosamente todo su ser, y en compañía del Padre Reinaldo Herbrand, viajó inmediatamente para auxiliarlas; pues como en Túquerres se hallaban asesoradas por los Padres Capuchinos y Monseñor Schumacher, creyó más útil su presencia en Ipiales.

Nueve de las valientes enfermeras yacían víctimas del tifo y de la viruela, y las pocas que quedaron en pie se multiplicaban para atender a sus Hermanas y asistir a los asilados sin distinción de ideas y partidos. Todos eran simplemente hermanos como en el tiempo de los primeros cristianos.

La única válvula de escape al dolor de la Madre Caridad, era mitigar el de sus hijas, proporcionándoles además de sus cuidados, todo cuanto necesitaban en ropa y medicinas, ya que ellas con más caridad que prudencia, habían repartido todo pródigamente entre los soldados.

Contra todos sus planes, no pudo demorarse en Ipiales, porque el mismo peligro pesaba como una nube de tormenta, sobre sus hijas en Túquerres, y fue llamada con urgencia para atenderlas, porque no tenían otra enfermera.

Tres jovencitas suizas: Sor M. Josefa, Sor M. Coleta y Sor M. Filomena, sirviendo en tierra extranjera con sublime abnegación, murieron en la madurez del amor, pues "no hay amor más grande que dar la vida por lo que se ama". Ellas amaron con plenitud de amor su ideal de copiar a Cristo, y en brevísimo tiempo agotaron el más grande programa de perfección, por eso en sus tumbas hay fragancias de santidad. Las dos primeras descansan en Ipiales, y la última en Túquerres.

La Comunidad sintió hondamente estas tres pérdidas irreparables, y la Madre Caridad solamente encontraba consuelo en la unión de su voluntad con la Voluntad de Dios. Aún estaba su alma sumergida en este mar de congojas, cuando el Padre Reinaldo Herbrand, presa de un tifo pernicioso se debatía con la muerte, sin esperanza humana de salvación.

Iba pues, a perder en la tierra a aquel bondadoso Padre, que era único apoyo y el guía seguro en la dirección de su naciente Congregación. Así trata Dios a las almas cuando las quiere fuertes y totalmente suyas.

El Padre Herbrand, en su calidad de Capellán del ejército, y entregado por completo al servicio del prójimo, en el ejercicio de su ministerio contrajo la fiebre maligna que se lo llevaba al sepulcro.

La Madre Caridad sabía que los médicos lo habían desahuciado, que Monseñor Schumacher y los Sacerdotes alemanes sus compañeros de destierro, se habían reunido para acompañarlo en sus últimas horas, prodigándole los consuelos de la religión y de la amistad; entonces, no hallando esperanza ninguna en la tierra se volvió con toda la fe de su alma al Médico Divino, dispuesta a arrancarle un milagro.

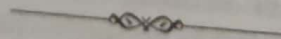
Conforme crecía el peligro, se agigantaba su confianza en Cristo: "¡Señor!..." "Aquel a quien Tú amas está enfermo, una palabra tuya puede sanarlo..." Repetía, apretada la garganta por unos sollozos que heroicamente sofocaba. De rodillas ante el sagrario, quedó absorta en su oración suplicante, entregándole todo al Dios Eucaristía. Entonces recordó la filial devoción que el padre Capellán tenía a San José, y prometió que en su Congregación se rezaría a perpetuidad la devoción de los dolores y gozos del Santo Patriarca, si le alcanzaba la salud del Padre.

Llamada urgentemente al lecho de agonía, obtuvo de Monseñor Schumacher que aprobara la promesa que había hecho, y el consentimiento de sus hijas para cumplirla.

Dios escuchó a su sierva, y contra todos los diagnósticos humanos, la muerte soltó a su presa y empezó la mejoría del enfermo; la Madre Caridad en acción de gracias por el favor recibido, se consagró con más ahínco al servicio del dolor, mirando a Cristo sufriente en cada cama del hospital.

Por fin se terminó la guerra, dejándole la Comunidad quebrantada por el trabajo y las penalidades; los edificios arruinados; la economía maltrecha y un saldo irreparable de tres ausencias, pero sus hijas muertas en holocausto de caridad, dieron a la Congregación el bautismo de sangre que requiere toda obra de Dios.

Esos heroísmos silenciosos son una prueba irrefutable de la divinidad de nuestra Iglesia; solamente en su seno se da la gloria de esas mujeres que por amor a Cristo dejan patria, hogar, bienes y porvenir para abrazarse con el dolor humano y divinizarlo ofreciéndolo en el altar de su propio corazón.



¿Qué había sido de la fundación de Barbacoas, en estos **mil días** de tribulación?...

Tras haberse instalado venciendo la inclemencia del clima africano, las incomodidades de la pobreza y las contradicciones del medio ambiente, las Franciscanas lograron labrar el barbecho espiritual y empezar la siembra de una educación cristiana e integral.

La obra progresaba con pujanza, y completamente vencidos los celos de los habitantes a fuerza de paciencia y bondad, se desarrolló

entre ellos y las Religiosas un amor hogareño que les permitía hacer el bien entre niños y adultos; entre blancos y negros; entre la sociedad y el pueblo, sin estorbo alguno.

Hacia el año de 1899 y a consecuencia de las guerrillas de los montañeros, que se dieron a conocer por sus fechorías que causaban daños sin cuento, se suspendió toda comunicación entre la costa y la provincia.

Tras la escasez vino el hambre; y tras el hambre la disentería. Las Franciscanas se encontraron en la más precaria situación y sin un medicamento para socorrer a sus semejantes, ni la posibilidad de recibir auxilios de Túquerres. Cundió la alarma de que Barbacoas sería atacada. La revolución cobrando mayor encono, arrastraba los intereses de la Iglesia convirtiéndolos en blanco de sus bastardas ambiciones. En tales circunstancias las Hermanas iban a quedar a merced del enemigo.

La Madre Caridad que había estado pendiente de toda esta situación sin poder ayudar a sus hijas, valiéndose de cualquiera estratagema las llamó a Túquerres.

La despedida fue tristísima; el camino duro e incierto; salieron a pie y de huida, y apenas en Buenavista consiguieron cabalgaduras para proseguir su viaje entre continuos sobresaltos, hasta que la Madre Caridad recibió a la desvalida caravana con el ancho abrazo de mi amor maternal.

El súbito levantamiento de su primera filial en Barbacoas, precisamente cuando empezaba a despuntar el bien que entre abrumadores contratiempos habían cultivado sus hijas, hizo experimentar a la Madre Caridad, como fundadora, la dura prueba del fracaso, pero ella no se desalentó, pues nunca perdió la maravillosa intuición que le permitía ver a Dios en todas las cosas.

Pasados estos sucesos la vida entró en cauces de normalidad y se abrieron nuevamente las aulas para la enseñanza. La Madre Caridad lo dirigía todo con esa animosa paciencia que soporta lo desagradable sin excesivo pesar, y alcanza el triunfo en los obstáculos.

Pero no solamente los sufrimientos que venían de afuera se encargaron de probarla, su vida íntima también se vio sacudida por el continuo choque de amargas decepciones. Una pena sutil como una espina, vino luego a clavarse en su alma sedienta de perfección.

La Madre Buenaventura, su colaboradora por excelencia y depo-

sitaria de toda su confianza, se dejó alucinar por la ilusión de que en el mundo llevaría a cabo un mejor apostolado, y rompiendo todas las vallas de reflexión, que le salieron al paso, abandonó el convento y regresó al mundo. Puso en juego su acervo de cualidades extraordinarias, tales como su exquisita educación, relevantes prendas físicas y su envidiable don de gentes para fundar un colegio de Señoritas en la población de Guaitarilla; pero no contó con la cita ineludible e impostergable que un mes más tarde le envió su Divino Esposo, por medio de la muerte.

Al saber la Madre Caridad que la fiebre minaba esa existencia, lejos de su patria y lejos de su convento, duplicó sus oraciones; la enferma reaccionó; repasó su vida, una cadena de sacrificios heroicos pero que terminaba desgraciadamente en el cansancio de la cruz: y al pensar en el sufrimiento de la Madre Caridad, imploró su perdón por medio del Sacerdote que la asistía; ella entonces le envió la postrera bendición.

La Madre Buenaventura le sirvió de una manera accidental, pero muy eficazmente cuando puso el basamento al Instituto, por eso con gratitud y con el dolor la lloró amargamente la Madre Caridad, y con profunda humildad rezaba por su eterno descanso; pero toda la vida sangró su corazón a consecuencia de esta herida prematura.

No es que sea única en la historia de la Vida Religiosa, la pérdida de una vocación. No existe Congregación que no las haya tenido, si la misma Comunidad Apostólica, en donde todo un Dios era el superior, tuvo su Judas. Lo que abrumaba a la Madre Caridad fue la conjunción de circunstancias agravantes que la hacían más dolorosa y trascendente.

El Instituto estaba apenas naciendo en una tierra extraña que formaba su concepto por lo que veía; las vocaciones colombianas se acercaban tímidamente a ese claustro que las atraía, pero a la vez las asustaba con su austeridad, y en tan críticas circunstancias la mejor de sus hijas daba este paso fatal que las hundía en un dedalo de dudas.

¿Sería un castigo de Dios?... Se iba a cumplir acaso, no la esperanza sino la amenaza encerrada en las palabras del santo Obispo Schumacher dijo: "Siga su obra, si tiene la bendición de Dios, prosperará, y si no la tiene, ¿se acabará?..".

Además, los hombres juzgaron el hecho sin misericordia. ¿Cuándo son clementes sus juicios?... La Madre tuvo que oír durísimos reproches de parte de propios y extraños; de intonsos y de Sacerdotes; pero hu-

La Madre Caridad

milde y callada se volvía confiadamente al Juez que conoce el fondo de nuestras conciencias y rezaba; rezaba siempre.

Esta lección de desprendimiento de las criaturas no es aislada en la vida de la Madre Caridad; siguiéndola paso a paso puede verse cómo todo gusto natural le era negado y cada tendencia puramente humana se le contrariaba, hasta que aprendió en una total abnegación que la única respuesta a todos los afanes del alma consagrada es Dios.



Sor M. Celina de la Dolorosa, F. M. I.

La Madre Caridad con un grupo de sus hijas en Túquerres



De izquierda a derecha, primera fila: M. Leonarda Gutierrez, M. Bernarda Ebner, M. Berta Knudson, M. Escolástica Zubler, M. Domitila Reiter.

*Segunda fila: M. Esperanza Zahner, M. Rufina Frei, M. Caridad Brader.
Tercera fila: M. Erica Fischer, M. Genoveva Grosch, M. Lidia Bischof.*

TERCERA PARTE

*Al ir iba llorando, llevando la semilla;
al volver, vuelve cantando, trayendo sus gavillas.*

-Salmo 125-

1. El instituto de Franciscanas de María Inmaculada

La historia de nuestro Instituto, preferentemente en su origen, se adentra y se pierde en las manos de la Divina Providencia.

La Madre Caridad al abrazar la austera vocación de Franciscana Misionera, se propuso glorificar a Dios en todos sus actos y alcanzar la santidad entregándose totalmente a su voluntad, pero nunca pensó en ser fundadora.

Sin embargo, llegando el momento, la divina Providencia la impulsa irresistiblemente a cumplir con la misión que le ha confiado, conduciéndola a la meta señalada por sus eternos designios. Cada acontecimiento va cuadrando en su vida como una pieza de rompecabezas, que solamente se puede colocar en cierta forma y no en ninguna otra.

Su obra como fundadora no puede explicarse humanamente. De modo palpable se ve a través del tiempo, cómo la Madre Caridad es movida por el aliento del Espíritu Santo que la inspira y dirige; que la acongoja y sostiene; que la oprime y la consuela para que su siembra produzca una mies de eternidad.

Ante todo y a la luz del más riguroso examen, la Madre Caridad se presenta en todo momento como hija fidelísima de la Santa Madre

Iglesia Católica. El primer paso para la fundación de nuestro Instituto, fue la desmembración de las dos Comunidades Franciscanas: Chone y Túquerres; y el primer impulso de la Madre Caridad fue ponerse al amparo y bajo la obediencia de la Autoridad Eclesiástica.

Tres factores probaron a la Madre Caridad, la realidad de esta separación.

Primero: la carta que recibió desde Chone a raíz de su viaje en 1893, y en nombre de la Rvda. Madre Bernarda, advirtiéndole ser voluntad de Dios, que cada cual siguiera su camino independientemente.

Segundo: el haber sido rechazada por completo su vehemente invitación, suplicándole que desde Tumaco siguiera para Túquerres y no para Panamá.

Tercero: la respuesta terminante de separación enviada desde Cartagena, el 21 de noviembre de 1895.

Bueno es advertir, que las dos Comunidades siguieron guardando la Regla de Penitentes de nuestro Padre San Francisco, confirmada por León X y, los Estatutos aprobados por S. S. el Papa Urbano VIII, asimilándose la observancia de María Hilf, su casa matriz, sin ninguna modificación escrita hasta entonces.

Pero, siendo Comunidades Diocesanas, desde su salida de Europa, por el Rescripto de Roma, recibido el 23 de abril de 1888, que las agregaban a la Diócesis de Portoviejo, obedecían las insinuaciones de los Ordinarios.

Así por ejemplo la Madre Caridad, contrariando su santa tenacidad, tuvo que suspender en su Comunidad el rezo del Oficio Divino durante la noche, porque los Obispos lo consideraron incompatible con la enseñanza que las absorbía diariamente sin descanso, y el arduo trabajo que por añadidura las abrumaba.

En cuanto a la Madre Caridad se vio separada de la Rvda. Madre Bernarda, se dirigió inmediatamente al Obispo de Portoviejo, Monseñor Schumacher, bajo cuya égida había salido de Manabí; y por su consejo se puso sin tardanza bajo la salvaguardia del Obispo de Pasto, Monseñor Manuel José de Caycedo, en cuya Diócesis estaba enclavada la nueva fundación.

Este gran Prelado tomó bajo su protección a la naciente Comunidad,

desprendida de una Orden de antiquísima tradición, y le nombró a su primera Superiora: la Madre Caridad.

Desde este momento, 6 de septiembre de 1893, queda de hecho erigida esta rama franciscana en Congregación de Derecho Diocesano, pues los Obispos podían hacerlo por sí mismo en uso de sus facultades.

Es evidente, que para seguir gozando del Derecho Diocesano de que ya disfrutaba desde la salida de Manabí, solamente necesitaba la "aprobación de la legítima autoridad eclesiástica", en este caso la del Obispo en su diócesis, quien se la había dado ya ampliamente. (1)

Pero el proceso de la fundación de nuestro Instituto, **tiene su origen en la llegada de la Madre Caridad a Túquerres**, para fundar en obediencia la primera Casa Franciscana en Colombia.

El 31 de marzo de 1893 se inicia la modesta y heroica historia, la cuna de nuestra Congregación, que se baña con la frescura dinámica del comienzo. Esta es la fecha de su fundación, como lo dejó confirmado nuestra Madre Fundadora en su correspondencia oficial.

Monseñor velaba atentamente por la marcha de la enseñanza que las Franciscanas impartían en Túquerres. Así el 13 de marzo de 1895, escribió a la Madre Caridad, recomendándole que cambiara el texto de Religión, relegando el publicado por Monseñor Thiel, y adoptando el texto del Padre Astete. (2)

Nuestra Madre Fundadora se sometió inmediatamente, con esa obediencia madurada por la fe, que siempre la distinguió.

El Sr. Obispo Caycedo fue preconizado Metropolitano de Popayán y luego de Medellín; le sucedió en la Silla Pastopolitana el Ilmo. Sr. Fray Ezequiel Moreno.

La sumisión de la Madre Caridad al nuevo Prelado fue igualmente filial y asimismo siguió dándole cuenta de su Comunidad.

La prueba está en que a los tres años de haber sido nombrada Superiora por Monseñor Caycedo, ya está en conocimiento de Su Señoría Ilma. Monseñor Moreno, la necesidad de una nueva elección. El Obispo nombra para el caso un delegado, con fecha 9 de agosto de 1896.

(1) Canon 448

(2) Archivo de la Diócesis de Pasto, Libro No.48.

R. P. Fr. Manuel de Montbuy, Capuchino.

Túquerres.

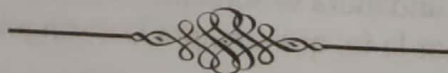
Terminando el 6 de septiembre próximo el tiempo de tres años de Superiorato de la Rvda. Madre Caridad, Superiora actual de las Terciarias Franciscanas que se hallan en esta Diócesis, comisionamos a V. R. para que en nuestro nombre presida y confirme la elección, si esta resulta conforme a las leyes que rigen dicha Corporación para el caso.

Dios guarde a V. R.

Fr. Ezequiel, Obispo de Pasto.

Al leer este comunicado, llama poderosamente la atención, que el trienio de superiorato, no se lo cuenta desde el nombramiento que le hiciera la Rvda. Madre Bernarda, el 10 de marzo, sino desde el nombramiento que le hizo Monseñor Caycedo el 6 de septiembre de 1893.

Además el Obispo reconoce y respeta "las leyes que la rigen"; la Congregación era pues, de Derecho Diocesano, aunque la ínfima de todas las de la Santa Iglesia, como la llamaba su Fundadora.



2. *Unas Migajas de Historia*

En septiembre de 1899, al cumplirse el trienio prescrito por los Estatutos, la Comunidad de Túquerres, goza del inmenso privilegio de la presencia de Monseñor Ezequiel Moreno, quien preside las elecciones, en las cuales quedó nuevamente reelegida la Madre Caridad, por unanimidad de votos.

Su Señoría Ilma. aprovechó la ocasión para hacerles la Visita Canónica y departir luego con las Religiosas.

La Madre Caridad, atenazado el corazón por un viejo y vivo deseo, se dirige suplicante al Prelado:

Ilustrísimo Señor: Tenga la bondad de acceder a una petición que le voy a hacer en nombre de todas, por amor a Dios.

Si me es posible complacerla, ¿cómo negarle algo?... ¿De qué se trata, Madre Caridad?

Le suplicamos que nos conceda el permiso para volver a rezar por la noche el Oficio Divino.

¿Mañitines y Laudes?... Claro que sí. Pero con una condición.

Todas miran al Obispo, con un silencio expectante y con los ojos henchidos de interrogaciones, mientras él aclara:

Con la condición de que ninguna de las Religiosas maestras, puede levantarse por la noche al rezo del Oficio.

Se eclipsó la alegría de la Madre Caridad, pues como todas estaban dedicadas a la enseñanza, y las pocas excepciones; recargadas de trabajo, no fue factible realizar tan devoto proyecto.

Va a cerrarse el tercer trienio del Gobierno de la Madre Caridad, y la transición se prepara desde el Despacho Episcopal, con la comunicación, que data del 30 de agosto de 1902:

R. P. Agustín de Artesa de Segres

Guardián del Convento de Túquerres.

Las Religiosas Terciarias Franciscanas de esa localidad tienen elecciones de Superiora en la primera semana del mes entrante, y suplico a V. R., se digne presidirlas y confirmarlas, y de no poder hacerlo personalmente, nombrar otro religioso para que las presida y confirme.

Dios guarde a V. R.

Fr. Ezequiel, Obispo de Pasto.

En el lapso intermedio y con fecha 16 de septiembre de 1901, se ordena para el Convento de Túquerres una visita extraordinaria.

M. R. M. Superiora de las Religiosas
Terciarias Franciscanas de Túquerres.

Con esta fecha hemos dado comisión en la debida forma, al R. P. Capuchino Agustín de Artesa, para que haga la visita secreta a esa Comunidad y sea también confesor extraordinario hasta que le dé por terminada.

Cesa, por consiguiente, en su oficio de confesor ordinario durante el tiempo de la visita, y ordenamos además que durante el mismo tiempo no se comunique para asunto alguno con las Religiosas.

Todas las Religiosas están obligadas en conciencia a contestar a las preguntas que les haga el R. P. Visitador, y a decirle la verdad.

V. R. dará lectura a la Comunidad de éstas nuestras disposiciones, y en el día y hora que señale el R. P. Visitador se dará principio a la visita

Dios guarde a V. R.

Fray Ezequiel, Obispo de Pasto.

Este continuo contacto de la Madre Caridad con la Autoridad Jerárquica, en los contados días de sol y de dicha, lo mismo que en los muchos tenebrosos de tempestad, incertidumbre y calamidades; ese exponer constantemente ante sus miradas, para ser guiada o corregida, la empresa de su apostolado, buscando siempre "lo que Dios quiere", prueba con luz meridiana la legitimidad inviolable del origen de nuestra Congregación.

Si la Madre Caridad no recabó del Ilmo., y Rvmo. Sr. Dr. Manuel José de Caycedo, el Decreto por escrito que acreditara el Derecho Diocesano para su Congregación, tan providencial y extraordinariamente formada, fue porque ni uno ni otra lo vieron necesario, va la prueba:

Sin adentrarse en todo el ingente y lento proceso de estudio y codificación, que se llevó a cabo a través de los siglos, es un hecho que el Código de Derecho Canónico, fue promulgado por S. S. Benedicto XV, el 27 de mayo de 1917, fiesta de Pentecostés, con la Constitución "Providentísima Mater Ecclesia", y entró en vigencia en la misma festividad del siguiente año, 19 de mayo de 1918.

La Sagrada Congregación de Religiosos, el 30 de noviembre de 1922, hace hincapié en el canon 492, detallando los requisitos para la erección de una Congregación que no tuviera todavía la Aprobación Pontificia ni aún el Decretum Laudis, y termina..." En adelante, una vez obtenido el permiso de la Santa Sede para erigir alguna Congregación Religiosa o Sociedad piadosa, deben los Ordinarios, erigirla mediante Decreto formal dado por escrito, conservando, una copia en el archivo del Instituto y otro en el diocesano..."

Si ordena con las palabras: "**En adelante**", lo hace porque hasta entonces no existían tales prescripciones.

"Las leyes miran a lo futuro, no a lo pasado..."(1)

Nuestra Congregación recibió de Roma el Decreto Laudatorio el 25 de noviembre de 1922, y empezó a gozar de Derecho Pontificio, cinco días antes de que saliera a la luz el mencionado Decreto de la Sagrada Congregación de Religiosos; entonces ya no era menester solicitar por escrito lo concerniente al Derecho Diocesano.

La historia de nuestra Congregación es diáfana como un cristal de roca.

En todas sus páginas puede verse cómo cobra estabilidad nutriéndolo

(1) Canon 10

se con la vida de la Iglesia, mediante una obediencia respetuosa, nunca desmentida ni interrumpida a sus Pastores.

Los Obispos que se sucedieron en la Silla Pastopolitana, y los Prelados con quienes tuvo que tratar, ya en las diversas fundaciones, ya en variadísimas circunstancias de la vida, apreciaron en su valor real, esa sumisión admirable de la Madre Caridad, incapaz de soportar ninguna palabra en desdoro de los Ministros del Señor; y presidieron y aprobaron las sucesivas elecciones de la Comunidad, en las cuales fue siempre reelegida la venerable Fundadora para regir sus designios. Va una muestra:

R. M. Sor Caridad, Religiosa Franciscana

Túquerres.

Habiendo sido elegida V. R. por mayoría de votos, Superiora de Religiosas Franciscanas, por las presentes, venimos a confirmarla en dicho cargo, con todos los derechos y prerrogativas de que han disfrutado sus antecesoras.

Lo que pongo en conocimiento de V. R. para su gobierno y fines consiguientes.

Dada en Pasto, a 9 de octubre de 1909.

ADOLFO,

Obispo de Pasto.

En estas condiciones, la Madre Caridad ejerció el cargo de Superiora hasta 1919. Su Comunidad progresó sin cesar a lo largo de su dilatado gobierno, pero el precio fue su constante sacrificio.

El Capitulo General reunido en Túquerres en 1919, y auspiciado por Monseñor Antonio María Pueyo de Val, eligió a la Rvda. Madre Rufina Frei, por un trienio.

Al finalizarse este período, el mismo Obispo escribe una minuciosa carta al Padre Herbrand, haciendo hincapié en detalles importantes re-

ferentes a la Resolución emanada de la S. C. de Religiosos, el 2 de julio de 1921, con respecto a elecciones de Superioras, con el fin de que oriente a la Comunidad, según el sentir de la Iglesia, para el Capítulo Generalicio que debía reunirse en el próximo septiembre.

La carta, a excepción del año 1922, no tiene fecha, pero debió ser remitida a principios del mismo año, es decir, seis meses antes del Capítulo. Sus principales apuntes son:

a) La convocatoria al Capítulo de elecciones, la debe hacer la Rvda. Madre Rufina, de acuerdo con su Asistenta y Consejeras, por terminarse su trienio de gobierno. Solo a ella compete elegir el día y lugar en donde ha de reunirse.

b) El derecho de presidirlo, aprobar o confirmar o infirmar la elección le compete al Obispo, no de la Casa Madre, sino al Prelado donde esté la Casa en que se haga el Capítulo.

c) Si la R. Madre Rufina escoge para convocar el Capítulo la Casa Madre de Túquerres, Monseñor Pueyo de Val promete su asistencia personal.

d) Envía un esquema de cómo podría hacerse la Convocatoria de acuerdo con las nuevas normas canónicas.

e) Urge para que la R. Madre Rufina no retrase la Convocatoria y la envíe a todas las casas y notifique asimismo a los Ordinarios donde haya casas de la Congregación.

f) Finalmente, no se muestra partidario de la reelección de Superioras, y pone por ejemplo, las normas que da San Francisco Sales a sus monjas. (1)

Esta carta de Monseñor Pueyo de Val es una joya, porque prueba hasta la evidencia cómo la Congregación era guiada por la voz de la



La Madre CARIDAD y la Madre RUFINA

(1) Correspondencia del Padre Herbrand

Iglesia; y también porque se refiere a la última elección de Superiora General, verificada mientras gozaba solamente de Derecho Diocesano.

La R. Madre Rufina entregó el gobierno a la R. Madre Inés Danner, en septiembre de 1922, y en noviembre del mismo año, la Congregación fue agraciada por la Santa Sede con el Decreto Laudis.

De aquí en adelante avanza ya la historia contemporánea.

El Gobierno de la Congregación en sus periódicas etapas, ha colaborado en el cumplimiento del fin que los eternos designios le han señalado dentro del plan de la Iglesia, aprovechando todas las situaciones para su continuo mejoramiento, y escribiendo con obras en la dura piedra del tiempo: "Todo por amor a Dios y como El lo quiere".

Así como para la fundación de Túquerres se requirió la autorización y consentimiento de los dos Obispos que intervenían en ello: el de Portoviejo para la salida, y el de Pasto para la entrada de la nueva Comunidad, cuando con el transcurso del tiempo, la Madre Caridad extendió las fundaciones a otras Diócesis, siguió siempre esta norma canónica de solicitar la aprobación de los Ordinarios respectivos.

En fin: "Para erigir válidamente cualquiera casa religiosa, hace falta el consentimiento del Ordinario local, **lo de que sea por escrito no consta que afecte su validez**". (2)



(2) Explicación al Canon 497

3. Incorporación a la Primera Orden

Retrocedamos al año 1906

La fundación avanzaba con paso firme y seguro, y para que su raigambre se hundiera en el terreno de lo sobrenatural, la Madre Caridad intensificaba su esfuerzo y su oración.

Según la mente de la Iglesia, las Comunidades de Terciarios Regulares, para su consolidación requieren que el Superior General de la Primera Orden, las agregue a ella. (1)

Al ver que el naciente Instituto crecía en lucha abierta con la adversidad, la Madre caridad lo incorporó a la Orden de Capuchinos bajo la protección del Ministro General de Frailes Menores, el venerable Fray Bernardo de Andermatt el 18 de noviembre de 1906, para que así recibiera la savia del árbol franciscano.



(1) Canon 492

4. Reformas

LA SANTA REGLA

Con motivo del séptimo centenario de la muerte de Nuestro Seráfico Padre, S. S. el Papa Pío XI de inmortal memoria, encargó a la Sagrada Congregación de Religiosos, la reforma de la Regla de la Tercera Orden Regular de San Francisco, aprobada por el Sumo Pontífice León X.

Esta reforma era necesaria... "porque como acontece en las cosas humanas, muchas cosas allí decretadas, con el transcurso de los tiempos, o cayeron completamente en desuso o no concuerda del todo con ciertas prescripciones del Código de Derecho Canónico. Por lo cual ha sido necesario que aquella Ley de León X se ajustara a estos nuestros tiempos y también a los decretos más recientes de la Iglesia..."

Por Bula del Santo Padre, dada el 4 de octubre de 1927, sexto año de su Pontificado, se puso en vigencia la Santa Regla reformada, que fue entregada a nuestra Fundadora por Monseñor Pueyo de Val, en la fiesta de la Ascensión.

La Madre Caridad, la recibió con profundo acatamiento, la explicó a sus hijas, y dio un ejemplar a cada una de ellas, para que estudiándola y meditándola la llevaran como un sello sobre su corazón.

LAS SANTAS CONSTITUCIONES.

La Comunidad venía observando los Estatutos aprobados por S.S. el Papa Urbano VIII, pero tres causas motivaron su cambio radical.

Primera: Los mismos motivos que impulsaron a Pío XI a reformar la Santa Regla.

Segunda: El hecho de que nuestra Congregación, separada tanto de

María Hilf, como de la Comunidad nacida en Chone, tomó una fisonomía propia y peculiar de ella sola, y era necesaria regirla por leyes que le atañeran de cerca con un pleno sentido de la realidad actual, y así la condujeran a la prosperidad por el camino señalado por Dios.

Tercera: La promulgación del Código de Derecho Canónico.

PRIMERA REFORMA.

Aunque su mirada sobrenatural, abrigada por una fe madura; su inteligencia clara y práctica, y la experiencia del diario vivir, apremiaban la modificación de los viejos Estatutos, la Madre Caridad procedió con suma cautela, y siempre atenta a las insinuaciones de los Obispos.

En 1914 se dirige ya oficialmente al Prelado diocesano Monseñor Leónidas Medina, exponiéndole la necesidad de reformar las Constituciones en algunos puntos, enviándole las Adiciones que concienzudamente había estudiado, y suplicándole su ayuda en asunto de tanta trascendencia.

El Prelado se dirigió entonces a la Santa Sede:

Beatísimo Padre:

El Obispo de Pasto postrado a los pies de Vuestra Santidad, humildemente expone.

1o. Que habiéndose establecido en esta Diócesis la Congregación de Las Hermanas, de la Penitencia de la Tercera Orden de San Francisco de Asís, desde Marzo de 1893, como consta del Informe adjunto.

2o. Que por las constancias de los tiempos, desde entonces hasta ahora, si bien es cierto que han procurado observar lo mejor posible los Estatutos prescritos para dicha Orden por la Santidad de Urbano VII, de feliz memoria, en Breve de 3 de Enero de 1625, el desarrollo que ha

adquirido y la naturaleza de los trabajos que con tan buenos resultados han emprendido y llevado a cabo, especialmente en las Misiones con los Indios del Putumayo.

3o. Que para esta clase de trabajos es necesario adicionar modificando algunos puntos de los citados estatutos.

4o. Que en virtud del incremento de la Congregación, necesita organizar su gobierno conforme a las últimas disposiciones, ha venido a rogar, como en efecto ruega humildemente a Vuestra Santidad, os dignéis aprobar las "Adiciones" que de dichos Estatutos os acompaño, junto con las certificaciones de los Prelados en cuyas Diócesis residen, como también conservarle los mismos privilegios y prerrogativas otorgados a la mencionada Orden Tercera, etc.

Pasto, mayo 18 de 1914

Leónidas Medina

Obispo de Pasto.



No pararon aquí las bondades de Monseñor Medina.

Con motivo de un viaje que el R. Padre Herbrand proyectaba a Europa, propendiendo al bien de la Congregación, Monseñor le encareció con paternal solicitud, se interesara en el asunto, y a mayor abundamiento le dió una carta comendatoria, con fecha 18 de mayo. He aquí algunos apartes:

"Por las presentes concedemos al Rvdo. Padre Reinaldo Herbrand, Sacerdote de nuestra Diócesis, facultad para gestionar ante Curia Romana la aprobación de las Adiciones a los Estatutos de la Tercera Orden de Penitencia del Seráfico Patriarca San Francisco de Asís, y para sustituir este poder a otro Sacerdote de reconocida aceptación, en caso necesario".

"Lo facultamos también, para iniciar un contrato con alguna Comunidad Religiosa para dirigir una Escuela de Artes y Oficios en nuestra Ciudad Capital..."(2)

(2) Libro copiador de cartas 1912 a 916 pág. 217-219 Archivo de la Diócesis de Pasto.

El Rvdo. Padre Herbrand, movió todos los resortes cumpliendo a cabalidad su cometido, y mantuvo a la Madre Caridad al corriente de sus diligencias, remozando la esperanza de la Congregación que trabajosa aunque sólidamente iba conquistando el puesto que Dios le tenía destinado en la Iglesia.

La guerra mundial del 14, impidió su regreso hasta 1920, cuando la promulgación del Código de Derecho Canónico, urgió una reforma total de las Constituciones en una continuidad, infrangible de actividades.

Pues, siempre fue criterio de la Madre Caridad que de esta Sagrada Legislación, deben por fuerza, tomar vida todos los estatutos religiosos, si quieren vigorizarse en la única fuente verdadera que es la vitalidad de la Iglesia.



5. Las Nuevas Construcciones y la Aprobación Definitiva del Instituto

Frente a los viejos Estatutos, la Madre Caridad, meditaba profundamente en el cambio ineludible que se presentaba, comprendiendo la magnitud del problema.

Pero, ella, llamada a ser apóstol de apóstoles, no se amilanó, porque Dios era siempre su primer motor y su último descanso, y porque había recibido el don de ser persona sumamente comprensiva, práctica y humana.

Acudió a dos canonistas por excelencia: el Rvdo. Padre Reinaldo Herbrand y el R.P. Dr. Juan Bautista Rosero y Castañeda, quienes dejaron que explayara su pensamiento con amplia claridad en largas entrevistas; y le prestaron una ayuda insuperable, no solamente en la interpretación de su pensamiento y en la redacción de las nuevas Constituciones, ajustadas en un todo a los sagrados cánones, y que se terminaron bajo la vigilancia de Monseñor Antonio María Pueyo de Val, Obispo de Pasto, sino también en todos los trámites para su comunicación con la Sagrada Congregación de Religiosos en Roma.

LAS CONSTITUCIONES DE LAS HERMANAS DE LA PENITENCIA DE LA TERCERA ORDEN DE SAN FRANCISCO DE ASÍS EN PASTO, fueron aprobadas por la Santa Sede, por siete años y en vía de ensayo, el día 25 de noviembre de 1922.

El 20 de agosto de 1928, el Capítulo General, reunido en Maridíaz (Pasto) y presidido por Monseñor Pueyo de Val, eligió nuevamente a la Madre Caridad como Superiora General de la Congregación.

Todo el objeto de sus predilecciones y de sus afanes fue alcanzar la Aprobación Definitiva del Instituto.

La Divina Providencia le allanó el camino hacia Roma.

Monseñor Pueyo de Val, Corazonista, la relacionó con el Rvmo. Padre Felipe Maroto, Procurador General de los Misioneros del Corazón de María, y más tarde Superior General, apóstol de extraordinarias cualidades, eminente en la Curia Romana y muy conocido en Sagrada Congregación de Religiosos.

Su colaboración fue inestimable en las relaciones entre nuestro instituto y la Santa Sede.

Los trámites se seguían normalmente, pero el anhelo de obtener Aprobación Pontificia antes de morir, la consumía.

Verificando la visita canónica a las Casas del norte de Colombia, al llegar a Tuluá, recibió noticia del Consejo Generalicio, comunicándole que faltaba obtener la recomendación del Arzobispo de Popayán para adelantar la Aprobación.

No vaciló ni un momento en regresar sin dilación, para recabar personalmente de Monseñor Maximiliano Crespo, este insigne favor.

Pero Dios quería probar a su sierva y hacer que comprara este beneficio con la moneda del sufrimiento; esa misma tarde, contrajo una fiebre abrasadora con todos los síntomas de tifoidea.

Venciéndose heroicamente, quiso sin embargo ver a Monseñor le pidió una entrevista, que le fue concedida a eso del anochecer; se dirigió pues al palacio y cuando el silencio envolvía a la ciudad, nuestra humilde Madre se postraba a los pies del Arzobispo. Pero atormentada por la fiebre y el dolor, sufrió un desmayo, y no pudo hablar, siendo retirada con angustia indecible por la Madre enfermera que la había acompañado y que explicó el objeto de aquella visita.

Y aquel insigne Prelado, conocedor de los quilates de virtud de nuestra Fundadora, escribió aquella misma noche la última recomendación que faltaba; mientras ella permaneció postrada en cama, dos largos y penosos meses, entre vida y muerte, esperando que alboreara la hora de la Providencia.

Pasaron breves los años, y un cable del Rvdo. Padre Maroto, anunció desde Roma a nuestra Madre Fundadora, **la Aprobación Definitiva del Instituto y de las Constituciones**, concedida el 16 de mayo de 1933, por Su Santidad Pío XI.

DECRETO PONTIFICIO.

El Instituto de las Hermanas de la Penitencia de la Tercera Orden de San Francisco, cuya casa principal está enclavada en la Diócesis de Pasto, obtuvo de la Santa Sede el DECRETUM LAUDIS y la aprobación de las Constituciones por siete años, en vía de ensayo, el día 25 de noviembre de 1922.

Pero como de día en día el mismo Instituto floreciese, esparciendo copiosos frutos en bien de la Iglesia, la Superiora General y su Consejo solicitaron humildemente a la Santa Sede la aprobación definitiva de las Constituciones.

En la audiencia del 16 de mayo de 1933, concedida al infrascrito Cardenal Prefecto de la S. Congregación de Religiosos, Nuestro Santísimo Padre, por la Providencia Divina, Papa Pío XI, en vista de los informes de los Excelentísimos Ordinarios en cuyas Diócesis se encuentran Casas del Instituto, y oído el parecer de la Reverendísima Comisión de Consultores, propicio, se dignó aprobar definitivamente y confirmar con agrado el mismo dicho Instituto y a la vez sus Constituciones, con algunas modificaciones y adiciones, de las cuales se guarda un ejemplar en el archivo de la Sagrada Congregación; por consiguiente, a tenor del presente Decreto **se aprueban y confirman definitivamente el Instituto y las Constituciones.**

Dado en Roma, en la Secretaría de la S. C. de Religiosos, el día, mes y año arriba indicados.

Firmado:

Alejandro Enrique M. Card. Lepicier, Pref. O. S. M.

Vine. La Puma, Secr.

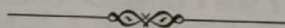
(L. S.)

EL OFICIO DIVINO.

El amor, como el fuego es comunicativo por naturaleza; a manera que un hierro candente, calienta el aire y demás cuerpos que le rodean; así el corazón encendido de amor a Dios, contagia todos los corazones; por eso pudo sostener la Madre Caridad el rezo del Breviario Romano, en latín, según el Ordo de los Capuchinos, venciendo todo obstáculo.

Los Ordinarios de los lugares, en donde se iban enclavando las Casas franciscanas, sopesaron las dificultades y la fuerza sobrehumana, que para seguir esta santa costumbre era necesario desplegar, dadas las circunstancias de vida de las Franciscanas.

Al principio se limitaron a prohibir el rezo de Maitines y Laudes por la noche, luego insistieron en que lo reemplazaran por el Oficio Parvo de la Santísima Virgen. La Madre Caridad prefirió la obediencia al sacrificio, y el 23 de mayo de 1916, se introdujo el Oficio Parvo en toda la Congregación.



EL TITULO

El título de FRANCISCANAS DE MARÍA INMACULADA, que hoy llevan las Hermanas, fue solicitado a la Santa Sede, por la Rvda. Madre Aquilina Wernle y su Consejo, como distintivo de nuestra Congregación, entre los centenares de Institutos Franciscanos.

El derecho de usarlo le fue concedido por el Rescripto No. 1162 del 18 de noviembre de 1948, emanado de la Sagrada Congregación de Religiosos.

Su sigla es: F.M.I.



6. *Nota Reflexiva*

Andando por el camino real de la historia, nos encontramos con que los hechos se repiten.

Nuestro tiempo es el del radar, la televisión, el computador, el internet, el avión, la electroquímica, la física nuclear, la conquista de la luna, la bomba atómica, y sobre todo, es el tiempo maravilloso del Concilio Vaticano II.

Esta fuerza exuberante de idea y de acción; de proyectos y descubrimientos portentosos, nos ha colocado en una situación similar a la de hace 50 años, cuando la Santa Iglesia, promulgando el Código de Derecho Canónico, introdujo una total reforma bienhechora. Así también ahora, todo camina ostentando una etiqueta: renovación.

Pero, toda renovación exige un desgarramiento, y todo desgarramiento produce perplejidad.

Se mira por doquiera un estado de confusión y desorientación de las lealtades que es típico de la época.

Impera un deseo inquieto de autonomía que no cabe distinguir del amor a la libertad; es la hora del personalismo que se cubre con respeto a la personalidad; y se extiende una especie de crepúsculo de las tradiciones de muchos matices y contraluces.

Sin embargo, hemos de tener en cuenta que cada generación abre sus alas, donde la generación pasada las cierra, y por eso la visión del momento tiene diversos enfoques, tanto de aplauso como de crítica; tanto de aprobación como de desagrado; pero así es como contribuimos con nuestra parte infinitesimal a dar forma a la historia del mundo.

No podemos negar, que a todas luces, se trata de la siembra extraordinaria de una simiente prodigiosa, pero que solamente germinará en bien, al aliento de Cristo, verdad por esencia, centro de gravedad del universo, y fuerza vital de la Iglesia y de la humanidad; por eso, si la Congregación sigue el derrotero de sumisión a la Santa Iglesia de Cristo que le trazó la Madre Caridad, prosperará como parcela fecunda del reino de Dios.

7. Primera Fundación en Suiza

Hasta el año de 1908, las jóvenes que deseaban seguir los pasos de la Madre Caridad, eran admitidas en el Convento de "María Hilf" en Altstätten.

Ese Convento, cuna religiosa de nuestra Fundadora, era para ella el centro de sus más puros afectos, y el único albergue de sus primeras hijas en Europa; allí, al mismo tiempo, era amada de las Religiosas, entre las cuales se conservaba vivo el recuerdo de su noble corazón y el aroma de su bondad, de su alegría imperturbable y de su intensa y exquisita caridad.

En "María Hilf", las jóvenes postulantes no sólo eran aceptadas sino instruidas y adiestradas en la Vida Religiosa con desinterés, abnegación y santa caridad.

Mas, en el correr de los años, las vocaciones se multiplicaban en Suiza, Alemania y Austria; y así la Madre Caridad, considerando que esto constituía un gravamen para la Comunidad y que, por otra parte, era necesario que las aspirantes se fueran acostumbrando al ambiente americano, y pudieran ser probadas para su futura vida misionera, concibió el proyecto de fundar un Noviciado propio para la naciente Congregación.

Iluminada, alentada y fortalecida por Dios en la oración, comunicó su idea al Rvdo. Padre Herbrand, quien hizo las primeras gestiones.

El 28 de marzo de 1905, recibió el Padre Reinaldo Herbrand las letras de recomendación que le daba Monseñor Ezequiel Moreno para su proyectado viaje a Europa; al mismo tiempo que le insinuaba y autorizaba para buscar vocaciones sacerdotales que quisieran laborar en América.(1)

En nombre de la Madre Caridad se dirigió a Suiza. Allí amparadas por la amplia hospitalidad del convento de "María Hilf", aguardaban su llegada varias jóvenes aspirantes, listas para viajar a Túqueres.

Entonces el Padre Herbrand sintió como un acicate, la necesidad de establecer el tan deseado aspirantado en Suiza.

(1) correspondencia del Padre Herbrand

Tropezaba con la prohibición de fundar nuevos conventos en el territorio helvético, contenida en la Constitución Suiza del 29 de mayo de 1874.

La valla se la ponía el Artículo 52 de la Ley Fundamental, que reza así: "No se admite la erección de nuevas Ordenes Religiosas, ni de nuevos conventos, como tampoco el restablecimiento de los ya extinguidos..."

Artículo excepcional de la Constitución era éste, creado a raíz del movimiento titulado Kulturkampf, que tuvo su apogeo en 1873 y se hizo sentir en casi toda Europa.

El Padre Herbrand oteó el porvenir y comprendió que contra viento y marea, esta fundación arraigaría con la bendición del cielo.

Era preciso únicamente dar tiempo al tiempo. La situación creada por el Kulturkampf, iba perdiendo fuerza, Suiza empezaba a destacarse como una isla de paz, su neutralidad internacional era garantía de seguridad y ya algunos conventos empezaban a alborear.

En la actualidad este problema no existe. El Artículo 52, lo mismo que la prohibición de entrada a los Jesuitas en Suiza, de que habla el Artículo 51, creado por una situación de momento que ya ha pasado a la historia, han perdido vigencia, son muy discutidos y sólo existen nominalmente.(2)

(2) Los apuntes sobre el Artículo 52 y 51 están tomados de una carta de la Embajada Suiza en Colombia, fechada el 3 de septiembre de 1968, que añade este aparte:

El Gobierno Suizo mediante una comisión experta bajo la presidencia del ex-Consejero Wahlem, se dedica a preparar una revisión total de la Constitución Nacional; y se tiene por seguro que los Artículos excepcionales serán reformados y aún excluidos de la Ley fundamental.

Embajada de Suiza en Colombia

Armin Kamer, c/o.

La Madre Caridad

Pero, recorriendo los caminos de ayer, la dificultad estaba palpitante y es preciso admirar la fe del Padre Herbrand, venciendo obstáculos para diligenciar la primera fundación suiza.

Todo esto, también explica una faceta de la angustia que acongojaba a la Madre Caridad cuando su Comunidad se desmembró de Chone, y en medio de su incertidumbre, buscaba una respuesta en la lejana patria.

Entre las mil impresiones confusas que batallaban en su ánimo y los mil pensamientos diferentes que bullían en su inteligencia, sopesaba las dificultades para fundar allá un nuevo convento.

Los hechos son como son, inalterablemente pero tienen distintos perfiles, y la perspectiva que les da el tiempo al resaltar detalles, embellece y presta emoción a muchos sucesos que, vistos de cerca, son vulgares y anodinos.



8. La Casa de San José

Todas las obras de Dios encierran sus misterios, y en todas ellas, su inefable Providencia marca el punto de partida y las encamina maravillosamente a su destino; así también la empresa que acometió el Padre Herbrand, no careció de la luz celestial que le dio un colorido singular y le concedió a él la fortaleza necesaria para desbaratar los ardides del enemigo y sobrellevar con ánimo sereno las aspereza del camino.

Al llegar el Padre Herbrand a "María Hilf", se encontró con quince postulantes que, llenas de entusiasmo y santo celo, aguardaban el barco que había de conducir las, como misioneras, al suelo americano.

El virtuoso Sacerdote, caviloso y angustiado, sin punto fijo a donde dirigirse, pero lleno de confianza en la bondad divina, marchó de pueblo en pueblo en la pequeña Suiza, buscando un albergue para las futuras misioneras.

Cuántas veces el cansancio y el desaliento tocaría a las puerta de ese corazón de apóstol, para tentarlo a abandonar su caritativa hazaña; pero su fe, su amor, y su esperanza en Dios, como su filial confianza en la protección de San José, lo superaron todo.

En una de sus penosas correrías se encontró con el Señor J.A. Federer, gran católico y dueño de una de las principales fábricas de Goldach. A este buen Señor comunicó el Padre su proyecto y grandes preocupaciones. El Señor Federer lo envió a un santo Sacerdote, el Rvdo. Padre Kilián Bachtiger, que por entonces era Cura Párroco de Tübach.

Tübach es un bello pueblecito situado al N.E. de Suiza a poca distancia del lago de Constanza. Demora al pie de una colina, coronada por un hermoso y austero edificio de estilo moderno, que se yergue en medio de bosques y campos cultivados. Es el convento de "Santa Escolástica", habitado por Religiosas Franciscanas de vida contemplativa que gozan del privilegio de la Adoración Perpetua.

Alrededor de la población se extiende un risueño y apacible valle que parece convidar a la alegría y a la piedad sincera. Donde quiera se

divisan perales y manzanares que dan vida al riente paisaje; en primavera brindan la perfumada amalgama rosa y nieve da su florescencia, mientras multitud de florecillas silvestres bordan sobre los tapices de verdura, maravillas de figura y color.

Este rincón suizo es un centro de turismo, atrayente no sólo por la hermosura de la región, sino también por sus aires saludables.

Tübach contaba en aquel entonces con unas mil almas, pastoreadas por el Padre Bachtiger, tío de una de nuestras Religiosas.

A la vera del templo, según antiquísima costumbre de la gente sencilla y cristiana a quien no atemoriza la realidad de la muerte, se encuentra el cementerio que es un verdadero jardín del recuerdo, con sus tumbas cubiertas de flores, ante las cuales los deudos, después del Santo Sacrificio, van a depositar el tributo de su oración y de sus lágrimas.

El Padre Bachtiger, era un santo Sacerdote, cuya fama se había extendido por toda la Suiza y aún por otros países. Miles de personas acudían a él en busca de alivio en sus enfermedades, de consejo en sus dudas, y de consuelo en sus aflicciones. No se había visto en Tübach oficina más concurrida, ni casa más visitada que la Casa Cural del Padre Bachtiger.

Todos los enfermos de cuerpo y alma acudían a él, quien, imponiendo las manos o la estola sobre ellos, los dejaba completamente sanos. Tenía el virtuoso Sacerdote un poder especial sobre los demonios, y así los posesos, por su intervención se veían libres del maligno espíritu. Cuentan testigos oculares que en una ocasión al conjuro del Padre Bachtiger, el demonio salió por una ventana, haciéndola pedazos; en otra ocasión vieron como el infernal espíritu, en la persona del poseso subía en cuatro, las paredes del edificio.

Amaba el Padre Bachtiger con singular ternura a la Santísima Virgen, y anualmente organizaba la peregrinación al Santuario de Ntra. Señora de Lourdes. La Santísima Virgen por su parte lo regaló con favores y dulzuras celestiales. Los Obispos de Suiza constituyeron al Padre Bachtiger en su guía, su director y consejero.

A este santo Sacerdote fue enviado providencialmente el Padre Herbrand, para conseguir la realización de la obra que intentamos reseñar.

Al llegar el Padre Herbrand al pueblecito de Tübach, divisó una casa blanca, escondida entre los árboles, en cuyo mirador se levantaba una

estatua del glorioso San José. Al mirar al Santo Patriarca, se dijo el Padre para sí: "Este es el albergue que Dios prepara a las jóvenes que saldrán para Colombia"; y desde aquel momento se disiparon como por encanto, todas sus preocupaciones y temores.

Tranquilo y confiado se encaminó a la Casa Cural, en donde el Padre Bachtiger lo recibió con toda la bondad de su noble corazón. En su profunda humildad, el santo Párroco creía, que nada había hecho hasta entonces para el cielo, y en su ardiente celo, se proponía reparar su insuficiencia, apoyando los trabajos apostólicos de los prójimos, con todas sus fuerzas y aún por encima de sus fuerzas. Nadie, pues, más a propósito que el Padre Bachtiger para la realización de la obra del Padre Herbrand.

La casa a que nos referimos, que hasta hoy conserva el nombre de "SAN JOSÉ", había sido ya negociada por el Padre Bachtiger, para asilo de los numerosos enfermos que a él acudían. No obstante, la cedió gustoso para albergue de las futuras misioneras y se declaró protector decidido de la naciente Congregación.

Solicitó de una Señorita piadosa un empréstito de 10.000 francos, para la compra del edificio y así quedó arreglado el asunto. Mas, a poco tiempo, la Señorita reclamó el dinero, y el venerable Párroco, angustiado marchó de un lugar a otro en busca de la suma necesaria para cancelar la deuda.

Providencialmente, en la estación del ferrocarril se encontró con el Señor Federer de nuestra historia, quien al notar la pesadumbre del Padre Bachtiger se enteró de la causa de ella. Entonces con gran satisfacción sacó del bolsillo la suma de 10.000 francos, diciéndole que su propósito había sido colocar ese dinero en el banco para invertirlo en una obra pía; que por consiguiente, podía disponer de él para devolvérselo cuando a bien tuviere. Sin embargo, este gran benefactor nunca quiso recibir el valor ni los intereses de la deuda. Que Dios Nuestro Señor y nuestro Seráfico Padre San Francisco hayan recompensado con creces su gran caridad.

Mientras esto sucedía en Europa, en Colombia la Madre Caridad y sus hijas no cesaban de elevar sus oraciones por el éxito de la empresa; así, pues, las oraciones de las Religiosas, el celo y abnegación de esos dos santos apóstoles de Cristo, y la caridad de los bienhechores de la Congregación, consiguieron de la Divina Providencia el Noviciado de San José de Tübach.

Por eso, muchas veces oímos de labios de nuestra Madre Fundadora: "Que Dios bendiga a esos santos bienhechores y les dé el cielo en recompensa".

El 9 de abril de 1908, fue la Madre Caridad, acompañada de Sor M. Inés Danner, para hacer en regla la fundación de la Casa de San José. Sería en adelante el Nazaret donde las almas, todavía niñas, irían a ejercitarse en los trabajos de la Vida Religiosa. Con claro discernimiento animó, instaló y fijó el reglamento que debían seguir en esta nueva filial que por encontrarse tan lejos de la Casa Madre estaría expuesta a muchas dificultades.

Empero, la Madre Caridad ya lo había consultado todo con su Dios, y así dejó como Superiora de su primera fundación en Suiza a la querida Madre Inés. "En una fundación, cuando se tiene la superiora modelo, se tiene todo, después se escoge el resto del personal, y una puede quedar tranquila..."

La Casa de San José fue almacigo de vocaciones viriles que ayudaron a cimentar sobre bases sólidas la obra de la Madre Caridad.

Huerto cerrado en donde Dios fue amado con un amor total, por corazones generosos que lo sacrificaron todo realizando un grande ideal.

En la Casa de San José, nunca escasearon las vocaciones franciscanas, ni se menguó el fervor durante el dilatado gobierno de la Madre Caridad, pero el precio fue su constante sacrificio.

Trece veces cruzó el océano nuestra Madre Fundadora, buscando en Europa la prosperidad de su Congregación, y siempre demoró visitando ese rincón donde germinaba poderosa su esperanza; y siempre regresó trayendo abundante cosecha: jóvenes decididas que amaron a la Congregación como a su madre, le consagraron sus fuerzas y la sirvieron con tesón.

Nunca se vio defraudada la confianza de la Madre Caridad, porque su fe era luz; su oración era fuerza y su sacrificio era conquista.





LA MADRE INES DANNER

9. *Un solo Ideal*

La vida de la Madre Caridad es de aquellas que se realizan en cumplimiento de una predestinación.

Por eso llevaba un solo ideal clavado en el corazón. Quiso con todas las fibras de su ser, que su Instituto fuera una Congregación eucarística, vivificada por la caridad cristiana y arraigada en el seno de la Iglesia.

Conseguir de la Santa Sede la Aprobación Definitiva de su Instituto y el privilegio de la Adoración Perpetua, fue el punto más alto de su parábola vital, en el que confluyeron todos sus días y aun todos sus pensamientos.

Ella toda entera, se convirtió en un perpetuo holocausto para alcanzar estas gracias; y al propio tiempo, infundió el mismo ideal en sus hijas para que fuera la levadura que amasara su pan.

El "Decretum Laudis", recibido el 25 de noviembre de 1922, estimuló su espíritu y acrecentó sus anhelos; pero para la fuerza arrolladora de su ideal, los frutos de su esperanza tardaban en madurar.

En 1927 urgió nuestra Fundadora a la Rvda. Madre Inés Danner entonces Superiora General, para que viajara a Roma con el único objeto de conseguir una Audiencia privada con Su Santidad Pío XI, para implorarle la Aprobación Definitiva de nuestro Instituto, un Cardenal Protector para nuestra Congregación y la Adoración Perpetua.

Oigamos a la Madre Fides Gschwend, que fue la compañera de viaje:

"La víspera de Pentecostés llegamos a Tübach, después de dos meses de viaje, que la amada Madre Inés aprovechó para hacer la visita canónica a las Casas de la Congregación, y para pedir a los Obispos en cuyas diócesis existían Filiales, la recomendación necesaria".

"En Lourdes visitamos a la INMACULADA, patrona especialísima de nuestra Congregación, rogándole tomara bajo su amparo el delicado asunto que traíamos entre manos".

"El 28 de junio, al anochecer llegamos a Roma, la ciudad eterna. Un Guardia Suizo avisado anticipadamente con suma delicadeza por el Señor Sutter, nos aguardaba en la estación y nos condujo al convento de las Hermanas de la Santa Cruz en donde nos hospedamos".

"Al día siguiente se celebraba la fiesta de San Pedro y San Pablo; nosotras con una emoción indescriptible nos dirigimos a la celeberrima Iglesia de San Pedro, para asistir a la Santa Misa que pontificó el Cardenal Merry del Val".

"Qué pequeñas nos sentíamos ante aquella maravilla de Roma y ante la sublime liturgia católica que se llevaba a cabo en el corazón mismo de la Iglesia... En nosotras se avivaba el deseo de ver por fin la más grande maravilla de todas, al inmortal Pío XI, el Papal..."

"El Obispo de Pasto Monseñor Pueyo de Val, nos había dado recomendaciones para el Cardenal Gasparri, junto con el consejo de pedirlo como Cardenal Protector para nuestro Instituto; en cambio el Obispo de San Gall, nos había recomendado al Cardenal Van Rossum. Como dio la casualidad de que el Secretario de este último estaba dando Ejercicios Espirituales a las Hermanas de la Santa Cruz, nos consiguió una entrevista con él".

Nos atendió con una bondad y gentileza que nos dejó admiradas, pero no le dijimos nada de la protección que andábamos buscando, porque estábamos resueltas a pedir consejo sobre el particular al mismo Santo Padre.

El Cardenal, adivinando nuestros deseos y preocupaciones, nos dijo:

"Como ustedes querrán ver a Su Santidad, les conseguiré el permiso. Quédense mañana en la posada, hasta que yo les mande recado". ¡Cuánto se lo agradecemos! "Era un favor inestimable el que con tanta sencillez nos estaba prestando".

"En cumplimiento de su palabra, al día siguiente el Sacerdote nos entregó una tarjeta del Cardenal Van Rossum en que nos decía que, faltando 20 minutos para las 12 m., se nos concedería la audiencia privada con el Santo Padre. Nuestros sentimientos no tienen expresión en el lenguaje".

"Por motivos particulares tuvimos que ir donde el Cardenal Laurenti, pero allí nos tocó una demora sin fin y aunque habíamos ganado puesto en la sala de espera desde muy temprano, siempre llegaban dignidades



¡Gloria al inmortal PIO XI, quien otorgó a la Congregación el gran privilegio de la Adoración Perpetua.

mayores que pasaban adelante. Por fin, el guardia suizo nos recomendó al portero, notificándole que antes de las 12 m., teníamos que estar en el Vaticano, con lo cual nos concedieron unos momentos de entrevista con dicho Cardenal".

"Un coche nos condujo al Vaticano. Todas las maravillas de la ciudad eterna pasaban sin cautivar nuestra atención que estaba pendiente del pensamiento de ver al Papa".

"Después de pasar por infinidad de salas, nos instaron para que nos quitáramos las capas, pero contestamos que eran parte de nuestro hábito, y nos permitieron tenerlas puestas. Llevaba yo un cofrecito con objetos de devoción para hacerlos bendecir por S. S., pero me los arreglaron en una fuente y así dispuestas, entramos al escritorio privado del inmortal Pío XI".

Y aquel Pontífice tan grande y tan glorioso, verdadero y digno Vicario de Cristo, nos habló como un padre amantísimo, y en perfecto alemán nos dijo:

"Me dicen que vienen de Colombia, que allá tienen su Casa Madre, y hablan alemán, ¿cómo es esto?..."

Le explicamos en breves palabras la historia admirable de nuestra amada Congregación y él nos escuchó con paternal interés. Le rogamos luego que nos diera un Cardenal Protector y que nos aconsejara el que más nos conviniera. El, entonces, cogiendo un libro nos enseñó una larga lista, diciendo:

"Miren, todas estas congregaciones tienen por Protector a Van Rossum; Enrique Gasparri, todavía no tiene ninguna; pero hay un refrán que dice: Quien tiene que hacer muchísimo, siempre se alcanza aún para más. Así es que, pueden escoger el que más les guste".

"Atendiendo a las recomendaciones de nuestro Obispo Monseñor Pueyo de Val, pedimos entonces que nos concediera como Protector al Cardenal Gasparri; y esta decisión fue una providencia, porque al poco tiempo murió el gran Cardenal Van Rossum".

"Nos oyó con suma benevolencia cuando le entregamos las recomendaciones de los Obispos, y le suplicamos que nos concediera la Aprobación Definitiva de nuestro Instituto y de nuestras Constituciones. Nos prometió acelerarla, diciéndonos que son muchas las Congregacio-

nes Religiosas que están solicitando el mismo favor. Se conmovió mucho cuando le imploramos el permiso para tener la Adoración Perpetua en nuestra Casa Madre," y dijo pensativo:

"No sé si estas buenas Religiosas, quieren echarse una carga que no serán capaces de llevar, porque esto exige muchos sacrificios así personales como materiales..."

"Poniendo en juego uno de los más eficaces resortes, repuso persuasivamente la Madre Inés":

"Santísimo Padre, uno de los fines principales de la Adoración Perpetua será pedir por la santificación del Sacerdocio..." Una inmensa satisfacción brilló entonces en su rostro nobilísimo, y continuó:

"¿No quisieran por de pronto, la exposición menor?"

"Como Su Santidad disponga; pero desearíamos vivamente la exposición mayor perpetuamente, durante el día y durante la noche, Santísimo Padre".

"Hablamos familiarmente con Su Santidad durante 20 minutos y luego se dispuso a darnos su bendición".

"Piensen al recibir esta bendición, nos dijo, en todos los seres que les son queridos, en su Congregación y Superiores, Obispos, Confesores, alumnas y exalumnas, etc... etc... pues para todos se extiende".

De rodillas, embargadas por una emoción inefable sentíamos patentemente la presencia de Dios, mientras él se levantó y nos bendijo, siguiéndonos con su mirada paternal, profunda y penetrante hasta que nos retiramos.

Habíamos logrado nuestros más ardientes deseos, sin duda debido a la oración de la Madre Caridad, que nos acompañaba incesantemente.



10. *Viajera de Dios*

"Viajar por Dios, con Dios y para Dios"
-Madre Caridad-

Peregrina por la gloria de Dios y la urgencia del amor, con el kilometraje que recorrió en su larga vida, hubiera podido dar la vuelta alrededor del mundo; pues los 40.000 kilómetros que mide el meridiano terrestre, se quedan cortos ante las múltiples ideas y venidas de la Madre Caridad en su constante trajinar, teniendo por meta la Voluntad de Dios y por brújula el carisma de su inextinguible caridad.

En esta época en que la radio y la televisión absorben las distancias, y en que la ciencia espacial con sus satélites y aviones supersónicos, permiten a la fantasía humana transportarse por regiones insospechadas, no se puede valorar las dificultades inauditas que era preciso vencer para viajar hace setenta años.

Los viajes de la Madre Caridad tuvieron todas las facetas posibles, y parecía que en cada uno de ellos, iba directamente al encuentro de Cristo que la llamaba con la prisa del amor.

Viajes como misionera y fundadora; viajes vocacionales y otros imprevistos; viajes impuestos por la obediencia o por necesidades ineludibles; ya para orientar sus establecimientos o para atender a sus Religiosas; peligros que la llamaban o enfermedades que la necesitaban; luchas abiertas contra su obra o intereses que era preciso defender; todo se le convertía en ruta para su espíritu.

¡No hubo vehículo que no la contara como pasajera! Cuántas veces, amazona en una mula o en un pobre jamelgo viajaba por esos vericuetos de Dios, cuando las vías de comunicación en el sur colombiano se reducían a caminos de herradura o trochas abiertas a fuerza de machete; o bien, desafiando los peligros surcaban en canoa los ríos de Colombia, tributarios del Amazonas, no en vano llamado ecuador viviente, para visitar a sus misioneras.

Trece veces cruzó el océano, en aquellos tiempos en que era forzoso aventurarse semanas enteras en un trasatlántico, juguete de la inmensidad, y cuya travesía se convertía en un incesante riesgo en tiempo de guerra.

Los viajes de nuestra Fundadora son la odisea del sacrificio; su recopilación llenaría tomos enteros sin que decayera el interés de su lectura, pues con toda verdad escribió Monseñor Maéztegui, Arzobispo de Panamá: "La Madre Caridad pasó por el mundo llevando a los corazones el mensaje del amor universal, su recado de verdad celeste, su pregón de la divina gracia".(1)

Visitó varias veces las cuarenta fundaciones franciscanas entonces existentes, y un año antes de su muerte, todavía recorrió todas las casas del norte de Colombia. Ni la distancia, ni el tiempo, ni los males físicos, la avanzada edad, ni los peligros, la podían detener si a la luz de la oración y del amor conocía que era preciso viajar, pues sentía con San Bernardo: "Los negocios de Dios son mis negocios".

Leamos este aparte de Monseñor Rosero y Castañeda:

"En muchas ocasiones acompañé a la Madre Caridad en sus viajes, no en los viajes cómodos y rápidos de estos últimos años, sino en aquellos en que para llegar a Túquerres desde Pasto, se necesitaban dos días íntegros, a caballo y por pésimos caminos. Por esta circunstancia, estoy seguro de que conocí a fondo el espíritu de la Madre Caridad, y pude apreciar los finos quilates de sus virtudes". (1)

EN VIAJE DE MISIONES

"El celo ardiente y emprendedor de la Madre Caridad no se limitó únicamente a las ciudades, buscó las tierras de Misiones y fundó Residencias para sus Religiosas, y Escuelas en las regiones del Caquetá y Putumayo. En su primera visita a la casa de Puerto Asís, en la margen izquierda del río Putumayo, tuve el placer de acompañarla".

"El viaje de ida, desde Pasto, duró cinco días a lomo de mula, por pésimos caminos, y un día más de peligrosísima navegación por los ríos Guineo y Putumayo. Las penalidades y peligros de los doce largos días de ida y vuelta, desaparecieron merced a la bondad de la Madre Caridad, a la delicadeza de su trato, a la gracia de sus conversaciones, a la

(1) Reseña.

suavidad de sus modales y sobre todo a la edición que por sus virtudes sentíamos todos sus compañeros*.

Más de una vez recordamos con la Madre Caridad las peripecias de este viaje, comentándolas así:

¿Recuerda Reverenda Madre, la cara que poníamos cuando la endeble canoa se disparaba Putumayo abajo por aquella correntosa vuelta con tanta propiedad llamada el balazo...?

Era la cara del mismo susto; y cómo era la que poníamos cuando la Madre Francisca se enterró en el barro hasta las rodillas, cuando nos llevaban de la mano los guías por ese filo de piedrecitas en la bajada del Encano?...

Cómo nos reímos viendo semejante película; pero nada comparable a las caras que pusimos cuando V. R. se cayó de una altura de más de dos metros en la casa de Sachamates, porque no vio que esa choza no tenía pasamanos.

Pero si no nos vimos las caras, puesto que era de noche y no había luz.

Entonces recuerde esa otra película a orillas del río Guineo a las 12 m., cuando sentadas en las limpidas arenas de una playa, tomábamos nuestro frugal almuerzo, y de pronto oímos una gritería de los bogas: ¡la corriente se lleva la canoa!... ¡La creciente nos está cercando por este otro lado!... Y vienen los peones y nos levantan como a niños en sus robustos brazos y chapoteando por las aguas encrespadas, nos sueltan en el fondo de la canoa; y nos quedamos viendo con los pedazos de pan en las manos.

*Y aquí era donde, riendo de la manera más regocijada, se daba por vencida la buena y dulce Madre Caridad, y con su fuerte acento extranjero y levantando en alto una de sus manos, que rara vez sacaba de su escapulario me decía: Muchísimos viajes, como ese emprendí por las selvas del Caquetá y el Putumayo y llenos de verdaderos sufrimientos, pero, "Todo por amor a Dios y como El lo quiere". (2)

La región del Putumayo que la Madre Caridad visitó en diversas ocasiones, despierta ideas de extrañas vicisitudes, de penalidades en medio de la selva, que en exuberancia sin medios de comunicación ni trazo de caminos, era una de las regiones más mezquina y traicionera.

(2) RESEÑA Monseñor Juan Bautista Rosero y C.

Pero la Madre Caridad, alma misionera por excelencia, no conoció imposibles en sus viajes, firmemente convencida de que el buen Dios nunca confía una misión, sin dar al mismo tiempo los medios adecuados para realizarla.

A la edad de 72 años emprendió el pesadísimo y peligroso viaje de Colón a las islas de San Blas; quería bendecir a sus hijas que trabajaban en esa misión y practicar la Visita Oficial.

San Blas, a 24 horas de Panamá; no existía otro vehículo que un barquichuelo sumamente incómodo, sin camarote alguno, fácil juguete de las olas hirvientes y febriles.

La Madre Caridad sentada con sus compañeras sobre un cargamento de cocos que rodaban al menor empuje, impidiendo dar un paso seguro, contemplaba la infinita extensión de agua intensamente verde bajo aquella jornada de sol.

Durante el trayecto levantaba el ánimo de todas, glorificando la magnificencia de Dios en sus obras, y repitiendo alegremente: "Mañana, estaremos con nuestras monjitas en San Blas, porque la Providencia siempre ha velado maravillosamente sobre mis viajes. ¡Qué gusto tendrán!..."

Llegó la noche tibia y serena, las estrellas palpitaban en un cielo infinitamente profundo y lejano que se copiaba en la inmensidad del mar. La luna muy alta, parecía una enorme lámpara, pero toda esa belleza de firmamento, agua y astros, apenas podía aliviar la incomodidad enorme de las 24 horas de travesía sin más asiento que los cocos.

Con la magnificencia del amanecer, surgieron como por encanto, las islas perdidas en el Caribe. Todas dieron gracias al Todopoderoso, cuando sanas y salvas arribaron a la playa.

Al contemplar el paisaje de míseras chozas que se agrupaban en torno a su pequeña Iglesia, la Madre Caridad exclamó: "¡Pobres Monjitas!... ¡Cuántos sacrificios deben hacer aquí!; pero la recompensa será grande sobre toda ponderación", y las lágrimas ahogaron su voz.

Un puente de 200 metros de largo por dos tablas de ancho, a trechos sin ningún asidero, une la isla de San Blas con la de San José de Narganá, en donde habitan las Franciscanas. La Madre Secretaria que la acompañaba, al ver ese frágil puente tendido como una línea, columpiándose sobre la inmensidad abismática del mar, sintió miedo, y

quiso hacer el trayecto navegando en cayuco, pero nuestra Fundadora, viejecita intrépida y abnegada, siguió adelante sin vacilación alguna, diciendo: "¡No, no!.. Nosotras pasamos por el puente. ¿Por qué habríamos de causar más trabajo y molestia a esta pobre gente?..."

La Madre Secretaria al ver semejante ejemplo, se decidió a imitarla, pero con un miedo atroz. Los nativos admirados ante el valor de la Madre Caridad y dándole una alabanza nacida de su idiosincrasia, le preguntaban con orgullo a la Madre Catalina: "¿ti pe mu?"... "¿Es tu abuela?..."

En Narganá convivió con las Hermanas, compartiendo sus privaciones, con esa sencilla cordialidad que la hacía tan madre. En la isla solamente se consigue plátano y coco, todo lo demás sin excepción es importado de Colón; pero las frecuentes tempestades impiden la salida de los barcos, que a lo mejor naufragan, porque la travesía es peligrosa, en continuo desafío con las tormentas.



Hacia las Islas de San Blas, República de Panamá

Lo más corriente es que los encargos lleguen averiados y un retraso desconsolador. La Madre Caridad no se amilanó por ello; le había sido concedido el carisma de una alegría bienhechora; mirando con maternal cariño a sus misioneras exclamaba: "¡Cuán feliz me siento! ¡Parece que aquí, Dios está más cerca de nosotras!".

Su ideal de misionera encontró en esta isla una respuesta afirmativa por la gracia del amor.

Como experta pedagoga comprobó el adelanto de los nativos. Daban cuenta de las principales verdades de la religión, y progresaban en el aprendizaje de las ciencias, profesando un gran cariño a las Franciscanas, que si por un lado se esforzaban en enseñarles el castellano, por otro aprendían el kuna para lograr una mutua comprensión.

En segundo lugar, esa casita era un centro de caridad a donde recurrían sin descanso todos los necesitados: paganos, neófitos y cristianos sin distinción, en busca de una abnegada asistencia.

Visitó el cementerio pagano de los kunas, en medio de los cuales y a orillas del Río Diablo, una sola cruz protegía la tumba de la Madre Crescentia, muerta en la misión. Lloró amargamente, pero se consoló mirando en el futuro, que levantada por la oración y el trabajo de sus hijas, la cruz de la civilización cristiana extendería sus brazos sobre las islas del mar Caribe.

EN VIAJE VOCACIONAL

Contado por la Hermana Paulina Zanher, F.M.I.

Corría el año de 1919, y en la casa de mis padres en Kaltbrunn, hermosa y acomodada población campesina del Kantón de San Gall, estaba en efervescencia la noticia de una posible visita de mi tía MUTTER CHARITAS, pues por asuntos de su Comunidad había llegado a Suiza.

Estaba yo en mis 18 abriles; y apreciaba la gran obra de Mutter Cháritas porque mis padres me la habían contado y en la vecindad se la comentaban con admiración. Todo cuanto decían de ella me inspiraba gran respeto y yo me sentía orgullosa de tener tal tía, su posible visita me entusiasmaba porque estaba loca por conocerla, aunque algo muy íntimo me recomía, pensando que esas visitas de Mutter Cháritas siempre tenían un carácter vocacional.

En mi criterio, era muy natural que una Fundadora de conventos en América, con muchas Religiosas que educaban a centenares de niños, tenía que ser muy austera, rigurosa y mortificada. Seguramente que hasta en sus viajes conservaría un profundo recogimiento y una singular ticsura, sin mirar ni tierras ni personas; repasando continuamente las

cuentas de su rosario, y hablando sólo de cosas celestiales como en un sermón. Yo ya sentía recelo y temor de que pudiera penetrar con su mirada en el fondo de mi alma.

Todos los plazos se cumplen; y así mi espera tuvo también su fin. Un buen día llamaron a la puerta, y cuando mi padre contestó el consabido: ¡Adelante!.. Mutter Cháritas apareció en el umbral de la entrada. Nos miraba cariñosamente y clavó en mí sus ojos profundos.

Luego nos tendió la mano saludándonos familiarmente. Mi madre llena de alegría y de sorpresa gritó afectuosamente: ¡Bienvenida!..Y mi padre la interrumpió preguntando: ¿Cómo le va en América?... ¿Son todavía católicas sus Religiosas?... Entonces la recién llegada contestó riendo regocijadamente. Su voz era argentina como la de una campana y su alegría natural y picaresca nos contagió a todos con su risa.

De modo que Mutter Cháritas no era ninguna estirada ni cabizbaja, ni ninguna suspirona, ni un alma ajena al mundo, sino una Religiosa muy humana, abierta y alegre, que podía reír tan cordialmente, que todo a su alrededor se impregnaba de alegría.

Comprendí mejor su jovialidad en los días siguientes, al acompañarla en todas las giras que hizo. A su paso por la población se detenía gustosamente para entretener unos momentos con sus parientes, paisanos y conocidos; y su conversación era siempre amable y cariñosa.

Cuando llegamos a la Iglesia de Kaltbrunn, cayó de rodillas en profunda oración delante del Tabernáculo, y yo tuve la sensación de que se hallaba en un celestial arrobamiento, no viendo a nadie más sino a Nuestro Señor rodeado de sus ángeles y santos.

Luego, como volviendo en sí, y con los ojos arrasados en lágrimas, me dijo: "Aquí recibí yo mi Primera Comunión..., aquí asistí frecuentemente con mi madre a los divinos oficios"; y recorriendo el templo, continuaba: "Allí está la pila bautismal en donde el 15 de agosto de 1860 me hice hija de Dios; y allí está el confesionario en donde la misericordia divina bañaba mi alma, absolviéndome tantas veces de mis pecados y de mis picardías juveniles..." "Toda ella parecía la encarnación del agradecimiento más profundo a su Señor".

Mutter Cháritas aprovechó la ocasión para ir en peregrinación al Santuario de María Bildstein, a media hora de Kaltbrunn en la población de Benken, y tuve la suerte de ir con ella.

Atravesamos las fértiles llanuras rodeadas de montañas; y a los pies de la milagrosa imagen rezamos el santo rosario. Recordó conmovida las veces que había acudido a este mismo Santuario en compañía de su madre, acrecentando su entrañable devoción a María Santísima.

Durante el regreso me hizo un bellissimo e interesante paralelo entre el santuario de Bildstein y el santuario de Las Lajas; su corazón se había transportado plenamente a Colombia, pues tanto la amaba, que ni en los momentos más felices en su patria, podía olvidarla.

Coincidió la visita de Mutter Cháritas con la profesión religiosa de mi hermana Sor Isabela, en la Casa Madre de las Franciscanas de Baldegg, ventajosamente situada en la Suiza Central.

Radiante de ilusión, viajé pues, con mis padres y Mutter Cháritas que había sido elegida como Madre Espiritual de Sor Isabela y madrina de la fiesta, que tendría lugar el 13 de junio.

Bajo la bóveda azul y oro de un cielo límpido, atravesamos las pintorescas poblaciones campesinas, bordeamos el lago de Zurich como una inmensa lámina de cristal. A cada vuelta del camino aparecían otros paisajes cuya contemplación nos abstraía, dirigiéndonos hacia la Suiza Central por una región montañosa.

El tren pasó resoplando junto a los hermosos lagos de mansas olas, hasta los límites del lago de los Cuatro Cantones.

Dejamos atrás a Lucerna, la célebre y hermosa ciudad, punto de atracción del turismo porque es región de contrastes increíbles con panoramas maravillosos, Iglesias y palacios históricos, y la amplia perspectiva de las majestuosas cumbres del Rigi, Pilatus y Stanserhorn.

Desde Lucerna cruzamos joyantes praderas en donde pacía el ganado de magníficas razas; a los lados del camino se extendían huertos frutales, y haciendas opulentas hasta llegar a Baldegg a orillas de un pequeño lago, y descansar en la Casa Matriz de las Franciscanas.

En este viaje manifestó Mutter Cháritas otra faceta de su modo de ser como Profesora Religiosa. Se sabía a la maravilla la Geografía y la Historia Patria, y se anticipaba a llamarnos la atención sobre estas bellezas únicas de su tierra.

La conversación se tornó interesantísima y calurosa cuando desde la

contemplación de la naturaleza se elevó hacia la omnipotencia, sabiduría y eterna belleza del Creador.

Su palabra nos sobrecogió de emoción, aunque no se trataba de ningún sermón. Pero todo cuánto ella decía llegaba directamente de su corazón a nuestros corazones como una corriente de fe y simpatía.

Con claridad sorprendente nos explicó cómo también es oración admirar las maravillas de Dios, pues considerando sus obras, subimos como en una escala al conocimiento y al amor de las perfecciones del Creador.



Paísaje de Suiza

Asistimos con profunda emoción a la profesión religiosa de mi hermana Sor Isabella; y también allí Mutter Chantas nos dio una lección de amable humildad.

Por ser la Fundadora y Superiora General de una Congregación propia que ya tenía renombre; y sus títulos de Madre Espiritual y de parentesco con la neoprofesa, hubiera sido acreedora a especiales honores durante las festividades; pero ella esquivaba ingeniosamente toda noto-

riedad; quiso pasar desapercibida como una simple Religiosa asistente a la solemnidad; rehusaba modestamente las atenciones, huyendo de toda ostentación.

Pero precisamente esta sencillez alegre, modesta y humilde, conquistaba los corazones, y era un verdadero anzuelo de vocaciones para su convento. Solamente de mi pueblo Kaltbrunn, vinieron once Religiosas, y por fin, después de cuatro años de su visita familiar, yo misma me aventuré a seguir las huellas de Mutter Cháritas.



PERIPECIAS QUE SE PODRÍAN CONTAR POR CENTENARES

En mayo de 1903 viajó la Madre Caridad a Europa en compañía de la Madre Francisca; el deber la impulsaba, y un resquemor por el buen nombre de su naciente Congregación la urgía.

Tenía una deuda pendiente. En su primera visita a la patria, optimista como era, se proveyó a crédito, de material de enseñanza para sus fundaciones; de ornamentos para el servicio del altar, y de otros enseres cuya adquisición era imposible en estas tierras. Le falló el cálculo con relación al plazo convenido para el pago, merced a las circunstancias adversas de la guerra. Sus acreedores, conociendo la revuelta política y sospechando su precaria situación, la declararon insolvente. Su corazón delicado y noble sintió que el dolor lo laceraba con dientes de hierro.

Para su alma sincera y diáfana, la humillación fue un duro fracaso; pero la Madre Caridad estaba acostumbrada a esperar en la oración contra toda esperanza, y confió a San José la solución de este problema que parecía insoluble.

El santo Patriarca respondió favorablemente a sus plegarias, resolvió sus dificultades al parecer insuperables; y en Suiza pudo cancelar sus deudas y recobrar su crédito con un éxito que fue la mejor garantía para futuras posibilidades.

Pero este arriesgado proyecto le dejó como experiencia, mucha precaución y sutil desconfianza cuando de bienes materiales se trataba.

Sin embargo, la Madre Caridad fue siempre admirable por su persistencia ante el fracaso, porque del fracaso aprendía sabiduría.

La salida de Túquerres hacia Barbacoas fue la etapa inicial de este famoso viaje.

La revolución había desorganizado por completo las comunicaciones y los caminos estaban borrados. Las viajeras tropezaban con veredas que cruzaban torrentes acrecentados por las lluvias de un invierno despiadado, o rompían brecha en las montañas, bordeando precipicios.

Los campos, otrora florecientes y cargados de ricas cosechas, extendían ahora sus desolados y estériles prados pelados de todo vegetal.

Vencidos algunos trechos del camino se les presentaban por delante hondonadas de barro, y era preciso echar pie a tierra y dejar que las bestias aliviadas del peso, buscaran por instinto su salvación en aquellos despeñaderos. Las Madres hicieron dos horas de jornada en un original viacrucis, pues continuamente estaban de bruces en el pantano, gracias a los tropezones que menudeaban.

En el famoso punto denominado "La Nariz del Diablo", donde la escarpada roca avanza en atrevido ángulo sobre el abismo, desertó uno de los acompañantes que cuidaba de la caballería, desanimado ante el peligro.

En Buenavista el Ilmo. Sr. Moreno estaba practicando la Visita. Admirado de la valentía de las dos Franciscanas, después de saludarlas paternalmente, las invitó a su mesa. Rehuía la Madre Caridad tan grande honor, pero vencidas por la persuasiva benevolencia del santo Obispo aceptaron, y agradecieron el refrigerio que les brindaba.

Las gentes se aglomeraron para saludar a la Madre Caridad, y disuadiéndola de proseguir el viaje le ponderaban lo intransitable de la vía, pero ella respondía confiada: "¡Dios velará por nosotras, porque este viaje está dentro de sus designios!..." y así, con buenas razones se despidieron.

Conociendo la santidad de Monseñor Moreno, besaron con reverente unción su anillo prelaticio, y se llevaron su bendición como un talismán contra tantos peligros que las acechaban.

Monseñor, mirándolas partir tan decididas, repetía: "La Madre Caridad es más valiente que yo..."

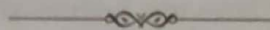
Realmente era una mujer intrépida, capaz de hacer frente a todos los tormentos y de no retroceder ante ningún pesar.

Lo mejor de la Madre Caridad, era que nunca perdía el sentido del humor. En un barranco resbaló, con mala suerte, la cabalgadura de la Madre Francisca. Se salvaron milagrosamente. Pasado el susto, cuando la Madre Caridad contempló la grotesca figura de su compañera sana y salva, pero bañada en negro fango de pies a cabeza, no pudo reprimir su hilaridad y la saludó con alegres risas.

La Madre Francisca le hizo coro, explicando: "Cuando la mula me tiró lejos, caí tan blandamente en un lecho de lodo que no pude lastimarme. Gracias a Dios".

Tras ocho días de penalidades, el viaje terminó felizmente. En Barbacoas, los habitantes las recibieron entre hosannas, admirados del heroísmo de la Madre Caridad, pues hacía meses que nadie se había aventurado a arribar desde el interior.

Llegaron a tiempo de tomar el vapor fluvial para surcar el Telembí con rumbo a Tumaco.



El itinerario hacia el norte no era antaño más halagador. Tres semanas de penoso cabalgar hasta Cali. Duras jornadas iniciadas diariamente a las tres de la madrugada para aprovechar la fresca mañanera que fortalecía a las bestias. La Madre Caridad era siempre la primera en el trabajo y en la organización; su exquisita atención se interesaba cordialmente por los cargueros y recomendaba a sus Religiosas: "Hay que tener gratitud con estos muchachos que se sacrifican por nosotras, y ayudarles a sobrellevar con un trato bondadoso y cortés su dura suerte".

Acallaba con fino tacto, las quejas por los repentinos cambios de temperaturas extremas, desde el sol canicular del Patía, hasta el frío de los páramos; las tempestades violentas que se desataban o los vientos levantando polvaredas que cegaban; encrucijadas que sobrecogían el ánimo, y pascanas en desvencijadas chozas, en donde la Madre Caridad ocupaba sus descansos en remediar las necesidades de los infelices habitantes.

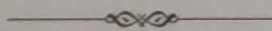
El refrigerio que se tomaba debía alcanzar, a fuerza de milagro, para todos, también para los vecinos que olisqueando el buen suceso se acercaba a fisgonear. De todas partes la despedían repitiendo: "¡Esta Señora es una santa!", e imploraban su bendición con gran regocijo de sus Religiosas.

Era su sentir que: "Todos los accidentes del tiempo son mensajeros de Dios, y por eso se debe recibirlos con cortesía".

Uno de los pasos más difíciles en sus viajes hacia Popayán, era el llamado de LOS DOS RÍOS, cuando todavía no había puente sobre el San Jorge y el Guachicono, y era preciso vadearlo con peligro de naufragio.

Las viajeras adelantaban en silencio, hasta la mitad del cauce. Allí la correntada era más fuerte; el agua mojaba los aperos y subía a borbotores. Los animales perdían pie, se zambullían a veces, y se levantaban resoplando aturdidos, entre el miedo del agua y el brazo potente de los negros. Se cortaba algún tiro, reventaban las cinchas; sudaba el arriero y echaba pestes a su estrella; ellas retrepadas en la silla de montar rezaban a gritos en semejante drama; redoblaban sus esfuerzos los cuarteadores; pasaban por fin la hondura y el peligro, y alcanzaban la orilla.

"¡Bendito sea Dios!..." Exclamaba la Madre Caridad. Se concedía resuello a los caballos jadeantes, y se revisaban huascas y se remendaba a prisa lo que se había roto, con la ayuda de los bogas a quienes la Madre Caridad recompensaba generosamente. Pero no podía dejarse que a los animales se les enfriara el brío, y había que seguir el rudo cabalgar hasta el anochecer.



Era una delicia su conversación con las remembranzas e impresiones de viajera; a su aguda inteligencia y vasta ilustración unía una memoria feliz y el don de una perspicaz observación; ponía notas de colorido a la navegación por el Cauca y el Magdalena, y salpicaba de anécdotas sus largas horas en bus o en tren, devorando mil y mil sinsabores, hasta el de no hallar hospedaje en las ciudades.

Tenía un maravilloso reportaje geográfico; se sabía nombres, fundaciones e historias de los lugares que le salían al paso, después de haber recorrido palmo a palmo los caminos hacia todas las casas franciscanas, guiada por el astrolabio de su amor.

Por costumbre, terminaba con un acto de agradecimiento: "En todos mis viajes, y ¡tantos como me tocó emprender!, siempre sentí la protección del buen Dios, y en cada uno de ellos en particular me acompañó palpablemente una singular ayuda de su Providencia"

Nunca fueron viajes de placer, la obligaban a un trabajo duro y a una mortificación continua. Cambios bruscos de ambiente sin ningún des-

canso entre ellos, e incomprensiones que solamente podían dulcificarse por la satisfacción del deber cumplido, minaban su salud.

Pero nadie sospechaba su cansancio, para todos tenía la misma amable acogida. Más que las penalidades físicas, la agotaba tener que sacar adelante con éxito los problemas que en las casas se presentaban.

Gran psicóloga, en los viajes estudiaba el grado de vencimiento alcanzado por sus hijas, y afirmaba con sugestiva elocuencia: "Si una Franciscana en los viajes se muestra contenta y con dominio de sí misma en los contratiempos que irremediablemente acaecen, tengo por seguro que también tiene virtud para sobrellevar las crucecitas diarias que trae la Vida Religiosa. Porque la valentía moral en los viajes proviene únicamente del espíritu de fe".

Tanta era la importancia que daba a esta experiencia, que le servía para disculpar las imperfecciones de sus Religiosas, alegando: "Pero en los viajes ha demostrado mucha abnegación y olvido de sí misma, tiene madera para ser virtuosa".

Con maravilloso espíritu de fe, cuando los viajes terminaban, sus frutos los abandonaba por completo en las manos de Dios; todo lo esperaba de El.

Por su radiante personalidad, la presencia de la Madre Caridad creaba una atmósfera de espiritual simpatía en donde quiera que llegaba.

En una ocasión viajaba la Madre Caridad hacia el Norte, en compañía de dos Religiosas colombianas, en el Patía se detuvieron algunos minutos para descansar. Al mismo tiempo llegó un carro con unos jóvenes bogotanos quienes se dirigían a Pasto en viaje de turismo.

Uno de ellos, al notar que una de las Madres estaba muy mareada se acercó a ofrecerle cortésmente una droga que a él le había servido eficazmente en semejantes circunstancias. Mutter Cháritas insinuó a la Madre a que le aceptara, y agradeció su atención al caballero.

Después de unas breves frases, el joven fijándose en Mutter Cháritas dijo:

- Pero la Madre, no es colombiana, ¿verdad?...

- Es de Suiza, contestó una de las compañeras.

- Oiga, joven, interrumpió Mutter Cháritas, haciendo un gracioso mohín, yo soy más colombiana que usted.

- ¿Cómo puede ser eso?... Dijo entre admirado y sorprendido.

- Sencillamente, contestó en tono enfático, porque yo hace más de cuarenta años que vivo trabajando en Colombia, y usted no los tiene...

- Ciertamente pues sólo tengo más o menos la mitad... No obstante... Protestó sonriendo; pero Mutter Cháritas lo interrumpió:

- Ya lo sabía, dijo riéndose, que usted me concedería la razón, puesto que ya he tenido más tiempo para disfrutar de Colombia y para amarla también...

- Y para hacerle el bien, terció una de las Madres colombianas, puesto que ella ha dedicado de lleno su vida y sus energías en favor de nuestra patria. En pocas palabras hizo el recuento de sus obras a los turistas que habían rodeado el auto atraído por la animada conversación.

Los jóvenes, entusiasmados, le hacían mil preguntas, y al saber que ella era la Fundadora de la Congregación y de que la Casa Madre la tenía en Pasto, su admiración subió de punto.

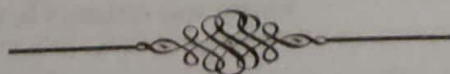
- ¿Cómo puede ser esto?... Dijo uno; sí, casi todas las casas Religiosas tienen su Casa Central en Europa, y aquí sucede lo contrario, puesto que las de Suiza son casas filiales de Pasto. Tiene razón Madrecita; su Reverencia ha hecho más por Colombia que muchísimos otros que han nacido en este suelo. El espíritu y la obra de su Comunidad son admirables. Y... ¿Cuándo piensa fundar en Bogotá?...

- "Cuando Dios quiera..." , contestó humildemente con su frase habitual.

Y al ver que el carro se ponía en movimiento, se despidieron con mil protestas cariñosas y uno dijo en alta voz:

- Que Dios la conserve muchos años para el bien de Colombia.

- ¡Y a ustedes también!... Dijo ella agitando la mano.



11. La salida de Túquerres

-Abarca unos 7 Años-

En la historia de la Congregación, el año 1927 es inolvidable, porque abrió una brecha y marcó una ruta.

Durante treinta y cuatro años, Túquerres había sido el centro de toda la actividad franciscana, pero el 11 de agosto de 1927, la Madre Caridad, en su calidad de Vicaria, comunicó al Obispo diocesano, haber recibido un cable, despachado desde Roma por la Superiora General Rvda. Madre Inés Danner, notificándole el permiso concedido por la Santa Sede, para trasladar la Casa Generalicia y el Noviciado, de Túquerres a Pasto.

Monseñor Antonio M. Pueyo de Val, expidió al día siguiente el Decreto No. 204, dando detalladamente las licencias del caso. (1)

Los motivos motores que impulsaron un acontecimiento de tanta trascendencia fueron de distinta índole; unos favorables y otros adversos a la Comunidad, pero de tal peso que se impuso, no solamente el traslado, sino la salida definitiva de Túquerres, lo que fue una de las pruebas más dolorosas que tuvo en su vida la Madre Caridad.

Según expresión de sus mismos labios, la Madre Caridad amaba a Túquerres como a su segunda patria, y no sin razón, pues su alma delicada y noble, se hallaba vinculada a esa hospitalaria tierra con lazos tan poderosos, que ni el tiempo ni las circunstancias pudieron destruir.

En Túquerres se mecía la cuna religiosa de su Congregación, fundada a costa de heroicos esfuerzos e incontables sacrificios, y allí sembró las primeras semillas de un aprecio que había llegado a la más completa madurez en su corazón.

Sin embargo, cuando se estudian los hechos, se ve siempre en la larga serie de coincidencias y circunstancias la mano de Dios dirigiéndolo todo y señalando el camino por seguir.

Tristemente famosa fue la década y media de movimientos sísmi-

(1) Archivo de la Diócesis de Pasto. Libro de los Decretos del Ilmo. Sr. Pueyo

cos que asoló la región Sur colombiana; los terremotos hicieron estragos en la ciudad de Túquerres, cuyos habitantes sofocados por una atmósfera de terror y de muerte, se vieron obligados a buscar refugio en otras comarcas.

El convento de las Franciscanas quedó tan mal parado que requería una reconstrucción total. Además necesitaba de más espacio para su ensanchamiento, pues no solamente el alumnado de la escuela y el colegio aumentaba progresivamente de año en año, sino que también el Noviciado, por una corriente de vocaciones jóvenes, presagiaba el florecimiento de la Vida Religiosa.

Pero, como Túquerres no estaba en condiciones de apoyar a las Franciscanas, Monseñor Pueyo de Val, puso todo su empeño en adelantar las gestiones habidas con la Santa Sede, porque veía abrirse una época de prosperidad para el futuro de la Congregación con el traslado de su Casa Generalicia a la capital diocesana, en donde con toda seguridad encontraría un mejor acomodo para su crecimiento y expansión.

Por esta misma época, y de tiempos atrás, se venía promoviendo una campaña tan injusta como calumniosa contra la Comunidad; pues se trataba, nada menos que de considerar al convento, en donde como en ninguna parte se observa las reglas de salubridad e higiene, como centro propagador de la tuberculosis.

Dos hechos completamente aislados dieron pie, para que la campaña tomara proporciones increíbles.

Habiendo sido instalado en la ciudad de Pasto, en calidad de Canónigo, el Rvdo. Padre Reinaldo Herbrand, vino a reemplazarlo en la capellanía un Sacerdote de extraordinarias virtudes, el Pbro. Carlos Boxler, procedente de Suiza, quien no conoció límites en el fervor de su apostolado. La enseñanza, la catequesis, el ejercicio de su ministerio y caridad se extendieron también fuera de la población de Túquerres y en lugares no visitados por ningún Sacerdote a través de los años.

Desgraciadamente en su tarea apostólica contrajo una fuerte pulmonía, que puso al venerable Sacerdote a las puertas de la muerte.

Ya convaleciente, se levantó contra él en Túquerres, una oleada de persecución, en el sentido de que lo que adolecía era una tuberculosis pulmonar, cuyo contagio constituía un peligro inminente para la Comunidad y por ende, para la sociedad. Pese a lo disparatado del diag-

nóstico, fue tal la presión que un círculo de personas ejerció en contra de su permanencia en Túquerres, que el virtuoso Sacerdote, tuvo que abandonar la tierra colombiana con la cual se había encariñado grandemente en tres años de servicio.

Salió, pues, el Padre Boxler con rumbo hacia su tierra natal. Al pasar por Panamá se hizo examinar en la Clínica Herrick, y tres eminencias médicas de la Capital, declararon unánimemente que tenía los pulmones completamente sanos. Ya en su patria, le fue confiado el Seminario Salesiano de Friburgo, y posteriormente fue honrado por Su Santidad Pío XI con el título de Monseñor y Prelado Doméstico.

Hasta su muerte acaecida cuarenta años más tarde, recordó a Colombia con invariable afecto, y en sus cartas hacía mención de los lugares que había recorrido, especialmente de las misiones del Caquetá y Putumayo, y de las tierras del Patía adentro, con cuyas memorias escribió un libro que alcanzó gran fama. (1)

La Madre Caridad sintió la herida de la injusticia como algo cruel y desgarrador. Era uno de los aspectos del cáliz que habría de apurar gota a gota sin desmayos y sin indecisiones.

Con la salida del Rvdo. Padre Boxler, la Comunidad perdía una celosa dirección espiritual, irremplazable en aquellos tiempos por las dificultades del idioma, toda vez que la mayoría del noviciado procedía de Suiza.

Pero la persecución antes mencionada no terminó aquí, ni fue exclusiva para el Padre Boxler, sino que se extendió a la misma Congregación.

Sor M. Coleta, Religiosa tuquerreña, había contraído una tisis en la garganta, enfermedad que la llevó al sepulcro el 14 de octubre de 1924.

La Comunidad había tratado a la enferma con todas las precauciones y la delicadeza que las circunstancias requerían y siempre bajo vigilancia médica. Sin embargo, varios galenos de Túquerres trataron de obligar a la Madre Caridad a que hospitalizara a la enferma en otra parte, a pesar de que sus habitaciones gozaban del prudente aislamiento. Esto, que en aquel tiempo equivalía a excluir a una Religiosa del claustro, no pudo ser aceptado por la Madre Caridad, que contestó con entereza:

"Prefiero cerrar el convento en este instante, antes que sacar de él a una Religiosa que se ha sacrificado y servido a la Comunidad durante

(1) El Rvdo. Padre Boxler murió el 29 de diciembre de 1967

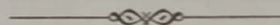
tantos años, y que desea morir en su seno..." Pero no bastó esto para que los ánimos se tranquilizaran.

Una comisión tuquerreña, ignoramos con qué derechos, se presentó en el convento para verificar un chequeo de las Religiosas. Una a una se fueron presentando ante la junta para dicho examen, y como no existiera para los Señores médicos más que un caso sospechoso, la Religiosa sentenciada, que solamente sufría de paludismo, por haber trabajado largo tiempo en climas ardientes, fue trasladada a Ipiales.

Entonces se formó allí el mismo ambiente desfavorable y hostil, pero Sor M. Fides, Superiora de la Casa de Ipiales, notando la prevención médica del lugar, hizo venir de Pasto al experto médico Dr. Hinestrosa, para que previo y riguroso examen hecho en presencia de los querellantes, fallara imparcialmente en el asunto.

El doctor finalizó su comisión con estas palabras: "Ojalá, todos mis familiares disfrutaran de la salud que gozan estas Religiosas,"

La sociedad reaccionó en favor de la Comunidad, admirándose de la falsa alarma que se había levantado. Puso punto final a tan ominosa campaña, la famosa arenga que una exalumna hizo al pueblo ipialeño en uno de los actos públicos sociales, reprochándole su proceder contra las Franciscanas que en la guerra de los Mil Días, no vacilaron en ofrendar su vida cuidando a los soldados heridos, víctimas de la viruela y de otras crueles epidemias, y cuyas tumbas yacían en su cementerio como monumentos de caridad y patriotismo.



No alcanzaban a remansarse las penas en la vida de la Madre Caridad, pues si Dios la colmó de gracias extraordinarias, también le exigió como precio de ellas, la lealtad amasada cada día con el propio renunciamiento.

Precisamente en esta época de crisis, cuando más necesitaba que una dirección experimentada la guiara en su misión, porque fuerzas extrañas le ponían serios obstáculos, **murió el Muy Ilustre Canónigo R. P. Reinaldo Herbrand**, en Pasto, el 29 de diciembre de 1925.

Su muerte fue edificantísima. La mañana de la vigilia navideña la había pasado en la Catedral repartida entre el Oficio Divino, cuya liturgia cantó con soberana maestría, la Santa Misa y el Confesionario.

La Madre Caridad

A la una de la tarde sufrió un ataque al corazón y no pudo celebrar la Misa de Nochebuena, aunque sí comulgar fervorosamente después de ella. Tuvo una leve mejoría cuando le sobrevino la repetición del colapso y la medicina lo declaró desahuciado. Recibió entonces los últimos Sacramentos con profunda piedad, preparándose para su encuentro personal con Cristo.

Cuando el telegrama portador de esta infausta noticia llegó a las manos de la Madre Caridad, ella sintió un desgarramiento íntimo, como si todas las fibras de su alma se rompieran; estaba ligada al santo Sacerdote por vínculos tan sobrenaturales y tan viejos.

Ya no pensó sino en verlo por la postrera vez y hablarle antes de morir.

Emprendió el viaje a Pasto en compañía de la Madre Superiora General y de una enfermera experimentada, y lloraba con ese dolor punzante que surge naturalmente de un corazón generoso y agradecido aunque sea su temple el del acero fino, pero más que todo... ¡Rezaba!.

El 27, a las dos de la tarde se arrodilló ante el lecho de dolor de su Padre moribundo; él la vio y un rayo de paz iluminó sus ojos, pues no perdió nunca el conocimiento, pero no pudo hablarle. Un sacrificio más en estas dos vidas, que habían sido siempre vidas de sacrificio.

El 29, rodeado de Sacerdotes y de la Comunidad Franciscana "amada hasta el fin", entregó su alma al Creador.

No es posible sondear el sufrimiento de la Madre Caridad, porque la muerte significa una definitiva separación terrenal, que produce un angustioso vacío en los corazones humanos aunque sean santos.

Después del sepelio que se verificó en la propia Iglesia Catedral, entre los honores que la liturgia, el amor y la gratitud pueden dar, la Madre Caridad regresó a Túquerres para enfrentarse con sus arduos deberes.

Solamente ella, por su íntima unión con Dios, podía sufrir en tan poco espacio de tiempo contrariedades tan seguidas y tan graves, sin acobardarse ni temer que el estilete del desfallecimiento acabara con las energías sometidas a tan duras pruebas.

La misión que Dios había confiado en nuestra Congregación al R. P. Reinaldo Herbrand, estaba plenamente cumplida. Había sido en todo momento el firme soporte que la sostuvo, amparó y defendió con for-

Sor M. Celina de la Dolorosa, F. M. I.

taleza sobrenatural. Al morir le dejaba como herencia las CONSTITUCIONES, elaboradas pacientemente con la gracia del Espíritu Santo y según la mente de la Madre Caridad; y si habían sido su más constante preocupación, si por ellas no había escatimado nada, ni siquiera un viaje a Roma, moría tranquilo al verlas ratificadas con el Decreto Laudatorio.

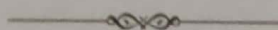
Leamos lo que escribió la Madre Caridad en las Crónicas del convento de Túquerres:

- "Del dolor que sufrimos las Superiores y Hermanas por la muerte del Rvdo. Padre Herbrand, es mejor callar, solamente Dios puede saber cuán grande es, El solo sabe también lo que la Comunidad ha perdido con su muerte".

- "Que el amado difunto siga siendo nuestro amigo e intercesor delante del trono de Dios, que nos alcance de su infinita misericordia otra vez un Capellán que nos guíe y conduzca por el camino de la santidad, para afirmarnos más y más en la esperanza de poder encontrarnos en la eternidad con nuestro buen Padre".

- "¡Buen Dios!... Recompensad abundantemente a este Padre y celoso Director de almas, según los deseos y gratitud que sentimos en nuestros corazones".

- Tan solo estos sentimientos, dignos de una santa, se encerraban en el corazón de la Madre Caridad, y su oración cristalizada en llanto regaba a su huérfana Congregación que hacía eco incesante a sus plegarias, repitiendo desde los puntos más lejanos: "¡Padre nuestro que estás en los cielos!..".



Algún tiempo después, hacia 1927, se formó en Túquerres un círculo adverso al colegio de "Nuestra Señora del Perpetuo Socorro", que iba en contra de sus Directoras. Esta oposición, por provenir de las autoridades locales y de personas influyentes del lugar, tuvo trascendencia entre el pueblo y las alumnas, de modo que la acción educadora de las Franciscanas tropezó con grandes dificultades y no pocas amarguras, pues siempre habrá fuerzas destructivas detrás de los poderes creadores.

La Madre era valiente, pero le costaba mucho convencerse de que su fe en el éxito después de una existencia de sacrificios, resultaba inútil y que su única recompensa humana era la ingratitud. Le dolía en el alma

tener que renunciar a su esperanza de una compensación espiritual, allí donde tan abnegadamente había trabajado su Congregación, pero vivía unida a la Voluntad de Dios, y sonreía y animaba a todas como si su corazón no estuviera en plena agonía.

Desempeñaba la Capellanía, desde hacía pocos meses, el Rvdo. Padre Hugo Ranzer, de nacionalidad austríaca, con una trayectoria meritísima en su vida sacerdotal y que venía de ejercer su apostolado en el Perú. Quiso intervenir como mediador en este conflicto pero fracasó en su intento.

La sociedad, dejándose arrastrar por las fuerzas contrarias a las Franciscanas, puso en entredicho su Colegio, y los acontecimientos apresuraron su curso hasta llegar al punto álgido de esta tribulación.

Al terminarse el año escolar, y con motivo de los Santos Ejercicios, se congregó gran número de Religiosas en la Casa Madre. No obstante ser el proyecto de salida, de carácter absolutamente reservado, se notaba un no sé qué de extraño en el convento, y una pena muy honda se transparentaba en el rostro siempre sereno de la Madre Caridad, cuyos ojos expresaban el dolor supremo y la muda plegaria.

Después de los Retiros y mientras las Religiosas regresaban a sus respectivas filiales, se apoderó del convento de Túquerres una actividad nunca vista, para despojar todas las habitaciones y empacar los enseres de la Comunidad, dejando en último término la Capilla, único refugio de la Madre Caridad.

De pronto, se oyó el ruido de los carros que el Gobernador del Depto. generosamente había ofrecido, para el traslado de la Comunidad a Pasto. Acto continuo se colmaron de carga los vehículos y partieron.

Al pasar los carros por la población, las gentes empezaron a darse cuenta de lo que ocurría, y se dirigieron a la portería del convento: unas reprochaban el proceder de las Madres; otras lloraban y suplicaban; personas influyentes deseaban conferenciar con diplomacia; no faltó quienes procuraban impedir la salida de los carros; mientras los pobres se lamentaban sin consuelo, pero ya era tarde.

La lógica de los hechos es rigurosa como la lógica de las ideas. Cada premisa que sentamos, encierra una larga cadena de consecuencias inevitables.

Como todos pedían a la Madre Caridad, el Consejo Generalicio y las Madres mayores le intimaron con cariño y respeto a que saliera inmediatamente. Ella obediente y resignada, haciéndose superior a la amargura de su corazón, se alistó para partir.

Procurando no ser vista, hizo una breve escapada al refectorio y ante el gran Crucifijo que durante tantos años había sido testigo de sus trabajos, de sus angustias y hondas penas, derramó copioso llanto; luego se dirigió a la Capilla que ella misma había hecho construir para el Amado de su alma, y allí ante el Sagrario fortificó su corazón, de modo que con ánimo sereno montó en el auto que la esperaba en la puerta privada del convento, y con algunas Religiosas, inclusive una novicia, abandonó para siempre a Túquerres, su segunda patria.

En pocos días se realizó el traslado completo de la Comunidad.

La reconstrucción íntegra de esta página histórica, no ha sido posible, pese a la investigación imparcial de la verdad, porque el Archivo del Concejo Municipal de Túquerres que abarca esta época, fue destruido por los terremotos.

Pero, si creemos en la Divina Providencia, hemos de admitir que cada suceso de la vida responde a un plan suyo; y así a través de estos adversos acontecimientos proporcionó a la Congregación, un centro más propicio para su apostolado y expansión; un campo más amplio para el Noviciado; y un clima más benigno para la Adoración Perpetua. No obstante, el arranque de Túquerres contristó el corazón de la Madre Caridad, hasta el punto que solamente Dios puede profundizar su pena y valorizar su mérito.



CUARTA PARTE

*"Abridme las puertas del triunfo,
y entraré para dar gracias al Señor.*

*Esta es la puerta del Señor;
los vencedores entrarán por ella".*

-Salmo 117-

1. Maridíaz

El 7 de diciembre de 1927, el Gobierno General de la Congregación y el Noviciado se establecieron definitivamente en el Convento de la Virgen del Pilar en Pasto.

Desde su salida de Túquerres, tanto las Religiosas como las novicias, se hospedaban en el Liceo de la Merced, esperando que se acondicionara una planta del incipiente edificio que se construía en un arrabal, separado de la ciudad por el río Mijitayo, y denominado MARIDÍAZ por Monseñor Pueyo de Val.

La nueva construcción se destacaba solitaria entre hermosas llanuras que formaban un conjunto bello y armónico con las crestas de la serraña andina. A cada lado se extendían ricos pastizales en donde pacían mansamente las vacadas.

De aquella inmensa soledad monástica y de aquel imponderable silencio, solamente queda un desvaído recuerdo.

La Madre Caridad era el alma en la fundación de la nueva Casa Generalicia, y sin estancarse en los pasados dolores, miraba con optimismo el porvenir, intimamente convencida de que cada acontecimiento de la vida diaria es, por trivial que parezca, la mano de Dios sobre nosotros.

Como todos los alrededores de la construcción eran pantanosos, la Madre Caridad ordenó la siembra inmediata de eucaliptos para desecar el terreno; asimismo hizo cavar aljibes que canalizando el agua, prestaron un servicio inestimable en todos los menesteres de lavado y limpieza, y así Maridíaz se benefició por su iniciativa y previsión.

Los años no pasan en balde. La Madre Caridad frisaba en los 70, y habiendo llevado una vida tan trabajada, no es sorprendente que en su cuerpo y en su alma hubiera dejado profundas huellas. Cicatrices en el corazón por la ingratitud humana, quebrantos en la salud, y un poso de desencantos, amarguras y celos por todo lo que puede dar este mundo.

Pero el dolor había desarrollado su intensa vida espiritual, adornándola con esplendorosos matices en su yunque milagroso.



Maridíaz Parte Interna

La Madre Caridad seguía ejerciendo el cargo de Vicaria. En la absoluta entrega a sus deberes y en la obediencia sobrenatural a su Superiora, era un modelo; cuando estaba presente nada hacía sin su consentimiento y en sus largas ausencias, motivadas por la visita canónica a las filiales o por otros intereses de las Casas, siempre gobernaba interpretando su pensamiento.

Tuvo una eficaz ayuda en el Rvdo. Padre Hugo Ranzer, quien, además de ejercer la Capellanía, bajo la dependencia del Obispo, se había encargado de dirigir la construcción del edificio.

El 8 de diciembre se celebró con solemne liturgia la fiesta de la INMACULADA, proclamándola por Reina de la nueva Casa. Al atardecer, Monseñor Pueyo de Val hizo de sorpresa una cordial visita; pasó revista a todas las habitaciones; felicitó a la Madre Caridad por su pronta y acertada organización, a pesar de tantas dificultades, y la animó para que siguiera siempre adelante.

La capilla provisional estaba instalada en un corredor que el altar partía en dos mitades, una de las cuales servía de oratorio a los fieles, y la otra, a la Comunidad que podía ver los Divinos Oficios a través de una lámina de cristal.

Las cosas fueron progresando conforme avanzaba la construcción, y la Comunidad logró alguna comodidad. Maridíaz cambió de aspecto y empezó a funcionar como el corazón de la Congregación; allí se planteaban y resolvían todos los problemas; allí confluían las Religiosas para sus Votos Perpetuos, Retiros, destinos de la Obediencia y otros múltiples eventos; además, empezaron a llegar nuevas vocaciones europeas y colombianas como inyecciones de vitalidad y entusiasmo.

Diecinueve fundaciones se contaban hasta entonces en Colombia, Suiza, Panamá y Ecuador.

La Madre Caridad seguía esbozando junto al Sagrario, el ideal de un Instituto apostólico, baluarte de la Iglesia, con actividad misionera universal en favor de las almas, y programaba su santificación y ensanche. El amor de Dios, única fuente capaz de calmar su sed, la llevó a fundirse con El.

Por eso participaba espontáneamente a cuantos se le acercaban, las claras luminosidades de su vida interior, ya con su ejemplo que conquistaba para la acción, ya con sus diálogos impregnados de sinceridad.

Cuenta una de sus hijas: "Una mañana entré a su celda; seguramente se hallaba absorta en la meditación de la eternidad bienaventurada, porque de improviso me preguntó:

- "¿Qué piensa usted, Madre, que dirá su alma cuando, entre en el cielo?..."

Yo me quedé perpleja, sin saber qué contestar, pero recordando en seguida el saludo ordinario habitual de nuestra Congregación, le respondí:

- "Yo pienso que sería una hermosa salutación decir: ¡Alabado sea Jesucristo!..." La faz de nuestra Madre se inundó de felicidad, y contestó:

- "¡Sí, sí!.. Esto está bien, pues todo el cielo responderá: ¡Ahora y por toda la eternidad!..." Y su rostro brillaba de amor como si ya hubiera contemplado a Jesús cara a cara. Luego mirándome, añadió:

- "¡Recuérdemelo cuando estemos en el recreo, quiero contar esto a todas las Madres. Es un pensamiento tan bonito!..."

La caridad de nuestra Madre Fundadora era abierta, comprensiva y complaciente, extendiéndose a los mil detalles que forman la vida.

Cuando la primera Navidad en Maridíaz, los trabajadores le demostraron el deseo de solemnizar ellos, la Novena del Niño, accedió gustosa alterando antiquísimas costumbres de la Comunidad. La sorpresa de las novicias europeas llegó al colmo, cuando una orquesta campesina de guitarras, triples, bandolas, pitos y dulzainas irrumpió en la Capilla festejando las Misas de Aguinaldos.

En este mismo año, al cumplirse con la tradicional costumbre de sacar por suerte -Hermanas de Oración- para su mutuo encuentro espiritual delante del Señor, con el ofrecimiento de un día semanal, la Madre Caridad se apresuró a entenderse con la suya, de la manera más edificante:

- "Yo ofrezco por S. C., mis oraciones de los lunes, junto con todo lo bueno que haga ese día...", y añadió risueña a modo de explicación:

- "¿Sabe por qué lo hago?... El lunes todavía tengo bastante fervor, porque el domingo es para mí una toma de energía espiritual, renuevo mis propósitos de fidelidad y hago resoluciones para toda la semana, por eso al principio de ella estoy más fervorosa que al fin".

La Madre Caridad

Luego continuó amorosamente: "Lo mejor de cada cosa sea siempre para Dios y para el prójimo..."

La Madre Caridad alcanzó a vivir quince años en Maridíaz, siendo el eje de todas las actividades y el nervio de la fuerza expansiva de la Congregación, manifestada en nuevas y florecientes fundaciones. Pudo ver a quinientas Hermanas trabajando en 43 Casas Franciscanas que cultivan su mismo ideal.

Los viajes que hizo hasta en su ancianidad, para infundirles nuevo aliento, forma un capítulo aparte escrito por su amor, capaz de los mayores sacrificios. Cuando en sus postreros días recordaba cuánto había padecido, exclamaba suspirando:

- "En la hora de mi muerte, para mover a compasión a mi Divino Juez, yo le diré: ¡Señor!... ¡Acuérdete de mis viajes!..."

Dos realidades fueron ya en este mundo, la recompensa admirable de su admirable fe. El 22 de agosto de 1928 se inició la Adoración Perpetua en Maridíaz; y el 16 de mayo de 1933 recibió de Roma la Aprobación Definitiva del Instituto y de las Constituciones.

Allí se ve la mano de Dios conduciéndola a la meta que le había señalado y haciéndola cumplir la misión que le había destinado, por su fiel correspondencia a la gracia del Espíritu Santo.

La Madre Caridad ya no tuvo otro pensamiento, que hacer de su Congregación un auténtico testimonio de Cristo en lo individual y en lo comunitario.

El ideal de la perfecta observancia religiosa era un aguijón que la impulsaba a trabajar sin descanso, para verlo plenamente cumplido en cada una de sus hijas. Enseñaba con el ejemplo y la palabra que la vida franciscana con toda su austeridad, es una vida de fe vibrante y vigorosa o se convierte en una absoluta sinrazón.

Para ella y para sus Religiosas, pedía la continua presencia de Dios en todas sus horas y en todas sus obras, para conseguir una severa, puntual y amorosa observancia de la santa Regla: "SI GUARDAMOS LAS CONSTITUCIONES, ELLAS NOS GUARDARAN A NOSOTRAS", repetía.

Le aterraba el pensamiento de que en alguno de sus conventos se dejara penetrar el espíritu mundano y la relajación, por el postigo de la

Sor M. Celina de la Dolorosa, F. M. I.

dejadez y la tibieza en el cumplimiento de las Santas Constituciones. En sus instrucciones recalca una y otra vez:

"La prosperidad de la Congregación depende de su observancia, porque Dios envía buenas vocaciones allí donde se le ama sinceramente con espíritu de sacrificio; en cambio, de la infidelidad y negligencia de los conventos, nace la corrupción de los pueblos que provoca las iras del Señor".

- "Los conventos deben ser por su observancia, los pararrayos de la justicia divina".

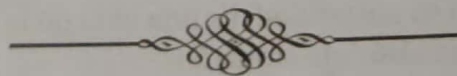
Duplicaba sus oraciones y ofrecía sus sufrimientos para que todas sus hijas, en medio del trajín de la enseñanza y de las múltiples actividades del apostolado, fueran cada día más fieles en la búsqueda de Dios por el cumplimiento de la santa Regla, como prolongación del Evangelio.

La Madre Caridad se sentía rodeada de Dios, y éste era el secreto de su afán de fidelidad; por eso era conmovedor sorprender en repentinos rasgos su recia visión sobrenatural.

En los recreos de la tarde, las Hermanas solían entretenerse admirando la belleza del firmamento, cuyos arreboles fingían fantásticos incendios, sobre la mole oscura de los montes:

- "¡Mire, Mutter, qué hermoso está el cielo!...", exclamaban mientras ella, con los ojos perdidos en una lejanía infinita y con expresión de profunda paz, les contestaba:

- "¡El cielo está, donde está Dios!..."



2. *La Adoración Perpetua*

"Muchas veces me he preguntado: ¿De dónde sacaba la Madre Caridad esa admirable fortaleza para acometer y llevar a cabo tantas empresas para la gloria de Dios y bien de las almas?... ¿De qué mina extraía los caudales necesarios para tan valiosas obras?... ¿Cuál era su secreto para acertar siempre en la resolución de tantos y tan graves problemas que le salían en contra de sus benéficos proyectos?..."

"Y no encuentro otra respuesta que la siguiente: Porque su alma estaba siempre en unión con Dios; porque constantemente estuvo durante su vida a los pies de su Divino Esposo Jesucristo".

"Así se explica también la obra más hermosa, la más fecunda en bienes y la más querida de su corazón: la adoración diurna y nocturna, perpetua de nuestro Amo Sacramentado en la Capilla de Maridíaz."(1)

La Eucaristía era la vida de la Madre Caridad; allí encontraba el centro de gravedad del mundo; la glorificación perfecta del Dios Infinito y la salvación de la humanidad. Quería que la vida franciscana fuera una vida litúrgica enraizada totalmente en el Misterio del Amor, y para lograr tan alto fin deseaba ardientemente la Adoración Perpetua en su Congregación.

La Madre Caridad tenía firme esperanza de conseguir este privilegio, y se preparaba eficazmente y de continuo para tan dichosa realidad, como si descansara en una promesa del Señor.

Desde los comienzos de su Instituto, cuando solamente el sufrimiento era la tónica de su vida, estableció una adoración privada y continua ante el Santísimo, queriendo hacer de la Eucaristía la fuente permanente de vida, que le imprimiera los rasgos peculiares que habían de distinguirlo en el seno de la Iglesia.

Cuando el movimiento de expansión, hizo fecundo a su Instituto con nuevas fundaciones, siguió recalcando con mayor apremio, la vida en la presencia de Dios, amándolo y adorándolo continuamente, de modo que el trabajo fuera un culto divino.

(1) Monseñor Juan Bautista Rosero y C. (RESEÑA DE LA Madre Caridad)

A su regreso de Cartago, después de la fundación del Colegio María Auxiliadora, en 1910, venciendo las penalidades que se multiplicaban en los pésimos caminos de aquel entonces, se trajo con sumo cuidado la primera colmena para establecer en Túquerres la apicultura, con la única mira de obtener cera pura para el alumbrado del Santísimo Sacramento, y con la misma finalidad impulsó el cultivo de colmenares en otras filiales.

Por eso, más tarde, en la carta dirigida a Monseñor Pueyo de Val, recabando la gracia de la Adoración Perpetua, le dice expresamente el 9 de enero de 1928:

"En lo que toca al estado económico de la Comunidad, no ofrece ninguna dificultad, porque debido a la apicultura, establecida en varias de nuestras Casas, disponemos de la cera suficiente para mantener las velaciones de la Adoración. Por tanto, muy humilde y respetuosamente, en nombre mío y en el de la Congregación entera, expongo nuevamente el vehemente deseo de tener expuesto a Nuestro Amo de día y de noche en la Custodia..."

Diez años antes, le decía a la Madre Genoveva, joven Religiosa alemana muy entendida en apicultura, pero que se hallaba sumamente delicada de salud:

"Yo sé que Su Caridad está enferma, pero no puede morir aún, pues me tiene que ayudar en la Adoración Perpetua..." Y realmente así sucedió, la Madre Genoveva desempeñó durante 21 años el difícil cargo de Economa General de la Congregación, y fue la mano derecha en todas sus empresas.

Causaba asombro a la Comunidad el tremendo y continuo esfuerzo con que cumplía a cabalidad su penosa labor.

Conocía todos los recovecos y cargas del oficio, y en medio de abrumadores contratiempos y frente a dificultades que parecían insuperables, la vida entera de la Madre Genoveva, fue una gran lección de profunda fe en la Divina Providencia.

Pero es que la Madre Caridad, siempre estaba atenta a leer en todo, los planes divinos.

A través de la Eucaristía, amaba al Sacerdocio y con amplio espíritu eclesial, quería ver en cada Sacerdote reproducido fielmente a Cristo. De aquí que la primera petición que hace a la Santa Sede

desde Túquerres, el 19 de marzo de 1927, para obtener la Adoración Perpetua, dice:

"Todas las Religiosas de nuestra humilde Congregación desean ardentemente que en alguna de nuestras Casas se establezca la Adoración Perpetua, ante Su Majestad expuesta en la Custodia, con el fin primordial de rogar a nuestro buen Jesús por las necesidades de la Santa Madre Iglesia y sus Ministros, los Sacerdotes... Por las de nuestro Instituto y especialmente por las de aquellas diócesis en que se hallen nuestras Casas..."



3. El Prodigio de Maridíaz

Si los capullos se han hecho para encenderse en la gloria de la flor, las esperanzas de la Madre Caridad se nutrieron de oración para convertirse en milagrosa realidad.

El 21 de julio de 1928, Monseñor Pueyo de Val, dio a conocer la noticia de que la Santa Sede concedía el permiso de establecer la Adoración Perpetua en nuestra Casa Madre, y de poder trasladarla a otra Casa cualquiera de la Congregación, por causa, justa y con el beneplácito de los Prelados.

Como por licencia papal, obtenida el 12 de agosto de 1927, la Casa Generalicia Franciscana con su Noviciado había sido trasladada, al Convento de la Virgen del Pilar en Pasto, allí tendría su sede el gran don eucarístico.

Mientras tanto tocaba a su fin el generalato de la R. Madre Inés Danner y la Congregación entera estaba expectante con motivo del Capítulo General que para iniciar un nuevo periodo, había sido ya convocado.

Más de un centenar de Religiosas acudió a Pasto para el magno acontecimiento.

El Consejo Generalicio suplicó entonces al Sr. Obispo que inaugurara la Adoración el 19 de agosto, para que los Ejercicios Espirituales que precedieran al Capítulo, tuvieran un broche carismático.

Pero Monseñor esperó.

El 20 de agosto presidió el Capítulo, en el cual confirmó la elección de Superiora General, que recayó por unanimidad de votos en la Madre Caridad, y anunció con paternal benevolencia, que volvería en la fiesta del Inmaculado Corazón de María para exponer solemnemente al Santísimo Sacramento en la custodia.

Fecha es ésta, rubricada por el cielo porque en el calendario de la Madre Caridad marca unas efemérides de amor.

En un lejano ayer, el 22 de agosto de 1882, al emitir sus Votos Religiosos, ella se entregó totalmente a Cristo para ser su custodia viviente; ahora en la misma fecha, Cristo se le entregaba en la áurea custodia de su sacrificio perpetuo.

La gran noticia fue para todas las Franciscanas, una llamada imperativa de íntima preparación, que se convirtió de inmediato en un gigantesco acto de fe en la Real Presencia, y en un estímulo de renovado amor.

La Madre Caridad verdaderamente poseída por una felicidad sobrenatural, se anonadaba al mismo tiempo humildemente, al ver que la pobre capilla provisional, arreglada en un corredor del convento inconcluso, iba a convertirse en el santuario privilegiado, desde donde la Divinidad recibiría un homenaje universal.

Todo lo planeó para el arreglo y la celebración del maravilloso suceso, y ella misma preparó los cirios que iban a consumir ante el Amado de su corazón, pues para eso había cuidado con tanto esmero los colmenares a través de los años.

El modesto altar con su ornato de uvas, espigas y flores frescas era un trono de amor, que resplandecía con la litúrgica belleza de 19 ceras, cada una de las cuales ostentaba el nombre de una de las casas fundadas hasta entonces, porque quiso la Madre Caridad que todas sus hijas estuvieran allí presentes en un apretado haz de corazones.

A las tres de la tarde, la campana lanzó sus repiques, rompiendo la atmósfera caldeada por una espera que parecía sin fin.

Monseñor Pueyo de Val, en compañía del Ilmo. Sr. Vicario General y de algunos Sacerdotes, se revistió para la gran ceremonia.

La homilía fue una llama de amor envolviendo en un abrazo de fuego a las almas, y dando vigoroso impulso a la devoción eucarística.

Cómo se ha de orar, visitar y acompañar a Cristo en el Misterio del altar, fueron las ideas básicas desarrolladas con una elocuencia cautivadora, en la que vibraba la vitalidad de una fe robusta y firme.

Luego el Prelado impartió a la Comunidad y al mundo entero la Bendición con Su Majestad; y ya la Hostia Santa no fue encerrada en la cárcel del Sagrario, sino expuesta para siempre a la adoración de los fieles.



Primer Altar Eucarístico en Maridíaz

La Madre Caridad, con las manos juntas y los ojos inundados de suavísimo llanto, gozaba la suprema paz de esos momentos de cielo que se desvanecen las tribulaciones, y la presencia de un Dios todo bondad que se hace casi tangible.

El "Adoremus in aeternum", resonó triunfalmente como una acción de gracias al Altísimo, y a través del espacio sus notas repercutieron con ecos infinitos. Así quedó establecida la Adoración Perpetua con la sublime sencillez de las obras divinas.

La Comunidad pasó toda la noche haciendo guardia de honor a su Rey, en un transporte de cielo, ya que la posesión de Dios por la fe es tan real como la de los bienaventurados por la visión.

El mensaje de la Adoración Perpetua en Maridíaz fue un aguijón para la fe de la católica ciudad de Pasto, y sus gentes se volcaron en continua peregrinación para rendir pleitesía al Santísimo Sacramento, al mismo tiempo que se multiplicaban las ofertas de las velaciones rituales, con edificante piedad.

La Madre Caridad, aunque profundamente reconocida y admirada por tanta generosidad, protestaba sentenciosamente:

- "No quisiera que toda la luz que se consume ante el Santísimo sea pagada por la devoción de la gente. El gasto principal del alumbrado debe ser producto del trabajo de las Hermanas..." Es que el amor a Jesús Eucaristía iba creciendo en su interior con fuerzas constantemente renovadas.

He aquí la carta con que nuestra Fundadora, agradeció a Su Santidad Pío XI, el gran beneficio concedido a nuestra Congregación:

Beatísimo Padre:

*Humildes y reverentes se postran a los pies de S. S. las infrascritas Superiora General y Hermanas Consejeras de la Congregación Franciscana de la Tercera Orden, cuya Casa Madre se halla en **Pasto**, República de Colombia.*

¡Beatísimo Padre! Interpretando los sentimientos de toda la Congregación presentamos a S.S., de lo íntimo de nuestros corazones, las más sinceras y efusivas gracias, por el singular favor con que S.S. se dignó agraciarnos a la ínfima de las Congregaciones.

La Madre Caridad

Fué un día de triunfo y de júbilo, aquel en que el Ilmo. Señor Obispo de Pasto, Dr. Dn. Antonio M. Pueyo de Val, nos trajo la feliz nueva de que habíamos obtenido una gracia tan anhelada por todos y cada uno de los miembros de nuestra humilde Congregación.

Y ¿qué diremos de aquel dichoso día, 22 de agosto, en que se realizó el solemne acto de la exposición perpetua de nuestro Amo sobre nuestro humilde Sagrario, ejecutado por el mismo Señor Obispo, en presencia de 122 Hermanas?... Nuestros ojos se inundaron de lágrimas y nuestros corazones rebosaron de alegría y eterna gratitud para con nuestro buen Dios y S. S.

Las intenciones de S. S. y el triunfo de la Santa Madre Iglesia son nuestras intenciones que incesantemente ponemos al pie de su Divina Majestad, y desde el día de la exposición rezamos todas las noches el acto de "Reparación al Sacratísimo Corazón de Jesús". (Encíclica, mayo de 1928)

Nuevamente, hincadas de rodillas y con profundo respeto y humildad, nos atrevemos a suplicar a S. S. se digne concedernos también la especial gracia de la Aprobación Definitiva del Instituto y de las Constituciones, lo que pedimos en nombre de toda nuestra pequeña Congregación.

Y Dios...

Sor M. Caridad, Superiora General

Sor M. Inés, Vicaria General

Sor M. Afra

Sor M. Agustina

Sor M. Magdalena (Consejeras)



Sor M. Celina de la Dolorosa, F. M. I.

4. Manojó de Mirra

Una gran prueba le estaba reservada a nuestra Madre Fundadora, al iniciarse la era franciscana de la Adoración Perpetua, y una gran cruz iba a bendecir la nueva Casa Madre, con la epidemia de tifo violenta y mortífera, que atacó a la Comunidad en abril de 1930.

No en vano la Madre Caridad presintió angustiosamente esta tribulación. En la semana pascual y antes de conocerse por estudio médico el caso de Maridfáz, tuvo que viajar a Ipiales. A pesar del cariño y la comprensión que allí encontró, estaba tan preocupada, que sus hijas, presas de inquietud, le preguntaron la causa.

"Siento, dijo, que pasa algo grave en alguna parte; es como si me ocultaran una desgracia que está sucediendo; es como si no quisieran comunicarme un sufrimiento..."

En este estado de ánimo, pero sin pensar que ese algo presentido estaba ocurriendo en Maridfáz, buscó la causa de su inquietud, visitando los conventos de Pupiales y Las Lajas, y fue devotamente hasta el Santuario para entregar a la Virgen el fardo de sus preocupaciones.

Al volver a Ipiales, después de la Santa Misa, recibió la noticia de la epidemia en la Casa Madre. Sin esperar un instante, ni permitir que nadie la acompañara, emprendió el regreso a Maridfáz, para sufrir en aquel paraíso donde la muerte había citado a sus Religiosas.

El viernes santo tuvieron que guardar cama tres novicias aquejadas de fiebre y malestar; y con el diagnóstico desfavorable del médico, cundió el temor de que el bacilo se hubiera propagado.

En efecto, las novicias fueron cayendo una tras otra, víctimas del contagio. Queriendo atajar el mal, se acudió a las vacunas, pero la consternación llegó al colmo cuando de las sesenta y más Religiosas de Maridfáz, solamente diez pudieron ser vacunadas porque todas las demás ya estaban afiebradas.

Maridfáz quedó completamente aislado.

El corazón de la Madre Caridad estaba transido de dolor. Horas enteras se pasaba, en las noches solitarias, ante Jesús Sacramentado en intensa súplica, poniendo por intercesora a María Inmaculada.

Caía de rodillas y oraba con piadosa violencia, pidiendo valor para aceptar amorosamente las tribulaciones y para que reinara en todas partes la resignación. Al fin, con los ojos clavados en la custodia de sus amores, sentía que la paz volvía y llenaba su alma.

A pesar de todas las precauciones la epidemia, como un espantoso pulpo, cobraba diariamente nuevas fuerzas. Las Hermanas que presentaban síntomas de tifo, quedaban aisladas en una sala preparatoria, en donde eran asistidas hasta conocerse el dictamen médico.

Entonces se preparaban fervorosamente para sufrir y morir; la recepción de los Santos Sacramentos y se despedían de sus Hermanas, dirigiéndose ellas mismas a la enfermería que ya comprendía todo un tramo de la casa. Las que quedaban afuera se sentían oprimidas con la pregunta: ¿Las volveremos a ver?...

La Madre Caridad, con su admirable espíritu de fe ordenó que se dieran gracias al Todopoderoso por esta terrible prueba, pidiéndole al mismo tiempo que retirara el azote de la peste, si era para su mayor gloria.

"Dios no nos da nada que no sea bueno, y aún mucho mejor de lo que pudiéramos desear o querer", repetía; y con estos dos fines de agradecimiento y petición, prometió la devoción de una Misa Cantada en los primeros viernes, y la Hora Santa comunitaria a los pies de su Divina Majestad.

La epidemia no retrocedía; catorce enfermas yacían agónicas en los umbrales de la eternidad. La muerte hizo acto de presencia al 28 de mayo y la vida de la Novicia Blandina se extinguió como se apaga una lámpara. Sus últimas palabras fueron el rezo del Ave María.

En esta misma fecha cumplía el segundo aniversario de su Toma de Hábito y terminando con la muerte el noviciado, hizo su Profesión Eterna. Se había ofrecido como víctima de amor, y Dios aceptó el holocausto.

Apenas había pasado su funeral, cuando la Novicia Damascena, celebraba su Profesión Religiosa "in artículo mortis". Sus días de agonía fueron dolorosísimos. La naturaleza en plena juventud se resistía al beso helado de la muerte; pero, devorada por la fiebre se fue agostando

como la planta que ya no encuentra savia en la tierra. El primer viernes de junio, al terminarse la Misa Cantada, voló a los brazos de Jesús, esta gran devota de su Sacratísimo Corazón.

El 30 de junio se administraron los últimos ritos de la Santa Iglesia a la Novicia Adolfina, que se sumergió en el gran misterio de lo desconocido haciendo actos de amor a su Dios.

Todavía no estaba su féretro clavado, cuando la Novicia Policarpa exhaló su último suspiro. Contrajo el tifo prestando sus servicios como enfermera, y murió víctima de la caridad. No perdió en la agonía ni la mirada angelical, ni la dulce sonrisa con que agradecía los cuidados de sus enfermeras, quienes le dijeron momentos antes de morir:

- "Ya se va para el cielo, ayúdenos desde allá" ... a lo que respondió suavemente: - "Sí, yo les ayudaré".

Aunque la Madre Caridad experimentaba un violento quebranto en todo su ser, sintiéndose como crucificada, nunca desmayó su fe viva en la Providencia, ni su entrega total a la Voluntad del Padre.

- "¡Señor!... ¡Hágase tu Voluntad!... ¡Todo lo que Tú quieras, Sagrado Corazón"!... Eran en aquel tiempo sus palabras favoritas".

- "Todo esto prefiero, a que se cometa un solo pecado en esta casa", contestaba con fortaleza, agradeciendo las expresiones de condolencia y de pésame que le daban sus Religiosas".

No de otro modo, la heroica madre de los Macabeos alentaba a sus hijos a sufrir el martirio, cuando siendo testigo de sus tormentos le repetía a cada uno: - "Prefiero verte morir antes que ofender al Señor..."

Al llegar la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, la epidemia estaba en su apogeo.

La Madre Caridad, después del desayuno, animó a su Comunidad a confiar sin reservas en el Corazón Eucarístico del Salvador; a recibirlo todo con mirada sobrenatural de las manos del Señor que nunca puede equivocarse en sus designios, y a glorificar a Dios en el sufrimiento, mediante una entrega filial y generosa a su Santísima Voluntad, a imitación de la Virgen María.

Pocas estaban en el refectorio para escucharla, pues la mayoría de

las Hermanas tanto Profesas como Novicias, guardaban cama en la enfermería luchando entre la vida y la muerte.

En esa misma noche la Novicia Patricia y la Novicia Feliza emprendieron el viaje sin retorno, para celebrar sus nupcias en el cielo.

Una verdadera providencia fue en esos aciagos días, la caridad evangélica del R.P. Capellán Hugo Ranzer.

Sin rendirse al cansancio ni al peligro del contagio, prodigaba paz y consuelo a las enfermas, administrando los Sacramentos, dándoles diariamente el Pan Eucarístico y auxiliando a las moribundas. Acompañaba luego al cementerio a las que habían descansado en el Señor y bendecía sus tumbas.

Con la Santa Misa y la Comunión, su sano optimismo y sus consejos sostenía a las enfermeras en su tremendo deber, y a las pocas que quedaron sanas y abrumadas de trabajo, porque era preciso desinfectar todo continuamente para desterrar la epidemia.

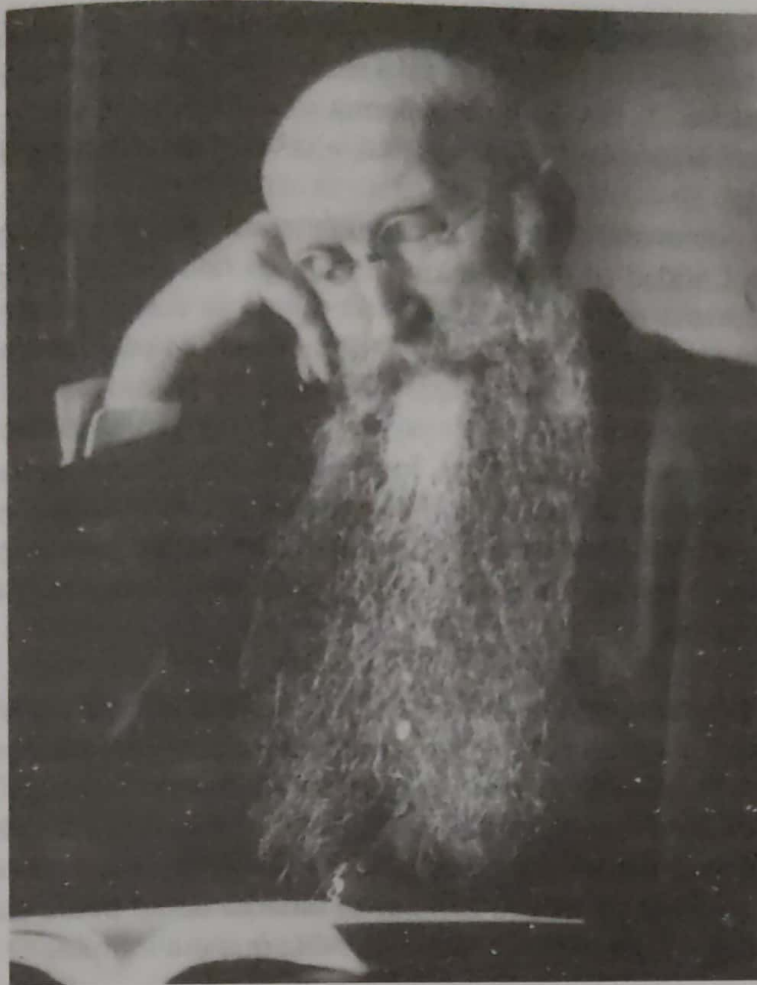
Nada le arredraba para cumplir su ministerio, porque en las naturaleza heroicas crecen las fuerzas en la misma proporción en que crece el dolor del sacrificio.

La Madre Caridad no escatimó medio humano alguno para descubrir y combatir la causa del tifo, que durante dos meses causó tantos estragos. La medicina, la sanidad y el centro de higiene agotaron sus pesquisas científicas, y únicamente dejaron constancia admirativa del orden y la pulcritud que encontraron en todo.

Entonces comprendió sin titubeos, que cuando Dios nos retira todo consuelo humano es porque quiere ser El mismo nuestro único apoyo, y se unió más estrechamente a su santísima Voluntad.

Pero, todavía no estaba saciada la muerte, y el 15 de julio se celebró el sepelio de Sor M. Peregrina, misionera de sólidas virtudes, que ejercía su apostolado en el Putumayo, cuando merced a sus excepcionales dotes fue llamado por la Obediencia a Maridíaz.

Ella entró a desempeñar su oficio de enfermera con un presentimiento certero de su muerte.



Rvdo. Padre Hugo Ranzer.

"Yo moriré, dijo, pero me ofrezco en sacrificio por mis Hermanas"... Efectivamente, tras breve tiempo de servicio fue víctima del contagio. En la noche del 14 de julio entró en agonía y recibió con el Santo Viático los últimos consuelos de la Religión, luego cayó en un sopor tan profundo, que solamente se quedó en vela la Hermana enfermera de turno.

A las cinco de la mañana, haciendo la Madre Caridad su ronda acostumbrada por la enfermería, y mientras se preguntaba angustiada: "A cuál de mis hijas llamará hoy mi Dios?..", supo que su misionera estaba desahuciada.

Se acercó para consolarla por la última vez. La moribunda al sentir la voz de la Madre Caridad, reaccionó y clavó fijamente en ella sus ojos agonizantes. La Madre, con el alma oprimida por el dolor, empezó a ayudarle a bien morir y terminó dándole el permiso de la Santa Obediencia para salir de este mundo.

Mientras la Fundadora le decía: "Parte, alma religiosa, que has venido como víctima por tus Hermanas, sal a recibir la recompensa de las manos de tu Creador...", la vida de la enferma se iba extinguendo, y cuando los sollozos sofocaron la voz maternal, ella cerró los ojos para siempre.

¡Dios estaba allí!... Se sentía tangiblemente su presencia soberana. La Madre Caridad se quedó temblando largo rato por la violencia del dolor y de una emoción desconocida, luego se sumió en su oración doliente y grave, sencilla y sublime, porque en ella ofrecía el sacrificio de su corazón, la vida de sus hijas y el llanto de sus ojos.

Siete entierros en dos meses, formaron el gran ceremonial con que quedó instaurada la Adoración Perpetua en la Casa Madre Francisca-na, pero, si la obra de la Madre Caridad no hubiera dado nunca jamás otros frutos... Solamente estas muertes santas bastarían para, bendecir-la eternamente.

Cada fallecimiento era una espada de dos filos, porque si para la Madre Caridad era mayor dolor causar un sufrimiento que padecerlo ella misma, no es posible medir la aguda pena que significó para su bondadoso corazón comunicar la noticia de estas muertes a los familiares de las extintas, varias de las cuales acababan de dejar sus patrios lares, deseando ser misioneras; ni aún por su amargo llanto podía conocerse las dimensiones de su dolor; sólo ella sabía que era infinito.

Del mismo modo que la Madre Caridad tenía conciencia de Dios, para amarle sin reservas y confiar en El plenamente, también la tenía del demonio para recelar de su perversa influencia y vivir prevenida.

Hablando varias veces sobre las causas de la epidemia, ella afirmó simplemente:

"Al demonio no le hace ninguna gracia la Adoración Perpetua y quiere impedirla a todo trance; pero va a triunfar el Santísimo Sacramento..."

En verdad, la Adoración no se interrumpió ni un solo instante, aunque por la escasez de personal, mientras Maridíaz estaba incomunicado, el R. P. Ranzer consiguió la autorización necesaria, para que los turnos que se relevaban por la noche ante Su Majestad, fueran de una sola adoratriz.

Al enterarse el Ilmo. Sr. Vicario Dr. Juan Bautista Rosero y C. de la dura crisis que estaban pasando las Franciscanas, ofreció el Seminario como asilo para las que estaban sanas. La Madre Caridad estudió

prudentemente este ofrecimiento, y aunque lo agradeció de todo corazón, no lo aceptó.

A pesar de tantas vicisitudes, la vida en Maridíaz siguió su ritmo cotidiano, y como trabajo extra, se efectuaba el barnizado de la Capilla nueva, cuya construcción avanzaba de modo sorprendente.

Dos novicias, bajo la dirección de una experta Religiosa, preparaban el barniz, y lo hacían con mucho éxito. En cierta ocasión, y en el momento de dar el último acabado a la confección, la Religiosa atendiendo a una llamada urgente, dejó solas a sus ayudantes que ya dominaban el oficio.

A su regreso, después de breves instantes, vio con terror que una humareda negra envolvía el rancho y se elevaba amenazadora a las alturas. Mientras volaba para prestar sus auxilios comprendió toda la tragedia.

Por un descuido inexplicable, el barniz hirviendo rebosaba de la celda, y convertido en llamas amenazaba un incendio voraz.

La novicia comprendiendo el peligro inminente de que la Capilla nueva se redujera a cenizas, agarró la caldera y exponiendo heroicamente su vida, la sacó de la hornilla y la llevó al prado, lejos de toda habitación; mientras su compañera de dos saltos se tiró a una zanja de la construcción y dio la voz de alarma gritando:

"¡Agua!... ¡Agua!... ¡Incendio!".

¡Una hora de estupor y de espanto!... Nadie se quedó en su puesto. Todo mundo corría al lugar del desastre para prestar ayuda, pues la humareda se deshacía en contorsiones a merced del viento, infundiendo pavor.

Los trabajadores con la rapidez que da el peligro, acudieron con tierra y arena y conjuraron el incendio.

Las dos novicias se salvaron de las llamas, pero cayeron víctimas de un tifo mortal.

Cuando pasada la hora de angustia y sobresalto, la Comunidad se reunió en torno de la Madre Caridad, para comentar el infausto suceso, ella puso punto final calmando el desasosiego que reinaba:

"Solamente nos toca dar gracias a nuestro gran Dios, dijo, porque hubiera podido pasar algo peor, y El nos ha librado"...

¿De dónde sacaba la Madre Caridad esa resignación sobrehumana?... De su entrega total en las manos de Dios, mediante una fe madura que cada momento pasajero lo llenaba de méritos eternos.

A mediados de julio las autoridades médicas anunciaron que la epidemia estaba dominada. La Comunidad empezó a recuperarse totalmente y volvió la normalidad a Maridáz, mientras que un manojo de mirra seguía purificando el ambiente espiritual con la esencia de resignación, cada vez que la Madre Caridad repetía: "Todo por amor a Dios y como El lo quiere".



5. *Bendición de la Capilla Eucarística de la Virgen del Pilar*



*El altar de la Capilla Eucarística. Posteriormente
ha tenido varias renovaciones*

En medio de las recias tempestades que sacudieron la vida de nuestra Madre Fundadora, amenazando desgajarla, auroras de bonanza la consolaban como promesas de eterna paz. Así después de la epidemia de tifo en Maridfáz, que la sumió en la noche oscura del alma, al verificarse la bendición de la nueva Capilla, sintió una vez más, la felicidad de haber dado gloria a Dios.

Todos los esfuerzos se agotaron en la construcción del santuario eucarístico de Maridfáz cuya dirección arquitectónica estuvo a cargo del R. P. Hugo Ranzer; y se bendijo solemnemente el 28 de diciembre de 1930, para morada de Cristo Nuestro Señor.

Al atardecer del mismo día, entra una algazara de zumbidos, salió el primer enjambre del colmenar establecido en Maridfáz.

La Madre Caridad que todo lo sobrenaturalizaba, agradeció al Creador la señal de complacencia que le daba, al multiplicar en tan bella coincidencia a las abejas, productoras de la cera que se consumía en perpetuo holocausto delante de su Divina Majestad.

El programa del día fue excepcionalmente solemne.

La última Santa Misa en la capilla provisional fue un holocausto de agradecimiento al Señor, porque se había dignado convertir tan pobrísimo Sagrario en manantial de bendiciones para la Iglesia, la Congregación y el mundo entero.

El Sr. Obispo Antonio M. Puayo de Val, que había puesto la primera piedra del santuario eucarístico, y lo había consagrado junto con la Casa Madre, a la Virgen del Pilar, no vió llegar la maravillosa realidad. Hacía un año que descansaba en la paz del Señor, y la Silla Pastopolitana estaba vacante; por eso Monseñor Juan Bautista Rosero y C. Vicario General, en compañía de varios Sacerdotes, bendijo la nueva Capilla.

La primera Misa allí celebrada, entre esplendores de cirios, nubes de incienso, polifonía de campanas, cantos y violines, fue la propia de la augusta Patrona. El panegírico a cargo del Pbro. Dr. Manuel López Lurueña caldeó la piedad de los fieles.

Se siguió el traslado del Santísimo. Bajo palio y entre una procesión de luces que portaban con profunda adoración las Franciscanas, y que tomó enormes proporciones al sumarse el inmenso gentío que había acudido novedoso a rendir homenaje al Dios Escondido.

Apenas apareció el Señor en la puerta principal, la Banda Departamental, de hinojos, ejecutó el Himno Nacional Colombiano, y sus triunfales acordes resonaron como una oración sublime de la patria.

Todo el camino estaba cubierto por un tapiz de arena y flores, en donde según las instancias de la Madre Caridad, "cada corola arrancada debía ser un acto de amor a Jesús Sacramentado".

Los trabajadores por su parte, levantando hermosos arcos triunfales y limitando el sendero con lozanos arbustos del bosque, agradecían a la protección divina que no permitió aconteciera ninguna desgracia durante la construcción de la obra.

En medio de la vía se detuvo la piadosa comitiva, y Su Majestad

descansó en un altar levantado a campo raso, mientras el noviciado entonaba el "Adorote devote..."

El Sacerdote impartió una solemne bendición con la custodia y se siguió la procesión hasta la Capilla Nueva. Grupo de niñas ataviadas de blanco regaban a su paso pétalos de flores.

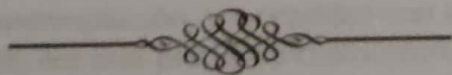
Con la solemnidad litúrgica del "Tantum Ergo" se expuso al Dios Eucaristía en el sitial, para la adoración perpetua y pública del mundo entero. Una lluvia de leves papelitos portadores de leyendas eucarísticas cayó sobre los asistentes, desde las naves del coro, como gracioso recuerdo de tan magno acontecimiento.

La encendida caridad de nuestra Madre Fundadora, abrazaba con especial gratitud a cuantos habían colaborado con su divina ambición, y se esforzaba en hacer a todos partícipes de la plenitud de su gozo.

Al día siguiente de estos sucesos, por invitación suya, los obreros se acercaron al divino banquete durante la Santa Misa ofrecida por sus intenciones. Luego, gozaron de un feliz asueto con reconocimiento del jornal y de la comida, que las Religiosas les sirvieron con franciscana alegría.

Pero el Señor no se dejó vencer en generosidad y demostró a su sierva, que por ella velaba en todo instante. No escasearon las limosnas de la ciudadanía pastense, para llevar a feliz término la decoración de su santuario eucarístico; y desde Suiza un generoso benefactor, el Sr, Jacobo Sutter, le regaló con un costo de 7.000 francos, la bellísima custodia para la Adoración Perpetua.

Los programas de Dios se realizaban con la mayor fidelidad en la vida de la Madre Caridad, que se constituyó en celosa guardiana e insomne adoratriz del Santísimo Sacramento; viva, lo amó sin medida, y muerta, sigue siendo a la entrada de la capilla su centinela perpetua.



6. *La última Jornada*

La vida de la Madre Caridad se enraizaba cada vez más profundamente en el Misterio Eucarístico, e intensificando su matiz litúrgico, todo lo ambientaba hacia la plena vivencia del año eclesial.

Una especial ternura trascendía de ella en Navidad. A cuentas de un librito legendario titulado: "Oficios en la Corte del Rey", en cuanto amanecía el adviento, reunía en el recreo a su Comunidad. Cada Hermana metiendo un alfiler entre las hojas apretadas del folleto, señalaba al acaso el oficio que le tocaba cumplir hasta la Navidad.

Era algo indescriptible con sabor de liturgia, alegría de villancicos y amor hogareño. Pues a la santa anciana le sobraba sal, para leer lo que cada cual señalaba: ya el rey ofreciendo incienso; ya el buey que calentaba el pesebre; ya el ángel resplandeciente anunciando la paz; o un pobre pastor que regalaba un cordero..., y así desfilaban todos los personajes que actuaron en Belén, teniendo además en consideración unas palabras evangélicas de Jesús, y una práctica de virtud.

El mejor detalle consistía en que muchísimas veces coincidían de manera sorprendente, el oficio, que se sorteaba con el carácter de la favorecida, lo cual era saludado con femenina intuición por toda la asamblea.

Nuestra Fundadora tenía buena memoria, para pedir cuenta de la fidelidad en dicho oficio, y así todo el adviento se saturaba con el ambiente del pesebre.

Su felicidad en noche buena era contagiosa con sus aguinaldos llenos de amor maternal; mientras que delante del pesebre se quedaba absorta en dulce contemplación, y su caridad con los pobres, especialmente con los niños, era más pródiga y cristocéntrica.

En cambio durante la cuaresma tenía un aire de seriedad, que rayaba en tristeza durante la Semana Santa. Inculcaba tenazmente el espíritu de expiación, y prevenía a sus Religiosas contra la actividad del demonio, que por ser tiempo santo de penitencia, cobraba mayor furia contra el

Sor M. Celina de la Dolorosa, F. M. I.

cuerpo místico de Cristo, y decía gráficamente. "Allí donde Dios edifica un templo, el diablo quiere su sacristía..."

La Semana santa a su lado era un tiempo especial de oración, unión con Dios, revisión de vida a la luz de la sagrada pasión; y un continuo subir con Cristo al Calvario y morir en su cruz.

Una satisfacción profunda tuvo cuando logró el permiso de cantar el Oficio Romano de la Semana Mayor en Maridíaz. Había que ver la unción con que entonaba los salmos, compenetrada con el sentir de la Iglesia, única melodía que resonaba entre el luto silencioso del viernes santo, al que le daba la dimensión completa de soledad angustiosa y desgarrado dolor.

El Jueves Santo adoraba con fe profunda y daba gracias por esas dos entregas del Señor a su Iglesia: La Eucaristía y el Sacerdocio. Todo el tiempo se lo pasaba acompañando a Jesucristo Eucarístico en el monumento, para cuya magnificencia no escatimaba ni gasto ni sacrificio, como anzuelo para que el mundo entero viniera a adorar a su Señor.

Un júbilo exultante irradiaba de todo su ser en la Pascua. El aleluya la transformaba con el gozo de la Resurrección.

Era feliz sorprendiendo a sus hijas con una interesantísima tradición regional, consistente en la búsqueda de los famosos huevos de Pascua, pintados ingeniosamente por ella misma, y luego escondidos en todos los rincones del jardín.

Las más diligentes en encontrarlos eran festejadas con sus alegres aplausos, mientras repetía: "La risa es sana para el alma y para el cuerpo. Nada hay más alegre que vivir en armonía con Dios".

En Pentecostés se llenaba de una verdadera unción porque era gran devota del Espíritu Santo. Entonces sus instrucciones se referían con insistencia a promover la cooperación a la divina acción santificadora; a pedirle al Espíritu Santo muchas y sólidas vocaciones Sacerdotales y Religiosas, y alcanzar la propia perseverancia, haciendo de la vida entera un servicio de ardiente amor a Aquel que nos creara por amor.

Su alegría era ardiente en Corpus y en todas las fiestas eucarísticas; promovía entonces con singular persistencia el esplendor del culto, intensificaba su vida escondida en Cristo y demostraba con obras y pala-

bras que la Eucaristía es el foco hacia el cual convergen necesariamente todos los que necesitan luz para vivir.

Es preciso reconocer que cada uno de los días de la Madre Caridad estuvo rubricado con la firma de Cristo: la cruz.

Después de sus Bodas de Oro, celebradas en 1932, cuando sin haber perdido un ápice de su aplomo y de su integridad, dio testimonio de Cristo con la pública renovación de sus Votos Religiosos fue probada con la ceguera.

Sus ojos se apagaron lentamente a la luz, por una doble catarata, y ella aceptó esta tribulación, repitiendo que "la mejor de las cruces, la más segura para ganar el cielo, es siempre aquella que Dios nos manda sin consultarnos".

En su total inmolación, la Madre Caridad apreció íntimamente su papel de víctima en la economía redentora, y ante la inmensa necesidad de expiación que tiene el mundo, unió sus sufrimientos con los de Cristo, aceptando como su cruz la realidad de cada día.

La ceguera la privó de muchos bienes que la habían hecho feliz; le redujo a tinieblas la contemplación de la naturaleza que le fascinaba; se borraron los rostros de sus hijas a través de los cuales sondeaba sus almas, y cuando ya no las podía ver, si ellas se llegaban apesadumbradas para hacerle confidencias, después de reconocerlas poniéndoles la mano sobre la cabeza, les daba las lecciones que le enseñaba el dolor.

Siendo una intelectual que amaba el estudio y la investigación, le mortificaba extraordinariamente no poder leer, y rogaba humildemente se le hiciera la lectura espiritual y se le buscara en la Biblia o en algún libro piadoso, el pasaje preparatorio de la meditación pues ponía todos los medios a su alcance para alimentarse de verdad.

Cuando alguien se admiraba de su fidelidad, ella respondía con sencillez: "Hagamos la meditación según los métodos que nos han enseñado; no dejemos de observar las reglas que han ayudado a los santos para su oración. Dios ayuda siempre cuando se tiene buena voluntad. Pero solamente rezando se aprende a rezar".

Sí en la enfermedad se conocen los quilates de virtud de las personas, la Madre Caridad dio pruebas de una virtud acrisolada.

Su gratitud se desbordaba ante el más pequeño servicio y correspondía jovialmente cualquiera atención que recibía. Siempre preocupada para no causar molestias, evitaba las quejas reprimiendo su natural vivo y espontáneo, y a pesar de su penosa situación, la alegría brotaba de ella connatural y profunda de una fuente interior inagotable.

Accediendo a los insistentes ruegos de la Comunidad, viajó completamente ciega a Panamá, y con sus 77 años a cuestas, se sometió a la delicada operación que le devolvió la vista.

Sintió un gozo extraordinario cuando pudo ver a sus hijas que estaban en expectativa esperando el resultado de la cirugía; pero su primer impulso fue de gratitud hacia Dios; luego tendiendo la mano al médico, le dijo fervorosamente: "Dios se lo pague".

La Madre Caridad visitó luego, durante varios meses, las Casas de Panamá y de los Estados Unidos, y tras esta larga ausencia, regresó a Maridiaz.

El último Capítulo General de la Congregación que presidió la Madre Caridad en su calidad de Superiora, terminó sus sesiones el 15 de agosto de 1940, y salió electa por unanimidad de votos la Rvda. MADRE AQUILINA WERNLE.

Terminado el ceremonial de la elección, mientras resonaban las solemnes notas del Te Deum, la nueva Superiora General entró al Coro, para recibir la promesa de Obediencia y adhesión de las Religiosas.

Un estremecimiento la sobresaltó, cuando vio con respetuosa admiración que la anciana fundadora, se llegaba de primera para besar su mano, rindiéndole la pleitesía de la obediencia.

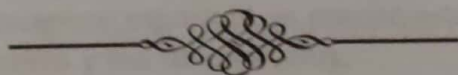
Luego la Madre Caridad se dirigió al puesto de honor que hasta entonces había ocupado, y arreglándolo, retiró del reclinatorio los libros de uso personal, con un gracioso mohín, como quien dice: Me siento feliz al ceder todo esto.

Más tarde diría, confiada en los designios de la Divina Providencia: "Dios me ha escuchado. Le he pedido siempre que si era de su agrado, me permitiera vivir hasta ver a la Congregación en manos de una buena Superiora. Ahora ya la tiene, ya puedo morir tranquila, todo irá bien".

Había empezado pues, para la Madre Caridad la última jornada del

camino por el cual la conducía el Espíritu Santo. Tenía el cuerpo cansado con sus 80 años, pero su espíritu permanecía joven.

En medio de las múltiples ocupaciones de toda especie que habían llenado sus días ya como Fundadora y primera Superiora de su Congregación; ya como maestra, forjando la pedagogía franciscana; así en los quehaceres de Hermana dedicada a los más humildes oficios o como viajera incansable y sufrida; **un solo trabajo vital** la había preocupado: la búsqueda de Dios; y hacia El avanzaba con el vigor de la fe, la alegría de la esperanza y el ajetreo del amor.



7. *Hacia la cumbre del Amor*

La subida a una montaña no se hace a saltos sino paso a paso, lentamente con cansancios y sorteando precipicios; se necesita andar y siempre andar sin detenerse.

Así fue la ascensión de la Madre Caridad a su calvario; nunca se detuvo, yendo al encuentro del Amor, a pesar de las incomprensiones, angustias, soledad, enfermedades, conciencia de los propios límites y sufrimientos sin cuento que se le presentaron, en el cumplimiento de su misión.

Para apreciar su progreso espiritual, es preciso estudiar los contrastes que ofrecen sus primeros y sus últimos años.

Pero, hemos de tener en cuenta, que "cada hombre es hijo de su tiempo", y la Madre Caridad no era una excepción, y por eso tenía el ideal de la estricta observancia que florecía en todos los conventos de Europa a fines del siglo XIX; y es indispensable, además apreciar **los signos de los tiempos**.

La estrictez en el cumplimiento de la ley, como un sacrificio total de expiación; la observancia inquebrantable hasta en los mínimos detalles de la Santa Regla, interpretando su espíritu a través de cada letra; el espíritu y la práctica de perfecta y ciega obediencia basada en una fe invulnerable; la rigidez de la penitencia individual y comunitaria practicada hasta el heroísmo, con una mirada ultraterrena; la extraordinaria disciplina externa; el silencio sigiloso, pese a las más difíciles circunstancias; eran **los signos del tiempo** en aquella época.

Y si **los signos de los tiempos** son la manifestación de la Voluntad de Dios para conducir a su Pueblo, la Madre Caridad al llevarlos a efecto en su Congregación estaba cumpliendo perfectamente la Voluntad Divina.

Y así se ve su gobierno, que cuando surge como signo de los tiempos en el siglo XX, la doctrina del dulce Cristo en la tierra, Pío XII, empieza también la Madre Caridad a observar prácticamente su doctrina, y a través de sus orientaciones se conoció la **Epikeia** en aquellos casos, en los cuales al seguir la ley al pie de la letra, equivalía a trastornar el bien común.

Además, la Madre Caridad tiene a su favor en todo tiempo, el gran argumento de que no exigía nada que ella misma no hubiera practicado.

Después de este paréntesis, miremos con profundo respeto la faena espiritual de nuestra Madre Fundadora.

La severidad monástica que había bebido en María Hilf, y que fue la leche con que alimentó a las primeras generaciones de franciscanas, acostumbrándolas a heroicos vencimientos como si fueran la cosa más natural del mundo, e imprimiendo en su Congregación un sello de virilidad inconfundible, se bañó con la dulzura de Cristo, y la Madre Caridad se llenó de una comprensión, no solamente sobrenatural, sino también humana de todas las fragilidades.

El rigor en la observancia y en las penitencias, y el acento justiciero en las amonestaciones se transfiguraron con el carisma de la bondad. Aunque, desde los comienzos de su Instituto, la Madre Caridad nunca dejó a nadie con el corazón encogido, ni le redujo los horizontes del alma; todo lo contrario, se los mostró amplios y sin límites como los brazos de la cruz.

La Santa Regla jamás fue para ella letra muerta, sino un texto vivo; y si se mostró inflexible en su defensa, también prodigó una suavidad encendida en caridad, cuando de perdonar, corregir o amonestar se trataba.

En la Madre Caridad se fue notando año tras año, el aniquilamiento del amor propio por el triunfo integral del amor divino, su regla de conducta llegó a ser: "Qué haría Cristo en este momento?...."

Su meta fue la santidad que se logra mediante la sencillez producida por un amor absorbente de Dios, probado en la caridad con el prójimo.

Consciente del mérito de los pequeños sacrificios hechos con un gran amor, les daba la mayor importancia en su vida espiritual, y afirmaba en sus últimos días; "No me arrepiento de no haber hecho grandes penitencias y de no haber usado cilicios dolorosos y crueles maceraciones como los grandes santos penitentes, pero sí me arrepiento, y muchísimo, de cada pequeño sacrificio que he dejado escapar".

Esta era también la doctrina que procuraba infiltrar en lo más recóndito del espíritu de sus hijas, enseñándolas sin cansarse, la fidelidad en las pequeñas observancias, porque en las cosas más insignificantes de la vida, es donde se aprende a practicar ese amor de valor incalculable

que se agiganta y está listo a todo sacrificio, cuando es necesario realizar empresas de mayor cuantía.

Esa lealtad generosa es la escuela del heroísmo; Dios acepta complacido las cosas pequeñas hechas con un corazón tan amante que se detiene en los detalles; pues lo único que pide a sus criaturas es la fidelidad en el amor... "Muy bien, siervo bueno y leal; ya que has sido fiel en lo poco...." (Mat, 24, 21)

Pero... ¿Quién hubiera sido capaz de penetrar en los secretos de su alma?... Leamos lo que escribe Monseñor Rosero y Castañeda, que la conoció íntimamente:

"Cada vez que traté con la Madre Caridad, asuntos de alguna importancia, me asaltaba la impresión de que estaba hablando con una Religiosa de la talla de Santa Teresa de Jesús, pero tengo que confesar ingenuamente que alguna vez que quise explorar la morada alcanzada por su espíritu, inmediatamente recurrió al arte inimitable de los santos, de cubrirse con un velo impenetrable y me encontré con la Madre Caridad sencilla, bondadosa, candorosa y buena, iluminada con una dulce y apacible sonrisa". (1)

Su humildad se hizo más profunda, deseando ardientemente vivir perdida en Cristo. Nuestra Madre no dejó escrito nada sobre sí misma. Sus hijas procuraban indagarle detalle de su niñez, de su juventud, de su mundo... Ella contaba con gracejo sumo, uno que otro rasgo, pero luego el pasado tenía por broche su consejo acertado o sus alegres risas.

Las Superiores le insinuaron, y la Rvda. Madre Aquilina le hizo verdaderas instancias, para que dejara una Autobiografía. Ella por obedecer, cogía cualquier papelucho, de esos que guardan por reverencia a la Santa Pobreza, y empezaba: "**Sor Caridad.** Carolina Brader, nació en Kaltbrunn (Suiza). Sus padres se llamaron Sebastián Brader y Carolina Zahner". Seguía luego unas breves líneas sobre su educación, y suspendía. Probablemente el papel se le perdía, y volvían los ruegos y las exigencias de su Superiora, cuando los acontecimientos clásicos de la Congregación se imponían; y ella al momento, utilizaba otra hoja por el estilo de las anteriores y empezaba: "**Sor Caridad.** Carolina Brader nació en Kaltbrunn, etc..., etc...", y así quedaron tres comienzos.

Todas las Congregaciones de que se tiene noticia citan en las vidas de sus Fundadores como fuente principal su Autobiografía, nosotras no tenemos ese consuelo, pero sí el consuelo de su grandísima humildad.

(1) Reseña Monseñor Juan Bautista Rosero y C.

Ella era la "pequeña Mutter Cháritas", en que Dios posó complacido sus miradas precisamente por verla tan pequeña.

La Madre Caridad dejó huellas indestructibles en la vida, que sus hijas estudiaron con ahínco, de lo contrario su historia hubiera quedado completamente cerrada y bella como un círculo.

La obediencia es la virtud del mismo Dios: "**Factus es obediens...**" Es la virtud más meritoria y la más difícil de guardar, y por lo mismo la muy amada de la Madre Caridad.

Hasta en la víspera de su muerte dio ejemplo de fidelidad a la obediencia.

Por consejo médico debía tomar unas horas de sol que le probaban bien para las dolencias que sufría. Cansada, agotada, adolorida sentía la necesidad de recostarse un poco; y cuando una de las Religiosas le pidió que se fuera al lecho, la Madre Caridad repuso tranquilamente:

- "¡No, no! La Hermana enfermera me ha ordenado que debo estar en el sol. Hay que obedecer".

Y se quedó levantada a pesar del cansancio que ya era el precursor de su muerte.

Exhortaba a sus hijas a la perfecta obediencia, mirando en el mandato recibido la voluntad divina y decía: - "Si alguna disculpa se puede presentar ante el tribunal del Juez Supremo, sin duda será ésta: Señor, lo hice en obediencia y seré bien despachada y atendida".

Es conmovedor el Testamento Espiritual, que veinte años atrás, y en ocasión de hallarse a las puertas de la muerte, dictó a la Rvda. Madre Inés Danner:

"Si yo muero, dejo a mis Religiosas este mi último deseo como un testamento":

1o. Que las Religiosas observen **siempre una filial y fiel obediencia.**

2o. Que mediten diariamente la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, como nos lo dejó en testamento Nuestro Seráfico Padre, siguiendo el método de **meditar las horas**, como se les ha enseñado a todas en el Noviciado.

La Madre Caridad

30. Deseo y suplico de lo íntimo de mi corazón a todas las Religiosas que conserven la sencillez y el espíritu de humildad que nuestro humilísimo Padre imprimió en su Orden, como también las costumbres del convento que por haber sido observadas desde hace siglos como medios de perfección, deben sernos caras, sagradas y muy estimadas.

"Si cumplen fielmente con estos deseos de mi alma, no debo tener ningún cuidado por nuestra Congregación, y muero tranquila".

En vísperas de su muerte, le dijo a una Religiosa, con un acento de humildad y sencillez admirables: "¡Madre, créamelo, yo deseo con todo mi corazón ayudar a Mutter Aquilina, pero soy tan inútil, yo ya no puedo nada, y en vista de esto he ofrecido lo único que tengo, mi vida, para que Dios le ayude en todos sus trabajos!"

Quiso morir víctima de obediencia y por eso el Señor la privó del consuelo de morir en brazos de su Superiora, en quien descansaba confiadamente de todas sus preocupaciones.

En su alma estaba latente el deseo de ver por última vez a la Rvda. Madre General, pero Dios quería el sacrificio íntegro y permitió que los telegramas enviados desde Maridíaz, no llegaran a su destino y que las cartas remitidas por la Rvda. Madre Aquilina, ansiosa de noticias, sufrieran un retraso inexplicable de modo que nuestra Fundadora ya no las leyó.

Nunca fue menguado el holocausto de sí misma al Amor, porque fue humilde con la calma de los intrépidos, y obediente con la inteligencia de la fe. Convirtió en culto el respeto a las Autoridades, también a las que representa el poder civil, crucificándose en la cruz de la sumisión como Cristo. Supo de la justicia amable, y se mantuvo en una intensa vigilia por la ley evangélica, esperando la suprema obediencia de la última llamada.

Su devoción al Santísimo Sacramento se intensificó en un anhelo vehemente y constante de adorar sin tregua al Dios oculto en la Hostia.

La Santa Misa era su vida, y la comunión una realidad salvífica que la transformaba en Cristo.

Todos los momentos que no le reclamaban los deberes de su oficio y de la caridad, los dedicaba con avaricia a la oración fervorosa, a la

Sor M. Celina de la Dolorosa, F. M. I.

meditación profunda, a la rumia sosegada de las verdades eternas, a los pies del Santísimo Sacramento.

Por las noches, esquivando la vigilancia de las Hermanas Mayores y de la enfermera, velaba ante su Amado, una, dos y hasta tres horas, tenía hambre de Dios, y cuando le llamaban la atención tomando como pretexto su delicada salud, respondía: "Qué quieren que haga?... Si no puedo dormir, déjenme a lo menos rezar"!... y con sencillas razones ocultaba los secretos del Rey.

Solía esconderse al pie del altar de la Dolorosa, para desahogar, sin testigos, su corazón y unir sus penas con las de la Madre Virgen. Si de improviso se la encontraba, se notaba en sus mejillas huellas de llanto que se borraban inmediatamente con la mejor de sus sonrisas.

La Virgen Santísima fue siempre su verdadera Madre; jamás se vio conturbada su confianza en Ella, y a lo largo de su vida le profesó una sólida devoción que procuró inculcar en cuantos la rodeaban. El rosario fue su arma favorita en todos los combates; su remedio en todas las necesidades y su compañero inseparable hasta la muerte.

Amonestaba a sus Religiosas: "Entre miles de almas hemos sido escogidas, para salvar a otras miles y miles..." Y quería llegar a todos los rincones del mundo con su oración.

La luz del Vaticano la iluminó siempre, y como devota incontrastable del Papa, por sus intenciones rezaba porfiadamente; y por encima de todas las cosas imploraba el bien de la Iglesia en un continuo y renovado Pentecostés. Al cumplimiento de este santo deber entre sus hijas, encaminaba sus esfuerzos, recalcando con vehemencia: "¡Que nos duelan las heridas de la Iglesia! "

Le preocupaba vivamente todo lo que le ocurriría a Cristo en el mundo entero, y sentía la necesidad de reparar su honor ultrajado; y se esforzaba para que viviera latente en sus Religiosas el espíritu de expiación.

Hasta el último momento fue ascendiendo sin parar hacia la cumbre del Amor.

Su pobreza se tornó más alegre y confortante, más perfecta y franca. Todo lo recibía con simplicidad en espíritu de pobreza, como limosna que le hacía su amada Congregación, por eso su agradecimiento era el de un pobrecito de Cristo: "Dios les pague," repetía a las Hermanas que

la cuidaban o le prestaban algún favor, "Dios les pague mil veces, no tengo con qué pagarles, pero yo rezaré por Sus Caridades en el cielo; y si no puedo entrar tan pronto allá, lo haré igualmente desde el purgatorio. Perdonen tantas molestias que les ocasiono..."

Con sus 83 años vividos en una generosa cooperación humana con la gracia divina, la Madre Caridad presentía ya su fin, como un árbol cuyas raíces desgajadas por la tormenta hubieran quedado desnudas al sol.

Pero, nadie al escuchar en su última Confesión impulsando a la Comunidad a una generosa entrega al amor de Jesús Eucaristía, ni al verla cumplir con entereza los deberes conventuales, hubiera creído que estaba en vísperas de su muerte.

El sábado 27 de febrero, guardó cama por orden terminante del médico; recibió el sacramento de la Penitencia y el Pan Eucarístico y se entregó a la oración con un cuerpo fatigado que ansiaba reposo, pero con un espíritu fuerte que pedía más trabajo.

Por la tarde, al despachar la correspondencia, se encontró con la solicitud de una nueva fundación en tierra ecuatoriana, y mientras le echaba cabeza al asunto, llegó para visitarla la Madre Alberta, Consejera General.

Entre las dos trazaron planes sobre dicha petición, y la risa franca de la Madre Caridad, interrumpió varias veces el diálogo, pues hasta el fin, la alegría fue la tónica de su vida.

A las 3 y media entró la Hermana enfermera para suministrarle las medicinas; cuando de pronto la Madre Caridad, incorporándose en el lecho, exclamó: "¡Jesús!... ¡Me muero!...." Fueron sus últimas palabras.

Ante la alarma de la Hermana enfermera, acudieron las dos Consejeras que trabajaban en la Secretaría, contigua a su celda. Les bastó una mirada para comprender que era presa de la muerte; y mientras la Madre Catalina llamaba con premura al médico, la Madre Verónica cayendo de rodillas, desecha en llanto, exclamó: "¡Mutter Cháritas! ¡Bendíganos desde el cielo!...."

Sus hijas corrieron consternadas para postrarse a su lado entre plegarias y sollozos; el Padre Capellán Dr. Bartolomé Hatzer la socorrió con la unción de los enfermos y la absolución general, para abrirle las puertas de la eternidad feliz.

Madre Caridad respiró anhelosamente, cerró los ojos, se le paró el corazón en el último estallido de amor, y así entregó su vida al Creador sin una convulsión, sin agonía.

Ya había terminado su ascensión a la cumbre del amor; ya estaba con Cristo, su Esposo para siempre.



8. Honores Póstumos

Con la noticia del fallecimiento de la Madre Caridad, se extendió con rapidez extraordinaria un doloroso asombro; porque Dios nos la había conservado más allá de las esperanzas comunes, su muerte sorprendió a todos como si hubiera llegado a deshora.

En piadosa y doliente romería llegaban sus Religiosas, para verla por última vez en su lecho mortuario.

La muerte le había impreso su sello sincero y frío, pero lleno de una paz inefable; la majestuosa calma de su rostro bondadoso, y el sereno reposo que la circundaban, como si durmiera, inspiraban confianza y ternura.

Entre las manos apretaba el rosario, invitando misteriosamente a la oración.

La presencia de Dios en la celda de la Madre Caridad era como un aire que nadie ve y que todos respiran.

Junto a la Capilla de la Adoración Perpetua estuvo tres días en cámara ardiente, recostada en el ataúd y descubierta. El Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis Monseñor Diego María Gómez inició las Misas de cuerpo presente en sufragio de su alma.

Al día siguiente llegó la Rvda. Madre Superiora General abrumada por ese amargo sentimiento de lo irrevocable que sobrecoge el ánimo, para rendir los honores póstumos a la venerada Madre Fundadora.

Rendida, tras un viaje de veinticuatro horas, en pleno invierno y sin parar desde Silvia, en donde la sorprendió la infausta noticia del fallecimiento que conmovió a la Congregación, acompañó en amorosa vigilia los restos mortales de la Madre Caridad, adorando los inescrutables caminos de Dios.

Su primer empeño fue tramitar con las Autoridades eclesiásticas y civiles la autorización para verificar la sepultura en Maridíaz. Los obstáculos que se presentaban fueron allanados en Bogotá por la intervención del Dr. Hernán Copete.

La consecución de este privilegio que parecía inasequible fue un eficaz lenitivo en el dolor.

Mientras tanto, alrededor del catafalco de la Madre Caridad se verificaba una constante y devota peregrinación, pues todo Pasto se conmovió de manera inusitada: Sacerdotes, religiosos, representaciones de Comunidades, entidades y colegios, gentes de toda clase sin distinción, ricos, pobres, desvalidos y una cantidad increíble de niños rezaban continuamente en torno suyo.

Era impresionante observar cómo tocaban rosarios, medallas y estampas en su cuerpo; y se llevaban como piadoso recuerdo las flores que adornaban el túmulo, continuamente renovadas con ramilletes y coronas que enviaban a porfía.

Muy en breve llegaron las Superiores de las casas vecinas con gran número de Hermanas, y sus hijas le formaron día y noche una constante guardia de honor.

El traslado de la Madre Caridad yacente en su caja mortuoria, a la Catedral, se verificó el martes 2 de marzo. Nunca se vio mayor imponencia. Los venerables Canónigos y un cortejo de Sacerdotes, se llegaron hasta el convento para conducirla con el ritual de la dolorosa liturgia.

Detrás seguía la Rvda. Madre Aquilina Wernle, Superiora General y su Consejo, luego la Comunidad con el Noviciado, eximido por primera vez en la vida de su estricta clausura.

Las exequias fueron solemnísimas. Pontificó el Prelado Diocesano; el Seminario Conciliar interpretó el canto gregoriano de modo insuperable; y la oración fúnebre pronunciada por el Pbro. Dr. Manuel López Lurueña, fue un recuento del camino místico de su alma entregada totalmente a Dios.

Jamás la pequeña Mutter Cháritas columbrara tales magnificencias en sus anhelos de profundísima humildad.

Luego se emprendió el regreso al Convento de la Virgen del Pilar.

Un gentío inmenso la acompañaba pero nadie alteraba el orden, el silencio y la devoción admirables; por doquiera se oía el rumor del santo rosario, interrumpido únicamente por el canto fúnebre del ritual y los acordes tristísimos de la banda departamental. Las autoridades civiles le rindieron honores con Decretos y Discursos en nombre de la ciudad y de Colombia, su segunda patria.



Tumba de la Madre Fundadora

No era un entierro, era una procesión triunfal, un programa de Dios que se cumplía con maravillosa fidelidad.

Lo que más causaba admiración era ver la corona de Sacerdotes que la rodeaban, pues el Clero en masa, el Seminario Conciliar y el Seminario Seráfico se habían dado cita para acompañarla a su última morada.

Ella, hija fidelísima de la Iglesia, que tuvo una veneración carismática por los Sacerdotes, y que no solamente la practicó heroicamente sino que la dejó en herencia a su Congregación, recibía en esta hora suprema una aprobación divina, con la oración sacerdotal Comunitaria por su eterno descanso.

El Nuncio y los Prelados de Colombia y demás naciones en donde la Madre Caridad era conocida por sus hijas, se unieron al dolor de la Congregación.

Miles de Santas Misas se ofrecieron en sufragio de su alma que tanto socorrió a las pobres almas del purgatorio, mientras peregrinó en este mundo.

Sus despojos mortales fueron inhumados en el vestíbulo, a la entrada de la Capilla Eucarística, y allí reposan bajo la mirada del Santísimo, en adoración perpetua.

- "En los claros símbolos de su sepulcro, tierra, lirios y cadenas dejó trazados para sus hijas los caminos que deben recorrer. Porque ella fue pobre como la tierra limpia que atesora sus cenizas; fue casta como los lirios que vigilan su sueño, y fue obediente como las cadenas que aprisionan su fosa..."

Allí llegan en incesante romería los transeúntes, convencidos de que no hay mal en la vida que la Madre Caridad no pueda curar, por la virtud de Cristo; y las súplicas se convierten en esperanzas bienhechoras, porque ella desde ultratumba, sigue enseñando su lema: "Todo por amor a Dios y como El lo quiere".

El gobierno General de la Congregación señaló el rincón venerable de su sepultura, con una lápida de mármol que reza:

Nuestra Madre y Fundadora en Dios descansa porque era: del Santísimo custodia, de los pobres medianera; de la niñez protectora y de infieles misionera; como dueña de la gloria en el cielo nos espera.

9. Testimonio de la Roda. Madre Aquilina Wernle, su inmediata sucesora

"Nuestra Madre Fundadora vivía en un constante anhelo de santificarse. Sus apuntes espirituales, tomados en los Ejercicios y en algunas fechas que tuvieron para su alma singular trascendencia, o cuando el soplo del Espíritu Santo la empujaba hacia una mayor perfección, me sirven como tema eficaz de meditación y los estudio conmovida delante de Nuestro Señor Sacramentado".

"Siempre me fue motivo de edificación la humildad y obediencia de nuestra Madre Fundadora. Me sentía confusa en sumo grado cuando venía a nuestra celda para humillarse como la última de las Religiosas; y a veces tuve impulso de esconderme y huir, porque me reconocía indigna de tales muestras de respeto, y sentía recelo de servir de instrumento a sus admirables actos de virtud".

"Con cuánta sencillez me pedía la bendición por las noches cuando se retiraba más temprano, debido a su quebrantada salud; y mi mano se estremecía al signar su frente enriquecida con tantos méritos".

"Su obediencia era efecto de su profunda fe; pues con visión sobrenatural contemplaba en sus superiores a Cristo, lo mismo que a través de los velos de la Eucaristía, y estaba convencida de que por medio de la obediencia santificaba su tiempo y se lo dedicaba enteramente a Dios, y así solía repetir": "En todo momento **debemos** merecer, porque en todo momento **podemos** obedecer".

"Nunca se detuvo a considerar la inferioridad de su Madre General, a quien ella en un lejano día, había recibido en el convento iniciándola en la Vida Religiosa, sino que acataba filialmente la autoridad que Dios había consagrado en ella; enseñándome con el ejemplo, cómo se humillan y obedecen los santos".

"En Espíritu de obediencia quiso seguir agradando a Dios en su ancianidad con uno de los sacrificios más costosos que puede hacer el hombre, el de la lengua materna; y así en sus memorias íntimas reitera el propósito de hablar siempre en castellano; y no puedo menos que sentirme hondamente conmovida pensando en lo que esto significaba para nuestra Madre viejecita".

"Con la gracia de Dios observaré fielmente el orden del día, asistiré a todos los actos de Comunidad..." Así escribía agobiada por sus 80 años, por los padecimientos físicos y por los sufrimientos de toda clase, porque sentía en su alma una juventud perpetua, si se trataba de cumplir la Santa Regla, que fue siempre su código de amor.



*Rvda. Madre Aquilina Wernle, Superiora General
1940 a1952*

"Todas sus hijas fueron testigos de cómo cumplió sus propósitos hasta el fin. Arrastrando penosamente los pies, apoyada trabajosamente en alguna Hermana, pero con el ánimo entero, la sonrisa en los labios y el rosario en la mano".

"En cierta ocasión en que dio una contraorden a un mandato mío, hecho en forma de súplica, tuvo luego tanto pesar y arrepentimiento que vino a pedirme perdón de rodillas, sin que mis ruegos logaran levantarla".

"Ya en los últimos días de su vida, escribió: "Me propongo obedecer como una niña; pedir permiso para todo; no disponer de nada sin licencia; y aprovechar todas las ocasiones para practicar actos de obediencia por amor. Mejor morir que ser desobediente o hacer la mínima cosa en contra de mi Superiora a quien tendré veneración como representante de Cristo".

"Vivió en la sencillez y la sinceridad, procurando copiar en su alma la imagen de Cristo; y así escribió con firmes rasgos: "Quiero ser olvidada, imitando a Nuestro Señor que vivió aquí en la tierra, como si fuera un hombre ordinario, un trabajador desconocido; como El quiero orar y trabajar; DESAPARECER".

"En esta última palabra está entrañado el grado sublime de su humildad. Creía, de todo corazón, ser la última, la más inútil, y ya no quería trato con las gentes, sino quedarse oculta y laboriosa en su celda trabajando; resolviendo los problemas de la Congregación, escribiendo a sus hijas; atendiendo consultas y confidencias, remendando caritativamente las medias para las Madres; repartiendo los tesoros de su experiencia; o en la capilla rezando sin cesar. Horas enteras se pasaba en muda adoración ante el Santísimo o con el rosario entre las manos, pues era devotísima de la virgen María".

"En torno a la ley de la caridad gravitaban todos sus esfuerzos de perfección. Con cuánta humildad quiso tener a raya sus palabra y se propuso una vez más, lo que toda la vida venía practicando: "Guardaré fielmente el silencio; nunca diré nada desfavorable de nadie, rechazando hasta los pensamientos que a ello inducen. Callar, callar, callar o alabar".

Sintió la proximidad de la Hermana Muerte y se esforzó en prepararse para su llegada, aumentando en su lámpara de virgen prudente el aceite de la divina gracia: "Me confesaré cada vez como si fuera la última confesión de mi vida, vigilaré sobre mí misma para no faltar voluntariamente en nada; me prepararé diariamente para morir".

Temiendo separarse por fragilidad del abrazo de su Divino Esposo, escribió de lo íntimo de su alma como una protesta de perfecto: "Mejor mil veces la muerte que cometer la más leve falta".

"En realidad la idea de la muerte era en ella la cosa más natural. Hacía indicaciones para cuando ya no estuviera más aquí en la tierra; y daba sus últimos consejos con mirada universal, una madre que sabe que su partida está próxima: "Me voy, pero no dejen las buenas obras que tiene entre manos la Congregación: la limosna, mucha caridad para con los pobres; y grandísima caridad entre las Hermanas; la caridad es la médula del Evangelio".

"Conservar el espíritu de sencillez y seriedad que es propio de la Congregación, y la adhesión a los Obispos y Sacerdotes como representantes de Cristo. Trabajar todas y cada una para que la Congregación vaya en primera fila, pero el progreso de la misma, sea únicamente para la gloria de Dios y exaltación de la Santa Iglesia. Siempre estar bien con las autoridades civiles y obedecerles en todo lo que no vaya en contra de Dios y de su ley. La Congregación debe avanzar con el tiempo asimilándose siempre lo mejor".

"Todas la veíamos alistarse para el gran acontecimiento, y aunque decaía poco a poco, nadie quería creer que su muerte era posible. A todas nos había recibido y formado en la Vida Religiosa; estábamos acostumbradas a tenerlas siempre con nosotras y nos parecía imposible que algún día nos llegara a faltar. Solamente ella no se engañaba y sentía que Jesús ya venía a buscarla".

"Lo que contemplábamos conmovidas en la Madre Caridad; lo que nos asustaba haciéndonos temer su próximo fin, no era precisamente su vejez que fue hermosa y lúcida, sino el alto grado de unión con Dios, esa divina madurez, que en los santos ha sido siempre advertida como indicio de la proximidad de su partida a la eternidad".

"En cumplimiento de las Constituciones, y por varias fundaciones, inaplazables que se traía entre manos, como otras causas obligantes tuve que ausentarme por largo tiempo de la Casa Madre; yo bien sabía para mi tranquilidad que ella me remplazaba con ventaja".

"Sus cartas llenas de amor maternal y de obediencia filial, pues me consultaba y pedía permiso hasta para las cosas más mínimas, están impregnadas de sólida humildad, y las conservo como una reliquia que me conforta".

He aquí algunos apartes de sus últimas misivas, en las que se trasparenta su alma toda bondad:

"¡Cuánto me alegro porque se acerca otra vez su onomástico!, pero cuánto siento que otra vez no esté entre nosotros, aquí en Maridíaz. Le deseo, amada Madre, todo el bien posible, muchas gracias de Dios, consuelo del cielo en todos sus cuidados y preocupaciones que no faltarán, y la ayuda patente de Dios en todo, como la ha tenido hasta ahora".

"El buen Dios haga de Su Maternidad otro Cristo, entonces nos llevará con El, hacia El, en la fiel imitación de Jesús para que en verdad aumentemos en "edad como en sabiduría y gracia". Para conseguir esto, se lo pido a Nuestro Señor, primero para Su Maternidad y que por Su Maternidad, lo conceda a la Congregación".

"Perdóneme bondadosamente todo aquello con que la hubiera ofendido y que en vez de hacer más liviana su cruz, se la he vuelto más pesada. Lo siento de veras porque le quisiera dar solamente gusto y consuelo".

"Le agradezco de todo corazón, la hermosa postal del Niño Jesús, que me envió, lo mismo que sus cariñosos deseos, su condescendencia llena de amor, y toda la paciencia que tiene con mis faltas, como también todo el amor y bondad con que siempre me hace feliz; el buen Dios se lo premie en esta vida y en el cielo".

"En el libro de meditación tengo su estampa del Niñito Jesús con sus deseos de felicidad por Pascua y Año Nuevo, y cada mañana lo primero que le pido es que la bendiga, la consuele y la ayude en todo".

"Yo muero con gusto, porque veo cómo el Buen Dios le ayuda y, por medio de Su Maternidad, ayuda a la Congregación".(1)

"La gratitud, prestigio inefable de las almas nobles, se había tornado en ella delicadísima y conmovedora. Abundan en sus cartas las frases de sincero y profundo reconocimiento".

"Siempre me parecía verla sosteniendo a la Congregación con sus brazos extendidos en oración omnipotente; y por eso alejaba de mi mente la idea de la separación definitiva".

"Se desprendía de ella la firmeza, reveladora de la disciplina interior, de toda una vida hecha de paciencia, de constancia y de bondad".

(1) Cartas del 28 de diciembre de 1942 - 22 de enero y 3 de febrero de 1943

"Su amor ardiente a Jesucristo en la Eucaristía, en constante aumento a través de su vida; su caridad evangélica sin límites, y sin excepción de personas, siempre practicada con espíritu sobrenatural; su fe radiante, sin dudas ni temores, y su fidelidad a la Santa Iglesia con dinámica creencia; su entrega total a la voluntad divina con una alegría verdaderamente franciscana, de tal manera que la sola presencia de la Madre Caridad despertaba en las almas la conciencia de Dios; su oración perseverante en generosa cooperación con la gracia, son ciertamente carismas del Espíritu Santo, que ella cultivaba con profunda humildad".

"¡Cuánto recé para que nuestro Señor nos la conservara!... Mi oración no fue escuchada. El sabe por qué, sus adorables designios son a veces misterios impenetrables, pero esta ausencia fue para ella y para mí, una mina de sacrificios que terminó con el más acerbo dolor que pudo reservarnos la Divina Voluntad; el de no vernos más aquí en la tierra; para ella, fue el último beso de Jesús Crucificado, y para mí una corona de espinas clavada para siempre en mi corazón de hija y de madre de nuestra venerada Fundadora".



10. Exhumación

Con fecha, 17 de mayo de 1967, la Rvda. Madre Georgina Hofer, Superiora General, se dirigió a Su Excelencia Monseñor Jorge A. Giraldo, Obispo de Pasto, con la siguiente solicitud.

Excelentísimo Señor Obispo:

Las suscritas Madres General y Miembros del Consejo General presentamos a Su Excelencia nuestro más atento saludo de PAZ y BIEN.

Aprovechando la ocasión del **Capítulo General Extraordinario** que llevaremos a efecto desde el 25 de mayo, al cual asisten las Madres Provinciales y las Delegadas de todas las Provincias, nos ha parecido oportuno hacer la exhumación de los restos de nuestra venerada Madre Fundadora, Madre Caridad Brader.

Por este motivo rogamos a Su Excelencia nos conceda la autorización y el permiso necesarios para llevarla a cabo el día 30 de mayo. Le suplicamos nombrar como Delegado del Gobierno Eclesiástico, al Rvdo. Padre Aníbal Solarte A., Párroco de San Andrés, a cuya Parroquia pertenece Maridfáz. Como testigos estarán el Dr. José María Salazar, el Dr. Javier Zarama y el Dr. Guillermo Guerrero. La ceremonia será **completamente privada**, con asistencia únicamente de los Capellanes y la Comunidad.

Los restos quedarán en el mismo lugar donde ha estado la tumba hasta ahora.

Agradecemos a Su Excelencia este nuevo favor y ofreciéndole nuestras plegarias delante del Santísimo, pedimos su paternal bendición.

Sor M. Georgina, Superiora General.

Sor M. Benigna, Vicaria General.

Sor M. Heriberta, 2a. Consejera General.

Sor M. Teonila, 3a. Consejera y Secretaria General

Sor M. Aloysia, 4a. Consejera General,

Nómina de los testigos oficiales además de los Miembros del Capítulo General Extraordinario:

Sacerdotes:

Pbro. Aníbal Solarte A. Delegado representante del Sr. Obispo.

Pbro. Juan Alberto Wüest, Capellán de la Comunidad Franciscana.

Pbro. Walter Freí, S. M. B.

Pbro, Ludovico Oddo, O. F. M.

Seglares:

Dr. José María Salazar B., Gobernador del Depto. y médico cirujano.

Dr. Guillermo Guerrero N., Secretario designado para el acto de la exhumación.

Dr. Francisco Javier Zarama Z., Abogado.

Testigos del día del entierro:

Sor M. Verónica, F. M. I.

Sor M. Genoveva, F. M. I.

Sor M. Paulina, F. M. I., sobrina de la Madre Caridad.

Sr. Marcial Benítez, maestro de obra.

Srta. Carmen Patiño, empleada.

El permiso fue concedido.

Cumplidas todas las exigencias del caso, el 29 de mayo a las 5 p.m., fue retirada la placa de granito que recubre la tumba de la Madre Caridad, para dejar expedito el trabajo.

El día 30, se suspendieron las labores del Capítulo General Extraordinario para que sus Miembros fueran testigos presenciales de la exhumación.

Tras una mañana de cuidadosa excavación, apareció la bóveda de calicanto que resguardaba el ataúd. Desgraciadamente las precauciones tomadas para garantizar su seguridad, no habían impedido la obra destructora del agua que, venciendo la canalización en 24 años de empuje, se había infiltrado llenando el fondo de la fosa.



Los despojos mortales de la Madre Caridad son conducidos nuevamente a la sepultura. Puede apreciarse, en primera línea, a la Rvda. Madre General y a la Rvda. Madre Heriberta.

Al fondo: Rvda. Mdre Teonila, Rvdo. P. Anibal Solarte y Rvdo. P. Juan Alberto Wüest.

Izada la caja mortuoria con sumo cuidado a la superficie, fue llevada al claustro, en donde se procedió a su apertura, siendo notoria la humedad de todo su contenido.

1. La Rvda. Madre Georgina y sus Consejeras, con el concurso de Hermanas expertas, y bajo vigilancia médica, verificaron una escrupulosa limpieza; separaron la materia organizada y encontraron cuatro cálculos biliares.

2. Al tratarse de estructurar el esqueleto, no fue posible conseguirlo.

3. Con general sorpresa se encontró el santo hábito en perfecto estado, de modo que, después de la lavada se veía completamente nuevo, a pesar de haber permanecido sepultado en las más adversas circunstancias durante cinco lustros.

4. Los despojos mortales de la Madre Caridad, con una protección de tela impermeable y lienzo de lino, fueron colocados en un ataúd metálico, cubierto de madera perfectamente atornillada, asimismo la bóveda fue reconstruida con bloques de cemento prefabricado.

5. El día 1o. de junio a las 8 a. m., se cerró definitivamente la caja mortuoria, bajo llaves, accionadas por la Rvda. Madre General y el Delegado eclesiástico. Las llaves quedaron en poder del Gobierno General de la Congregación.

En solemne procesión con el canto del Magnificat, fue depositada en el mismo lugar que ocupaba antes de la exhumación, y desde allí sigue siendo cátedra de amor Eucarístico.

El Rvdo. Padre Capellán Juan Alberto Wüest, bendijo la sepultura y cantó un responso que corearon los demás Sacerdotes, como nota final del solemne ceremonial.

Todos los objetos de uso de la Madre Caridad que se pudieron coleccionar, junto con el santo hábito encontrado sin deterioro en su sepulcro, se conservan como piadosa recordación en un oratorio privado de la Casa Madre en Maridíaz.

Si como nos enseña la fe, cada acontecimiento tiene un significado peculiar en los designios de Dios, la perfecta conservación del santo hábito de la Madre Caridad, es una vigorosa lección que ella desde ultratumba enseña a su Congregación.

En primer término se presenta como una promesa de resurrección y luego como la librea de las almas consagradas por el carisma de la vocación religiosa, porque el hábito es una concreción ideal de la pureza; una consigna silenciosa de obediencia, y una genuina encarnación de la pobreza.

El acto de vestirlo cada día es un nuevo compromiso de fidelidad y una responsabilidad de amor consagrado.

La Madre Caridad llevaba con profundo respeto el santo hábito; acostumbró a sus Religiosas a mirarlo como el vestido nupcial del místico desposorio con Cristo y las educó en un ambiente de sincera estimación por el pardo sayal franciscano.

Por eso, la Madre Caridad nos está enseñando que el hábito es y debe ser bandera de cohesión familiar, de recuerdo sedimentado de una tradición venerable que no puede ser olvidada, desmentida, despreciada o traicionada en esta hora mundial de vacilantes lealtades.

El hábito más que al servicio del individuo, obra a escala de grupo.

El hábito es fórmula de postura ante la vida; de interpretación de lo terreno y defectible y lo inmarcesible. Fórmula que condensa los méritos y las conquistas del **grupo**, acta de presentación ante la sociedad, explicación de su razón de ser en la Iglesia y en el mundo; respuesta a los innumerables inquietos que recorren los caminos de la vida preguntando a los hombres y a las cosas una solución para sus vidas oscuras.

La Madre Caridad al mostrarnos el hábito que no sufrió menoscabo ni en la tumba, nos está repitiendo, que el amor a esta santa vestidura es una semilla espiritual de la cual debe florecer el heroísmo, y que la primera y la última alegría de una Religiosa es encontrar a Dios.



QUINTA PARTE

*"Ahora permanecen estas tres cosas:
la fe, la esperanza y la caridad;
pero la más excelente de ellas es la caridad."*

- Corintios, 13, 13 -

1. Rasgos Característicos

Era la Madre Caridad de mediana estatura, bien conformada, y se desprendía de toda ella una sana vitalidad.

De rostro más bien redondo que ovalado y de facciones acentuadas. A pesar de sus enérgicos rasgos, revelaba una bondad que satisfacía plenamente.

Sus manos llenas, pequeñas y de gran elocuencia en sus movimiento, las llevaba constantemente escondidas debajo del escapulario de su hábito, casi siempre con el rosario entre sus dedos.

Su persona ejercía un extraño poder de captación, como si al tratarla se le adivinara un resplandor en el alma; quien dialogaba con ella, percibía que había entrado en contacto con un espíritu superior.

Era de pronunciada personalidad, firme voluntad y modesta en su propia estimación. Clara, leal y decidida en su proceder, sabiendo lo que quería decir y diciéndolo; reconociendo a donde quería ir y yendo en línea recta.

Fué siempre sencilla, de modales sencillos y sentimientos sencillos, sin presumir otra cosa distinta de lo que era en realidad; no siempre atraía la atención de quienes la veían por vez primera, pero cuando se la llegaba a tratar, no se podía olvidarla jamás.

Todo su ser estaba tan disciplinado, y sus cualidades en tan perfecto equilibrio, que poseía en alto grado la resistencia para soportar el sufrimiento, que es el más hermoso timbre de gloria para la mujer. No había nada más estimable y meritorio que verla sufrir sin quejarse, y sacrificarse sin ir pregonando que se sacrificaba.

No cabían sentimientos bastardos o ruines en su corazón, hecho para amar sin medida.

Sus ojos, color de miel, despiertos y penetrantes, eran fuentes de ideas; miraban siempre de frente y con firmeza, y tenían el fuego propio de los temperamentos vivos.

En sus pupilas relucía una luz inteligente que parecía bucear en el interior de sus interlocutores, quienes no se sentían capaces de ocultarle la verdad; su mirada era tan investigadora e irresistible, que arrancaba una confesión general; pero ante los dolores ajenos, brillaba como una neblina de lágrimas.

Su boca de trazo recto, era una de esas bocas honradas que dicen siempre la verdad y la palabra justa; y su voz cálida y rotunda en la que se advertía un ligero acento extranjero, tenía el timbre lleno y sonoro que recordaba el sonido de una campana.

Su sonrisa amable y persuasiva le iluminaba toda la cara como un rayo de sol; y su risa contagiaba alegría y despertaba buen humor.

Logró adquirir una amable uniformidad, insospechadamente alimentada por su temperamento ardiente, y vigilada por un corazón sensible y fortificado por la gracia.

Su tacto y poder de adaptación, aún en las más adversas circunstancias, eran maravillosos, lo mismo que la sobriedad de gestos y gustos que denotaba continua mortificación.

Mujer de acción dirigida y persistente; de carácter inflexible una vez conocida la verdad, y sobre todo, imparcial; ante la humildad de los demás, su ceño se suavizaba al instante, y la línea recta de sus labios, que a veces apretaba, perdía toda expresión de dureza o severidad.

La Madre Caridad

Notable por el don de sugerencia y la gracia de la persuasión, arrastraba a las almas a seguir sin titubeos sus consejos, por su sinceridad.

La noble seriedad cuando una palabra malsonante hería sus oídos; la dignidad natural que era como su propia envoltura, escudo impalpable que la resguardaba contra las osadías; la bondad con que agradecía la atención más leve, pagándola con frases cordiales y sinceras; la serenidad de toda su persona y sentido del humor, eran exponentes de su acrisolada virtud.

Nadie que tratara con la Madre Caridad podía dudar de que poseía una inteligencia excepcional, profunda ilustración y sabia experiencia, por la desenvoltura con que discutía cualquier tema; por el ingenio para derivar el asunto hacia las cosas de Dios, y por el fino tacto con que rehuía el análisis de personas, aunque recordaba y alababa las buenas cualidades, y celebraba deleitosamente sus chistes.

El carisma de su caridad era el secreto de su magnetismo y de su atractivo.



Sor M. Celina de la Dolorosa, F. M. I.

2. *Pedagogía de la Madre Caridad*

Cuando la Madre Caridad reconoció, a la luz de la oración, su misión de Fundadora, se volvió al Espíritu Santo, esperándolo todo de su infinito Amor; y el carisma que recibió fue: "El apostolado encausado a la educación en todos los niveles y en todas las circunstancias en que la Iglesia lo necesita". (1)

- "Con mucha justicia se ha considerado a Suiza como la cuna de los mejores pedagogos del mundo, y la Madre Caridad, educada, en los mejores centros de aquel país, y acompañada de un selecto grupo de Institutoras, pudo formar un personal educador de primera categoría, que ha dado y está dando honor y nombradía a Colombia, al Departamento de Nariño y a la ciudadanía de Pasto en particular".

"Mas es del caso hacer notar una circunstancia que es necesario tener en cuenta, si deseamos adentrarnos en el espíritu de esta insigne benefactora de la educación de la mujer colombiana. Esa circunstancia es la constante práctica aconsejada e implantada por la Madre Caridad, de que contiguo a cada centro de educación levantado por la humilde franciscana, en donde todo es arte, gracia y perfección pedagógicas, en donde con mano pródiga se reparte a las jóvenes educandas el pan espiritual de la ciencia para sus inteligencias y la rica savia de la virtud cristiana para sus corazones, indefectiblemente funcionen centros catequísticos para niños pobres, y restaurantes económicos en donde se distribuye alimento caritativo a los pobres y desvalidos. Tal es el sello característico que supo imprimir la Madre caridad a la Comunidad que, por ser eminentemente educadora, es preferida por las clases altas de la sociedad". (2)

La pedagogía de la Madre Caridad fue flor intelectual de la cultura de su tierra, alimentada con los carismas del Espíritu Santo.

Surgió en una época de transición en que los métodos tradicionalistas dieron paso a los métodos activos, y provocó una evolución al cambiar en la enseñanza el empeño de aprender **para saber**, en aprender **para vivir**. El adagio entonces imperante: "La letra con sangre entra y la labor con dolor", merced a su influencia, se transformo paso a paso en: "La letra con placer entra y la labor con amor".

(1) constituciones antiguas pág. 19

(2) Reseña Monseñor Juan Bautista Rosero y C.

Con sus métodos siempre constructivos, probó que lo hecho con optimismo y buen humor, tiene una semilla segura de éxito; y todo lo que siembra derrotismo es anticristiano.

La pedagogía franciscana, tuvo en los principios del Instituto un ritmo acelerado de progreso que se adelantaba a la época, porque la Madre Caridad y sus colaboradoras, además del bagaje metodológico que traían de Suiza y Alemania, respaldado por el genio educador del Padre Reinaldo Herbrand, estaban en plena juventud; se hallaban en buena salud, capaz de una actividad física y moral maravillosa que no se quejaba nunca. Para ellas ningún trabajo era insoportable, y ninguna tarea demasiado baja, y tomaban el adelanto intelectual como un vehículo del progreso espiritual.

"La gracia se asienta sobre la naturaleza", y la Madre Caridad aprovechaba todos los recursos naturales y humanos para corresponder al carisma divino de su vocación.

La Madre Caridad apreciaba las doctrinas de los grandes pedagogos, pero las hacía pasar por el tamiz de su crítica certera; estudiaba las nuevas filosofías de la educación y estaba al tanto de las innovaciones en metodología, pero era sumamente cautelosa en su aplicación. La actividad de su Congregación debía ser la respuesta social cristiana a todas las teorías ateas y comunistas.

Siempre cumplió su labor educativa a base de Evangelio y de fidelidad a las normas que daba la Iglesia. Su trabajo fue fecundo por la acción de los carismas sobrenaturales que le pusieron la impronta del Amor.

El meollo de la pedagogía de la Madre Caridad consiste en crear la conciencia de la responsabilidad.

Tenía preferencia por el sistema preventivo, como San Bosco; y el proverbio: "Más vale prevenir que curar", salía a relucir con suma frecuencia en sus instrucciones. Exigía una vigilancia desvelada, precisamente para evitar faltas, pero insistía sobre toda ponderación en la formación de la responsabilidad personal.

"Es preciso fomentar la devoción al Espíritu Santo, decía, porque la responsabilidad se adquiere con el don de temor de Dios. Sólo el temor de ofenderle fortalece al alma para evitar el mal y obrar el bien sin testigos".

Las alumnas de sus establecimientos alegaban: "Aquí no se pude

dar un paso sin encontrarse con un par de ojos que nos están mirando". Pero esos ojos llegaban a convertirse en la más saludable compañía que se añoraba con el transcurso de los años.

Quería que sus Franciscanas fueran maestras responsables y serias que valorizaran el tiempo para no defraudar a la Congregación, llamada a desempeñar un gran papel en la obra eclesial de la educación.

Su sicología de la caridad es insuperable. Ponía todo su empeño en lograr que sus Religiosas fueran no psicólogas con un amor desabrido, sino llenas de comprensión, que tuvieran siempre una palabra oportuna que decir; una dirección precisa que dar, y un ejemplo edificante que ofrecer. Se consumía para que en la labor educativa se prodigara la riqueza bautismal de la caridad.

En cierta ocasión, una profesora, cansada de la insubordinación de una alumna, la llevó a entrevistarse con la Madre Caridad. Después de las quejas sobre su Indisciplina y dejadez en el estudio, esperaba la corrección que auspiciaría la enmienda. Pero la Madre Caridad se quedó observando fijamente a la niña, y sus ojos se llenaron de inmensa compasión. Luego dirigiéndose a la Religiosa le dijo sigilosamente: "La pobreza es muchas veces mala consejera. Mire, esta pobre niña sufre hambre. Cómo quiere que se esfuerce en aprender y vencer la distracción?... Obsérvela. Las orejas casi transparentes que tiene, son indicio de desnutrición. Llévela a la cocina; hágale tomar un buen alimento y verá cómo se transforma". El consejo fue seguido puntualmente y con constancia, y las reprensiones brillaron por su ausencia. En este corto episodio, uno entre mil, se ve a la experta psicóloga, que busca prudentemente las causas para remediar los efectos.

La Madre Caridad nació con el instinto pedagógico, y dedicó su existencia al trabajo con un auténtico espíritu conductor.

Para ella, la eficacia de la educación estriba en el amor. A semejanza de Cristo, amaba a la niñez, pero con predilección a la desheredada; protegía a la juventud, pero con especialidad aquella que no esperaba nada del mundo; por eso hacía hincapié en la formación de una voluntad firme y decidida, capaz de abrirles paso en la vida.

Exigía que se tuviera atención constante al ambiente del cual procedían las educandas, para que la formación franciscana se mantuviera en un plano real y de utilidad para la vida. No educarlas para un mundo ficticio sino siempre con mirada práctica hacia el futuro, de modo que

salieran preparadas para todo evento. Estudiar su índole para ayudarles en la formación del carácter; y en cualquier proyecto pedagógico enfrentarse a esta pregunta: ¿Cómo se aclimatará la educación que les damos en el mundo donde les toque vivir?...

La maestra Religiosa ha de tener una paciencia que le permita soportar sin quejarse las provocaciones continuas, las menudencias irritantes de la vida diaria, porque bajo la luz de lo infinito, toda existencia es digna de respeto, y toda criatura es digna de amor.

Pero, para vivir una vida de educadora que sea un acto continuo de caridad, es preciso conocer a fondo la pedagogía y estar ungidas del amor divino; por eso el esfuerzo por la propia santificación y la autoeducación pedagógica deben durar toda la vida.

Solamente la conciencia profesional pone los tesoros de amor al servicio de los demás.



En el frontispicio del templo délfico de Apolo, en los pórticos de algunas academias y ateneos de la sabia Grecia, se leía este aforismo: "Conócete a ti mismo". Esto era para los helenos el principio de toda formación consciente; por eso nunca descuido la enseñanza del examen de conciencia.

Ponderaba el papel trascendente que en la educación tiene el sentido de imitación propio de la niñez. Sobre esas almas tiernas y delicadas ejercen una influencia decisiva las personas mayores; imitan lo bueno o lo malo que ven. El egoísmo o la caridad; el orgullo o la humildad; el propio dominio o las faltas de carácter dejan su huella indeleble en la infancia. La Madre Caridad era incansable en recalcar la necesidad del buen ejemplo y en proponer como modelo a María Santísima.

La Madre Caridad, en cuya mente siempre tuvieron asiento las cosas grandes, apreciaba en sumo grado los valores estéticos y promovía a fuerza de sacrificios, el estudio del arte. La música, la pintura, el canto, la poesía eran presentadas por ella, como escalas para llegar a Dios; como medios de perfección; como incentivos de adelanto y selección en la sociedad, y como poderosos medios de paz y unión hogareñas, y bajo su gobierno florecieron con extraordinaria vitalidad.

Auspiciaba la educación integral, con la gimnasia y el trabajo que re-

alza los músculos, ennoblece el espíritu y califica la vida. Pero ponía en primer término las labores manuales, propias para educar la femineidad y preparar el mañana de la mujer. Deseaba llenar las Inteligencias y los corazones con la Verdad, la Belleza y el Bien.

En cuanto a la instrucción, obligaba a sus Religiosas a ceñirse a los pensum oficiales del gobierno; y deseaba se mantuviera la mejor armonía con las autoridades civiles, prestándoles acatamiento en todo lo que no estuviera reñido con la ley de Dios.

Recomendaba, además, un perfecto entendimiento entre las directivas de sus establecimientos y, los hogares, porque la unión entre las autoridades es necesaria, como el medio mejor para crear la unanimidad en la colectividad.

En la pedagogía de la Madre Caridad, el método preventivo ganaba terreno con ventaja al represivo, pero las sanciones no podían faltar.

Consideraba los castigos como recursos pedagógicos para reintegrar el equilibrio moral alterado por una falta, o para recobrar la normalidad escolar perturbada por la indisciplina. Si no lograban estas finalidades, los tenía por penas inútiles, dignas de ser desterradas.

Lo ideal es ciertamente que la propia responsabilidad, o sea la voz de la conciencia, baste para garantizar la guarda de la ley, manteniendo la tranquilidad en el orden. Pero todo ideal es de difícil realización, y su ejecución perfecta es excepcional.

Hoy, lo mismo que ayer y que mañana, tiene que existir una adecuada sanción, si se quiere formar verdaderos caracteres.

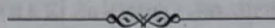
La Madre Caridad repetía que las reprensiones deben producir reacciones razonables, constructivas y leales para ser eficaces; y que muchos castigos se evitarían con la concienzuda vigilancia de las profesoras.

El trabajo bien programado es en su pedagogía, el mejor preventivo de faltas y castigos, y el factor primordial de disciplina espontánea. Recomendaba con mucho encarecimiento que se mantuviera a las alumnas constantemente ocupadas, y reprobaba la pérdida del tiempo, especialmente en las horas de clase.

No consentía que se permitiera a las alumnas estar fuera de las aulas

durante el horario, ni que corretearan con fútiles pretextos de aquí para allá. Cuando sorprendía a alguna en tales vueltas, la detenía y preguntaba con mucho interés: "¿Usted no tiene nada que hacer en su clase a estas horas?... El tiempo es oro, y no se puede despreciar ni la mínima parte..." Y la enviaba inmediatamente a su respectivo salón.

Para sus Religiosas tenía a flor de labio, el consejo: "Las Hermanas están obligadas, en conciencia, a emplear debidamente las horas que les han señalado para el magisterio, y en este tiempo no se dediquen a otra actividad, aunque ésta sea, por otros conceptos, útil y loable". (Constituciones).



La adaptación es un signo de fidelidad y de vida. La Madre Caridad lo poseía en alto grado y lo imprimió en su pedagogía, por eso insinuaba vigilante: "Dar la mejor educación y la instrucción más sólida, según la época y el país en que vivimos".

Hoy, lo mismo que en el tiempo de la Madre Caridad, la Congregación de Franciscanas de María Inmaculada, está llamada, por su carisma educativo, a promover el triunfo de la Iglesia.

En la educación contemporánea, la Congregación ha introducido cambios en su pedagogía, sin alterar los principios básicos, con la certeza de un espíritu de fidelidad a su Fundadora, cuya voluntad era de evolución y no de estancamiento.

Hoy todas las cosas se impregnan cada vez más, de un sentido social. La vigilancia tiene que ceder a una preparación con mayor libertad, pero, la Madre Caridad, cuya pedagogía estuvo a la vanguardia de su tiempo, se adaptaría, sin duda alguna, al mundo actual. Hasta en sus últimos días recomendaba: "La Congregación debe avanzar con el tiempo, asimilándose siempre lo mejor". "Hay que meditar la pregunta que con frecuencia se oye: "... ¿Qué diría Mutter Cháritas?..."

La pregunta es maravillosa en todo lo que se refiere al carisma de la Congregación y a su espíritu franciscano; a la generosidad en el sacrificio; a la caridad sin medida, y a la adaptabilidad virtuosa que toda Franciscana ha de esforzarse en imitar de su Fundadora.

Pero, bajo otros aspectos hay que ir muy despacio, en vista del progreso colosal y portentoso de la actualidad. Es preciso estudiar los signos de los tiempos, como ella estudió los de su época, a la

luz la fe, y dar paso generosamente a la renovación, siguiendo las consignas de la Iglesia.

Entender el espíritu de la pregunta, y no quedarnos anquilosadas, en la letra, porque "la letra mata, pero el espíritu da vida".

No hemos de preguntarnos: ¿Cómo lo hizo la Madre Caridad en su vida?,... Sino: ¿Cómo lo haría ahora, en las presentes circunstancias del mundo?, con esa visión suya que iba más lejos de lo humano,...

Según sus enseñanzas, hay que tender siempre a lo mejor, no a lo más novedoso, conservando el sello franciscano que nos caracteriza.

Por mucho que se diga, este capítulo queda inconcluso, porque la pedagogía de la Madre Caridad es un pozo inexhausto de aguas vivas.

Hé aquí algunas de sus consignas pedagógicas, en ellas se encuentran enseñanzas rectoras de su vida:

"Toda la educación debe estar impregnada del sentido de Dios y tener como centro la EUCARISTÍA".

"Inculcar en las educandas, desde que pisan nuestros umbrales: el concepto cristiano de la vida; la necesidad de la gracia; el horror al pecado; el principio vital de conservar la amistad divina, a costa de todo sacrificio, y una devoción filial a María Santísima".

"No habremos logrado nada en la educación de las niñas, mientras no les hagamos sentir su dignidad humana y su grandeza cristiana".

"Las niñas deben darse cuenta de que las Religiosas viven para lo eterno, y están llenas de amor a Dios. Al enseñar las ciencias profanas hay que abrir una ventana de orientación hacia el lado moral o religioso de las cosas".

"Mientras más intensa y visible es la actividad externa de una maestra, más profunda y fervorosa debe ser su vida interior".

"La recompensa de una buena acción está en haberla hecho; no busquemos pues las alabanzas humanas, sino la aprobación de nuestra conciencia y el aplauso de Dios".

"Los Ángeles de la Guarda tienen un poder increíble para ayudar-

nos en todas las necesidades; cuánto más en la enseñanza porque son espíritus de luz. Nadie tanto como las maestras, deben tenerles una devoción verdadera y práctica e inculcarla a sus alumnas como el gran medio para adquirir responsabilidad personal".

"De muchos se cuenta que en todo encuentro con otras personas, saludaban ante todo a sus ángeles custodios y se encomendaban a su protección; ésta es una piadosa y eficaz costumbre que todos deberíamos imitar, pero especialmente las maestras para tener éxito en la educación".

"Aplicar castigos aflictivos como golpes o maltrato, desdice de la dignidad de una educadora".

"Las niñas se guían más por lo que hacemos que por lo que decimos, de aquí viene la necesidad del constante buen ejemplo".

"La maestra que no practica lo que enseña, destruye con su ejemplo lo que edificó con sus buenas palabras".

"El recuerdo de una maestra buena, el testimonio de santidad o de virtud recibido, puede sostener a una joven en la hora de la tentación".

"El único verdadero empeño que debe tener una maestra Religiosa es el de grabar la imagen de Dios en el alma de sus discípulas. Somos ante todo profesoras de amor divino".

"Para dictar una lección, hay que llevar siempre como garantía de triunfo: el auxilio divino; la idea precisa de lo que se va a enseñar; la voluntad firme de enseñarlo; y el método adecuado para enseñarlo".

"Que las verdades no se queden estacionadas en la inteligencia de las alumnas, sino que las acepten sus corazones y en lo futuro les sirvan de regla de vida, y de brújula en los peligros".

"No está en los muchos conocimientos sino en la preparación para los deberes de la vida, el éxito de la educación".



3. *Facetas de su espiritualidad*

10. RASGOS IDEOLÓGICOS

No existe el molde para fabricar santos. Cada uno es único en su especie. Aunque esto sea cierto, no lo es menos que cada orden Religiosa tiene su ideal propio de perfección. Sus Reglas, tradiciones y costumbres forman una escuela de santidad por la gracia y los carismas del Espíritu Santo, en donde se encuentra el ideal mostrado al fundador en los orígenes de la Orden, con cuyos rasgos principales se bosqueja la espiritualidad de sus miembros.

La espiritualidad franciscana, lleva el sello que le imprimió San Francisco de Asís: "guarda el santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo".

La Madre Caridad, única en su estilo, al organizar su vida para Dios a la luz de lo eterno, es netamente franciscana. Sus ideales evangélicos nunca se apartaron del carácter especial que quería imprimir en su Congregación, no zozobró ni un momento en la organización, tenía la mística del principio.

En la espiritualidad de la Madre Caridad, no hay saltos, ni estridencias, ni cambios de ruta; es una trayectoria limpia y bien definida, que sigue sin desviaciones hasta la cumbre del Amor. Como fin supremo, la unión perfecta con la Voluntad de Dios, y como base, la humildad y la renuncia propia, según su lema: "Todo por amor a Dios y como El lo quiere".

Durante sus 83 años de vida, fue labrando su santificación, cimentada totalmente en la sinceridad, sin ilusiones engañosas, enemiga de histrionismos y ostentaciones, atenta a la gracia del Espíritu Santo que cada día le mostraba claramente la finalidad de sus tareas. Su paz interior era debida al tranquilo fluir de una vida canalizada por la fe.

El cúmulo de victorias diarias alcanzadas sobre el propio egoísmo, la irascibilidad de su temperamento o la sequedad de sus palabras, hasta alcanzar ese grado de bondad que hacía exclamar a sus Religiosas: "¡Cuán bueno debe ser Dios, si Mutter Cháritas es tan buena!...", hablan claramente de ese heroísmo que es el triunfo brillante del espíritu sobre la carne.

Sor M. Celina de la Dolorosa, F. M. I.

Sus conceptos de espiritualidad son claros, evangélicos, sólidos y concisos: El deseo de la perfección siempre activo, obligatorio y tan eficaz que abraza todos los sacrificios para alcanzarla, como si resonaran continuamente en los oídos las palabras de Jesús: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto".

La Madre Caridad era un alma cristocéntrica y dio a su Instituto una orientación cristocéntrica también. Con hambre y sed de justicia, buscaba su hartura en la inmolación por los tres Votos religiosos, que ella interpretaba a través de la caridad, pues según sus enseñanzas y explicaciones:

La caridad llevada a su perfección acepta perpetuamente el gran sacrificio que implica la obediencia; unión de la voluntad propia con la Voluntad salvífica de Dios a través del mandato.

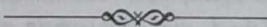
El clima de una caridad verdaderamente sobrenatural, engendra la disposición irreprochable y correcta, y la actitud evangélica de la castidad virginal.

La caridad nutre las exigencias de la pobreza efectiva y de espíritu, y el desprendimiento absoluto que aparece en el Evangelio en los seguidores de Cristo.

No vacilaba en aconsejar: "Huyan de las faltas contra la caridad, con el mismo horror con que huyen de las faltas contra la pureza".

"La caridad cubre todos nuestros pecados; es la única indulgencia que se gana a ciegas, sin las condiciones requeridas".

Su alma descansaba plenamente en la caridad, que consideraba como el sol a cuyo rededor giran todas las virtudes, y sólo gozan de la luz que ella les comunica.



2o. OBSERVANCIA REGULAR.

La Madre Caridad implantó como una obligación de lealtad divina y humana, la observancia fidelísima de la Santa Regla; en ella lo hallaba todo, fuera de ella nada quería. Defensora de las Constituciones, colocaba todas las cosas en un plano sobrenatural para sujetarlas a la más rigurosa obediencia, porque en el pecado como en las buenas obras, nada es pequeño para Dios, y nada es pequeño contra Dios.

La Santa Regla nunca fue para ella un escrito sin vida, sino la santa y sabia Voluntad de Dios y la levadura de toda la Vida Religiosa. He aquí algunos de sus pensamientos:

"Las Santas Reglas son normas de vida, que se deben aprender, practicándolas".

"Al cumplir la Santa Regla no hay que pensar en lo que vamos sufriendo, sino en lo que vamos mereciendo".

"Comencemos la observancia regular por la certeza que nos da la fe, de que las Santas Reglas no son una obra humana. Una vez que han sido aprobadas por la Iglesia, dejan de ser humanas para tener autoridad divina, infalible y son santas".

"La Santa Regla es una norma de santidad que satisface plenamente; según su orientación nos quiere Dios. Traduciendo en actos todos y cada uno de sus preceptos se encuentra la perfección".

"Ninguna prescripción de la Santa Regla debe parecernos pequeña; todo lo que se hace por amor a Dios es grande, y tiene recompensa eterna".

3o. LA MORTIFICACIÓN.

La Madre Caridad tenía en gran estima la mortificación interna con la crucifixión del entendimiento sometido a una fe sin sombras, y del propio querer sin apegarse ni siquiera a los consuelos divinos. Solía repetir aquel retruécano; "Buscar más al Dios de los consuelos, que a los consuelos de Dios".

Su mortificación externa, encerrada en un cerco de circunspección, podía ser barruntada: en su oración constante; en su observancia regular hasta llegar a ser la personificación viva de la Regla, y la primera en todos los ejercicios de Comunidad; su sencillez en el refectorio; las penitencias públicas por las transgresiones de los Estatutos que practicaba sin asomo de respeto humano; su fidelidad a los usos y costumbres de la Congregación; su paciencia edificante en las enfermedades; su valor para soportar los dolores físicos y morales y el silencio con que padeció la incomprensión.

Nadie creía que sufriese tanto, porque todo lo sobrellevaba con alegría y naturalidad.

Cuando alguien le ofrecía especiales atenciones, agradecía respondiendo jovialmente:

"¡Oh! entonces, ¿para qué nos llamamos **Hermanas de la Penitencia?**... A Nuestro Señor le agrada, más que ninguna otra mortificación, que recibamos con buen ánimo las crucecitas que nos envía y que se nos presentan a diario; ya sean enfermedades, fracasos, contratiempos, humillaciones, etc... porque nadie tanto como El, sabe qué clase de penitencias necesitamos". Y leal consigo misma, solamente por una más franca alegría dejaba adivinar un mayor sufrimiento.

Respaldada por su vida austera y laboriosa, recomendaba el trabajo como la mejor mortificación.

"La mortificación más acepta a Dios es agotarnos en el trabajo de cada día con fidelidad a los deberes de nuestro estado y condición".

"No se puede descuidar el trabajo sin alejarse de la santidad, porque Cristo nuestro modelo se sometió al trabajo duro". "El hombre nació para el trabajo como las aves para el vuelo". (Job V, 7)

"Con el trabajo ofrecido a Dios, como holocausto de amor y enriquecido con muchas intenciones se realiza un apostolado eficaz y cristiano".

La Madre Caridad nunca pudo consentir la ociosidad, considerando que el deber de todo ser humano es producir y ser útil en alguna forma a sus semejantes.

Enseñaba a sus Religiosas la necesidad de la mortificación como medio indispensable para alcanzar la perfección; pero restringía las penitencias externas con el requisito de obtener un permiso especial, si eran excepcionales o intervenían en la vida común.

4o. LA PRESENCIA DE DIOS.

La Madre Caridad estaba penetrada de la presencia de Dios; había dado a su vida un sentido divino, y ninguna fuerza humana la podía desviar, porque nunca olvidaba que si la fe es un don gratuito, también se da en respuesta a la plegaria.

La disposición que había adquirido de encontrar a Dios en todas las

cosas de la vida, estribaba en la voluntad firme de mantenerla, ayudada por la gracia. Suponía esfuerzos constantes y empleaba trucos humanos para tener a Cristo ante los ojos.

Para alimentar en sus Religiosas la tendencia a vivir siempre en la presencia de Dios, les enseñaba con una tenacidad incansable el tradicional ejercicio franciscano del "Reloj de la Pasión de Cristo".

"¡Madrecita! ¿qué escena de la pasión de Jesús, nos recuerda esta hora?...". Preguntaba a quemarropa al encontrarse con sus hijas en cualquier momento.

"La presencia de Dios era el tema favorito de sus instrucciones diarias a la Comunidad, y maternalmente corregía cualquier falta, por pequeña que fuese, cometida al respecto".

"Ancianita y enferma, rezando el santo Rosario, arrellenada en una pobre mecedora, advirtió que una joven Religiosa, subía corriendo las gradas, como ajena a la presencia de Dios".

"Madrecita, venga acá", exclamó.

"La joven Religiosa, asustada y confusa, se acercó balbuceando una súplica de perdón..."

"¿Qué iba pensando usted, al cruzar el corredor y subir las gradas?... Lo vi en su cara. No hay que perder nunca la presencia de Dios, si se quiere ser buena Religiosa".

Pero en seguida le entregó un puñado de gruesas ciruelas que calmaron el susto, endulzaron la pena, sanaron una herida y abrieron un camino. (1)

La Madre Caridad tenía un ascendiente especial en su trato, algo que le fluía como un don de Dios; era que en su intimidad siempre estaba tratando con El.

El Señor le había concedido una fe operante; una fe que se traducía en obras, una fe que conocía el sacrificio por los demás, y por eso los misterios se iluminaban ante sus ojos.

Con espíritu de fe enseñaba que el único verdadero mal es el pecado; y en repetidas ocasiones demostró con su ejemplo que son preferibles todas las desgracias de la tierra, antes que ver a Dios ofendido.

(1) San Francisco y Ellas. Monseñor Mejía y Mejía

Cuando en los albores de la Congregación, hizo su primer viaje a Europa, conociendo las necesidades de la fundación, trajo con dificultades inauditas, preciosos objetos para el culto divino: ornamentos, telas finísimas, ángeles, candelabros y floreros; gracias a la generosidad de manos bienhechoras.

Llegado el Jueves Santo, el monumento parecía un ascua de oro, pues ella nunca escatimó nada en homenaje al Santísimo Sacramentó, sobre todo para atraerle adoradores en ese día de su institución maravillosa.

A eso de las nueve de la noche, un incendio voraz que nadie pudo sofocar, redujo a cenizas el monumento. La pena que todas sintieron fue indescriptible; pero ella contestó varonilmente a las quejas y lamentos: "Dios lo ha permitido". ¡Bendito sea Dios!... "Todo esto es nada ante la desgracia de cometer un pecado".

"Nuestra Madre tuvo que sufrir mucho espiritualmente; pero no queremos decir con esto, que conoció las perplejidades de la duda, pues siempre nos pareció que su fe clara y tranquila se movía en el conjunto de los misterios de la Religión como en una visión serena, de aquí que sus enseñanzas fueron siempre sencillas a la par que profundas y basadas en el Evangelio"(2).

- "En la vida espiritual, decía, no hay vacaciones; para seguir en la senda del cielo es preciso caminar día y noche sin parar".

- "Hacer lo que se debe, pero estando presentes en lo que se hace bajo la mirada de nuestro Señor. Es tan corta la vida para probar nuestro amor a Jesús".

"Andar siempre en la presencia de Dios, controlándose a: sí misma: en lo que hace, cómo lo hace y por quién lo hace. Muchas veces se detenía al tomar una resolución y suspiraba: "Si supieramos cómo es esto en la presencia de Dios!".

"Dios debe ser en todo, y por encima de todo, el fin de nuestro amor. Si se está bien con Dios, todo lo demás no importa".

"Necesitamos ser santas para ser eficaces, y demostrar a través de la vida que Cristo vive en nosotras".

(2) Apuntes de su Biografía, pág. 170

50. ALMA MISIONERA.

"Sería interesante hacer un detenido estudio del espíritu franciscano de la Madre Caridad. Notemos solamente esos rasgos inconfundibles de franciscanismo que se encuentran en ella a simple vista: su ferviente amor a Jesús Sacramentado, su constante y viva caridad a los pobres, y su interés por las misiones". (1)

Cuándo organizó la fundación de Puerto Asís, encareció a sus misioneras: "Id amadas hijas, en Nombre de Dios. Rezad, trabajad y sufrid por amor a Dios. Por medio de esta fundación se extenderá más el reino de Dios y será grande el bien que podéis hacer por la Iglesia y por la patria colombiana. Veo que tendréis mucho que sufrir, pero sufrid calladas por Dios y por Colombia, puesto que el Caquetá será un día la despensa de Colombia".

Monseñor Plácido Crous Salich, glosa maravillosamente estas palabras, así:

"Ved compendiada la vida Franciscana. Rezad, decía el Seráfico Padre, porque la oración ocupa el primer lugar en el apostolado, antes que la acción. Trabajad, porque vuestra vida es mixta, de oración y trabajo, como la de Jesucristo. Sufrid, para imitar y corresponder al Divino Redentor, Quien salvó al mundo con sus sufrimientos". Con la frase por la Iglesia y por Colombia, se expresa el programa misionero, que es la extensión de la Iglesia en todas partes. Este es el espíritu que imprimió nuestro Señor en la benéfica Congregación fundada por la Madre Caridad, alma verdaderamente franciscana. (2)

La vida para la Madre Caridad no representaba otra cosa que: la Voluntad de Dios y la salvación de las almas. Como verdadera hija de la Iglesia, sentía una atracción irresistible hacia las misiones; amaba a los indígenas e hizo entre ellos obra de resurrección.

Con lágrimas repetía: "Dos mil años de Cristianismo y dos mil millones de almas que no conocen a Jesucristo. ¡Y dentro de los millones que lo conocen, cuántos que han renegado de El, o que huyen de su lado!... No es posible que vivamos tranquilas con este pensamiento".

"Esos miles de almas no pueden hallar la paz, mientras las Religiosas no se la conquistemos por la oración, el sacrificio y el esfuerzo. No vale lamentarse de la maldad de los hombres, es preciso trabajar por ellos".

La Madre Caridad encuadraba su Comunidad en la perspectiva eclesial.

(1 y 2) Monseñor Plácido Crous Salich, en varios de sus escritos.

sial. "El Instituto existe gracias a la Iglesia, en ella y por ella..." De esta raigambre le nacía la preocupación intensa y continua por el problema de los hombres que huyen de Dios; y ofrecía sus oraciones y sacrificios para que encontraran al que es Camino y Verdad y Vida. Incalculable fue el número de almas a quienes les hizo comprender el ideal de conocer mejor y amar a Dios.

La preparación de futuras misioneras era el mejor recurso para saciar su sed de salvar a los infieles, ya que no podía ir ella misma a trabajar en pleno campo de misiones.

Reconocía como buenas vocaciones franciscanas, aquellas que de mostraban inclinación a trabajar en las misiones.

Dos fines específicos propuso la Madre Caridad a sus misioneras establecidas por fin en el Putumayo, Caquetá, Ecuador y las islas de San Blas, en Panamá.

Primero: Ayudar incondicionalmente al misionero en la evangelización.

Segundo: Rehabilitar a la mujer indígena, formándola con paciencia y caridad en las verdades de la Religión cristiana, y en las normas del trabajo que consolida los hogares.

Su corazón se inundaba de gozo por el número de bautismos y de conversiones que ascendía en vertical cada año; y su caridad se expresaba en las visitas que practicó a las casas de misión; para ella no existían obstáculos invencibles, mal tiempo, pésimos caminos, peligros sin cuento, edad avanzada, todo lo arrollaba al tratarse de Dios y de las almas, mientras repetía: "Estos trabajos son nada, comparándolos con el bien que se hace en esta tierra. ¡Alabado sea su Santo Nombre!".

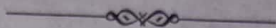
Con antelación preparaba regalos y ayuda económica, y ordenaba a sus misioneras que para su llegada alistarán una hornada excepcional, pues sentía gran complacencia en repartir pan a los escolares, a sus papas y familiares y a cuantos indígenas se acercaban al convento.

En todas partes se preocupaba por las necesidades de los misioneros, de las Religiosas y el bienestar de las niñas, pero con un criterio amplio, estudiando la idiosincrasia de cada lugar.

Su veneración por los misioneros es uno de los ejemplos más edificantes de su vida; contemplaba en ellos a Cristo y les prodigaba una caridad

de servicio completamente sobrenatural, desinteresada y constante.

La Madre Caridad ayudaba a las misiones viviendo así la vida del propio sacrificio, pues sentía con San Dionisio que: "Entre todas las cosas divinas, la más divina es cooperar con Nuestro Señor en la salvación de las almas".



6o. ALMA EUCARÍSTICA.

El amor sin límites de la Madre Caridad a la divina Eucaristía, su entrega total a Cristo en el misterio de su Real Presencia, no fue únicamente el producto de su cooperación con la gracia santificante, perfeccionando sus virtudes teologales; fue una gracia carismática del Espíritu Santo, continuamente activa y disponible, dotada de una orientación constante, hasta conseguir para el pueblo de Dios, un foco de vida en la Adoración Perpetua.

"La eficacia es proporcional al poder divino del Espíritu que es quien da el carisma y quien lo obra", (1 Cor. 12, 11) por eso la Madre Caridad, al sentirse impelida por el soplo divino a extender el reinado de Cristo Eucaristía, descansaba humilde y plenamente en el Señor, y de su poder lo esperaba todo.

Si "el carisma designa específicamente un don concedido por el Espíritu Santo a un cristiano con el fin de enriquecer a la Iglesia", (1) la devoción de la Madre Caridad al Santísimo Sacramento cumple con las dos condiciones.

La Madre Caridad concibió su Instituto religioso franciscano dedicado al apostolado multifaceta de la enseñanza y que tuviera por aliento vital el culto a la Sagrada Eucaristía. Quiso que el homenaje de adoración al Sacramento del Amor, fuera público,teniéndolo expuesto día y noche en alguna de sus Casas; y esperaba que esa consagración a Jesús Hostia impregnaría todo su Instituto del espíritu de reparación.

Ella ya estaba penetrada de la verdad que tan claramente expresa el Concilio Vaticano II: "Ninguna comunidad cristiana se edifica si no tiene su raíz y quicio en la celebración de la Santísima Eucaristía por la que en consecuencia debe comenzarse toda educación en el espíritu de comunidad". (PO 6)

Desde que soldó con Jesucristo el primer eslabón de la cadena de amores que había de unirla a El eternamente, se mantuvo vinculada a su Deífico

(1) J. Galot, Nueva perspectiva de la vida consagrada pág. 22



El Altar en la actualidad.

Corazón. El carisma se orienta siempre hacia el bien común, por eso la Madre Caridad extraía del sagrario las gracias para el mundo entero.

La Madre Caridad se refería a la Divina Eucaristía en sus diversos aspectos: sacrificio, alimento, presencia, nervio de la vida consagrada.

Al participar en el **Sacrificio** Eucarístico de la Santa Misa, verifica la franciscana su inefable unión con el Salvador; y en cada ofertorio renueva el compromiso hecho en su profesión, aceptando al mismo tiempo todos los sacrificios que ese compromiso impone diariamente.

En el **banquete** eucarístico, al alimentarse con el mismo Cristo, refuerza los vínculos de amor, hasta convertirse en una sola cosa con su amado Señor. Alimentada con tan divino Pan, cobra fuerzas para reproducir en su vida consagrada los rasgos del Salvador, y para unirse sacrificadamente con todos los hombres, pues ellos también tienen su puesto en el sagrado banquete.

La Madre Caridad repetía con insistencia: "Si alguna, no puede perdonar una ofensa, ni dominar su resentimiento al acercarse al comulgatorio, es mejor que no comulgue. La sagrada Comunión es el banquete del Amor y, por eso, del perdón incondicional".

Quería que toda actividad se centralizara en la Eucaristía, y que **el terrible** cotidiano, vivido humildemente, sirviera de preparación y acción de gracias para el divino Banquete.

La vida corriente debe ser la continuación de nuestra comunión diaria. Que Cristo permanezca en nuestro ambiente cotidiano, en todos nuestros deberes; el oficio no importa para quien trabaja con amor. Esta misma vida ordinaria iluminada con la luz de Jesucristo es también la mejor preparación para la comunión del día siguiente.

Y recalca: "La mejor preparación para la Comunión, no consiste en recitar oraciones, sino en el fiel cumplimiento del deber ofrecido al Señor".

"Durante el día hacer frecuentes Comuniones espirituales, para renovar el lazo de amor con Cristo y mantenerse en su divina presencia".

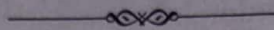
La **presencia**, eucarística proporciona la perpetua cercanía del Salvador a los hombres y anticipa los deseos de contemplación y posesión del Bien amado.

La Madre Caridad bebía en su fuente la vida eucarística que volcó a torrentes en el corazón de sus hijas, inculcándoles, como una idea fija, que el valor de la Vida Religiosa se mide sobre todo por la densidad de esta vida escondida en Cristo. Suspiraba porque todas sus hijas fueran verdaderas franciscanas que buscan por única herencia a Dios, que no les importa el campo de labor, porque todo lugar es su templo, toda oficina su altar y todo trabajo su Misa con Cristo.

La Madre Caridad halló en la Eucaristía el medio por excelencia para conseguir la **cohesión** comunitaria de su Congregación, porque el Santísimo Sacramento fomenta el clima fraternal de la comunidad. Si toda la Iglesia se alimenta de la Eucaristía, la Vida Religiosa, ha de alimentarse también de ella, para ser sarmiento fecundo de la divina vid.

Por reverencia al Divino Misterio se preocupaba constantemente de que todo lo tocante al servicio del altar fuera siempre lo mejor de lo mejor; y que las sagradas funciones se celebraran con la piedad, exactitud y precisión que solemnizan el culto divino. Ella misma daba un claro

ejemplo por su edificante fervor. Bien pudo exclamar con el Salmista: "He amado el decoro de tu casa y el lugar donde reside tu gloria".



7o. VENERACIÓN POR LOS SACERDOTES.

El espíritu de fe de la Madre Caridad se cristalizaba en su veneración por los Sacerdotes, porque el sacerdocio es la más completa profesión de servicio y eleva al hombre a alturas insospechadas de grandeza sobrenatural.

Su mirada a los Sacerdotes era siempre el acto de fe de quien, con los ojos de la carne, contempla a Cristo a través de un ser falible; y al más humilde y pobre de entre ellos, le tributaba igualmente el homenaje de su respeto y le ofrecía ampliamente su apoyo, como hija fidelísima de nuestro Padre San Francisco.

San Pablo dijo que "la fe es la evidencia de las cosas no manifiestas". Por la fe penetraba la Madre Caridad las apariencias y veía lo invisible, encontrándose con el mismo Dios en cada uno de sus ministros.

La Madre Caridad convirtió las enseñanzas evangélicas en sustancia propia, y al servir a los Sacerdotes escuchaba a su Maestro; "Quien a vosotros recibe a Mí me recibe"; y por eso su delicadeza espiritual se hizo generosidad, admiración y reverencia para con sus apóstoles.

- "Recen, recen mucho por los Sacerdotes," recomendaba, "nada es tan agradable a Dios como pedir por ellos; porque ellos son la luz del mundo, y si la luz se apaga, con que se alumbrará?..."

- "Existe un pararrayos que detiene los castigos de la justicia divina, es Jesús Eucaristía. Sin su presencia en el mundo; la perdición sería inevitable; y sin Sacerdotes, no tendríamos la Eucaristía".

No conocía fiesta más grande en la tierra que una PRIMERA MISA. Su alma entonces, exultaba de júbilo, y comentaba gráficamente: "En mi patria se dice, que con tal de poder asistir a una Primera Misa, se debería caminar tanto que se gastara un par de calzado". A muchos neoSacerdotes les regaló los ornamentos para la augusta ceremonia, y añadía en sigilo una limosna.

Era sumamente comprensiva con las necesidades de los Sacerdo-

tes, le bastaba conocerlas para ejercitar su caridad de servicio; y allí donde no podía llegar con su socorro material, penetraba con su oración incesante.

Objeto de su especial interés fue siempre el Seminario, y colaboraba para su sostenimiento a la medida de sus posibilidades. Llegó a ser la madre de muchos Sacerdotes porque amparaba las vocaciones pobres y las sostenía en secreto. La caridad de nuestra Fundadora es una ventana abierta a los horizontes eternos.

Cada vez que recibía la noticia de que algún Sacerdote había sucumbido a las seducciones del mundo, del demonio o de la carne, lo deploraba no sólo por el alma descarriada aunque consagrada, sino por el Corazón del Sumo Sacerdote traicionado. Intensificaba entonces su oración y con lágrimas pedía las plegarias y sacrificios de sus hijas, especialmente en el día de su Profesión Religiosa, incitándolas a rogar con plena confianza "porque en este día se consigue todo cuanto una pide..." Pero le sonaban mal las estridencias del escándalo y oponía a toda crítica la barrera afelpada del silencio.

Jamás permitió que se hablara en contra de un Sacerdote, proscribía toda suerte de bromas que entrañarán alguna falta de consideración al estado sacerdotal y quiso que esta reverencia fuera un distintivo de su Congregación.

La Madre Caridad sufrió años de intensa soledad interior, como es la vida íntima de casi todas las Superiores, pero ella supo guardar el recuerdo de sus bienhechores espirituales, y aflorar su gratitud al Padre Herbrand y a todos los Sacerdotes que le ayudaron en su formación, en el desarrollo de su vida sobrenatural y en la consolidación de su Instituto.

Solamente la luminaria de la fe, dió el toque sobrenatural a su mirada, para descubrir al repartidor de la gracia en todo Sacerdote que se acercara a ella. En su código maternal, dejó a sus hijas la revelación de su consciente aprecio al Sacerdote, porque no es posible amar a Dios y no venerar a sus ministros.

Los Obispos que la conocieron la estimaron por esta noble virtud, y ella en cambio puso a su disposición los tesoros de su caridad. Este era el secreto de su influencia, su atractivo y su fuerza de arrastre: **saturada de Eucaristía**, las almas percibían en ella un reflejo de Dios.

Sor M. Celina de la Dolorosa, F. M. I.

80. ALEGRÍA FRANCISCANA.

La Madre Caridad pasó por el mundo, pobre, sencilla y alegre como su Padre el Serafín de Asís, a quien amaba con filial ternura e hizo suyo el consejo que él dejó en testamento a sus Frailes: "Sé alegre para con los demás, piensa que los atraerás a Dios con la alegría y la serenidad".

Su alegría fue el fruto de su extraordinaria caridad. "El amor aligera todo lo pesado", dice el Kempis. "No hay cosa más dulce que el amor, ni más fuerte, ni más cierta, ni más ancha, ni más alegre, ni más cumplida, ni mayor en el cielo ni en la tierra... El que ama, vuela, corre, alegrase, es libre; fatigado no se cansa, angustiado no se angustia; espantado, no se espanta".

Su contagiosa alegría, a pesar de su vida austera, era un claro efecto de su diáfana espiritualidad franciscana, pues contemplaba a Dios en todas las cosas; veía su mano paternal en cada acontecimiento de la vida; y confiaba de un modo absoluto en su Providencia; pero, para permanecer firme en ese ambiente de alegría requirió mucha paciencia, mucha fortaleza y mucha fe.

La Madre Caridad reía con esa risa franca que manifiesta la serenidad del ánimo y brota espontánea de un corazón sin remordimiento, de un alma pura que camina en la presencia del Señor y de una conciencia tranquila que descansa en sus misericordias infinitas. Solía repetir: "La buena Franciscana tiene derecho a estar siempre alegre, a reír sin escrúpulos, cuando el deber no prescribe otra cosa".

Era dueña de una alegría que nunca consintió en replegarse egoístamente sobre sí misma, sino en irradiar, y que siempre la impulsaba a darse plenamente a los demás.

Son incontables las anécdotas a que dio origen con su jovialidad; con sus salidas sumamente espontáneas y su picaresco ingenio; porque pese a sus grandes responsabilidades; a sus trabajos sin cuento; a sus difíciles fundaciones, y a sus dolores de alma y cuerpo, nada le impedía ser un carácter abierto y vivo, pronto a la risa, alegre con el más sano y fresco júbilo.

Le encantaba sorprender con sus visitas imprevistas a las diferentes Casas, ya por el alborozo que producía su presencia inesperada; ya porque era un medio para conocer el espíritu religioso que reinaba en la Comunidad. Inventaba inocentes bromas; no era ajena al chiste ni al donaire, pero sin perder su dignidad religiosa.

(1) Epilogo del antiguo Directorio.

"Hasta rendida por la carga de sus penas y con el corazón lleno de cicatrices íntimas, supo reír con la risa contagiosa de la sinceridad, y fueron sus heridas como labios que cantaron sin cesar el salmo de la perfecta alegría. No quería que sus hijas fueran tristes, porque repetía que: "en un alma turbia, se hunden certeras las flechas del demonio". (1)

Su alegría le servía de instrumento para combatir el desaliento en las almas que se le acercaban, pues lo consideraba como una rémora espiritual; porque el desaliento quita la alegría del recomenzar constante en el trabajo de nuestra vida interior, y paraliza todo impulso. En la vida espiritual no caben estancamientos: o se avanza o se retrocede, y el desaliento no deja avanzar.

La Madre Caridad decía: "Los maestros llaman al desaliento "la mejor herramienta del demonio", y tienen razón. "Hay almas generosas pero que abatidas por el desaliento, no logran acercarse a Dios que es todo bondad".

"Debemos soportarnos así como somos, con nuestras innumerables imperfecciones, pero luchando constantemente para ser mejores".

"Es verdad que cada día tiene su cruz, pero también es cierto que cada cruz tiene sus gracias y consuelos especiales".

"No hay que perder los estribos por nonadas; la vida entregada a Dios debe estar saturada de confianza y contento. El cristianismo es la religión de la alegría".

Trabajaba sin desmayo para desterrar de su convento la tristeza y la melancolía; pedía a sus Religiosas que fueran recogidas pero no ensimismadas; encontrarse con alguna taciturna era lo mismo que hallarla gravemente enferma, y no le daba punto de reposo, afirmando que el abatimiento en cualquiera de sus formas es contagioso y carcome la virtud. Quiera que no, había que sonreír a Dios y al prójimo, pese a las amarguras del corazón.

Le fue concedido a la Madre Caridad, el don del gozo espiritual para hacer el bien en la Iglesia y ella lo convirtió en el secreto de su apostolado.

Su virtud se fraguaba en el equilibrio de las emociones y de los impulsos con su carga de esfuerzo para servir, convivir y hacer mejor el mundo que la rodeaba. Sabía sonreír al dolor; desaprobaba las quejas

inútiles, aborrecía los melindres, y deseaba vivamente que sus hijas no fueran unas monjas lloronas.

Tenía cierta predilección por las Hermanas alegres, como heraldos de la buena nueva, y más aún, cuando observaba que con su jovialidad cubrían sus sufrimientos, y les repetía: "Dios ama al que da alegremente".

Ponía especial cuidado en los recreos; quería que en ellos reinara una cordial alegría que aliviara la tensión de nervios. No toleraba entonces, comentarios sobre clases, colegios y problemas de empleos, ni tampoco la crítica destructiva; todas debían contribuir a la amenidad y buen humor. Las chanzas debían ser seleccionadas, pues no podía soportar nada menos delicado, ni tampoco que en los chistes se mezclaran cosas santas. Cuando alguna se permitían hacerlo, fruncía ligeramente el ceño, reprendiendo: "Esto no está bien. Con las cosas santas no hay que reírse, todo a su tiempo y en su lugar; es preciso ser oportunas".

Gustaba de que en los recreos se tuviera una labor fácil entre manos, y ella misma remendaba medias y tejía, cosa que no le abstraía la atención porque era una tejedora habilísima. Pero en las fiestas y en muchos otros días señalados por acontecimientos especiales, se jugaba con ingeniosas inventivas.

La Madre Caridad hizo de su vida un testimonio de alegría cristiana porque supo querer lo que Dios quiere.



9o. ALMA DE ORACIÓN.

La vida de la Madre Caridad, muestra una fuerte orientación contemplativa, aún en medio de la más grande actividad. Dios era el centro de su alma, y la conversación constante con El, su ocupación preferida.

Los cuidados exteriores, por múltiples y difíciles que fueran, no impedían su vida de oración; pasaba de las tareas más absorbentes al recogimiento más profundo y no solamente consideraba las verdades en la oración, sino que las incorporaba al vivir cotidiano.

Sus momentos libres los dedicaba a la adoración del Santísimo Sacramento con santa avidez, y su oración era una mirada mutua con su Señor, un silencio compartido entre los dos, o una conversación.



La Madre Caridad en oración

Conforme se le aumentaba el peso de las responsabilidades, crecía su afán de oración y de vida interior, convencida de que sólo Dios puede hacer el trabajo íntimo de las almas.

Con la oración resolvía los problemas de su convento, que son los mismos de toda la humanidad que lucha por la perfección; dificultades de la fe, la esperanza y la caridad; el ambiente mundano que invade el santuario interior; pereza y cobardía en los trabajos de la vida; tristezas, penas y cansancio en la prosecución del bien; la deserción de las vocaciones y, sobre todo, el mal mayor: el desaliento.

Si las pruebas y tribulaciones eran exteriores, también les hacía frente con la oración. Nadie puede imaginarse lo que la Madre Caridad tuvo que sufrir por incomprensiones, no solamente de los malos, sino de los buenos. Eso, sólo Dios lo sabe. Pero ella sacaba fuerzas de la oración para resignarse, porque si el grano de trigo no es triturado por la rueda del molino, no se transforma en la harina de que se hace el pan.

A sus hijas les repetía: "Es preciso rezar por tantos que nunca se acuerdan de Dios o que no lo conocen; ser fieles por tantos traidores que existen; amar por tantos que se aborrecen".

Cuando notaba a alguna de sus Religiosas rezagada en la oración aconsejaba vivamente: "Es preciso pedir al Espíritu Santo el don de la oración, porque sin la gracia divina, ni el Nombre de Jesús pudiéramos pronunciar".

En el rezo del Oficio Divino exigía el devoto cumplimiento de todas las rúbricas, y recalaba: "Unámonos para rezarlo con tantos Religiosos y Religiosas del mundo entero, más santos y mil veces más dignos que nosotras, que elevan como un canto de amor a Nuestro Dios, y no dañemos con nuestras distracciones y faltas este concierto".

La devoción no basada en el dogma era para ella una devoción dudosa. Reprobaba las devociones y usos extraordinarios, no aprobados por la Iglesia, que aparecen aquí y allí excitando el entusiasmo de unos, la crítica de otros y la curiosidad de todos. En confirmación está la fama que adquirió aun fuera de los muros del convento.

En tiempo de Monseñor Moreno, corrió el rumor de que nuestro Seráfico Padre San Francisco, se había aparecido en El Espino, un lugar cercano a Túquerres. La gente ya empezaba sus romerías; quien por curiosidad, y quien por novelería. Dieron parte al Señor Obispo, ponde-

rándole la maravilla del santo aparecido en una peña; pero el Prelado, por toda contestación les dijo lacónicamente:

"Si la Madre Caridad, ha visto al San Francisco de El Espino, se puede creer".

Para entrenar a sus Religiosas en la meditación, les enseñaba la oración discursiva, según los métodos de San Ignacio, única que es capaz de enseñarse como una ciencia. Ella también la practicaba, y es admirable esa fidelidad que guardó hasta su muerte de no fiarse de sus sentimientos, sino preparar los puntos de meditación con docilidad a lo que había aprendido.

Pero su principal empeño lo puso en procurar que sus Religiosas supieran armonizar su vida de oración con la labor diaria.

Estaba penetrada del sentimiento de admiración que merece todo cuanto ha creado la mano omnipotente, y por eso su contemplación de la naturaleza se transformaba en oración: ¡Qué artista supremo es el Creador del universo!, exclamaba, mirando las florecillas silvestres, o las solemnes puestas del sol; estupefacta ante el enjambre de constelaciones que voltean rítmicamente en el espacio, o escuchando el gorjeo de un gorrión; y se sentía dichosa ante su Dios, henchida de la plenitud de su presencia.

Fue uno de sus más intensos empeños ser consciente de Dios y a su vez hacer a sus Religiosas conscientes de Dios.

Viajando en cierta ocasión una Religiosa muy joven, que por primera vez se ausentaba de la Casa Madre, le tocó en el carro sentarse junto a la Madre Caridad. Por el respeto que ella le infundía iba la joven, sin atreverse a mirar para ningún lado, y rezando recogidamente. De pronto, la Madre Caridad, con maternal cariño, la interrumpió en sus rezos y le dijo:

- "Madre, el contemplar a Dios en la naturaleza es verdaderamente una de las mejores oraciones. Mire... En los paisajes tan hermosos que nos ofrece la creación, con su grandeza y su magnificencia, se siente, se ve y se palpa a Dios. ¿Cómo puede haber hombres que lo nieguen?..."

Y haciéndole observar la belleza del panorama, le iba contando cosas interesantes de los lugares por donde pasaban, su historia, fundación, sus hombres célebres... Ciencia que ella había adquirido en sus largos y continuos viajes.

La joven profesora no olvidó jamás esta lección tan saludable, y la refería por doquiera, mostrando que nuestra Fundadora tenía el espíritu de una santa.

Era profundamente devota de la Santísima Trinidad, y dejó como herencia a su Instituto una fidelidad jamás quebrantada en guardar la teología del domingo.

"Der Sonntag ist der besondere audienztage Gottes", decía. "El domingo es el día de la audiencia especial con Dios".

"El domingo es el día del Señor y del alma, démoselo sin tacañería"; y en consecuencia, no permitía ningún trabajo que no fuera urgentemente necesario; sobre todo por la mañana, en que quería ver a sus hijas en la capilla, en trato íntimo con Jesús Sacramentado. Pero comprensiva a la vez, prolongaba el descanso, y la campana despertaba una hora más tarde de lo acostumbrado, asimismo se alargaban los recreos llenos de cordialidad.

Procuraba fomentar intensamente la devoción a los Santos que eligió como Patronos del Instituto. Así, su confianza en el Sagrado Corazón de Jesús no tenía límites: "Es imposible decía, que el Eterno Padre no nos conceda lo que le pedimos por el Sagrado Corazón de Jesús; ofreciéndole este mismo Corazón, en cambio de lo que le pedimos, porque El debe tener una complacencia única y suma con este tesoro de todos los tesoros y de toda perfección".

A través de toda su vida se puede aprender su ardiente y filial amor a María Santísima y su devoción práctica a San Francisco de Asís; asimismo San José era objeto de su más ferviente culto. Ya en 1900 suplicó al Ilmo. Señor Obispo de Pasto le concediera el privilegio de la exposición del Santísimo en su capilla, para la pública adoración, el 19 de cada mes, en honra de este gran Santo, porque de su amparo esperaba el remedio de sus necesidades, y en efecto San José le ayudó muchas veces de un modo milagroso.

Todas las necesidades del mundo encontraban eco en su corazón, y su oración revestía un carácter universal. Las noticias de la guerra, por ejemplo. Era un incentivo a su piedad. La Madre Caridad oraba sin tregua y pedía plegarias a la Comunidad, para evitar que las naciones se lanzaran al desastre.

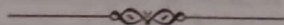
En la muerte de los soberanos Pontífices su alma se enlutaba y acu-

día al Sacrificio de la Santa Misa para impetrar consuelos para la Iglesia y una asistencia especialísima del Espíritu Santo. Toda su Comunidad, sus colegios, escuelas y demás establecimientos franciscanos hacían coro a sus súplicas y guardaban religioso luto, hasta aclamar nuevo Papa con una fe profunda.

No era amiga de que se añadieran más preces a las prescritas, alegando que "es mejor rezar en común poco y con alegría".

La Madre Caridad fue un alma de oración; en la entrega total en las manos de Dios, su vida interior estuvo libre de dudas y terrores; cada instante de ella tuvo un sentido seguro y profundo, y una orientación infalible que maduraron el amor de su corazón; y ella reconociendo la fuerza de la oración, repetía: "No nos engañemos nuestras flaquezas tienen su origen en que no oramos o en que oramos mal".

En las luchas de su edad madura y en el aislamiento de su senectud, la oración fue siempre su recurso; el sagrario su refugio; y el silencio su fortaleza.



10. SU EXTRAORDINARIA CARIDAD.

El nombre de nuestra Fundadora es la síntesis de su vida: **Sor María Caridad del Espíritu Santo.**

Su caridad fue extraordinaria porque sus dones naturales se dejaron invadir por el Espíritu Santo, y su mente y corazón recibieron con amor los esplendores que irradia.

Vivir carismáticamente bajo el soplo del Espíritu Santo es acceder a entregarse cada vez más; por eso la Madre Caridad se hizo partícipe de la disposición de caridad que animó el sacrificio redentor, y cuando se ama de este modo, todo se convierte en mérito y gracia.

Su caridad era la fuerza que la inclinaba a darse y a sacrificarse por las almas que Dios le confió; y por eso el primer objetivo de su amor sobrenatural eran las Religiosas de su Instituto.

El tiempo, gran esclarecedor de verdades, nos muestra cómo en Túquerres, y con motivo de la fundación, la vida, con espíritu antiguo, tomó un ritmo nuevo. Un corazón nuevo también había surgido en el

pecho de la Madre Caridad, y lo sentía latir con toda la comprensión, toda la capacidad de sacrificio que trae consigo la maternidad espiritual. Y tan dilatado, que en él cabían no solo las hijas que veía en torno suyo, sino las que vendrían después y hasta las generaciones que no llegarían a contemplar sus ojos.

Netamente femenina, la fuerza de su gobierno estaba en el amor, sacrificaba tiempo, inclinaciones, todo, por ayudar a alguna alma necesitada; y aceptaba sin impaciencia las mil interrupciones en su trabajo, y los detalles agobiantes de su vida.

Si había causado algún pesar, se apresuraba a remediarlo, sin que le arredraran las propias humillaciones, pues utilizaba para su vencimiento el temple de acero, heredado de sus mayores, "porque lo sobrenatural es como el vocablo lo dice: una vida construida sobre lo natural".

Sus amonestaciones eran convincentes, pues, la verdad lleva en sí misma, una fuerza de persuasión suficiente para alcanzar el triunfo. La reacción era saludable por parte y parte, en provecho de la humildad, ya que le gustaba que se le dijera todo, aunque fuese contrario a ella, y tenía paciencia para soportarlo. Por eso en sus años de ancianidad, desplegó aquella prodigiosa bondad que constituía su mayor fuerza.

Es que entonces, no se trataba tan sólo de la formación individual, sino de elaborar el cuño donde las generaciones futuras tomarían su impronta; por esto cincelaba hondamente los rasgos típicos franciscanos para que no los borrara el tiempo.

La Madre Caridad obtenía todo cuanto deseaba con respecto a la corrección de faltas y en la superación que busca la perfección, porque era un alma profundamente sincera y caritativa.

Se propuso dar a sus Religiosas una formación práctica y austera; pero, ninguna de las formadas por ella en la austeridad, quisiera haber perdido ni un solo quilate de esa enérgica formación. Quería que sus hijas tuvieran juicio y carácter maduros, perfeccionados por el hábito de la reflexión, hecha en presencia de Dios. No las podía ver blandas y melosas, sino de temple varonil, obrando siempre por propia responsabilidad.

El Espíritu Santo le concedió el don de dirigir las almas con las cuales tuvo que recorrer la escala inmensa de la vida cristiana; pues mucha luz, acierto y caridad necesitó para formar y entender desde la jovencita casi niña que dejó ayer el frívolo estrépito mundano, hasta la mujer

madura que ha pisado, los umbrales de la santidad. Tuvo que conducir por los caminos de la Vida Religiosa, tanto a adolescentes entusiasmadas con su consagración al Señor, como a monjas cargadas de años que veían ya inminente su gozoso encuentro con el Señor, su divino Esposo.

Ella dirigía con prudente caridad la energía incansable de la juventud domeñada; pero a fuerza de estudio profundo y psicológico, para encausarla y no anularla.

Cuántas veces se ha oído exclamar: "La confirmación de mi vocación la debo a Mutter Cháritas..."

En ocasiones derrochaba tacto, paciencia y tiempo en sostener alguna vocación, otras le bastaba una frase que era como un chispazo de su caridad y de su genio, para disipar angustias y desasosiegos.

Una Religiosa al finalizar su trienio de Votos temporales, se encontraba en una penosa lucha interior, madurando el propósito de regresar a su hogar cuando terminara su probación, pero hacía depender su última decisión del modo como fuera recibida por la Madre Caridad en una entrevista que había planeado, pero sin decirle ni una palabra sobre su problema.

La Madre Caridad al mirarla entrar a su celda, clavó en ella sus profundos ojos y le dijo sin más preámbulos, como si hubieran estado conversando largamente:

"Oiga Madrecita, usted ha de perseverar quiera que no. ¿O piensa que puede volver a Europa?... ¡Eso no es tan fácil...! ¡Recuerde que el reino de Dios sufre violencia!"

¡Santo remedio! Se desvanecieron las dudas y ya jamás la Hermana volvió a titubear hasta su muerte.

Nuestra Fundadora fue admirable por la caridad de benevolencia que inspiró sus actos, y la prudencia que desplegó en las más apuradas circunstancias, para llevar adelante y en armonía su **compleja Comunidad**, por la íntima convivencia existente entre europeas, colombianas y Hermanas de otras naciones.

Procuraba intensamente que la caridad de Cristo uniera estrechamente a sus hijas, venidas de tan distintos países con idiomas y costum-

bres tan diversas, porque las Religiosas pertenecen al apostolado universal. Ella era la primera en amar a sus Religiosas en Dios y para Dios.

Fué un ejemplo maravilloso la universalidad de la acogida que daba a todas sus colaboradoras, cualquiera que fuese su nacionalidad.

Con el transcurso del tiempo pudo apreciar que la mezcla de nacionalidades hace que cada una dé lo mejor de sí y que en sí posee, para ayudar a la comprensión mutua, para mirar el buen lado de las demás; para crecer en tacto y en relaciones humanas, y para adquirir la verdadera discreción. La oración y la aceptación abnegada y decidida de los demás, nivela los desniveles.

Es preciso recordar siempre que la Congregación es un inmenso conjunto que permanece, se adapta, se santifica y hace el bien; la Religiosa viene y se va; deja su aporte y pasa. La Religiosa al unirse a la Comunidad por sus Votos encarna en la Iglesia y a los ojos del mundo el ideal evangélico, su consagración total acrecienta la santidad del pueblo de Dios.

Quería que la Casa Madre fuera para todas el hogar amado a donde acudieran en busca de ayuda en cualquier dificultad, y que todos sus conventos fueran los reductos de la sinceridad.

Procuraba dar a sus Casas un ambiente de recogimiento y de estudio, y exigía el silencio respetuoso que infunde la presencia de Dios; no aprobaba que todo fuera una actividad febril, sino que se desarrollara ese espíritu de fe que permite ver a las Hermanas de la Comunidad como miembros de Cristo, y escuchar en la voz de la Superiora los verdaderos acentos de Dios.

No comprendía las amistades y los amores egoístas, que por falta de verdadera caridad obstaculizan el dominio soberano de Dios. Era severa en desterrarlos.

Realmente inflexible cuando estaba en juego algún principio rector, oponía la dureza del acero al sospechar que algo podía poner en peligro la gloria de Dios o el bien de la comunidad. Su corazón tenía la inexpugnable fortaleza de los humildes, y la Sagrada Comunión era el horno ardiente, en donde volvía a poner al rojo vivo las decisiones firmes nacidas del amor.

Se podría multiplicar hasta lo infinito sus rasgos de caridad. Durante

muchos años la única enfermera que tuvo la naciente familia religiosa fue la Madre Caridad, y se distinguió por una abnegación probada día y noche. Fué asimismo maestra consumada en cualquier otro oficio, sufriendo calladamente lo desagradable, contenta de tener algo que ofrecer en sacrificio por salvar las almas. Así gradualmente adquirió la serena amabilidad que la hizo tan maternal, mostrando cómo se afinan las facultades cuanto más cerca están de Dios.

Con el ejemplo y la palabra enseñaba a sus hijas que: "Los medios de santificación están en la vida diaria. Vivir en caridad allí donde Dios nos coloca, procurando cumplir su Voluntad".

La Madre Caridad tenía amor especial por los pobres, por los agobiados y los humildes. Encontrarse con almas destrozadas, desalentadas, era dar pábulo a su solicitud. Ante tanta gente crucificada en su carne y en su corazón, y tantos despechados contra la sociedad y contra la vida, su corazón maternal se llenaba de compasión buscando desinteresadamente el remedio de tantas necesidades.

Pero, para desplegar con el prójimo tanta caridad, tuvo que vincularse a Cristo con un amor total.

Al desventurado que llegaba hasta el umbral de su convento, no se le preguntaba ni el nombre ni la condición. Bastaba que fuese un necesitado, para que, por derecho de Dios, compartiera lo que allí podían brindarle: un pedazo de pan, un plato de sopa, una limosna junto con la bendición de haber saludado a la Madre Caridad.

Describir con ejemplos la caridad de nuestra Fundadora, sería recontar hora por hora toda su vida. No hubo día en que no aliviara una miseria, consolara un dolor, mitigara una angustia, devolviera una esperanza o repartiera con mano abundosa, los pocos bienes de que podía disponer y que en su mano se multiplicaban, porque conociendo ese darse sin medida de la Madre Caridad, todas las Casas Franciscanas le ayudaban con su óbolo.

Todo lo pedía para poder dar, porque jamás, ni por asomo, hizo valer sus títulos y privilegios de Fundadora; profundamente humilde en medio de su gran caridad que nada guardaba para sí, "amó la pobreza con denuedo, vivió la pobreza sin desmayo y enseñó la pobreza con desvelo..."

Los pobres eran sus amigos de siempre; por socorrerlos arrostraba todas las dificultades, desde pagar el alquiler a una familia vergonzante hasta probar la sopa de caridad que se repartía en la portería del convento, para cerciorarse de que estaba buena, y con ella saboreaba también las amarguras del mendigo. Ni siquiera su ropa estaba segura en el velador, porque todo lo daba a quien se lo pedía. Si alguien la reconvenía porque entre los pobres se mezclaban antisociales, su caridad no disminuía, creía que no hay maldad tan perversa que no ofrezca por algún lado un resquicio a la luz, y afirmaba que la caridad obra milagros.

Cuánta fue su caridad, nunca se supo. Muchos de los pobres a quienes generosamente ayudó, apenas supieron quién había sido su benefactora, cuando después de su muerte les faltó el socorro que habían recibido, ignorando quién se lo daba. Si alguien le pagaba con ingratitud, sabía sobreponerse al dolor de la herida, diciendo amablemente: "Caridad que no cuesta, no llega al cielo".

Nuestra Fundadora logró esa meta de vivir en caridad, porque estaba convencida de que Dios es la única realidad en nuestra vida, y que todo cuanto se hace al prójimo, El lo recibe. Comprendió la médula del amor que es tan grande, y supone tanto, que es el mismo Nombre de Dios: "Deus chárítas est"!...

Antes de cerrar este libro, es preciso recordar las palabras con que el Cardenal Schuster encabezaba otro libro: "Así ocurre a quien escribe historias de santos: La obra maestra realizada por el Espíritu Santo, además de permanecer siempre como secreto que a nadie se comunica, es intraducible a palabras humanas. La vida de Cristo en el corazón de sus santos, el historiador la describe multiforme, dedicada a empresas varias, angustiada por preocupaciones, pero en lo más hondo es una, simple, radiante y gozosa: No tiene nada de artificioso, es sencilla como el Espíritu mismo..."

"Todo por amor a Dios y como El lo quiere"

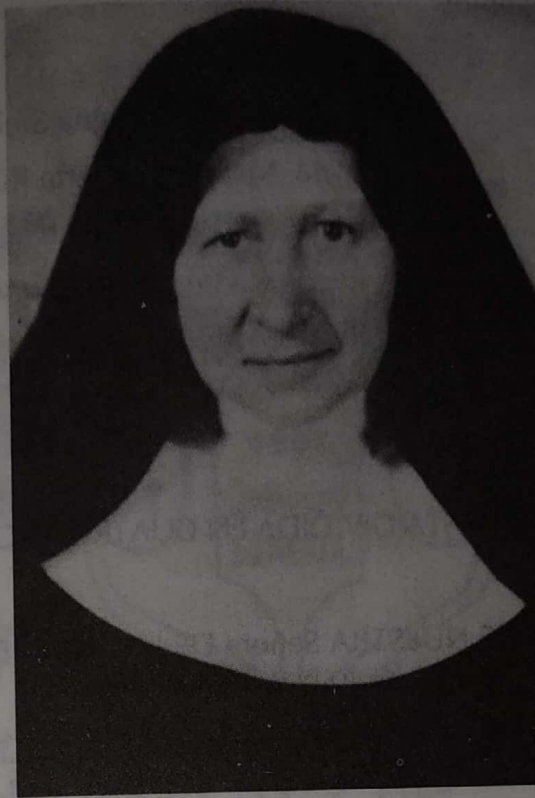


Franciscanas de María Inmaculada

1970

Alma de profunda vida interior. En el transcurso de los 18 años de su gobierno, trató de inculcar a los miembros de la Compañía el lema de sus actuaciones:

"ACEPTAR, OFRECER Y CALLAR"



Rvda. Madre María Georgina Hofer
Superiora General
1952 a 1970

Alma de profunda vida interior. En el transcurso de los 18 años de su gobierno, trató de inculcar a los miembros de la Congregación, el lema de sus actuaciones:

"ACEPTAR, OFRECER Y CALLAR"

CONSEJERAS GENERALES

En el último sexenio:

Rvda. Madre Benigna Sieber

Rvda. Madre Heriberta Rüggermann

Rvda. Madre Teonila Nieto

Rvda. Madre Nellie Rooney

Rvda. Madre Erasma Oesch

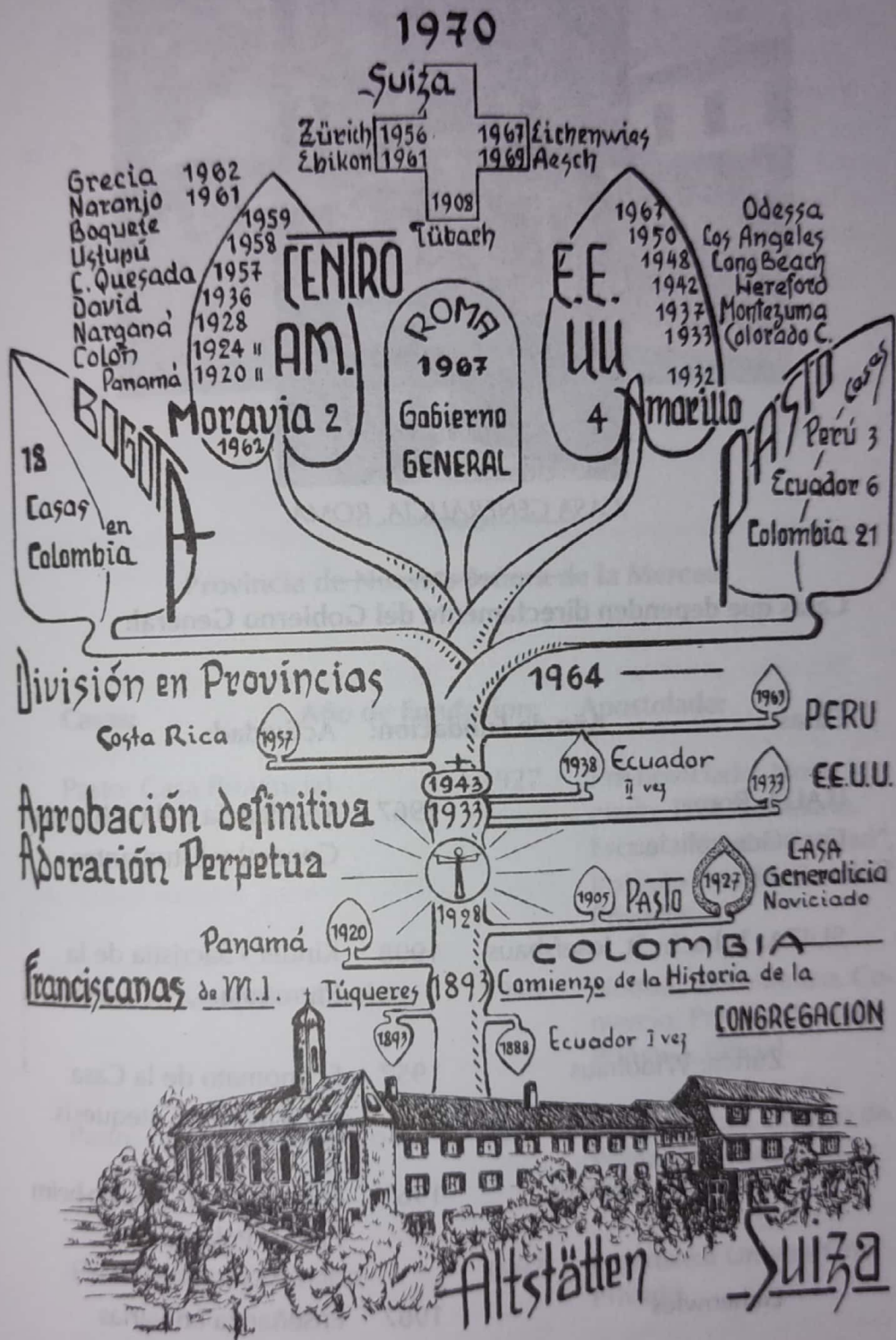
LA CONGREGACIÓN ESTA DIVIDIDA EN CUATRO PROVINCIAS:

1. PROVINCIA DE NUESTRA Señora DE LA MERCED.
Casa Provincial en Pasto, Nariño, Colombia.
2. PROVINCIA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.
Casa Provincial en Suba-Bogotá, Cundinamarca, Colombia.
3. PROVINCIA DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA.
Casa Provincial en Moravia, Costa Rica.
4. PROVINCIA DE SAN FRANCISCO DE ASÍS.
Casa Provincial en Amarillo, Texas.

25 marzo de 1964

CASAS EXISTENTES POR NACIONES:

ITALIA.....	1
SUIZA.....	5
COLOMBIA.....	38
PANAMÁ.....	7
ESTADOS UNIDOS.....	7
ECUADOR.....	4
COSTA RICA.....	3
PERÚ.....	3
Total.....	68 Casas





CASA GENERALICIA, ROMA.

Casas que dependen directamente del Gobierno General:

Casas:	Año de Fundacion:	Actividad:
ITALIA: Roma: Casa Generalicia	1967	Residencia del Gobierno General y Estudiantes.
SUIZA: Tübach: St. Josefshaus	1908	Kinder - Sacristía de la Parroquia.
Zúrich: Widohaus	1957	Economato de la Casa del Vicario - Catequesis.
Ebikon: St. Klemens	1961	Economato del Studien-heim Padres Palotinos.
Eichenwies	1967	Enseñanza en varias Escuelas - Kinder.
Aesch: Altersheím Aesch	1969	Dirección del Pensionado Enseñanza Kinder.



CASA PROVINCIAL. MARIDÍAZ
Pasto - Colombia

Provincia de Nuestra Señora de la Merced.

Casas:	Año de Fundacion:	Apostolado:
Pasto: Casa Provincial	1927	Pre-noviciado, Noviciado, Post-Noviciado. Escuela "Madre Caridad", Instituto "Madre Caridad" Privados.
Pasto: La Merced - Maridíaz	1946	Normal, Bachillerato, Comercio. Privado. Escuela Primaria. Oficial.
Pasto: La Merced - Centro	1905	Jardín Infantil. Colegio de Primaria. Privado.
Pasto: Instituto Mariano	1967	Enseñanza Universitaria. Privado.
Pasto: Betania	1960	Casa de reposo. Comunidad.

Pasto: Seminario Conciliar	1951	Servicio doméstico.
Pasto: Clínica Maridíaz	1951	Servicio a enfermos.
Ipiiales: Centro	1897	Escuela Primaria. Ed. Media. 4 años, Oficial
Ipiiales: Colegio Ntra. Señora de Las Lajas	1959	Colegio Primaria, Bachillerato y Auxiliar de Comercio. Privado.
Las Lajas:	1960	Escuela Primaria. Oficial Servicio a Peregrinos. Botica.
Potosí	1950	Escuela Primaria. Ed. Media 4 años. Oficial.
Pupiales:	1904	Anexa, Oficial. Normal, Privada.
La Cruz:	1965	Escuela Primaria, Parroquial.
La Unión:	1915	Anexa, Normal Nacional.
Samaniego:	1906	Primaria Media. Orientación Profesional. Oficial.
Sandoná:	1950	Primaria. Educación Media. Oficial.
Santiago (Putumayo)	1908	Escuela Primaria Misional. Internado indígena. Botica
Sibundoy (Putumayo)	1911	Anexa, Normal Nacional- Botica

San Francisco (Putumayo)	1949	Escuela Primaria. Misional
Mocoa (Putumayo)	1933	Escuela Primaria. Educación Media. Oficial
Puerto Asís (Putumayo)	1914	Escuela Primaria. Parroquial. Internado Indígena. Botica.

ECUADOR

Quito: San José	1953	Escuela Primaria. Taller de Bordado, Corte y Confección. Privada.
Conocoto	1969	Asistencia de niños necesitados.
Guayaquil	1969	Guarderías.
Ibarra	1939	Primaria, Comercio, Taller de Bordado, Corte y Confección. Privado.
Caranqui	1945	Escuela Primaria Parroquial.
Pimampiro	1955	Escuela Parroquial, Taller de Corte y Confección.

PERÚ

Huancabamba	1962	Ed. Media. Enseñanza Técnica de industrias. Oficial.
Piura	1964	Escuela Primaria Orfanato.
Chaclacayo - Lima	1967	Jardín Infantil. Guarderías. Asistencia Parroquial.



CASA PROVINCIAL: SUBA - BOGOTA COLOMBIA

Provincia del Sagrado Corazón de Jesús

Casa:	Año de Fundación:	Apostolado:
Suba-Bogotá		
Casa Provincial	1964	Pre-Noviciado-Noviciado
	1966	"Escuela Madre Caridad" Gratuita.
Almaguer	1926	Primaria-Secundaria completa. Estudios Normalista. Oficial.
Angelópolis	1962	Ciclo Básico -Colegio Parroquial.
Bogotá - Colegio Alvernia	1941	Acción Social - San Fdo. Bgtá. Primaria y Secundaria - Privado.

Bucaramanga	1941	Primaria y Secundaria con Bachillerato y Comercio. Privado.
Cali	1958	Primaria y Secundaria Privado. Escuela Complementaria Privada. Escuela de Siloé Privada.
Cartago	1910	Primaria y Secundaria Oficial. Bachillerato y Normal.
Concepción	1959	Primaria - Oficial. Secundaria-Integrado. Oficial.
Manizales	1927	Primaria y Secundaria Privado. Escuela Madre Caridad. Privado.
Medellín	1963	Primaria y Secundaria Privado. Acción Social - Aguas-frías.
Pereira	1941	Primaria y Secundaria Privado. Bachillerato Técnico Comercial.
Popayán	1951	Primaria y Bachillerato. Oficial.
San Vicente	1964	Ciclo Básico - Parroquial.
Santa Rosa de Cabal	1954	Primaria y Secundaria Parroquial.
Silvia	1934	5o. Primaria y Secundaria-Colegio Dptal.
Timbío	1934	Enseñanza Primaria, Ciclo Básico Departamental.
Tuluá	1919	Primaria y Secundaria Privado.



CASA PROVINCIAL: MORAVIA. COSTA RICA.

Provincia del Inmaculado Corazón de María

Casas:	Año de Fundación:	Apostolado:
Panamá – Comercial	1920	Enseñanza Primaria, Secundaria: Enseñanza Comercial
Colón - Academia Santa María	1924	Enseñanza Primaria, Secundaria: Enseñanza Comercial
Colegio Paulino de San José	1924	Enseñanza Primaria, Secundaria: En- señanza Comercial
Narganá – Misión	1928	Primaria Oficial, Mi- sión de Indígenas.

David	1936	Enseñanza Primaria, Secundaria; Enseñanza Comercial
Panamá-Bellavista	1937	Enseñanza Primaria, Secundaria Bachillerato de Ciencias, Letras y Comercio
Ciudad Quesada	1957	Primaria Parroquial, Secundaria Parroquial: Letras y Comercio.
Ustupu - Misión	1958	Primaria Oficial, Mi- sión de Indígenas.
Boquete	1959	Primaria Parroquial.
Grecia	1962	Primaria Parroquial, Secundaria Parroquial: Ciencias.
Moravia - Casa Provincial	1962	Pre-Noviciado, No- viciado, Post-Noviciado. Enseñanza Primaria, Se- cundaria: I - II - III - años.



CASA PROVINCIAL AMARILLO, TEXAS.

Provincia de San Francisco de Asís

HOUSES-U.S. PROVINCE

House:	Year Opened:
Amarillo, St. Francis Convent, Novitiate, Pre-novitiate. Juniorate	1932
Colorado City, Texas, St Ann's School, (Elementary parish)	1933
Montezuma, New México, Montezuma Seminary, Domestic	1937
Hereford, Texas, St. Anthony's School, (Elementary and Júnior High)	1942
Long Beach, California, St. Athanasius School. (Elementary and Júnior High)	1948

Los Angeles, California, Resurrection School,
(Elementary and Junior High) 1950

Odessa, Texas, Mary's School,
(Elementary and Junior High) 1962

Dependencies under St. Francis Convent:

Amarillo, St. Laurence School,
(Elementary) 1954

Amarillo, Álamo High School,
(Some faculty members) 1969



ÍNDICE GENERAL

Declaración

Prólogo

PRIMERA PARTE

	<i>Páginas</i>
Fe de Bautismo y Confirmación	13
1 Su silueta de niña	17
2 Alborada Eucarística	21
3 Estudiando	25
4 Aprendiz de arte	27
5 Sígueme	29
6 Carolina querida	33
7 En el claustro	35
8 Testimonio de una alumna	39
9 Caminos de Dios	41
10 Toda despedida es morir un poco	45
11 Misioneras en el Ecuador	47
12 Apuntes de un testigo contemporáneo santo	49
13 Primera víctima	53

14 Y la vida siguió	55
15 Cartas de la Madre Caridad a María Hilf	57
16 Nuevas obreras en la mies	63
17 Hacia lo desconocido	65

SEGUNDA PARTE

1 Entrada a Colombia	69
2 Nueva Porciúncula	71
3 Primera fundación	75
4 La gloria de una mitra	79
5 Vínculo de amor en Cristo	85
6 Obras son amores	89
7 Se necesitan vocaciones valientes	93
8 Queridos días que se fueron	97
9 Desmembración de la Comunidad	101
10 "Callemos para que Dios nos defienda"	105
11 Aurora en las tinieblas	109
12 El Padre Reinaldo Herbrand	113
13 Camino desconocido	119
14 No hay amor más grande que...	123

TERCERA PARTE

1 El Instituto de Franciscanas de María Inmaculada	131
2 Unas migajas de historia	135
3 Incorporación a la Primera Orden	141
4 Reformas	143
5 Las nuevas Constituciones y la Aprobación definitiva del Instituto	147
6 Nota reflexiva	151
7 Primera fundación en Suiza	153
8 La Casa de San José	157
9 Un solo ideal	163
10 Viajera de Dios	169
11 La salida de Túquerres	185

CUARTA PARTE

1 Maridíaz	193
2 La Adoración Perpetua	199
3 El prodigio de Maridíaz	203
4 Manojó de mirra	209
5 Bendición de la Capilla Eucarística	217
6 La última jornada	221

7 Hacia la cumbre del Amor	227
8 Honores póstumos	235
9 Testimonio de la Rvma. Madre Aquilina Wernle	239
10 Exhumación	245

QUINTA PARTE

1 Rasgos característicos	251
2 Pedagogía de la Madre Caridad	255
3 Facetas de su espiritualidad	263
1 Rasgos ideológicos	263
2 Observancia regular	264
3 La mortificación	265
4 La presencia de Dios	266
5 Alma misionera	269
6 Alma eucarística	271
7 Veneración por los Sacerdotes	274
8 Alegría franciscana	276
9 Alma de oración	278
10 Su extraordinaria caridad	283

FRANCISCANAS

DE MARÍA INMACULADA 1970

<i>Rvda. Madre Georgina Hofer</i>	1
<i>Consejeras Generales</i>	2
<i>Gráfica de toda la Congregación</i>	3
<i>Casa Generalicia</i>	4
<i>Provincia de Nuestra Señora de la Merced</i>	5
<i>Provincia del Sagrado Corazón de Jesús</i>	8
<i>Provincia del Inmaculado Corazón de María</i>	10
<i>Provincia de San Francisco de Asís</i>	12

D. M. E. O.

“NUESTRA MADRE Y FUNDADORA
EN DIOS DESCANSA PORQUE ERA:

DEL SANTÍSIMO CUSTODIA,
DE LOS POBRES MEDIANERA,
DE LA NIÑEZ PROTECTORA,
DE LOS INFIELES MISIONERA.

COMO DUEÑA DE LA GLORIA
EN EL CIELO NOS ESPERA”